Escribiendo con fuego



S. J. GARCÍA

Escribiendo con fuego

S.J. GARCÍA

ISBN: 9798261721857
Sello: Independently published

Título: ESCRIBIENDO CON FUEGO
S. J. GARCÍA © 2026

Cubierta: J. R. Galindo
Corrección y maquetación: Sandra García.
@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A las que se esconden tras un antifaz, aunque por dentro se estén rompiendo.

A quienes alguna vez se sintieron demasiado poco, demasiado torpes, demasiado ellas.

A las que escriben con el corazón en llamas, aunque nadie sepa cuánto quema.

A las que se disfrazan de valientes, pero tiemblan por dentro.

Y a quienes, como Dina, descubren que no hace falta salvarse solas. Que a veces basta con una mirada que no juzga, una presencia que acompaña, y alguien que te diga sin decirlo: brilla, que yo te veo.



Completa tu experiencia escuchando las canciones que aparecen o inspiraron el libro mientras lo lees con esta *playlist* de Spotify. Puedes escanear el código QR de abajo o directamente entrar en la siguiente dirección web:

ESCÚCHALO AQUÍ

PRÓLOGO

Tengo pis. Por más que aprieto los muslos, estoy a un suspiro de reventar como un globo de agua. Joder, ¿por qué he tenido que pensar en agua? Ahora tengo todavía más ganas. Podría haber imaginado otra cosa, no sé arena del desierto, un campo de trigo, un puto cactus, lo que fuera. Pero no. Agua. Maldita sea mi cabeza. Mucha imaginación para crear historias, pero cuando necesito una imagen pensamos en agua.

No quiero abrir los ojos, estoy agotada. El cuerpo me pesa como si hubiera corrido una maratón… o dos. Tengo agujetas hasta en las pestañas. Bueno, podría levantarme a oscuras y caminar con los ojos cerrados hasta el baño. No sería la primera vez. Lo único malo, sería cruzarme con Nuri en el pasillo o, peor, encontrármela otra vez dormida en la taza, como aquella noche que me quedé traumada de por vida. Podría abrir un ojo, solo lo justo para no darme de bruces contra la pared. O, mejor aún, cambiar de postura y engañar a la vejiga. Sí, planazo. Idea brillante. Premio Nobel de la lógica a las tres de la mañana.

Me giro y… algo me frena. Un segundo.

«Es… calor».

Abro los ojos de golpe y me incorporo en el colchón, sobresaltada. La luz que se cuela por la ventana dibuja rayos dorados sobre la habitación.

«Y esta habitación… no es la mía».

Parpadeo varias veces, intentando que mis pupilas no se declaren en huelga. Hago un escaneo rápido: paredes blancas, cortinas pesadas, moqueta de hotel… Vale. Hotel. Estoy en un hotel. Ladeo la cabeza y entonces recuerdo la cosa que irradiaba calor.

Un culo.

«Un c-u-l-o».

Desnudo. Masculino. Definido.

Me froto los ojos con violencia, como si al abrirlos de nuevo fuera a desaparecer. Pero no. Ahí sigue. Redondo. Perfecto. Escandaloso. No estoy soñando. Aunque podría serlo, porque a veces sueño con protagonistas de novelas de esas que leo a escondidas para «documentarme». *Guiño, guiño*. Si mi madre lo supiera, me encerraría en su habitación a rezar cuatrocientos padrenuestros para salvar mi alma pervertida.

Deslizo la mirada hacia arriba, recorriendo la espalda ancha, fuerte, marcada, tatuada de músculos. El rostro no lo alcanzo a ver, lo tiene enterrado entre almohadas.

«¿Y este monumento de dónde ha salido?».

Debe de ser una alucinación. Un golpe en la cabeza. Una crisis existencial con efectos secundarios. Porque no le encuentro otra explicación… salvo que anoche me abdujeron, me dejaron aquí tirada y, de paso, me regalaron al primo perdido de Aquiles. Extiendo el brazo, estiro los dedos a punto de rozarlo, pero se mueve y suelta un ronquido leve.

«Me cago en la leche».

Me congelo en el acto, con el corazón dándome golpecitos en las costillas, decidido a salir corriendo por su cuenta y dejarme aquí con las consecuencias.

Y entonces… ZAS. Como si fueran tráileres de una peli cutre de sobremesa, escenas mal montadas se proyectan en mi cabeza: la propuesta de contrato editorial, la voz de mi hermana diciéndome que bajara de las nubes, la comida con mis padres en la que me tragué el postre pero no las pullas, la copa que juré que sería la última y terminó siendo la penúltima, la fiesta de máscaras, vasos de alcohol que parecían no tener fin, risas demasiado altas, baile pegado… y unas manos que sabían exactamente dónde tocar para encenderme con fuegos artificiales incluidos. Una punzada me

atraviesa la sien, tan fuerte que hasta veo estrellitas. Mi cerebro exprimiéndose como un limón seco en busca de recuerdos que se escapan, deshilachados.

«¿Qué hice anoche?».

¿Me convertí en un putón verbenero y me acosté con este pedazo de hombre? Ay, Dios, yo no soy así de fresca… ¿o sí? Se suponía que iba a esa fiesta para documentarme.

Pues mira, bonita, se han documentado contigo.

Resuena en mi cabeza esa voz que aún lleva el antifaz puesto. La misma que anoche decidió que era una idea brillante, brillante de borracha, de esas que al día siguiente quieres borrar del historial de tu vida, meterme en la piel de la nueva protagonista de mi novela ultra picante. Esa que prometí escribir. Esa que no se corta, que baila como si la estuvieran grabando para un videoclip de Dua Lipa, que dice palabrotas con *glamour* y que, al parecer, también se tira a desconocidos con culo de mármol.

«¡Oh, Dios mío! Como diría Janis de *Friends*».

Tengo que salir de aquí. Y rápido, antes de que esa versión de mí misma, la del alter ego de novela, vuelva a tomar el mando y me convenza de que quedarme sería «investigación de campo».

«Misión uno: recuperar mi ropa».

Me dejo caer como una anguila sobre la moqueta y arrastro las rodillas, escaneando el campo de batalla. Localizo el sujetador rígido tirado en el suelo y la braguita en la otra esquina. Si mi madre me viera con eso, me regalaba un billete exprés al infierno en primera fila. Gateo hasta la gabardina beige, la agarro lo más fuerte que puedo, me pongo de cuclillas y empiezo a vestirme en modo comando.

Muy sexy, cariño. Entre el culo de ahí delante y tú en cuclillas, parece el inicio de un porno cutre.

«Shhhh, cállate».

Virgencita, por favor, que ese culo no se despierte ahora y me vea así, porque parezco más bien alguien cagando en mitad del salón que una mujer fatal huyendo de la escena del crimen. A mi derecha aparecen las botas altas de tacón de infarto. ¿Cómo sobreviví anoche a semejante altura? Si son un quinto piso. Las cojo con cuidado, echando un vistazo rápido a mi espalda por si acaso. Una pupila se me disloca durante un segundo, pero consigo recolocarla antes de que se me quede la cara de camaleón mutante para siempre.

Me incorporo con sumo cuidado, evitando cualquier crujido de las articulaciones. Que ya no tengo veinte años, todo hay que decirlo. Recojo el bolso del suelo y me lo cuelgo al hombro, intentando no desmontarme en el proceso. En el espejo, por encima de mi hombro, el culo sigue allí, vigilándome. Me recoloco la peluca, bendita Nuri y su habilidad para ponerlas de tal forma que ni un huracán las despeina. Y entonces, al lado de la mesita de noche, veo mi antifaz. El que, en teoría, llevé puesto toda la noche. Supuestamente. Porque, como podemos observar, está ahí. Tan tranquilo. Parece que me esté sacando la lengua y diciendo: «sorpresa, cariño, te dejé vendida».

Camino de puntillas. Me siento como si estuviera protagonizando una misión imposible, pero sin Tom Cruise ni banda sonora épica de fondo. Me agacho junto a la cama, los dedos se estiran hacia el antifaz… y en ese preciso instante, culo decide moverse.

Corre, bonita. O te pillan y la novela se convierte en una comedia romántica cutre de Antena 3.

A mí me entra un infarto exprés. Retrocedo lo más rápido que puedo hasta la puerta, con la respiración disparada, como si hubiera escapado de un tiburón.

CAPÍTULO 1



Veinticuatro horas antes…

Cuelgo el teléfono con los ojos fijos en la pantalla. En concreto, en ese correo que primero juré que era *phishing* y resulta que es de verdad. Real. Un sueño con remitente y todo. Pestañeo varias veces, como si eso fuera a traerme de vuelta a mi cuarto, porque ahora mismo estoy flotando.

—¡Aaaaaahhh! —chillo mientras empiezo a dar saltitos, con las manos en alto y la dignidad perdida por culpa de tanta euforia.

La puerta de mi habitación se abre de golpe y aparece Nuri, con un encendedor en la mano y la cara desencajada.

—¿A quién tengo que matar? ¿Dónde está?

—¿Dónde está quién? —pregunto, con el corazón a mil.

—Pues la cucaracha que has visto.

Niego, riéndome tanto que casi me doblo.

—¿Y pensabas matarla con un encendedor?

Su mirada va de su mano a mi cara, muy seria.

—Podría. Sabes que soy capaz de cualquier cosa. Soy la versión femenina de MacGyver… —Empieza a girar sobre sí misma,

escudriñando la habitación—. ¿Dónde estaba la última vez que la viste?

—¡Que no hay ninguna cucaracha!

—Entonces… ¿por qué coño gritabas? ¡Casi me cago encima! Estaba en mi cuarto de *chill*, a punto de entrar en una *party*, y te he oído gritar como si hubieran entrado todos los espíritus de los Warren a hacer una ouija en tu mesita de noche.

—Gritaba por esto. —Me aparto y señalo la pantalla del portátil.

Ella frunce el ceño, se acerca y entrecierra los ojos para leer con calma. Un segundo. Otro. Y de pronto… ¡explota!

—¡Una propuesta editorial con Universal! —exclama, y empieza a saltar.

Yo la sigo, y en cuestión de segundos estamos las dos brincando, agarradas de las manos, girando como si tuviéramos quince años y nos hubieran dicho que vamos al concierto de nuestra *boy band* favorita. Me sudan las manos, me tiemblan las piernas, se me mojan los ojos. Nuri chilla, yo más, y entre los saltos siento que voy a echar a volar o potar según se mire, porque estamos dando más vueltas de lo normal.

Por un instante, pienso que todo lo que he soñado, escrito y tachado a escondidas en libretas cutres ha valido la pena. Que no soy tan loca. Que el universo, o Universal, qué más da, me ha hecho un guiño.

—Sabía que algún día alguien vería tu potencial. —Me achucha entre sus brazos, apretándome hasta casi sacarme el aire.

—Bueno, sí, pero…

Nuri me aparta lo justo para mirarme a los ojos. La conozco: huele que hay gato encerrado.

—Pero ¿qué?

—He llamado a la editora, he estado hablando con ella… —Trago saliva—. Se ha leído una de mis novelas. Le ha encantado, dice que

tengo muchísimas posibilidades en el mundo editorial, pero que me falta algo…

—¿Qué? ¡No me dejes a medias! Eres peor que Amazon Prime cuando te mete el anuncio en mitad del capítulo. —Me zarandea como si así pudiera sacudirme las palabras.

Aparto la cara, me muerdo el labio. La vergüenza me sube en oleadas, siento cómo toda la sangre de mi cuerpo se concentra en mis mejillas.

—Dice que tengo que dar un paso más… —Los ojos de Nuri se abren tanto que temo que no vuelvan jamás a su sitio—. Tengo que meter escenas subidas de tono… eróticas…

—Marranas —aclara ella, con toda la naturalidad del mundo.

Ay, por favor. Qué vergüenza. Si mis novelas siempre han tenido un fundido en negro más rápido que la luz. Yo no soy capaz de escribir algo así. Solo imaginarme a mi madre leyendo una escena escrita por mí con ese nivel de erotismo… se presentaría en mi casa con un barril de agua bendita, me arrastraría a la iglesia y me dejaría en remojo hasta que flotara como una aceituna en salmuera.

—Tía, si es por inspiración, tranquila. Yo te busco material didáctico de sobra —dice Nuri, mientras coge el móvil y empieza a deslizar el dedo—. Podemos empezar con lo básico e ir subiendo el nivel, como en un videojuego… desbloqueando pantallas hasta llegar a la parte oscura del porno.

Oscurece la voz, casi narrando un tráiler, y a mí me da un soponcio.

—¡Ni se te ocurra! —Le arranco el teléfono de las manos antes de que me traumatice de por vida.

Me siento en la cama y la miro fijamente. Nuri tiene todo lo que a mí me falta: carácter para parar un tren, sabe lo que quiere y, sobre todo, no le da vergüenza hablar de absolutamente nada. Yo, en cambio, soy tímida hasta la médula. No soy capaz de decir la palabra «sexo» sin ponerme como un tomate en agosto.

La veo agacharse hasta ponerse a mi altura, con las manos apoyadas en mis rodillas. Su pelo corto despunta en todas direcciones, lleva una camiseta de tirantes friki de algún videojuego y… ¿va en bragas?

«Sí. Va en bragas».

Venía a matar a una cucaracha en bragas. Si es que valiente, la jodía, lo es un rato. Solo de pensarlo, me imagino quince maneras distintas de morir de la vergüenza si aparezco así en un pasillo… y encima con el riesgo añadido de que ese bicho tenga acceso directo a zonas íntimas sin la protección del pantalón.

—Tú puedes, Dina —me dice con una ternura que no le conocía —. Sé que puedes, solo tienes que quitarte ese disfraz de monja recatada y ponerte otro. Solo para probar. Un ratito. A lo mejor hasta descubres que te gusta esa nueva piel. Aunque sea por documentarte, ¿no?

—Puedo intentarlo… pero…

—Suéltalo, por favor. —Presiona mis rodillas con las manos—. O me pongo a cantar la canción.

—A mis padres me los cargo. Y a mi hermana… bueno, a toda la familia. A los primos de mi madre, al cura al que le cuenta todas sus confesiones… ¡sería la perra de Babilonia! Me repudiarían, me odiarían, me exiliarían del árbol genealógico. Todo por guarra.

—¿Que vas a ser una guarra por escribir escenas marranas? Anda, ya.

—Ya sabes cómo son… —digo, apartando la mirada y cerrándome la rebeca, porque siento la de mi madre clavada en mí como si fuera el ojo de Sauron en busca de su anillo cada vez que hablo de sexo.

—Lo escribes con seudónimo y listo. Ellos ya están orgullosos de tus otras novelas, esas firmadas con tu precioso y maravilloso nombre: ¡Bernardina de la Encina! —lo entona con voz melodramática, igual que en una telenovela venezolana.

«Mira que había nombres bonitos en el mundo y a mí me tocó el de la bisabuela».

Podría hacerlo. Es buena idea. Nadie saldría salpicado, yo sería feliz, y solo me falta echarle valor para escribir una escena tan tórrida que me haga mojar la silla. Siento el calor subirme desde las entrañas hasta encenderme las mejillas.

—¿Ya estás pensando en escenas marranas? —Arquea una ceja, afilada como un látigo—. Dina, espera al menos a que yo me vaya… ¿o es que soy tu musa del guarreo? ¿Es eso? —Se pone en pie teatral, llevándose la mano al pecho, aunque por un segundo no sé si la idea le divierte o la escandaliza.

—No es eso, boba… —Arrastro el culo por la cama y me cruzo de piernas—. Es que me gustaría compartir la noticia con mis padres. No sé, creo que se sentirían orgullosos. O contárselo a mi hermana…

—Pues hazlo hoy. ¿No tenías comida en casa de tus padres? Ahí lo sueltas, entre el postre y el café.

—Sí, claro… y justo después me prenden fuego en el jardín. ¡Una pira en honor al sacrilegio de su hija descarriada!

Se deja caer a mi lado y el peso de su cuerpo me hace inclinarme un poco hacia ella. Se tumba de espaldas, con las manos bajo la nuca, y me mira de reojo.

—Sé que te hace ilusión compartir esto con ellos. Y lo entiendo, pero lo tienes difícil. Podrías contárselo, sí, y si luego esto no sale adelante porque no te ves capaz, al menos sabrán que alguien importante se ha fijado en su hija. Lo celebráis y ya.

—Mmm… —murmuro mirando sin querer las braguitas de Hello Kitty de Nuri.

—Y si, en cambio, tira para adelante porque te vuelves una superguarra escribiendo, tanto que tus dedos echan fuego con cada escena caliente que tecleas, y acabas convertida en *best seller*… pues entonces ya te planteas contarles lo del seudónimo.

Gira la cara hacia mí, con esa media sonrisa suya de «te lo digo en broma, pero también en serio»:

—Ahora mismo son todo conjeturas, Dina. Quédate con lo que tienes delante: ese correo, ese reconocimiento. Y siéntete orgullosa,

joder. Porque es para estarlo.

Y quiero quedarme con eso, de verdad que sí, pero Nuri no conoce a mis padres como los conozco yo. Son muy religiosos.

Mi madre lo es tanto que, si un día me da un ataque de hipo, seguro que piensa que estoy poseída y me hace un exorcismo con agua bendita. Tan devota que no concibe empezar la mañana sin tres avemarías y un padrenuestro, como quien se toma un café. Y luego está mi padre… Ay, mi padre. Ese hombre es otro cantar: un sermón andante. Con una mirada suya ya me siento en confesión, y si algún día llega a leer una de esas escenas que me propone Universal… bueno, yo no viviría para contarlo: directamente me mete en la bañera con litros de agua bendita hasta que flote como un garbanzo en un puchero, mientras entona cánticos de la mano de mi madre, a dúo celestial.

Pero la auténtica *final boss* es mi hermana. Esa sí que no se anda con tonterías: el látigo de la familia. Me crucifica en WhatsApp, me cancela en la vida real y de paso se inventa un grupo nuevo de familia sin mí dentro, solo para asegurarse de que me quede claro que estoy excomulgada.

CAPÍTULO 2



Veinticuatro horas antes…

—No eres tú, soy yo… —murmura mientras presiona mis manos.

«Me cago en mis santos cojones».

—Rubén, mereces a alguien mejor… eres tan bueno, tan atento… yo no sabría darte eso que buscas… —recita Raquel con dulzura, como si me estuviera leyendo un guion de *After*.

¿En serio? ¿Tengo un jodido imán? No me puedo creer que esto me esté pasando otra vez. ¿Cuántas llevamos ya? Cuatro. No, cinco. Bueno, mejor ni llevar la cuenta. Viggo siempre me lo dice: «tío, tienes que ser un poquito cabrón». Y yo, nada, erre que erre, convencido de que ser bueno todavía es un mérito.

Desconecto del discurso de Raquel y desvío la vista al grupo de chicas que cuchichean en la mesa de al lado. Por la cara de pena que ponen, fijo que ya han pillado lo que está pasando. Estupendo. Público en directo para mi nuevo fracaso sentimental. Y para colmo, una de ellas saca el móvil. Mierda. No me digas que van a grabarme y ponerle de fondo un puto *gif* de Ralph cuando Lisa le rompe el corazón.

«Esto no me puede estar pasando… otra vez».

Cierro los ojos un segundo, porque necesito salir de aquí. Teletransportarme a cualquier sitio. Marte mismo.

—¿Estás bien? —me pregunta Raquel, sacándome de mi evasión.

«Pues no, la verdad».

—Sí, estoy bien —respondo, aunque en realidad lo único que quiero es que termine ya con este discurso de mierda que me sé de memoria.

Entonces vibra su móvil. Sus pupilas se dilatan. Y ahí estará, la razón de por qué cojones no ha funcionado: seguro que un Mario Casas de gimnasio la espera fuera con su moto, mandándole un «¿vienes ya, nena?».

—Lo siento mucho, lo hemos pasado bien… ¿no? —Suelta mis manos, por fin, y me libera de esta pantomima. Coge el teléfono y su expresión cambia: se ilumina.

Me toco la muela con la punta de la lengua. Estoy hasta los mismísimos cojones de que me pase siempre lo mismo.

—Tengo que irme —dice, y por alguna extraña razón extiende la mano y me acaricia la mejilla con los nudillos, alargando la tortura —. Eres un cielo, Rubén. Sé que encontrarás a la adecuada.

«Encima, recochineo».

Hace una pausa, como si todavía quedara hueco para la puntilla final.

—Pero… podríamos ser amigos, ¿no? Quedar algún día para tomar algo…

«Claro, Raquel, genial. Tú te vas con tu Mario Casas y yo me quedo aquí en el *friendzone premium*, con barra libre de agua con gas».

—Sí, claro —miento, porque siempre lo hago en estos casos.

—Genial, me encantaría tenerte cerca… eres tan buena persona.

Me muerdo las ganas. Porque pensé que con ella las cosas iban bien. Porque creí que esta vez no era el mismo guion de siempre.

Pero asiento. ¿Para qué hablar, si ya está todo dicho? La veo marcharse con el móvil en la mano y una sonrisa que no me había dedicado a mí en toda la cita. A través del cristal, la observo cruzar la calle y, cómo no, ahí está: una puta moto esperándola.

«¿Estás de coña?».

Niego con la cabeza, tenso la mandíbula y me levanto como un resorte. Me largo. Dejo el dinero en la mesa y le hago una seña rápida a la camarera. Al pasar, miro a las chicas de la mesa de al lado: me devuelven la mirada con cara de «pobre».

«No entiendo qué ha salido mal esta vez».

Soy atento, cariñoso, detallista. Escucho hasta que me sangran las orejas. Miro con putos corazones en los ojos. Me acuerdo del nombre de todas sus amigas, incluso de la que siempre está de Erasmus. Y, aun así, nunca es suficiente. Ser el chico bueno, aparentemente, solo trae problemas. Te vuelves el de manual: el paño de lágrimas, el «qué majo es», el que todas quieren de amigo… pero no como el chico al que agarrar de la mano en mitad de la calle.

«Y ya empiezo a estar hasta los cojones de ser el chico bueno».



—Calla, calla… —Viggo se parte los cojones, riéndose en mi puta cara.

—Es mi vida, cabrón.

Levanta la mano en alto, pidiéndome un segundo. Está tomando aire, le cuesta respirar de lo doblado que está de la risa. La culpa es mía por llamarlo; ya sabía yo que se iba a descojonar. Pero como soy masoquista, aquí estoy.

Viggo siempre ha sido así: carcajadas fáciles, a mi costa la mayoría de las veces, y sonrisa socarrona, de esas que invitan a la bronca o a la fiesta, según el día. Policía de profesión y con pinta de vikingo moderno, fuerte como un toro, brazos anchos, tatuajes trepándole por la piel y camiseta de algodón que siempre parece quedarle pequeña. Decía que cuando los tres salíamos juntos, Aksel, él y yo, parecíamos una versión nórdica de catálogo: tres tíos altos, rubios, llamando la atención sin pretenderlo.

«Ahora más que nunca necesito a Aksel aquí».

Miro hacia la puerta, con el temblor en la pierna instalado, y Viggo sigue mi mirada cuando se da cuenta.

—¿Has llamado también… a Aksel? —pregunta entre hipidos.

—Claro. Sabía que tú ibas a reírte como si mi vida fuera el Club de la Comedia, y necesito a alguien que me dé su punto de vista sin cachondeo —suelto antes de coger la birra y darle un trago largo.

—Vale, lo siento, ya no me río más. —Aunque la sonrisa le baila en los labios, imposible que se lo crea nadie—. Pero ahora en serio… ¿cuántas van? —inquiere, llevándose la jarra a la boca.

—No sé. No las he contado. —Me encojo de hombros.

Escupe la cerveza como un jodido aspersor, y otra vez a partirse de risa. Me pego al respaldo de la silla y cojo una servilleta para limpiar el estropicio que ha liado.

«Soy idiota. Si es que, para qué hablo».

—¿Qué coño pasa? ¿Qué me he perdido? —pregunta Aksel nada más llegar, mirándonos a los dos.

Ha venido con lo primero que tenía a mano, fijo, porque esa camisa pide a gritos una lavadora. La paternidad le está pasando factura: lleva unas ojeras que podrían tener su propio código postal. Y, aun así, el cabrón mantiene ese aire de vikingo que todo lo puede, como si en cualquier momento pudiera levantarme a mí y a Viggo juntos con un brazo y seguir tan pancho.

Viggo se seca las lágrimas de la risa y lo señala con el dedo.

—Perfecto, llegas en el momento exacto para escuchar otra entrega de «Las desventuras amorosas del bueno de Rubén» —entona con voz de tráiler de película.

Yo tuerzo la boca. Aksel arquea una ceja, se deja caer en la silla con el peso de un árbol y me mira como si ya supiera el final.

—Joder, Rubén… ¿otra? —pregunta, cansado, con esa voz grave que hace retumbar la mesa. Se frota los ojos y añade—: Mira que yo ya no duermo, vivo con una minivikinga que me mea encima cada tres horas, y aun así no tengo tantas desgracias como tú.

—Yo qué sé, os juro que ya no sé qué hacer —respondo a desgana, dejándome caer en la silla—. Por cierto, ¿cómo está Jessi?

—Pues cansada… —comenta Aksel, con esa cara de *zombie* orgulloso.

—Eh, eh, no cambies de tema. —Viggo me corta poniendo la mano delante de mi cara, cual portero en un penalti—. Hemos venido a hablar de tus mierdas, y de tus mierdas hablaremos.

—Ya lo sabéis, no hay más… —empiezo, pero Viggo me tapa la boca con la mano, apretando más de la cuenta.

—¿Recuerdas esos locales a los que fuiste?

Asiento, intentando zafarme de su maldita mordaza improvisada.

—Pues ahí tienes que ir. Justo hoy me he enterado por un colega del curro… —Nos mira a ambos, buscando aprobación, como si necesitara demostrar que no habla por hablar—. Que hay una fiesta temática esta noche. Tienes que ir, Rubén. Eso es lo que tienes que hacer. Punto. No hay más que hablar.

Aksel se frota la cara, suspira y asiente, dándole la razón a Viggo con la solemnidad de quien acaba de escuchar la solución más sensata del planeta.

—La verdad, no te vendría mal probar algo distinto —añade, con su tono grave de papá vikingo que parece que dicta sentencia.

—Exacto, caso cerrado —remata Viggo, dándose una palmada en el muslo. Luego me clava la mirada y añade, más serio—: Se acabó

eso de buscar a la mujer de tu vida, a la elegida, la que te entienda con solo mirarte. Tienes que soltar el freno, Rubén. Disfrutar un poco. Dejar de vivir como si fueras una *playlist* de baladas.

Los dos se miran, se entienden sin palabras y asienten a la vez, en plan mafia nórdica. Y yo ya sé que este plan es una estupidez. Pero también sé que estoy solo, que mi vida sentimental parece un chiste sin gracia y que, al final, siempre termino haciéndoles caso.

«¿Y por qué les sigo el rollo?, os preguntaréis».

Ah, sí, porque soy idiota. Confirmado. Aunque cada vez que les sigo la corriente acabo con resaca, en urgencias… o con el corazón hecho trizas.

CAPÍTULO 3



Siete horas antes;

Saco el teléfono del bolsillo de la rebeca y lo dejo en mi regazo, oculto por el mantel de la mesa. Para evitar miradas indiscretas, lo desbloqueo y le echo un vistazo rápido al chat:

Nuri:

¿Ya se lo has dicho?

Dina:

No… estoy en ello.

Nuri:

Eso es que te has rajado.

Vamos, Dina, tú puedes. Siéntete orgullosa…

—¿Bernardina? —me corta mi madre, con ese tono que parece invocar rayos y centellas.

Le doy la vuelta al móvil, sintiendo que su mirada de rayos X atraviesa el mantel de hule, la madera, mis piernas y, de paso, mi dignidad. Lo guardo a toda prisa y alzo la cabeza, topándome con sus pupilas que ya me juzgan como si tuvieran incorporado un

contador de pecados. Un escalofrío me recorre la columna vertebral sin pedir permiso.

«Mejor que me diga de una vez que me va a meter en un convento y lo vamos adelantando. Al menos ahí tendría wifi ilimitado y me ahorraría las cenas familiares».

—¿Qué escondes ahí abajo? —pregunta mi madre, ladeando la cabeza con un movimiento de búho inquisidor.

—Nada —contesto demasiado rápido. Error de novata.

Ella entrecierra los ojos, sospechosa, y yo me agarro a la servilleta como si fuera un salvavidas. Mi padre sigue cortando el pollo con tanta energía que parece un carnicero en una matanza. Y Soraya mastica despacio, disfrutando del espectáculo en primera fila.

—Nada, nada… —Niega mi madre con la cabeza mientras coloca otra bandeja más en la mesa, porque parece que nunca es suficiente. Esto no es una cena, es un banquete medieval. En cualquier momento entran unos tambores y aparece un rey pidiendo vino. Hay comida para alimentar a un regimiento… o para enterrarme viva en patatas y paella, según lo necesiten.

—Pues basta de cháchara, vamos a comer —apremia mi padre, regio como él solo.

Nuri tenía razón: soy una cobarde. Tenía que haberlo soltado nada más sentarme. ¡Pum! Y que volaran los cuchillos. Pero no… aquí estoy, tragando saliva y cagada de miedo. Porque no lo vamos a negar: siempre he buscado su aprobación. Aunque fuese mínima. Una sonrisa, una mano en el hombro, un «estamos orgullosos de ti».

«Y, sobre todo, de ella».

Desvío la vista a mi hermana mayor, Soraya, la que todo lo hace bien. La que me ha mirado por encima del hombro toda su vida, con esa mezcla de lástima y superioridad, como si yo fuera un jersey con pelotillas y ella un vestido de gala recién planchado. No pido tanto, ¿no? Solo que, por una vez, una única vez, compartan conmigo esto. Algo que es importante para mí.

—¿Cómo te va en el trabajo, Soraya? —pregunta mi madre, regalándole la sonrisa más bonita de su repertorio. Esa que yo todavía colecciono en mi lista de deseos.

«Se viene el momento de las preguntas… Solo tengo que soltarlo, y ya».

—Muy bien, mamá. —Soraya toma su copa con elegancia, da un sorbo de agua como si estuviera en una entrevista en la tele y se aclara la garganta antes de continuar.

La conversación entre mi hermana, mi madre y mi padre fluye como un río manso. Palabras medidas, gestos suaves, todo en orden. Y yo, mientras tanto, me voy evadiendo, escuchando apenas un murmullo de fondo. Me entretengo en mover el tenedor de un lado a otro, mareando el guisante y jugando un partido de fútbol en mi plato. Incluso me he montado una miniportería con dos pegotes de puré de patatas.

—Bernardina, ¿has escrito algo más? —pregunta mi madre, arrancándome de mis divagaciones.

Elevo la vista y la veo mirar hacia la repisa, donde descansan las dos novelas que publiqué con una editorial pequeña. Mis dos criaturitas. Ninguna con una escena subida de tono, por supuesto: demasiado miedo a que mi madre las leyera y muriera fulminada al instante por sobredosis de erotismo. En su cara aparece un atisbo fugaz de sonrisa… ¿Orgullo? Quizás. Un destello tan breve que apenas tengo tiempo de saborearlo antes de que Soraya hable por mí.

—Mamá, ¿no la ves? Está con la cabeza en las nubes, como siempre —lo suelta con ese tonito que duele más que cualquier cuchillo bien afilado.

Me quedo parpadeando, intentando procesar, mientras la miro desde mi lado de la mesa.

—¿Cuándo vas a dejar de escribir esas bobadas? —añade, señalándome con el tenedor como si dictara sentencia—. Tienes que buscarte un trabajo de verdad. Eso que haces… —hace una pausa

para clavarme la puntilla— no es más que un *hobby* que no te llevará a nada.

Y ahí está, la frase que me desmonta por dentro. Porque esas «bobadas» a las que se refiere fueron mis desvelos hasta las tres de la mañana, mi café frío al lado del teclado, mis domingos enteros encerrada cuando todos estaban de barbacoa. Fueron noches de llorar frente a la pantalla pensando que no valía para nada y el milagro de ver mi nombre impreso en una portada. Puede que fueran libros pequeños, sí, pero eran míos. Y para mí lo fueron todo.

—Déjala que escriba —añade mi madre al mismo tiempo que se levanta de la mesa.

Me llevo una mano a la cara porque sé lo que se viene. Abre el cajón del mueble que tiene detrás y, cómo no, saca su libreta. Esa libreta. La de tapas floreadas que parece haber sobrevivido a la Guerra Civil y que guarda como si fueran las Sagradas Escrituras. Arrastra su silla y la coloca a mi lado. Yo me encojo en la mía, deseando fundirme con el respaldo. Coloca el cuaderno abierto delante de mí.

—A mí me gusta que escribas, en eso te pareces a mí. Mira, hace unos días me dio por continuar este relatito de aquí… —señala con el índice, entusiasmada, mientras de reojo veo a Soraya negar con la cabeza, como diciendo «ya estamos con la función»—. Léelo, seguro que te suena…

«Sí, claro que me suena. Es el mismo relato que lleva años reciclando, cambiándole cuatro palabras y siempre me obliga a leer».

—Eulalia, deja de alimentar los pajaritos de Bernardina —determina mi padre, cortándole las alas a mi madre de un tijeretazo.

—Anda, anda… —ella replica, cerrando el cuaderno con un golpe seco, como si así pudiera salvar la dignidad de su relato—. Solo fantasea, pronto encontrará un trabajo de verdad, ¿a que sí? —Me mira con esperanza.

—Ya tengo un trabajo —murmuro con la boca pequeña.

—Eso no es un trabajo. Es un pasatiempo —sentencia mi padre sin dejar lugar a réplicas.

Mis pupilas van de uno a otro como si estuviera siguiendo un partido de tenis: saque de mi padre, revés de mi madre, y ahí viene el remate de Soraya.

—Menos mal que uno de los dos me da la razón —añade mi hermana, aprovechando la ocasión para rematar—. ¿Podemos hablar de que ha pedido una excedencia en su trabajo para dedicarse a «escribir»? —Acompaña la palabra con comillas en el aire, como si escribir fuese un verbo inventado por mí en una tarde de aburrimiento.

Me encantaría decirle cuatro cosas. Se me agolpan en la garganta, me queman la lengua. Pero sé cómo acaba siempre: cuando empiezo a hablar, no me escucha. Me frustro, me atropello con mis propias palabras, y ella sentencia lo de siempre. Que tenía razón. Que no tengo argumentos. Que lo mío no tiene futuro. Pero algo dentro de mí se enciende. Una chispa. Puede que sea la voz de Nuri repitiéndose a todo volumen, como un megáfono interno con una sola frase, o puede que sea simplemente que, por primera vez en años, me atrevo a echarle un poquito de cara a la situación. Las manos me tiemblan bajo la mesa, sudan, y me agarro al vestido, intentando contenerme. No sé lo que es, pero lo dejo salir, bajito, en un susurro que casi no se atreve a existir.

—La editorial Universal se ha fijado en mis novelas… —susurro. Apenas audible. O eso creo.

«Puede que no se hayan enterado…».

Pero sí se han enterado. Mi hermana suelta una risa hueca, un eco desagradable. Mi padre bufa, harto, como si acabara de confesar que quiero abrir un circo en vez de hablar de literatura. Y mi madre… me toma de las manos, en un gesto que intenta anclarme a la mesa.

—¡Ay! Sabía que tarde o temprano se fijarían en tus historias, son tan bonitas, tan llenas de amor y tan tiernas… —murmura mi madre,

con esa ilusión que me aprieta el estómago.

«Ay, digo yo… cómo le explico que ahora quieren que suba la temperatura, tanto que podría ir directa al infierno con billete de ida».

—Eso son tonterías. Que se hayan fijado en ti no te da la seguridad de un trabajo estable. —Mi padre sentencia con la voz grave de siempre, como si llevara un mazo de juez en la garganta—. Vuelve a hablar con Francisco y dile que te has arrepentido, que vuelves mañana mismo. Y en tus días libres escribes, pero no malgastes tu vida. Toma ejemplo de tu hermana.

Francisco. El gran amigo de mi padre que me hizo el «favor» de meterme en su empresa de informática. Según él, era un trabajo a media jornada, solo durante un tiempo, para echar una mano. La trampa perfecta. Lo que no me dijo nadie es que había firmado mi sentencia: jornadas eternas frente a una pantalla, sacando adelante incidencias técnicas y volcados de datos hasta que se me quemaban las pestañas. Más horas que un reloj y cero tiempo para escribir. Pedí una excedencia hace un par de días, pero como aquí las noticias vuelan más rápido que el chisme del barrio, no me dio tiempo ni a ser yo la que lo contara. Porque claro… ya lo sabían.

—Papá, pero es que no entendéis que soy escritora… —digo en un hilo de voz.

«Vamos, Dina, un poco más alto. Casi lo tienes».

—Y yo soy cantante, porque como canto en mis ratos libres, pues ya lo soy —replica Soraya, lanzándome un dardo directo al corazón.

—Dime, ¿qué escribirás? Que sea algo tierno, nada de esas cosas turbias que escriben ahora, que son cada vez más vulgares. Ten clase —recita mi madre, ignorando olímpicamente el comentario de mi hermana.

Bajo la mirada, conteniendo las lágrimas. No quiero que me vean llorar.

—Eulalia, por favor. —Mi padre suspira, intercambia una mirada significativa con mi madre y remata—. Bernardina, sabes que eso no

tiene futuro. Que se fijen en ti no te da para una hipoteca, ni para pensar en mañana. Escribir no da de comer. Eso son solo sueños de cuando eras pequeña. Ya es hora de que crezcas. Toma ejemplo de tu hermana, fíjate en Soraya: trabajadora, responsable, con los pies en la tierra…

«Genial. Ahí está, la medalla de oro para Soraya. Otra vez. Mientras yo, ni me clasifico».

—Estoy con papá —suma Soraya sin perder la oportunidad—. Tienes que dejar todo eso atrás y centrarte en tu futuro. ¿Qué te crees, que porque publiques con ellos vas a ser la nueva Megan Maxwell? —Y su carcajada me atraviesa como un cuchillo afilado.

—No digas eso… —Mi madre se santigua al vuelo, echando una mirada de reojo al crucifijo que preside el salón—. Esa mujer escribe cosas muy… —baja aún más la voz, temiendo que Jesús la escuche desde la cruz— muy verdes.

«Claro, verdes. Como si fueran brócolis en lugar de orgasmos».

—Mamá, deja de llenarle la cabeza de fantasías. Es hora de que abra los ojos, y no es que me guste ser la mala de la película, pero es la realidad.

Me callo, porque ahora no tengo fuerzas para entrar en esta discusión que parece ya haber llegado a su final. *Sin nada que aportar, señoría,* es lo único que me sale. Mi padre con el mazo ha sentenciado la comida, mi hermana con su argumento me ha dejado sin réplicas, y mi madre, el único jurado que aún podía ganarme, está a un paso de abandonarme también.

Pero entonces me hago un juramento silencioso: voy a callarles la boca. A todos. Con páginas, con tinta, con esas «bobadas» que me han robado el sueño durante años.

Y cuando llegue ese día, porque llegará, quiero verles las caras.

CAPÍTULO 4



Cuatro horas antes;

—Estate quieto, Rubén —me regaña Maite mientras me gira la cara de un lado a otro—. Solo es una brocha, no te va a morder…

—Shhh —nos chista Aksel desde la cocina—. No levantéis mucho la voz, por favor… que como la niña no se duerma, Jessi me mata.

Cierro los ojos un segundo e intento concentrarme en cualquier cosa que no sea tener a dos mujeres manoseándome… y no de la manera que me gustaría. Sabía yo que las ideas de Viggo no traían nada bueno. Mira que llamar a la amiga de Jessi, Maite, para maquillarme para la fiesta temática de esta noche. Una fiesta de máscaras, nada menos, en un club *swinger* de esos que parecen sacados de *Eyes Wide Shut*. Vamos, lo último en mi lista de planes soñados: que me pintarrajeen entero para entrar en un sitio donde la gente va sobrada de misterio y yo lo único que quiero es que no me reconozca nadie del cuerpo de bomberos.

Pero espera, que no nos quedamos ahí: también se ha unido la novia de Viggo, Tina. Que, a ver, a mí Tina me cae de puta madre, incluso la considero una santa por aguantar al creído de mi amigo, pero… ¿hacía falta público para esta humillación? Cada vez estoy menos seguro de este plan.

—Abre los ojos, que tengo que ver si necesito más maquillaje por aquí —me anima Maite.

Los abro a desgana.

—¿Te queda mucho? —pregunto en un susurro.

—Disfruta de tu momento, campeón, Maite es una profesional con esas manos… —suelta Viggo desde el sofá, con un bol de palomitas como si estuviera viendo un documental de Netflix.

«Será capullo… se ha hecho palomitas para disfrutar del espectáculo».

—Cariño, no lo digas así, que parece otra cosa —se carcajea Tina, robándole un puñado de palomitas sin disimulo.

Viggo intenta detener el atraco con un gesto torpe, más reflejo que intención, pero en la maniobra la arrastra consigo y Tina acaba desplomada sobre su regazo entre risas. Y entonces, se lía. Las palomitas vuelan en todas direcciones como si alguien hubiera activado un modo explosión. El sofá parece un campo de batalla: granos de maíz reventados en los cojines, salpicando la alfombra, alguno incluso se cuela en mi zapato.

—Joder, Viggo, ten más cuidado… —resopla Aksel, levantando una ceja al ver el estropicio.

Yo mientras intento verme de reojo en el espejo de la derecha, estirando el cuello como un avestruz, pero no llego a distinguir gran cosa. Y justo entonces, la puerta del salón se abre y aparece Jessi: moño deshecho, manchas de leche en la camiseta y unas ojeras de campeonato. La bonita maternidad. Aun así, hay que reconocerlo, sigue estando guapísima. Se queda en la entrada, manos en las caderas, con esa pose que solo le falta una capa para parecer superheroína o una supermamá.

—Ni un ruido más —advierte con voz baja, aunque cargada de amenaza—. Acabo de dormirla, y si se despierta… os mato.

Hace una pausa y suelta un largo suspiro.

—De verdad, la quiero muchísimo… pero no puedo más —sentencia.

—¿Cómo estás? —le pregunto cuando se acerca a inspeccionar la obra de arte abstracto que su amiga está perpetrando en mi cara.

—Muy cansada. Tengo más sueño que un cachorrito, pero sobreviviré… porque tengo un pedazo de compañero de batallas, ¿verdad?

—Sí, juntos podremos —responde Aksel desde el suelo, mientras sigue recogiendo palomitas, parece que juega a Operación sin que suene el pitido—. Solo necesitamos dormir un mes entero y quedamos como nuevos.

—¿Queda mucho? —insisto, porque ya empiezo a notar que tengo el culo dormido.

—Ya queda poco —responde Maite con dulzura, sin despegar los ojos de mi cara. Está tan concentrada que parece que esté desactivando una bomba y no maquillando a un hombre adulto en contra de su voluntad.

—¿Por qué tanto maquillaje si va a llevar antifaz? —pregunta Jessi, dando la vuelta al dichoso antifaz en la mano.

«Gracias. Alguien con sentido común en esta habitación».

—A ver, lo explico otra vez —suspira Maite, paciente, pero ya con ese tono de profe en su tercer café del día—. El antifaz que teníamos a mano es este, dorado, medio rígido, con ese aire de rey feérico que guarda secretos. Así que estoy trazando estas líneas doradas alrededor de los ojos, como si fueran raíces o grietas de magia. Le da profundidad, misterio… y si el antifaz se mueve o se cae, seguirá pareciendo un Tamlin de andar por casa, aunque con dignidad y no un tipo con resaca en una despedida de soltero.

—Así parece que le salen espinas del antifaz —comenta Jessi, sorprendida, ladeando la cabeza buscando algún tipo de mensaje oculto.

Pues entonces no pinta mal si me parezco a Tamlin. Sí, sé quién es. Mi hermana se ha leído toda la saga de *ACOTAR* y no hay día

que no me suelte algo sobre *faes*, ritos, poderes oscuros y hombres con alas y traumas.

—Es una especie de *Señor del Antifaz*… pero en versión reino feérico con poder y mucho misterio —aporta Tina, cruzada de brazos como si estuviera analizando una obra de arte.

—En versión sexy, más bien —añade Jessi, alzando una ceja con intención—. De esas que rompen corazones y pactos sagrados.

—O bragas —murmura Tina, dándole un codazo cómplice a Jessi sin borrar la sonrisa.

«Esto ya me gusta más…».

—Esa era la idea —murmura Maite, con una brocha entre los dientes, como una artista poseída por las musas de Velázquez y Sarah J. Maas al mismo tiempo—. Un *look* entre Tamlin y dios caído del Olimpo.

Y de repente, tengo a tres mujeres mirándome fijamente, en plan comité de expertos, y un escalofrío me baja por la espalda como si alguien me hubiera soplado en la nuca.

—¿Te echo una mano aplicando más polvos? —pregunta Tina con toda la naturalidad del mundo, sosteniendo algo que no tengo ni idea de qué cojones es, pero que parece capaz de prenderme fuego o convertirme en hada madrina.

—Sí, tienes que echárselo por aquí —dice Maite, señalando con total profesionalidad mis pectorales.

«Sí, estoy sin camiseta. Porque, según la maquilladora profesional, *es mejor hacerlo así*. Claro que sí. Seguro que es protocolo oficial de la Asociación Internacional de Pintarrajeadores de Torso Masculino».

Veo cómo Tina se prepara para esparcirme lo que sea que contenga ese bote misterioso, purpurina, talco, polvo interestelar, vete tú a saber, pero justo en ese momento, Viggo se levanta del sofá con su bol de palomitas en la mano y se planta entre nosotros.

—Ya me encargo yo de echarle los polvitos mágicos —dice con una sonrisa ladina, mientras coge una de las brochas de maquillaje que hay en la mesa, como si fuera una espada y estuviera a punto de batirse en duelo.

—Eh, eh… —interviene Tina, alzando una mano con dramatismo —. Yo lo he visto primero.

—¿Qué somos, niños de primaria? ¿Ahora también hay que poner nombre a los pinceles? —se burla Viggo, alzando la ceja mientras se coloca frente a mí como si fuera mi guardaespaldas… de talco.

—Pues si vamos a jugar, quiero mi turno también —dice Jessi, y antes de que nadie pueda detenerla, se lanza a coger otro bote de maquillaje con purpurina plateada.

—¡Ni se te ocurra! —salto yo, sin saber si reír o salir corriendo.

Demasiado tarde. Me veo de pronto con un tipo de polvo en el pectoral izquierdo, otro en el derecho y una nube de brillantina flotando en el ambiente como si hubiéramos abierto una piñata de unicornio.

—Esto ya no es un disfraz. Es un ritual de iniciación —protesto, mientras intento sacudirme el torso sin éxito.

—Calla, que estás quedando increíble —dice Maite, sin levantar la vista de mi cara, como si el caos a mi alrededor no existiera.

—Increíblemente ridículo, querrás decir —murmuro.

—No te quejes tanto, Rubén —responde Tina entre risas—. Estás a una purpurina de convertirte en una fantasía de TikTok, pareces un *fae* sacado directamente de la Corte de Primavera.

—O de un anuncio de colonia carísima que no se vende ni en farmacias, solo en bosques encantados —remata Jessi.

—¿Qué coño es un *fae*? —pregunta Viggo, aún con el bote de polvos en la mano, mirando a su alrededor como si alguien se lo fuera a traducir al español.

—El sueño húmedo de muchas mujeres —dicen las tres a coro, con sonrisas de aprobación que me hacen querer esconderme bajo

el sofá.

Y entonces suena un clic. Todos giramos la cabeza.

Aksel nos está apuntando con el móvil.

—Esto hay que documentarlo —dice, sin pizca de vergüenza—. Nadie va a creer que has dejado que te hicieran esto sin pruebas.

—Como subas eso, te vas a comer ese móvil. Entero.

—Vale, vale… —Se ríe, bajando el teléfono—. Ya solo faltaba que te pintaran los labios.

—Eso ahora, no os preocupéis, que está todo pensado —añade Maite con una sonrisa maléfica, mientras saca del bolso de *Mary Poppins* una barra de labios que no sé si brilla o me amenaza.

—¡¿QUÉ?!

No sé si reír o llorar. O buscar una manta, taparme entero y decir que estoy indispuesto para la fiesta.

«Esto no es una buena idea… ¿O sí?».

CAPÍTULO 5



Cuatro horas antes;

—Yo les habría dicho cuatro cosas. Me levanto en mitad de la cena, los señalo con el tenedor uno a uno y les grito bien alto: ¡¡Voy a ser una jodida *best seller*!! —Nuri se pone en pie para hacer todo el teatrillo, vaso en mano y sin pizca de vergüenza, como si fuera su versión etílica del discurso de *Braveheart*.

Ha ido mezclando combinados con una creatividad digna de Brian Flanagan, Y si no sabéis quién es, ya os lo digo yo: el protagonista de *Cocktail*. Me encantaba esa peli. Tom Cruise haciendo malabares con botellas, sonriendo como si supiera algo que tú no. Un clásico. Nuri levanta el vaso, que está a medio beber… y a estas alturas, probablemente contiene un cóctel entre ron, ginebra y decisiones cuestionables.

—Dina, toma nota, porque esto lo tendrás que hacer tú algún día. Ya está bien de ser la niña buena. Tienes que desmelenarte un poco…

—¿Así? —Agito la cabeza suavemente.

—¡Un poco más! —me anima.

Bajo la mirada a mi copa, que apenas he rozado. No suelo beber, y me sube rapidísimo. Ya noto ese calorcito en las mejillas, esa

especie de cosquillita que avisa de que el filtro social empieza a resbalarse. Y de repente, sin previo aviso, ni introducción, ni permiso, Nuri me agarra los carrillos como una abuela emocionada y me obliga a alzar la cara.

—Repíteme lo que me dijiste antes… —ordena, con esa voz que no admite excusas.

La miro sin comprender, con la cara de quien acaba de despertarse de la siesta y tiene una linterna apuntándole. Ella pone los ojos en blanco con dramatismo, y luego me clava la mirada.

—Voy a… —empieza, marcando cada palabra con solemnidad. Y entonces caigo.

—Voish… a callal… —intento responder, pero la tía me tiene tan apretada que ni vocalizar puedo.

—¡No te escucho! —grita, teatrera perdida.

La fulmino con la mirada. Luego ruedo los ojos. ¿En serio no se da cuenta de que me tiene en modo pez globo? Dejo la copa en la mesa y empiezo a zafarme del cepo facial hasta que, por fin, reacciona.

—¡Ops! —dice, soltándome como si nada.

—¡Que les iba a callar la boca! —respondo por fin. Tomo el vaso y lo levanto de nuevo antes de dar un trago largo.

«Ay, madre mía… como siga así, me desmeleno de verdad».

—¿Y qué vas a hacer para conseguirlo? —me alienta, con esa mirada brillante que siempre me da más fuerza de la que tengo.

—Escribir la novela más picante jamás escrita —anuncio, alzando la copa en un brindis con las musas.

—¿Con escenas guarras?

—¡Sí!

—¿Calenturientas?

—Sí, con esas que nunca me atreví a escribir. Pero esta vez me pienso documentar y dar lo mejor de mí. Sin filtros.

—¡Eso es! —exclama, tan emocionada que parece que haya ganado un premio por mí.

Me mira con esa mezcla de orgullo de amiga, compañera de piso y *cheerleader* emocional. Sin embargo, de pronto, su expresión cambia. El ceño se le frunce. Sus ojos se entrecierran. Peligro.

«Oh, oh».

No me gusta cómo entrecierra los ojos. La conozco demasiado. Sé perfectamente lo que significa ese gesto. Le están saliendo ideas. Ideas peligrosas. Puedo notar el chisporroteo desde aquí. Un escalofrío me sube por la columna vertebral. Esto no pinta bien. Algo se viene. Y no va a ser suave.



—¿Es necesario tanto maquillaje? —pregunto, mirando mi reflejo en el espejo. Casi no me reconozco. No sé quién es esa mujer que me devuelve la mirada, pero tiene pinta de meterse en líos.

Nuri ni se inmuta. Solo me gira con delicadeza, como si fuera una figurita de escaparate que ha colocado mal.

—Sí, hace falta, hazme caso. ¿No querías documentarte? Pues esta es tu oportunidad —dice mientras me coloca accesorios por todas partes. Con esto encima, fijo que si voy al baño se me desmonta el tinglado.

—Es una fiesta temática donde todos van con máscaras, nadie te va a reconocer. Hay discreción, misterio… y erotismo en su máxima expresión. Vas a ver cosas, Dina. ¡Cosas!

«No sé si me gusta o me disgusta lo de ver cosas…, pero no se lo voy a decir».

—¿Y cómo sabes tú tanto de esto? —pregunto, intentando que no suene a acusación de madre.

—Sé de muchas cosas, pequeña —responde con una sonrisa que no me da nada de confianza.

—No creo que sea buena idea…

Nuri suelta un bufido. Literal. Uno de esos que hacen los toros antes de embestir.

—Dijiste que te querías documentar, ¿no?

—Sí… pero leyendo otras novelas. No lanzándome al pozo.

—Pamplinas —responde, mientras me pone algo con pegamento alrededor de los ojos—. Nada mejor que meterte de lleno en el ojo del huracán, como cuando Torcuato de Luca se internó en un manicomio para vivir en sus carnes la historia que quería contar…

Abro los ojos como platos. Me quedo mirándola, sin pestañear.

—¿Has leído *Los Renglones torcidos de Dios*?

—Claro que sí. Y he leído muchas cosas más, aparte de marranadas, ¿qué te crees? —contesta ofendida, mientras me ajusta algo con delicadeza—. Tranquila, se quita con facilidad. Todo lo que estoy usando es de uso corporal.

—¿Y de dónde sacas estas cosas?

—A veces me *cosplayeo* en eventos —dice como si hablara de ir al súper.

—¿Cospla… qué?

—Me disfrazo de personajes que me gustan —responde con paciencia de maestra, mientras me encaja una redecilla en la cabeza.

Y entonces entiendo todas esas veces en las que la vi vestida de forma extraña. Agito la cabeza, intentando sacudirme las ideas que se me están mezclando. Me centro, o al menos lo intento.

—Quieeeeta —me regaña.

—A lo que íbamos: ir a una fiesta en un club *swinge*r es… muy heavy. Yo quería documentarme de la forma tradicional. Ya sabes, subrayador en mano, café, mantita, PDF...

Me coloca un dedo sobre los labios y se me hielan los pensamientos. Me mira fijamente. Tiene unos ojos enormes, de esos que hipnotizan. Te cargan las pilas y te obligan a decir que sí, aunque tu cerebro esté gritando que no. En ese momento lo entiendo todo. Nuri es la serpiente de *El libro de la selva*. Me ha envuelto con su técnica. Me ha liado. Me tiene.

—Y lo vas a hacer —dice muy seria, bajito, como si fuera un mantra secreto—. Te vas a documentar al nivel de los grandes.

—Nuri… —intento replicar, con voz débil, tratando de frenar el huracán que se me viene encima.

Ella ni me escucha. Se gira con calma, abre su armario como si fuera el cofre de un tesoro y empieza a rebuscar en el altillo. Tras unos segundos de suspense digno de una serie coreana, saca una bolsa transparente con una peluca larguísima, rubia platino. Una melena de las que conquistan reinos.

«¡Ah! Me está preparando para ser una Daenerys».

—Dina, ya era hora de que te quitases ese disfraz de mojigata que llevas a todas horas —declama con voz poderosa, la jodía parece que está dando un discurso ante el Senado Romano.

Y no sé cómo, pero mientras se acerca y cepilla la peluca con solemnidad, yo voy sintiéndome… diferente. Como si me estuvieran ungiendo con una nueva identidad y efectivamente, fuera la Madre de dragones. Cuando me coloca la peluca, siento un leve cosquilleo en la nuca. Y no sé si es el pegamento o el ego subiéndome de golpe.

—Ahora te toca probarte otro disfraz. Uno con fuerza.

—Ajá… —respondo, envuelta en esa energía rara y poderosa, metida de lleno en un capítulo de *Juego de Tronos.*

«Venga, sí, con eso creo que podría. Me estoy viniendo arriba por su culpa… y por el alcohol».

—Esta noche serás Sylvanas.

Y entonces, zas. Cubo de agua fría. Me congelan las ideas.

—¿Sylvanas?

—Sí, es un personaje de un juego. Una guerrera. Tiene una fuerza única… una presencia brutal.

—¿Y crees que me pega para esta noche?

—A ver, no tienes que ser ella al cien por cien. Porque, bueno… ella es un poco más cruel, manipuladora, vengativa… —Me lanza una mirada rápida, nota que estoy a punto de preguntarle si también mata gente o hace pactos con demonios.

«Lo que me faltaba ponerme un disfraz digno de bruja, así ya no tienen excusas para quemarme en una pira».

—Es solo un nombre, Dina. Un punto de partida. Tú no vas a ser Sylvanas. Vas a ser tu protagonista. La que llevas dentro.

Me mira con esos ojos de gurú motivacional de madrugada.

—Ella es la que tiene que salir esta noche. La que siente. Observa. Vive. Solo así vas a saber lo que es el verdadero erotismo.

Nuri me coloca las manos sobre los hombros y me guía hasta quedar frente al espejo. Se queda justo detrás, observándome con ese brillo en la mirada que mezcla orgullo y emoción contenida.

Y por un momento… me vence la gratitud. Gratitud por todo lo que hace por mí, por todo lo que no dice, pero demuestra, por ese orgullo que ahora mismo le chispea en los ojos. El que siempre quise encontrar en mi familia. Y que en ella aparece, sin avisar, en las formas más inesperadas.

—Oh… —Es lo único que consigo articular cuando me veo.

La piel me brilla, uniforme, casi irreal, como si me hubieran retocado en Photoshop, pero en la vida real.

«¿Soy yo?».

Llevo un antifaz negro, pequeño y delicado, perfectamente adherido al rostro. Nada de gomillas ni cintas: es parte de mí. Y debajo, Nuri ha dibujado unas líneas negras que se difuminan hacia abajo, como si el antifaz se estuviera desgastando… o derritiendo. Como si llorara tinta. El pelo rubio ya no se ve. La peluca está oculta

bajo una capucha con adornos brillantes, y de ella caen dos mechones largos, plateados, que me enmarcan la cara con una personalidad que no reconozco… pero me gusta.

Mis ojos bajan, despacio, casi con miedo de lo que me voy a encontrar. Y ahí está.

Un sujetador rígido, con forma de armadura ligera, que cubre lo justo y nada más. En tonos morados metalizados, con detalles plateados en los bordes que parecen sacados directamente de un videojuego. Con ese aire entre guerrera y reina feérica del apocalipsis, aunque con un toque más… sensual. No hay tirantes visibles. Todo está estratégicamente encajado. Sujetado. En su sitio. Como si una bruja muy eficiente hubiera venido a vestirme mientras dormía. Las botas altas que rozan el muslo estilizan mis piernas hasta el infinito.

Y debajo, una braguita del mismo tono, alta de tiro. Mínima de tela. Con un par de tiras a los lados que enmarcan mi cadera, marcando territorio. No hay capa, ni cinturones, ni nada que distraiga: estoy yo. Yo… vestida como una versión sexy de un personaje al que solo conocía por memes.

Y entonces me entra. La vergüenza. Siento cómo me sube el calor desde el estómago hasta las mejillas.

«¿Voy a salir así? ¿De verdad? ¿A la calle? ¿Con humanos delante?».

—Nuri… yo no puedo —murmuro, bajando la mirada, deseando que aparezca una túnica de monje franciscano y me envuelva entera.

—No saldrás así a la calle, ¿estás loca? —responde mientras se dirige a su armario, ese que esconde más prendas que todo Zara.

Rebusca unos segundos y saca una gabardina beige que parece prestada por Colombo. Se acerca y me la coloca con cuidado, como si me estuviera abrigando con un conjuro protector.

Respiro. Por fin respiro. Porque por un momento me veía cruzando el barrio así, con el viento ondeando y todos los vecinos

mirándome, juzgándome.

—Ya estás lista. —Me da un cachetazo en el culo y me acerca el bolso con el móvil.

Caminamos hasta la puerta. Me da un beso en la mejilla y me mira con ternura. Pero entonces, retrocede.

«¡Eh! ¿Por qué retrocede?».

Y es ahí cuando caigo. Ella no se ha cambiado de ropa. Ni se ha maquillado. Ni lleva bolso. Un momento.

—¿Tú no vienes?

—*Nop.*

—¿Y eso cuándo pensabas decírmelo? —pregunto alucinando.

—Pensé que no hacía falta —responde con una sonrisa traviesa.

Yo asiento, flipando en colores.

—Sola no puedo…

—No estarás sola. Seré tu *tía de la silla*. Estaremos comunicadas en todo momento. Y si necesitas un plan de huida, estaré aquí. —Me guiña el ojo con más solemnidad que Nick Fury reclutando vengadores.

—¿Mi *tía de la silla*? —Frunzo el ceño. No entiendo nada.

—Sí, como cuando Spiderman tiene al colega que está frente al ordenador y le chiva todos los secretos… Pues yo seré ese. Ned. Pero con *eyeliner* y más sarcasmo.

Da dos pasos hacia delante, pero mantiene una distancia prudencial… Por si me da por agarrarla del brazo y arrastrarla conmigo a esta locura como si fuéramos Thelma y Louise versión *cosplay*.

—Recuerda, tienes la entrada en el móvil. Está todo controlado.

—Ajá —respondo, con cara de *me va a dar un chungo*.

—Disfruta. De verdad, Dina… pásatelo bien. Lo mereces más de lo que crees.

Asiento mientras agarro el pomo de la puerta. Me falta valor, me faltan fuerzas… pero entonces recuerdo la imagen que he visto en el espejo. Esa que no parecía yo, y al mismo tiempo… sí lo era.

Nuri me acaba de regalar una oportunidad. La de disfrutar de algo que, hasta ahora, jamás me habría atrevido. Me documentaré. Sin ser guarra. Con prudencia. Sin ir de fresca. Analizaré cualquier «escena» que pueda servirme para mi supernovela. Manteniendo las distancias y sin tocar címbreles. Eso haré. Voy a investigar. Con una identidad nueva, y con la posibilidad única de estar en el centro del huracán.

«¿Qué podría salir mal?».

CAPÍTULO 6



Doy gracias a Dios, al de los católicos, al de los bomberos o al que reparta el sentido común, de llevar puesto el abrigo. Me cubre lo justo para no parecer que vengo disfrazado de anuncio de colonia exótica con presupuesto de Aliexpress. Pero una vez cruce esas puertas… tengo que meterme en el jodido papel.

«Podemos hacerlo».

No es que sea nuevo en esto, aunque nunca llegué tan lejos. Siempre fui de mirar, mezclarme un poco, besar como mucho… y largarme antes de que las cosas se pusieran serias. Si me hubieran dicho hace un par de meses que iba a acabar en un club *swinger* con antifaz dorado, maquillaje artístico y purpurina en los pezones, habría contestado que dejara de fumar lo que estuviera fumando. Y, sin embargo… aquí estoy. Parado en la entrada de Velvet Nocturno, rodeado de gente que parece sacada de una orgía entre *El señor de los anillos* y el vestuario de Beyoncé.

El portero, un tipo con más bíceps que cuello y cara de no necesitar DNI para entrar a ningún sitio, me escanea de arriba abajo con la profesionalidad de quien ya ha visto de todo, y aún se sigue sorprendiendo. Asiente con una media sonrisa, como si aprobara mi *look* de elfo cabreado con la vida, y yo le enseño la entrada desde el

móvil. La escanea sin decir palabra y me abre la puerta sin ceremonia.

«Lo primero, soltar el abrigo. Y después… ya veremos».

Bajo unas escaleras estrechas, flanqueadas por cortinas de terciopelo que rozan mis hombros, y al girar la última curva, la música me sacude el pecho. *Paradise Circus* de Massive Attack empieza a deslizarse por el aire, densa, casi líquida, como si no viniera de los altavoces, sino del suelo. Luces tenues, cuerpos cubiertos a medias, máscaras por todas partes. La pista parece una mezcla entre un desfile de fantasía medieval y una película que no se puede ver en horario infantil.

—Esto es una locura —murmuro, aunque no me escucha nadie porque la música ruge como si la sensualidad fuera un idioma a gritos.

«Vale, Rubén, respira. No es la brigada de incendios, es peor: aquí las llamas no se apagan con agua».

Me acerco a la zona de consigna. Avanzo entre plumas, cuero, corsés y miradas que se clavan sin pedir permiso. Me ajusto el antifaz, intento relajar los hombros y recordar por qué coño acepté este plan.

«Ah, sí…».

Todo esto fue porque a Viggo le pareció «divertido», y Aksel dijo que total, no tenía nada que perder. Y, oye, razón no le falta. Para ser sincero, no me parecía tan mala idea… hasta ahora. Mientras Maite me maquillaba como un príncipe feérico con traumas, de esos que triunfan en las novelas con portadas oscuras y nombres impronunciables, y las otras dos se turnaban entre dar consejos o llenarme de más purpurina, yo estaba superconvencido.

«Me vine arriba».

—Bonito antifaz —susurra una voz felina a mi derecha.

Dejo el abrigo, me giro y me encuentro con una mujer que lleva un corsé de cuero que parece sujetar sus grandes pechos de puro

milagro y una máscara plateada que brilla bajo la luz roja. Se apoya en la pared con la tranquilidad de quien está en su hábitat.

—Gracias —respondo, intentando no sonar incómodo.

—¿Primera vez? —pregunta, ladeando la cabeza.

—¿Tanto se me nota?

—Un poco. —Sonríe, y me recorre de arriba abajo con la mirada —. Tranquilo, aquí nadie muerde… si no quieres.

Se da la vuelta dejando a la vista una cola que no tengo muy claro dónde la tiene sujeta, pero que ondea con sus pasos.

«Vamos, seamos un poco como Viggo, soltémonos».

Me muevo por el local con la sensación de haber cruzado sin querer a una dimensión paralela llena de cuero brillante, alas de murciélago y gente que claramente sí sabe lo que hace. Me enderezo, me recoloco el antifaz y me pongo el cinturón invisible del «tú puedes con esto, campeón». Hombros firmes, cuello en pose de «yo controlo», aunque aquí la única ley es la del deseo. Echo a andar. Paso entre sillones de terciopelo, cortinas tan pesadas que parecen esconder secretos y luces que parpadean como si fuera Navidad en Mordor… pero con menos inocencia y más lubricante.

El calor empieza a pegarse a mi piel, un sudor leve en la nuca y noto la garganta seca, como si también llevara purpurina por dentro. La música late bajo mis pies. El aire está cargado de perfume, de deseo y de algo más que no quiero identificar. Porque inevitablemente todo esto te envuelve. A mi izquierda, una cama redonda, literal, como una de esas de películas italianas setenteras, acoge a una pareja que ha decidido que los preliminares son para tímidos. Ella lleva una máscara blanca que le cubre medio rostro y él, directamente, no lleva nada. Ni máscara ni camiseta ni… Bueno, nada. Y alrededor, varias personas observan sin pudor. Algunos beben, otros comentan, y algunos más atrevidos se preparan para participar.

Sigo avanzando. Paso junto a una mujer que baila con tanta intención que me planteo si debería pagar entrada solo por mirarla.

Su vestido rojo parece pintado sobre la piel y la máscara negra que lleva luce unos cuernos curvados, propios de una cabra mitológica. Me sostiene la mirada por un segundo y me sonríe, pero no hay chispa.

«Nada».

Siempre he necesitado algo más. Esa electricidad sorda. Las brasas que, si soplas, prenden. No fuegos artificiales, fuegos reales. Me detengo junto a la barra. Pido lo que parece lo menos peligroso del menú, whisky solo, y me lo llevo a los labios mientras intento encajar.

—¿Brindamos? —me dice una mujer desde el taburete de al lado.

Lleva un vestido plateado que parece líquido y una máscara mínima que apenas le cubre los ojos. Levanta su copa hacia mí, interesada.

—Eh… claro. —Choco mi vaso con el suyo y bebo un trago rápido.

—¿Has venido solo? —pregunta, escrutándome con la mirada.

—Con amigos… más o menos.

—Mmm… ¿Y dónde están?

Bebo por no contestar. Se acerca un poco, lo justo para que su perfume me invada.

—Entonces no tienes excusa. Esta noche deberías hacer amigos nuevos.

—Ya… —respondo, incómodo, rascándome la nuca.

—O amantes —añade, dándole un sorbo a su copa sin apartar la mirada.

Me atraganto un poco con el whisky y carraspeo como si me hubiera bajado gasolina en lugar de alcohol.

«Genial, Rubén, aquí te tiran caña sin disimulo y tú pareces un becario en su primer día».

Ella sonríe ladina, apura su copa, se levanta del taburete y extiende el brazo en mi dirección y yo me quedo quieto. Expectante.

Sus pechos se rozan con mi antebrazo mientras estira la mano hasta la barra y coge una servilleta de papel sin dejar de mirarme, como si la excusa fuera eso, el papel, pero el verdadero mensaje fueran sus ojos.

—Si te animas… podemos crear una fantasía élfica. —Me guiña el ojo—. Estaré por allí.

Ni siquiera llego a abrir la boca cuando otra mujer aparece a su espalda, la toma de la mano y tira de ella hacia la pista. La del vestido plateado me lanza una última sonrisa por encima del hombro antes de perderse entre cuerpos y luces. Me quedo solo, con la servilleta en la mano y la certeza de que ese no es mi papel. No me enciendo con cualquiera.

«Esto no es para mí».

Lo repito en mi cabeza como un mantra, aunque mis pies no se mueven. Y, sin embargo, aquí estoy, con purpurina en los pezones, un antifaz que me aprieta más de lo que debería y esa sensación constante de estar infiltrado en una película que no entiendo del todo.

«No debería de haber venido…».

No tengo ni puta idea de qué hago aquí, pero tampoco me giro para salir por donde he entrado. Algo, tal vez la cabezonería o simplemente el orgullo de no volverme a casa con el rabo entre las piernas, me dice que aguante un poco más. Que me dé una oportunidad.

De repente, algo parece cambiar. No sé si es el ambiente o soy yo, pero entonces suena *Wicked Game*, de Chris Isaak. Esa voz entre melancólica y lasciva que encajaría perfectamente en una escena de seducción lenta, de las que se graban en la jodida memoria. Las luces del local bajan un par de tonos más, transformando lo que me rodea en algo que ya no parece solo una fiesta, sino un escenario a punto de revelarme algo que no sé si estoy preparado para ver.

«Y es entonces cuando la noto».

Una figura se desliza entre la gente como si flotara. No la veo de frente, apenas un perfil, una silueta en movimiento. Cabello blanco, casi plateado, recogido bajo una capucha oscura de la que escapan un par de mechones largos que enmarcan un rostro apenas cubierto por un antifaz negro y pequeño, adherido como un secreto. Las botas altas que recorren sus piernas parecen hechas para pecar. Camina con una seguridad que desarma, inmune a todo. Da la impresión de pertenecer a este lugar… y de gobernarlo sin esfuerzo.

«Joder…».

Me congelo en el acto, con el vaso suspendido a medio camino. Y me quedo mirándola mientras se pierde entre los cuerpos y las sombras. No sé quién es, pero despierta algo que no sentía desde hace tiempo. Esa chispa, ese fogonazo que se abre paso sin avisar.

Y por primera vez desde que crucé esas puertas, dejo de pensar en lo ridículo que me siento, en lo incómodo del antifaz o en los brillos que aún tengo por el torso. Porque hay algo en ella que me empuja a seguirla con la mirada, como si el resto del local ya no importara y todo lo que he vivido hasta ahora me hubiera traído justo aquí.

No hay explicación lógica. Solo un presentimiento.

Y, joder, hace mucho que no sentía algo parecido.

CAPÍTULO 7



He entrado con la voz de Nuri susurrándome al oído a través del pinganillo que llevo en la oreja, soltando palabras de aliento, animándome a seguir, porque no es la primera vez, ni será la última, que me dan ganas de darme la vuelta y salir corriendo sin mirar atrás. En la cola de la entrada he evitado todas las miradas, creyendo que así podría volverme invisible. Bajé las escaleras con la vista al frente, repitiéndome que había venido a documentarme. Eso es lo importante. Esa es mi prioridad. Y como bien dice mi *tía de la silla*, este es el mejor lugar para vivir la experiencia de lleno.

«No tocaremos ningún cimbrel».

Esa frase va a acabar tatuada en mi cerebro. En tinta negra y con purpurina. De tantas veces que me la estoy repitiendo, se me va a escapar en voz alta y ahí sí que va a ser mi final. Aunque, siendo sinceras… Cuando fui a dejar el abrigo, algo que me costó horrores porque era mi última capa de dignidad, rocé una anaconda. Sí, sí. Una. A-n-a-c-o-n-d-a. Sí, lo juro por lo más sagrado. No se le puede llamar cimbrel. Aquello era una criatura mística. Un Pokémon legendario. Una amenaza nacional. Madre mía, miedo me da dónde quiere buscar su nido.

«Dejemos de pensar en eso, por favor».

Pero claro, dile tú eso a mi cabeza, que ahora va por libre y ha decidido poner en bucle esa imagen en una pantalla de cine de verano. La sangre me sube a las mejillas y me abrasa la piel como si me hubieran conectado a una estufa industrial. Estoy roja hasta las pestañas. La música está alta, y menos mal, porque a ratos la voz de Nuri se apaga, pero mis pensamientos... gritan HUYE en mayúsculas, negrita y con luces de neón.

—¿Virgen? —Escucho a mi espalda.

«¿Perdona? ¿Es a mí?».

Me quedo quieta, justo antes de apartar la pesada cortina de terciopelo que tengo delante. No sé si girarme o hacerme la loca. Puede que no fuera conmigo. ¿Tengo pinta de virgen? A ver, en mi día a día puede que sí. Como dice Nuri, *la rebeca es el uniforme oficial de señora que guarda secretos*. Y yo llevo años de servicio.

De repente, una mano se posa en mi hombro y siento que me hundo. Ni los tacones pueden con la gravedad emocional que está soportando mi cuerpo ahora mismo.

—Eres nueva… ¿verdad?

Me giro despacio, más que por misterio, por puro pánico escénico, y me encuentro con una mujer de piel oscura y curvas generosas. Un escalofrío me recorre la columna. Sus ojos se deslizan por mi piel, esa que está expuesta más de lo que me gustaría, y se detienen en mis labios. Y ahí se quedan.

«Dina, céntrate. Métete en el papel. Uno, dos y tres… ¡Acción!».

—Diría que todos somos nuevos hoy aquí. Algunos vienen de tierras lejanas… —respondo casi sin respirar, intentando que no se note el tembleque—. Y otros… siempre estuvimos aquí.

«¡Toma ya!».

La mujer sonríe. Una de esas sonrisas que no sabes si te están evaluando, aprobando o directamente desnudando con la mirada.

—Sigue recto. No te pierdas.

Y se aleja sin más, como si acabara de pasarme la antorcha en una carrera de relevos del deseo. Respiro. O lo intento. Porque el corazón lo tengo dándome golpecitos en las costillas, quiere salirse del pecho y dejarme sola en esto.

«No te atrevas, traidor».

Acaricio el terciopelo con la punta de los dedos. Es grueso, pesado… como si quisiera advertirme de que aún estoy a tiempo de darme la vuelta. Pero no. Ya hemos llegado hasta aquí. Y acabamos de pasar la primera prueba. Puedo.

«Ella podría».

Ella, la protagonista de mi próxima novela. Decidida. Segura. Sensual a rabiar. Sabe lo que quiere y lo toma sin pedir permiso. Cierro los ojos y me imagino frente al ordenador, dándole vida. Los abro. Y empujo la cortina.

«No soy una fresca, ni un putón por venir aquí».

La luz es tenue, como si el local supiera que lo que ocurre aquí no necesita focos, sino sombras. Un golpe de bajo me sacude el pecho nada más bajar los primeros escalones; el lugar parece tener su propio latido. Y ahí está. El Velvet Nocturno en todo su esplendor. Mi cabeza intenta procesarlo todo al mismo tiempo: corsés imposibles, máscaras de animales mitológicos, capas de terciopelo, cadenas decorativas, alas, brillos, cuerpos que se mueven al ritmo de una música que no suena, se arrastra, *Paradise Circus*, de Massive Attack. Claro. Porque si esto fuera una película, ahora mismo estaría empezando la escena en la que la protagonista se pierde en un mundo que no entiende… y donde, con suerte, no la comen viva.

Una mujer con cuernos de demonio y un látigo colgando del codo me guiña un ojo. Yo trago saliva y le regalo una sonrisa de cortesía.

«Hola. No. Gracias. Solo estoy mirando».

Avanzo un par de pasos y me doy cuenta de que me estoy abrazando a mí misma, como si fuera mi propio chaleco antibalas. Me obligo a bajar los brazos, a caminar erguida, a parecer más «confianza total» y menos «tía a punto de desmayarse».

«Documentación de campo, repite Dina. Documentación de campo».

Justo delante de mí un sofá circular en el centro de una tarima. Encima, una pareja besándose como si el mundo fuera a acabarse en cinco minutos. Ella lleva una máscara blanca. Él lleva… bueno, muchas ganas. Me arde la cara. Me arden hasta las pestañas postizas que me ha puesto Nuri.

—Ya estoy de vuelta. ¿Cómo vas? —susurra Nuri desde el auricular, justo cuando más falta me hacía oír su voz.

—Nerviosa. ¿Dónde estabas?

—Matando al *boss* final. Estoy de *party*…

—¿Perdona? ¿Me dejas sola en la boca del lobo por jugar al ordenador?

—No, cariño. Tú estás en tu propia *party*. Necesitas hacer esto sola, Dina, lo sabes. Es tu momento. Tienes que sentir aquello… y conmigo al lado, no lo ibas a conseguir.

«Encima, tiene respuestas para todo...».

—Jo…

—El local tiene muchas estancias. Algunas más atrevidas, otras más íntimas. Ve moviéndote, escucha, siente, toca si te atreves… —Hace una pausa dramática, de las suyas, y remata—. Hoy no eres Dina. Recuérdalo. Eres Sylvanas. O quien tú quieras ser.

Intento mirar hacia otro lado, a cualquier rincón que no implique ver una lengua explorando otra boca como si escondiera un secreto. Pero no hay escapatoria. Da igual hacia dónde gire la cabeza, todo es piel contra piel. Cuerpos que se agitan al ritmo de un deseo sin filtros. Manos que se deslizan por muslos abiertos, por cinturas arqueadas. Bocas que bajan por cuellos, que muerden lóbulos, que lamen pezones sin pudor. Gemidos que no se ocultan. Miradas que no se esconden. Aquí nadie se disculpa por desear.

Y, sin embargo, no es solo sexo. No es solo carne. Es otra cosa. Es… libertad. Cruda. Descarada. Poderosa. Me obligo a no cerrar los

ojos. A no parpadear. A mirar, aunque sea por entre las pestañas. Porque todo en mí quiere esconderse. No obstante, algo dentro, quizás muy al fondo, justo al lado de donde se guardan los pecados, me susurra que observe. Que sienta. Que aprenda. La piel se me eriza sin permiso, y entonces algo se enciende: una chispa pequeña, bastarda, incontrolable, que prende justo en el centro, en ese sitio donde no se piensa, se desea. Donde el cuerpo manda y la cabeza obedece.

«Voy a combustionar».

—Nuri, por favor…

—El servicio está al fondo a la derecha —responde al instante leyéndome el pensamiento—. Lo estás haciendo bien.

Camino rápido, con pasos cortos, porque si me muevo mucho me da la sensación de que todo el local va a girarse a mirarme. Y no, gracias, no estoy lista para convertirme en la protagonista de *Showgirls*. Mis tacones repiquetean contra el suelo brillante y yo solo pienso en dos cosas: que no me tuerza, y que nadie me toque. Bueno, o que no me toque otro Pokémon legendario, que ya voy servida.

Las luces parpadean con un ritmo que no ayuda nada a mi equilibrio mental. Paso junto a una cortina roja que parece susurrarme secretos indecentes. Alguien gime en una esquina. En serio. Gime. Como en las pelis. Intento no mirar. Lo juro. Pero mi mirada se resbala, traicionera, y capta un destello de piel, de dedos apretando, de una lengua recorriendo un cuello.

«Madre mía, aquí hace mucho calor».

Trago saliva. Que no tengo. La sequedad es real. Voy a necesitar un litro de agua bendita cuando salga de aquí, y así de paso limpio todos estos pensamientos pecaminosos. Al infierno de cabeza.

—Al fondo a la derecha… al fondo a la derecha… —repito como si fuera un conjuro.

Y por fin la veo. Una puerta negra con un letrero plateado que pone Privado. No, esa no. A su lado, otra puerta más discreta. Ahí

está. Empujo y entro al baño como quien cruza una frontera invisible entre la lujuria y la cordura. Me encierro en el primer cubículo libre y apoyo la frente contra la puerta.

—Me siento como una espía en plena misión secreta con este pinganillo en la oreja… y encima tú me abandonas.

—¿Yo? Jamás. Solo me ausenté un poquito. Hemos estado en llamada todo el tiempo, relájate.

—Esto es demasiado, Nuri… me va a dar algo.

—Eso se llama vivir, cariño —responde al instante, su voz baja y suave, es casi una caricia—. Y lo estás haciendo de maravilla.

—¿De maravilla? Estoy roja, sudando purpurina y juraría que tengo las bragas pegadas al cuerpo del susto.

—O del calentón.

Me tapo la boca con la mano, conteniendo la carcajada. La tensión se diluye un poco, lo justo para no salir corriendo.

«Esto no estaba en el manual de documentación…».

—Puedo hacerlo —susurro—. Soy un personaje. Es como cuando escribo.

—Eso es, cariño —contesta Nuri, en modo *coach* espiritual versión pervertida—. Estás creando a tu heroína desde dentro.

—Lo voy a hacer. Es ella, no soy yo.

—Así me gusta. Y me tienes de Pepito Grillo para guiarte, aunque en versión con látigo de cuero.

—Tú siempre tan gráfica…

—Corta las cuerdas que te mantienen atada, Sylvanas. Libérate.

—Eso haré.

Respiro hondo. Muy hondo. Tanto que me mareo un poco con el olor a ambientador de vainilla mezclado con pecado. Salgo del cubículo, porque, aunque me tiemblen hasta las pestañas, quiero ver qué pasa si dejo de huir.

Un par de mujeres se cruzan conmigo sin prestarme atención, más concentradas en comerse con los ojos. Alcanzo uno de los lavabos y me anclo. Aferro con fuerza el borde, sintiendo la frialdad de la cerámica bajo los dedos. Inhalo todo el aire que me cabe en el pecho, con la vista fija en mis manos, centrándome en mí. Y entonces, levanto el mentón.

Durante unos segundos, no me reconozco. El antifaz negro sigue ahí, como una segunda piel. El maquillaje que Nuri me hizo con tanto esmero no se ha movido, ni siquiera con el sudor nervioso que llevo coleccionando desde que crucé la entrada. Aunque lo que más me desconcierta no es el *look*, ni la peluca, ni los labios rojos que me hacen sentir medio impostora. Es la expresión. Esa mirada. No soy yo. No del todo. No Dina la de siempre. La de la rebeca, la que siempre se disculpa antes de hablar, la que no pisa una línea del suelo por si molesta.

«Es ella. Sylvanas».

La versión de mí que no teme. La que no pide perdón por ocupar espacio. La que no necesita permiso para sentir. Y juro que, por un momento, esa mujer que me devuelve la mirada desde el espejo me guiña un ojo. Me río, bajito, tapándome los labios con la mano como si alguien pudiera escucharme desde el otro lado del lavabo. Y luego me descubro sonriendo. Sonriendo de verdad.

—Vale, Sylvanas —susurro—. Vamos a ver hasta dónde llegas tú.

Me recoloco el antifaz, me subo un poco el escote que amenaza con independizarse y doy media vuelta.

«Porque esta vez, no voy a esconderme».

CAPÍTULO 8



No sé en qué momento empiezo a moverme. Ni siquiera estoy seguro de haber terminado el whisky, sin embargo, ahí voy, sorteando cuerpos, terciopelo y luces que parpadean.

«Solo sé que tengo que encontrarla».

No sé si era la forma en que caminaba o esa puta capa de sombra que parecía hecha para ocultar tentaciones. Pero algo en ella se ha quedado conmigo. Me ha dejado el pecho en pausa. Y yo no suelo quedarme en pausa.

—Perdona… —le digo a una mujer con capa oscura—. Nada, no eres tú.

—Pero podría serlo… —sugiere moviéndose de manera sensual.

Niego con la cabeza, y sigo mi camino. La gente se mueve como si ensayaran una coreografía sin guion, y ella, la del antifaz negro, ya no está donde la vi por última vez. Me meto entre las zonas *chill-out*, esquivo un tipo con collar de perro y a una pareja que se lamen sin tregua. Nada. Ni rastro.

«¿Qué coño me sucede?».

Esto no me suele pasar. Me han mirado muchas veces así, con deseo disfrazado de misterio y nunca he salido corriendo detrás de nadie. Y aquí me tienes, en modo cazador, con el corazón

bombeando más fuerte de lo que debería. Como si, en lugar de una mujer, hubiese visto un jodido eclipse.

«Uno de esos que solo pasan una vez».

Los pies me van solos, buscándola entre un mar de cuerpos que cada vez tienen menos ropa y más intención. Me abro paso sin pensar, como si mis piernas supieran algo que mi cabeza aún no procesa del todo. De reojo, un destello plateado me hace girar en seco, con la esperanza cargada en la mirada. No es ella. Solo una máscara con brillos y un tipo disfrazado de fauno que me guiña un ojo. Paso.

«¿Dónde estás?».

Llego hasta una zona más oscura del local, donde varias cortinas de terciopelo delimitan espacios privados. Oscuros. Intimidantes. El bajo de la música retumba en el pecho, y la mezcla de luces rojizas y cuerpos enredados me recuerda que este sitio no es para los débiles de corazón. Me quedo un segundo frente a una de las cortinas, dudando si avanzar o no. ¿Y si ha entrado ahí? ¿Y si está dentro, deslizándose por otra piel que no es la mía? El pensamiento me sacude más de lo que debería, más de lo que quiero reconocer.

—¿Buscas a alguien? —pregunta una mujer a mi izquierda, con voz de ginebra y tacones de aguja. Está sentada sobre un banco, cruzada de piernas, envuelta en un vestido de vinilo que cruje cada vez que se mueve.

Asiento sin decir palabra, porque ni yo mismo sabría explicar a quién estoy buscando. Es una silueta. Un movimiento. Un puto hechizo que me ha dejado en jaque.

«Tengo que encontrarla».

Avanzo despacio, bordeando el límite entre lo que se ve y lo que se intuye, hasta que la veo. Al fondo, entre la penumbra, aparece un mechón blanco que escapa de una capucha. Lo reconozco al instante. Esa curva de cadera que se mueve al ritmo de la música con la seguridad de quien cree que el mundo le pertenece. Ese

antifaz negro que ahora brilla bajo la luz tenue, como una invitación indecente. Es ella. De espaldas. Y con alguien demasiado cerca.

Siempre he sido el jodido niño bueno. El que espera su turno. El que no empuja. El que deja pasar. Y claro, acabo a un lado, porque viene otro tipo con más agallas, más coraje, más chulería… y se cuela sin pedir permiso.

«Échale huevos».

Siento cómo se me tensa la mandíbula, aprieto los puños y suspiro, tragándome las ganas de decir cualquier barbaridad que no llevaría a nada. Lo observo acercarse a ella, ese «otro» con sonrisa fácil y manos rápidas. Ella ríe. No sé si por educación, por nervios o porque de verdad le ha hecho gracia; me da igual la razón. Lo que me jode es que esa risa no me pertenece. No sé en qué momento ha pasado, pero mis pies se han adelantado a mis pensamientos. Ahora estoy ahí, a un suspiro de hacer algo de lo que, con toda probabilidad, me arrepentiré. Extiendo la mano, a punto de posar los dedos en el hombro del gilipollas que se ha colado sin pedir permiso. Y justo entonces, ella se gira.

Me mira.

Y el aire se electrifica a mi alrededor, como si una tormenta silenciosa acabara de estallar solo para nosotros.

Al tipo no le da tiempo ni a moverse. Ella lo descarta con la misma facilidad con la que uno aparta una servilleta usada. Y luego viene hacia mí. Directa. Decidida. Una jodida leona que ha encontrado por fin a su presa. Sus ojos, verdes como el puto fuego valyrio, se me clavan en la piel. Me dejan sin sentido. Sin defensas. Sin escapatoria. Extiende la mano y, con los nudillos, acaricia mi mejilla. Solo un roce. Un instante. Pero me quema.

«No pienses. Actúa».

La tomo de la cintura y la atraigo con firmeza. No hay espacio para dudas. Y ella… se encaja entre mis piernas con la precisión de quien no solo sabe lo que quiere, sino que viene a reclamarlo. Sus labios rozan la comisura de mi oído con la certeza de saber

exactamente dónde dejar la bomba. Su aliento, cálido y con ese inconfundible aroma a tequila, me acaricia la piel como un disparo lento.

—Así que Tamlin ha venido a jugar… —susurra áspera, afilada, y su voz tiene la cadencia de un pecado.

No me da tiempo a reaccionar. Mi cuerpo la reconoce antes que mi cabeza. Siento su mano en mi pecho, firme, cálida, casi exigente.

—¿No deberías estar gobernando tu Corte Primavera en vez de perderte por las sombras?

Me inclino apenas, mi nariz roza su mandíbula. No la beso. No todavía. Pero si me acerco un poco más, podríamos prenderle fuego al local sin tocarnos.

—Quizá he venido a buscar a alguien que no tema al monstruo —respondo, grave, sintiendo que se me tensan hasta los huesos.

Ella sonríe. Lo sé, aunque no la vea del todo. Esa clase de sonrisa se siente. Vibra.

—Los monstruos no me asustan… si saben dónde poner las manos.

Y entonces me las atrapa. Las guía sin apartar la mirada, con las pupilas tan dilatadas que parecen tragarse la luz. Las arrastra hasta su trasero, donde las deja ancladas, como si fueran parte del trato. Mi entrepierna da un maldito espasmo. El cuerpo me traiciona sin contemplaciones. Suelto el aire entre los dientes, un sonido que no es un gemido, aunque se le parece. No voy a aguantar mucho más. Trago saliva. Me cuesta. La música se funde con la respiración compartida, con el filo de una electricidad que ya no necesita contacto para hablar por nosotros.

—Cuidado… —susurro, inclinándome un poco más, dejando que mi voz se derrame por su cuello, lenta, caliente—. Podría dejarte marcada para siempre.

Y entonces lo hace. Me besa.

No hay aviso. Ni permiso. Solo el choque brutal de su boca contra la mía. Es un asalto, una emboscada, una maldita declaración de guerra con los labios entreabiertos. Su lengua irrumpe y yo la recibo con un gruñido que no logro contener. La música, el murmullo de fondo, los cuerpos en movimiento. Todo se apaga menos nosotros. Su sabor, un reguero de tequila y pecado, me explota en la lengua.

«A partir de ahora, el tequila es mi puta bebida favorita».

Mis manos, aún aferradas a su trasero, la atraen más, buscando fundirnos. Ella se aprieta a mí con un descaro que me desarma. Nos devoramos sin piedad, como si nos estuviéramos buscando desde siempre y por fin nos hubiéramos encontrado justo en el infierno. El mundo podría estar ardiendo a nuestro alrededor y me daría igual. Porque ahora solo existen sus labios, su cuerpo encajado al mío, el vaivén de nuestras bocas en una coreografía salvaje. No hay dulzura. Solo hambre. De la que deja marcas. Y yo no pienso parar. Pero es ella la que se separa primero, apenas unos milímetros, con la respiración entrecortada y los labios brillantes. Me clava la mirada por debajo de la máscara, y juro por lo más sagrado que si dice una palabra más, reviento.

—Arriba hay habitaciones —dice, como quien lanza un reto.

No me da tiempo ni a responder. Me toma de la mano y tira de mí entre la gente, abriéndose paso con una seguridad que me deja sin escapatoria. Yo solo la sigo, con el corazón golpeándome en las costillas y el deseo bombeándome por las venas.

«Joder, la seguiría al mismo infierno».

Subimos unas escaleras de caracol iluminadas con luces rojas. Mis ojos están clavados en su espalda, en la curva que se insinúa con cada movimiento de cadera. La música queda atrás, como si el mundo bajara el volumen para dejarnos a solas. Al llegar arriba, se detiene frente a una puerta negra con un número dorado. Gira el pomo. Entra y tira de mí. Cierra con un clic seco y se gira despacio. No hay pausa. No hay duda.

Me lanzo.

La alzo por la cintura y ella enrosca sus piernas a mi alrededor con una facilidad que me enloquece. La capucha cae hacia atrás, liberando una melena larga que se derrama por su espalda. Sus labios vuelven a buscar los míos, esta vez con más hambre, más urgencia. Nos chocamos contra la pared y mi espalda se arquea cuando siento su boca descender por mi cuello, su lengua delineando el borde de mi mandíbula como si me estuviera marcando.

—Dime tu nombre —jadeo, apretándola contra mí, sintiendo su humedad empapar la fina tela entre nuestros cuerpos.

—No —susurra, con una sonrisa rota por el deseo—. Esta noche no somos nadie.

Y eso me prende más. Porque ahora no somos los que están detrás de las máscaras. Somos solo cuerpo. Fuego. Una historia que empieza con un mordisco y terminará cuando no quede piel sin recorrer.

Sus muslos aprietan con fuerza y mi erección late contra su centro, separada solo por tela que ya no sirve para nada. Sus labios recorren mi cuello, bajan, suben, muerden. Me arranca un gemido. A mí. Y esta vez no me importa. Porque el cuerpo ya no me obedece. Porque no hay espacio para el control, solo para el instinto. Nos besamos con fiereza, como si el uno pudiera absorber al otro por la boca, por la piel, por el puto alma.

«Es una jodida diosa».

Camino con ella pegada a mí, tropezando con la alfombra, tanteando el borde de la cama hasta que nos caemos enredados sobre las sábanas. Ríe. Me araña. Se retuerce debajo de mí y me mira con los ojos medio cubiertos por la máscara. No tengo ni puta idea de quién es, y, sin embargo, nunca he sentido algo tan jodidamente personal. Le quito las botas sin permiso, recreándome en adorar cada parte de su piel. Subo las manos hasta su tanga y ella alza las caderas para ayudarme. Se queda ahí, abierta, desafiante, preciosa.

Mi poca ropa vuela. Beso su vientre y le muerdo el muslo con posesión. Ella me agarra del pelo, me guía hacia su sexo y lo encuentro húmedo, palpitante, desesperado.

—No pares —susurra, ronca. Otra voz. Otra versión de ella misma.

«Y no pienso parar».

Le abro las piernas y le lamo su clítoris como si tuviera la puta receta de la vida eterna. Se arquea, jadea, se deshace. Mi nombre no lo sabe, pero me grita igual. Me implora. Se sacude cuando le meto los dedos y la acaricio por dentro. Es húmeda, caliente, salvaje. Entro y salgo con calma, atento a cada uno de sus espasmos. Su cuerpo me habla en un lenguaje secreto que solo yo entiendo. Y cuando se sacude contra mi boca, cuando se corre temblando, desgarrada por toda la tensión que llevaba encerrada, me mira como si acabara de encontrar a un dios… o a un maldito demonio dispuesto a redimirla a lengüetazos.

—Fóllame ya —me exige, sin rastro de timidez. Solo hambre. Solo fuego.

Me coloco el condón. Me tumbo encima de ella. Le sujeto las muñecas sobre la cabeza y le clavo la mirada.

—No pienso tener piedad.

Ella sonríe, y esa sonrisa… Esa puta sonrisa podría acabar conmigo.

Entro de una estocada. Dura. Húmeda. A fondo. Y ella grita. Me aferro a sus caderas. Y empujo dentro con el pulso acelerado, con los dientes apretados y el deseo convertido en motor. Me muevo rápido, lento, rápido otra vez, marcando el ritmo con la respiración y los gemidos. Cada empellón se clava en su carne como si fuera mía y su cuerpo y el mío se hubieran estado esperando. Mi polla encaja a la perfección y cada vez que me aprieta por dentro siento que voy a perder la cabeza. Estoy al límite. Al puto borde. Me esfuerzo por no correrme, por no dejarme arrastrar por ese vértigo caliente que me recorre la espina dorsal.

Nos follamos como si el tiempo fuera a acabarse y el mañana no existiera. Como si el otro fuera el único que pudiera salvarnos. Nos rompemos la piel. Nos marcamos con los dientes. Nos perdemos en las manos que arañan, en las bocas que muerden, en los cuerpos que tiemblan.

—Más —jadea contra mi boca—. No te atrevas a parar ahora.

Y entonces, sin aviso, ella me empuja con las caderas con una fuerza inesperada, instándome a cambiar de posición. Ahora mismo haría cualquier cosa que me pidiera.

—Me vas a volver loco… —le gruño, con la voz rota.

—Ese es el plan —responde, clavándome los ojos desde arriba.

Se coloca encima, me agarra la polla, la guía y se hunde en mí de una embestida que me arranca el aire de golpe. Me quedo sin respiración, con el pecho a punto de estallar. Me cabalga como una jodida amazona, con el control grabado en la mirada y las uñas aferradas a mi pecho. Se mueve sobre mí con una intensidad que me parte en dos. Caderas feroces. Pechos erguidos. Más que una mujer, parece un puto conjuro.

—Mírame —ordena, con un vaivén que me destroza y me recompone al mismo tiempo.

Y yo la miro. Claro que la miro, como si pudiera hacer otra cosa. Se arranca el sujetador sin ceremonias y sus pechos quedan libres, perfectos, redondos, provocadores. Una pequeña estela de pecas baña su piel. Me incorporo a medias, atrapado entre la necesidad y la locura, y los aprieto con ambas manos. Los amaso, los aprisiono, los muerdo. Gime. Se arquea. Me agarra del pelo y me empuja más contra ella, intentando fundirse conmigo. Muerdo sus pezones con hambre, con furia, con la necesidad de dejar mi rastro, mi boca, mi todo sobre su piel. Ella cabalga como si pudiera romperme, y joder, si ese fuera el precio, le dejaría hacerlo.

Y cuando llega el orgasmo, me agarro a ella igual que un náufrago al borde de la orilla. Porque no sé quién es. Pero sé que no la voy a olvidar.

CAPÍTULO 9



Meses después…

Estiro los brazos por encima de la cabeza, me crujen los nudillos y suspiro con fuerza.

«Vamos, Dina. Solo un poco más».

En sus pupilas se notaba el incendio a punto de estallar. Me enjauló con los brazos, pegándome a su cuerpo, y yo solo podía jadear pidiendo más. El instante no dio tregua: sus labios chocaron contra los míos con una violencia deliciosa, con prisa. Un beso sucio. Urgente. Nuestras lenguas peleando por el control como si se nos fuera la vida en ello…

Dejo los dedos suspendidos sobre el teclado, cierro los ojos y evoco ese momento. La piel se me eriza en el acto. Casi puedo sentir el sabor de su lengua, la caricia que se volvió necesidad. El fuego que se encendió en mi interior cuando lo toqué…

«Lo tenemos, sigue ahí. Uf, escribir esta escena va a acabar conmigo».

Sus manos bajaron sin pedir permiso. Una fue directa a mi cuello, apretando con esa presión justa que avisa, pero no asfixia; la otra se coló entre mis muslos con la urgencia de quien no quiere perder el turno. Me abrió. Me tocó. Y yo… solo pude arquear la espalda y

gemir su nombre sin vergüenza. Porque ahí, con su lengua en mi boca y los dedos dentro, dejé de ser la que duda. Y fui solo hambre. Solo fuego. Solo piel buscando rendirse.

Siento el corazón golpearme en las costillas con una intensidad casi obscena. Deslizo la silla hacia atrás, alejándome del ordenador. Ahora mismo parece que va a explotar, o ¿soy yo?

Cuando desperté en aquella habitación, mis recuerdos me habían traicionado. Se habían evaporado, intentando ocultar la vergüenza que me envolvió en ese instante. Pero en cuanto dejé de pensar, en cuanto traté de hacer como si nada… llegaron en tropel.

«Los besos. Las caricias. Sus manos. Él».

Flashbacks que me pillaban por sorpresa, en cualquier momento, sin contemplación. Encendiendo partes de mí que ni sabía que estaban ahí. Me aceleraban el pulso, me dejaban sin aire. Tenía que sacarlo. Tenía que escribirlo. Aunque cambiara los hechos, el lugar, a nosotros.

«Y vaya si salió».

—¡Aaaaaah! —Escucho un grito al otro lado del pasillo. Luego, una puerta se abre con violencia y unos pasos, amortiguados por algún calcetín de *Sanrio*, seguramente, vienen a toda prisa.

Nuri aparece en el umbral de mi habitación con la respiración agitada y cara de que acaba de leer algo que le ha cambiado la vida.

—¿Qué sucede? —pregunto.

—No puedes dejarlo así.

—¿El qué?

Extiende los brazos hacia mi ordenador como si fuera evidente.

—La historia. Necesito más. Tienes que seguir. —Da dos pasos, se planta detrás de mí, coloca las manos en el respaldo de mi silla y me empuja hacia el teclado como si quisiera exprimirme.

«Un momento…».

—¿Ya lo has leído? —pregunto, con la boca seca y el alma en llamas.

—Por supuesto. Lo voy leyendo mientras lo escribes. Estoy enganchada, soy tu mayor fan, tu lectora cero, tu *cheerleader* del pecado.

—No tenía que haberte pasado ese enlace… Podrías leer alguna cagada. Ya sabes, es un borrador, está lleno de frases sin sentido y de comas que no sé si son respiraciones o infartos.

«Nunca mejor dicho».

—Pamplinas. Sigue dándole a la tecla, *erotista* mía.

—Necesito descansar… —respondo, porque es mejor decirle eso a admitir que casi me quedo pegada a la silla de lo que me he puesto escribiendo esa escena, reviviéndola.

«Dios, voy a ir al infierno. Me he vuelto una guarra».

—Vamos, Dina, sigue sacando eso que tienes encerrado. Madre mía… Si llego a saber que ibas a escribir esto, te habría empujado a ir a ese sitio hace años. Me siento estafada por tu versión anterior.

Giro la cabeza para mirarla con seriedad. Bueno, con todo lo seria que se puede estar cuando acabas de escribir con pelos y señales cómo alguien te mete los dedos mientras te mira como si fueras un manjar… Y ahora, encima, tu mejor amiga te contempla con ojos de adoración.

—Ni de coña vuelvo a un sitio así —digo. Y me pongo colorada al instante. Tipo semáforo roto.

—Deberías ir todas las semanas. Si con una visita haces esto… imagínate con un bono mensual.

—Nuri, por favor. Aquella no era yo. —Intento empujar la silla hacia atrás, pero ella me lo impide con su fuerza de hobbit motivada—. Fue el tequila. El ambiente. Me poseyó el espíritu de la lujuria, o del reguetón lento. Yo qué sé.

—No, señorita. Fuiste tú. Protagonista por una noche. Sin filtros, sin miedo. Y liberaste algo que llevabas encerrado hace años. Algo

que ni el yoga, ni las infusiones, ni las *playlists* de meditación te habían ayudado a soltar.

Niego con la cabeza. Porque sabe demasiado. Porque tiene razón. Porque si abro la boca, igual lloro o escribo otra escena aún más subida de tono.

—¿Quieres que te prepare un café? Dime, oh diosa *erotista*, haré lo que me pidas… —dice, con una reverencia torpe y mucha cara.

—No. Necesito despegarme del ordenador —contesto, sin atreverme a mirar la pantalla otra vez. El fantasma de ese hombre se ha colado en mis sueños… y me está pervirtiendo. En serio. Hay partes de mí que se están despertando y no tengo claro si darles la bienvenida o salir corriendo con una biblia.

—Vale, pero mañana tienes que seguir —me advierte, con tono de amenaza cariñosa.

Intento empujar la silla hacia atrás, y esta vez Nuri, mi fan acérrima, me libera. Me suelta y me concede la tregua. La emancipación temporal de las cadenas creativas que me ha querido imponer.

—Hoy tengo una reunión con mi editora y estoy muy nerviosa.

—¿Cuándo no estás nerviosa?

—Ja. Es en serio, Nuri. Es una gran editorial. El peso que siento sobre los hombros es…

Me abraza sin más. Con ese tipo de abrazo que no se pide, pero se necesita, y por eso mismo, te deja sin escudos. Evita que continúe y me pierda en esos pensamientos oscuros que me recuerdan que siempre he sido del montón. Que no destaco. Que no brillo. Aunque una gran editorial se haya fijado en mí.

—No puedo imaginar cómo será, aunque sí puedo estar aquí para apoyarte en todo lo que necesites —susurra, acallando mis murmullos.

Me separa con suavidad, me mira a los ojos, y por un segundo contengo la marea. Esa que se ha hecho experta en aparecer justo

cuando creo que lo tengo todo bajo control. Estoy loca: hace un momento estaba a punto de implosionar, y ahora, al borde del llanto.

—Voy a darme una vuelta. A pasear por el parque. Necesito que me dé el aire.

—Vale. Me parece bien.

Tomo mi inseparable rebeca de tonos tierra, me coloco las gafas, porque soy de esas que de lejos no ve un pijo, y me aliso las arrugas que hayan podido quedar de tantas horas delante del ordenador. Y entonces me fijo. Nuri lleva una blusa de botones, elegante, tono *nude*, muy de videollamada profesional. Sin embargo, debajo… unas calzonas de pijama de *Animal Crossing.*

—Tenía una reunión por videollamada. No me apetecía cambiarme entera… ¿vale? —responde, como si pudiera leerme la mente.

—No te había preguntado… —murmuro, pero ya es tarde.

Un tintineo de llaves la interrumpe. Nuri gira la cabeza como si alguien hubiera pulsado su botón de alerta. Se aleja a pasos rápidos, pero sigilosos, hacia la puerta de entrada. Se pega a la pared con la agilidad de Spiderman en misión secreta y se asoma por la mirilla con tanta concentración que parece que le va la vida en ello.

—Es él… —susurra sin moverse.

Yo ni pregunto. Sé perfectamente a quién se refiere. El vecino de enfrente. Su *crush* silencioso. El chico al que lleva meses espiando como si fuera una mezcla entre documental de National Geographic y *romcom* de Netflix. Sabe cuándo sale a correr, cuándo va al gimnasio, qué *playlist* escucha para limpiar los domingos... y el número exacto de abdominales que hace, según sus cálculos.

—¿Va en ropa de deporte? —le pregunto desde el pasillo.

—Sí. Y lleva la camiseta gris de tirantes… —dice en tono reverencial, como si hablara de una reliquia sagrada.

«Casi puedo ver el charco de babas».

—¿La que deja ver los brazos?

—Los bíceps, Dina. No te disperses. Son bí-ceps.

Me acerco un poco, apoyándome en el marco del pasillo con los brazos cruzados.

—¿Va solo?

—Sí… —contesta, pero su tono cambia. Ya no está en modo baboseo. Ahora está en modo alerta máxima.

—¿Qué pasa?

—Hay un cartel. En su puerta. Está buscando compañero de piso. El otro, el rarito ese que tenía cara de villano de serie turca, se ha ido. Ya era hora, por cierto.

—¿Te refieres al que no saludaba ni aunque le pisaras el pie en el ascensor?

—Ese. El que olía a curry viejo con ambientador barato. Siempre pensé que ocultaba un cadáver o, mínimo, un alijo de zapatillas de marca robadas.

—¿Y vas a presentarte?

—¿Como compañera de piso o como el amor de su vida?

—Como compañera.

—¿Qué dices? —Se gira hacia mí, con cara de susto—. Ni loca. Bastante tengo con observar desde la mirilla, esto es platónico. Un amor silencioso, casto… espiritual, incluso.

—Tú. ¿Espiritual? —resoplo—. Si eres más lanzada que un cóctel molotov en un *after*.

—Para todo, menos para él. Con él… no sé. Me bloqueo. Se me seca la boca, se me atoran las palabras y me sudan las manos.

—Nuri, conoces hasta la marca del suavizante que usa. Estás obsesionada.

—Obesionada, no. Informada —puntualiza.

—Pues llama a su puerta. Hazlo.

—No puedo —susurra, encogiéndose de hombros con una ternura que no suele mostrar—. Me gusta así, desde lejos. Es mi rutina. Mi

crush irrealizable. Mi telenovela personal. Es mejor así, desde la distancia…

La miro un segundo. Está ahí, con sus calzonas frikis, la blusa elegante, y una emoción en los ojos que la delata más que cualquier palabra.

—Vale —digo, sin insistir más—. Pero si algún día decides cruzar esa puerta, que sepas que pienso estar en primera fila para aplaudirte, con pancarta y todo.

Me sonríe, una de esas sonrisas chiquitas, con un poco de miedo y un poco de esperanza. Y sin decir más, se aleja del felpudo como si acabara de sobrevivir a una escena de alto voltaje. Al final, cada una carga con sus rarezas. Las mías implican escenas subidas de tono y un historial de Google que da vergüenza ajena. Las de Nuri se resumen en mirillas, silencios y el análisis forense de cada paso que da su vecino.

CAPÍTULO 10



El café de la máquina sabe a rayos, pero me lo trago igual porque si no me espabilo, los veteranos me comen vivo. Arrojo el vaso a la papelera, y ya siento la mirada de mi jefe.

«Morales».

Tiene sus ojos fijos en cada movimiento que hacemos. Siempre atento, siempre presente. Es de esos hombres que no necesitan levantar la voz para imponer. Pero lo hace. Porque aquí todo se grita; el ruido parece venir incluido con el uniforme. Tendrá la edad que tendría mi padre, el pelo ya tirando a blanco, la piel curtida como cuero viejo, aunque con la mirada afilada de quien ha estado en todas y ha salido entero. O casi. Es imposible no respetarlo. Se respira autoridad a su alrededor, de la que se gana con hechos, no con galones.

—Novato, ¿quieres que te limpie el casco también? —me suelta, con ese tono que arranca sonrisas nerviosas a los nuevos y silencio reverencial a los demás.

Respiro hondo y agarro el trapo. Sí, aquí la mitad del curro es limpiar: cascos, botas, camiones, hasta la cisterna del baño si te descuidas. Lo asumo, soy el nuevo y me toca tragar.

—Ahora mismo —respondo, con esa mezcla rara entre respeto y ganas de mandarlo a paseo.

Él gruñe, pero al pasar cerca me lanza, casi en un murmullo, una de esas frases que parecen chulería y en realidad son consejos camuflados:

—Un casco limpio salva más vidas que tus músculos de gimnasio. No lo olvides, chaval.

Asiento como si me hubiera leído la cartilla un general, aunque por dentro sonrío. Sé que no es tan ogro; solo mantiene su papel. De cara a la galería es pura roca: voz de trueno, gestos secos, jerarquía tatuada en la frente. Aunque cuando no hay nadie mirando, cambia. Entonces me da ese empujón que necesito, medio consejo y medio advertencia, cuidándome sin querer que se note.

«Y joder… se lo agradezco más de lo que admitiré nunca».

Aparece Marcos, el último fichaje, un cachorro en versión humana: botas mal puestas, ojos brillando de nervios y un entusiasmo que da hasta envidia. No cae bien al resto porque todos murmuran lo mismo: que está aquí por enchufe, que si el padre, que si el tío concejal… chismes de radio patio. Pero yo lo veo distinto. El chaval se mata a entrenar, siempre llega el primero y se va el último, intentando demostrar el triple para compensar un apellido que no eligió.

—Tío, ¿otra vez con el trapo? —pregunta en un susurro.

—Ajá. ¿Y tú?

—Extintores —bufa, rodando los ojos.

—Pues ánimo. Esto es como la mili, pero con más agua, menos siestas y sin abuelas que te manden *tuppers*.

Se ríe, y yo también, hasta que la tos seca del veterano nos corta de raíz. Y hala, de vuelta al curro. Me inclino sobre el casco y el metal me devuelve mi reflejo… y, en lugar de mi cara, veo la suya. Esa sonrisa medio rota, el antifaz, el calor de su piel. Han pasado meses, y ni mangueras, ni sirenas, ni litros de café malo han conseguido borrarla.

«Esa mujer…».

Y como si la vida me llevara la contraria, en ese mismo segundo suena la alarma arrancándome de ese momento.

—¡Vamos, novatos! —brama Morales—. Hora de ganarse el pan.

Dejo lo que estoy haciendo y corremos hacia los taquilleros. Vestirse para la emergencia no tiene nada que ver con ponerse una chaqueta y salir a la calle. Es más bien como enfundarse en una armadura medieval, solo que con velcros, hebillas y kilos de tela ignífuga que parecen multiplicarse cuando más prisa tienes. Me meto en los pantalones con tirantes a trompicones, me enfundo la chaqueta y lucho con las cremalleras que se atascan justo cuando menos deberían. El casco me queda torcido y tengo que recolocarlo dos veces, mientras Morales ya está listo, se ha vestido en un parpadeo. Marcos, a mi lado, se pelea con las botas. Una se le engancha y por poco no se da de morros contra el suelo. Yo me siento igual de torpe, aunque disimulo lo mejor que puedo.

«Necesito mejorar los tiempos».

En menos de un minuto ya estamos todos enfundados, convertidos en soldados anónimos de casco y chaqueta. Y ahí sí: corriendo hacia la bestia roja, con el corazón queriendo adelantarse a la sirena. El motor despierta con un rugido, y yo con él. Subo de un salto, ajusto el cinturón y siento los latidos martilleándome en la sien. No sé si es por la sirena o porque aún tengo la cabeza en esa maldita sonrisa que se me cuela hasta en los sueños.

—Respira, novato —me suelta Morales desde el asiento de copiloto, sin mirarme siquiera. Como si supiera exactamente lo que me pasa solo por el ruido que hago al tragar saliva.

Asiento, aunque sé que no me ha visto, y fijo la vista en la carretera. A mi lado, Marcos no para quieto, es un rabo de lagartija: se recoloca, ajusta las botas, revisa las correas una y otra vez.

—¿Será grande? —pregunta en voz baja.

—Todos lo parecen la primera vez —respondo, intentando sonar tranquilo, cuando en realidad tengo las manos empapadas dentro de

los guantes—. Tú piensa que es como la cita a ciegas más chunga de tu vida: nunca sabes lo que te espera hasta que entras.

El camión da un giro brusco y nos balanceamos. Afuera, Sevilla corre como un borrón de luces y calles estrechas. Dentro, solo se escucha la sirena, el motor y la respiración contenida de los que sabemos que, en cualquier momento, toca saltar. Morales rompe el silencio con esa voz cascada que se impone hasta por encima del escándalo metálico:

—Recordad lo que os dije: cabeza fría, pies firmes y no se juega a ser héroe. El que juega a ser héroe, no vuelve.

El camión se detiene con un frenazo que me lanza hacia delante. Morales grita órdenes antes incluso de que las ruedas dejen de rodar.

—¡Equipo uno, interior! ¡Equipo dos, apoyo exterior! ¡Novatos, conmigo!

Nos bajamos de un salto. El calor llega antes de ver las llamas. El humo se eleva en una columna negra y la adrenalina me estalla en las venas. Agarro la manguera, tropiezo con la bota de Marcos y casi me la como entera.

—¡Joder, tío! —me gruñe.

—Perdona —respondo, aunque apenas me oye por encima del rugido.

Morales me clava una mirada que me taladra bajo el casco.

—Sujeta fuerte, Rubén. Esto no es el gimnasio. Aquí no hay repeticiones. Una vez, y bien.

Asiento, trago saliva y echo a correr detrás de ellos, arrastrando la manguera que parece pesar como un cadáver mojado. Los veteranos entran al edificio sin titubear. Yo me quedo en la puerta, de apoyo, sosteniendo la línea, asegurando que nada se doble ni se atasque. Marcos está a mi lado, con los ojos muy abiertos, tirando de otra sección.

«Joder, impresiona muchísimo más cuando lo vives de este lado. En los entrenamientos era humo artificial y cuatro gritos pactados. Aquí huele a miedo».

De dentro salen gritos, el crepitar de la madera, el crujido de algo que se derrumba. Y yo me aferro con las dos manos, con el corazón bombeando más rápido que la propia sirena.

—¡Rubén, abre presión! —Me llega la voz de uno de los veteranos.

Corro hasta la bomba, giro la válvula como me enseñaron mil veces en prácticas, y el agua ruge a través de la manguera. Un chorro que suena a cañonazo. El humo sale a bocanadas. Un vecino grita desde la acera, lo retiene la policía. Yo no veo más que sombras moviéndose dentro, siluetas entre humo y fuego.

«Tranquilo, no la cagues».

Morales aparece un segundo en la entrada, ennegrecido, con el rostro brillando por el sudor. Me busca con los ojos y me señala con un gesto rápido: «bien hecho». Tan fugaz que casi pienso que me lo inventé.

Después de lo que parecen horas, aunque apenas han sido quince minutos, el fuego cede. Los veteranos salen con la ropa empapada, tosiendo bajo las máscaras. Uno de ellos lleva a un gato medio chamuscado dentro de una chaqueta. A su lado, Morales. Imponente, entero.

—Buen trabajo, novatos —dice, y me palmea el hombro con esa mano dura que pesa como un ladrillo. Luego baja el tono, solo para mí—: No te olvides de esa sensación. El miedo es lo único que te mantiene vivo.

Y tiene razón. Porque todavía me tiemblan las manos, la boca me sabe a cobre y lo único que pienso es que, a partir de ahora, ya nada será igual.

CAPÍTULO 11



Me he pasado toda la mañana dándole vueltas a la pregunta existencial: ¿cómo se supone que una se viste para una reunión con su editora? Formal, para parecer profesional. Aunque no exagerado, que luego piensen que quiero trabajar en la notaría de mi primo Paco. Casual, para dar confianza. Pero no demasiado, que entonces parezco la vecina que baja a por pan en pijama y pantuflas. Total, que al final he tirado de lo de siempre: lo que me pongo cuando salgo de tapas con Nuri. Cómodo, con mi rebeca de confianza.

No he querido volver a casa después del paseo para cambiarme; bastante tengo con los nervios como para encima montar un desfile de disfraces en el piso. Al fin y al cabo, no soy una *influencer* que viva de su imagen. Ellos me han buscado por cómo escribo. Y dudo mucho que mi editora se fije en si llevo vaqueros o pantalones de pinzas.

«O eso quiero creer».

La reunión es un bar típico de la zona, de esos que huelen que alimentan y se llenan a medio día. La editora de Universal ha decidido que mejor venir hasta aquí que hacer una videollamada. «Así nos vemos en persona», me escribió en el correo. Yo asentí al ordenador como si me estuviera viendo, y desde entonces no he pegado ojo. Me recoloco la rebeca. No porque haga frío, que no lo

hace, sino porque tengo el cuerpo cortado de pura anticipación. Algo me dice que no trae buenas noticias…

«Maldito síndrome del impostor».

Cuando llega, la veo aparecer con su blazer perfecta, el portátil bajo el brazo y una sonrisa de esas que dan miedo porque sabes que viene con noticias importantes. Tiene el aire de esas mujeres que entran en un sitio y lo ocupan entero sin pedir permiso: elegante, segura de sí misma, con ese punto extravagante que me recuerda a Catherine O'Hara. Una señora con experiencia, tablas de sobra y sin pelos en la lengua. Deja el ordenador sobre la mesa y me tiende los brazos. No soy muy de abrazos, nunca lo he sido, pero tampoco soy idiota: si esto ayuda a que todo vaya bien, me dejo apretar entre sus hombros como si me fuera la vida en ello.

—Espero que el viaje haya ido bien, no me importaba viajar a Madrid si hacía falta…

—Nada, nada, no te preocupes. Me hacía falta salir de la oficina, tenía otro viaje por aquí y he aprovechado, así también nos conocíamos en persona.

—He dudado muchísimo en cómo debía venir vestida… —me sale atropellado, como siempre que abro la boca en el peor momento.

«Muy bien, Dina, sigue regalando titulares absurdos, y ya nos callamos otro día. Si yo soy de escribir, no de hablar, lo tengo clarísimo».

Ella se ríe, me da un repaso rápido de arriba abajo y contesta:

—Pues has acertado. Aunque, tranquila, si vienes en pijama yo lo justifico como *look creativo.*

Se acomoda y, en lugar de pedir un café como esperaba, suelta:

—Para mí, un vinito de naranja.

Casi me atraganto con mi propio aire. ¿Un vinito de naranja? A las doce y media de la mañana. Qué mujer. Qué ovarios.

Me quedo con las manos frías, golpeando el vaso de agua como si fuera una batería de rock. Mientras esperamos, me dedica una

mirada que ya me tiene el corazón marcando un solo improvisado dentro del pecho.

«Por favor, que diga algo ya sobre el manuscrito».

La camarera llega enseguida con la copa de vino, rebosante y reluciente. Mi editora la recibe como si acabaran de traerle el Santo Grial, le da una vueltecita al líquido, lo huele y da un sorbo lento antes de mirarme de nuevo. Esa pausa estudiada, en mi cabeza, se traduce en pura tortura medieval.

—He leído tu manuscrito, Dina —empieza, y todavía tiene el desparpajo de dar otro sorbo antes de seguir—. Y tengo que decirte algo: está perfecto. Perfecto en lo técnico. La narración fluye, la voz es fresca, la ironía funciona. Pero sobre todo… —otra pausa, otro sorbo, y yo tragando saliva con la sensación de estar en la antesala del dentista— tiene fuego. Desprende erotismo. Es salvaje y sexy. Esa chispa que les faltaba a tus novelas anteriores.

Yo parpadeo, en *shock* absoluto, con la misma cara que tendría si me dijeran que me ha tocado el Euromillón.

—¿Fuego? ¿Yo? —Casi me santiguo, como mi madre cuando pasa delante de una iglesia.

—Sí. —Me sonríe—. Fuego. Y no solo eso: está tan bien descrito que parece que has estado ahí. Vamos, que hay escenas que queman las retinas. Si alguien las lee en el metro, se baja dos paradas antes para darse una ducha fría.

—Ah, ¿sí? —Siento que la cara se me enciende como si me hubieran pillado robando hostias consagradas.

—Podía sentir la fricción. —Da un sorbito rápido al vino—. Vamos, que los pezones casi me rompen el sujetador.

«Madre mía, esta mujer no tiene filtro. ¿Hablarán así todas las editoras o solo las que desayunan vinito de naranja? Voy a morirme de vergüenza».

—Pero aún falta algo.

Ahí está. La coletilla asesina. La encargada de bajarme los grados en cuestión de segundos, un cubo de agua helada.

—¿Qué falta? —pregunto con voz de gatito atropellado.

—El conflicto romántico. Se nota que ahí te pierdes un poco. Como si no supieras todavía qué quieres que pase de verdad entre ellos… aparte de que se empotren sin descanso —suelta, achispada. Yo empiezo a pensar que el vinito habla por ella—. Y eso, cariño, es lo que mueve la historia.

—Aún es un borrador… —me excuso, buscando una respuesta que suene menos a excusa—. Le daré una vuelta.

—Las escenas tórridas están muy bien construidas, sí. Pero… ¿a qué se dedica él? —pregunta, ladeando la cabeza con intención—. Aparte de empotrar como un dios con martillo percutor, ¿qué más tiene? ¿Qué lo mueve? ¿Qué le pesa? Tenemos que conocerlo, Dina. Enamorarnos de él, no solo de cómo la arrastra contra la pared. Hazlo humano. Hazlo de verdad. Un romance real, no solo calentón bien escrito.

Asiento con tanto ímpetu que casi me descuelgo la cabeza. Anotado en mi libreta mental de cosas que me faltan por pulir… y por resolver.

—Ya… sé que me pierdo y que faltan detalles. Si a mí los romances me salen torcidos hasta en la vida real.

—Tienes que mojarte más.

Ella levanta la copa y sonríe. No se hace una idea de lo que me mojo con esta historia… aunque no exactamente como ella cree.

—Pues ahí lo tienes. Vuelca esa torcedura en la historia. Nadie quiere leer un amor perfecto. Lo perfecto aburre. Lo que engancha es la imperfección, la contradicción, los «sí pero no» que te hacen apretar los dientes, esa tensión que se dispara. —Suspira con intensidad, agarrando la copa como si fuera un confesionario líquido —. Ya tienen química en la cama, ahora tienes que conseguir que su historia de amor también te ponga el corazón en llamas. Tienes que trabajar bien esa parte.

Claro que tienen química en la cama. Pero lo otro… me falla. Normal, si en la vida real mi experiencia romántica se resume en imaginar, fantasear y vivir romances ficticios con una intensidad que ni las telenovelas.

—Ajá —respondo, anotando mentalmente todo lo que me dice, aunque mi síndrome del impostor esté ahí, con su pancarta fluorescente, recordándome que ese es mi talón de Aquiles—. ¿Y si los tuerzo demasiado?

—Entonces tendrás drama, y el drama también vende. —Da otro sorbo al vinito y me guiña un ojo—. Por cierto, llámame Clara, ¿vale? Eso de mi «editora» suena a madrastra de cuento. Y además… —baja la voz con una sonrisa traviesa—, si después de tanto sexo no hay drama, cariño, lo único que te queda es escribir un manual de posturas.

Me atraganto con el agua. ¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? Sí. Y lo ha hecho sin despeinarse. Asiento una y otra vez, mientras ella habla con esa seguridad de editora curtida, y solo puedo pensar que el vinito de naranja debería venderse con advertencia sanitaria: provoca verdades sin filtro y sonrojos ajenos.

Cuando nos despedimos, yo sigo con el corazón a mil. El teléfono vibra en el bolsillo de la rebeca y, cuando lo saco, tengo un microinfarto. Es mi madre. Diría que ha presentido la conversación marrana que acabo de tener, que sabe que estoy haciendo algo a sus espaldas. Un escalofrío me recorre de pies a cabeza.

CAPÍTULO 12



Me miro en el espejo del baño y lo que me devuelve la mirada es… un tío de treinta y cuatro años que parece nervioso por ir a una jodida entrevista para alquilar una habitación. Ni para bombero me puse tan tenso.

Necesito privacidad. Vivir con mi madre y mi hermana no ayuda cuando empiezan con los comentarios. Que sé que no lo hacen con maldad, pero ahí están: que si para cuándo la futura nuera, que si me quieren presentar a fulanita, que si se hace mayor y quiere nietos. Me cago en mis santos cojones, ¿acaso no ven que bastante tengo con centrarme en no morir en un incendio como para encima preocuparme por encontrar pareja? Lo he intentado, no ha surgido, y ahora me toca centrarme en mí.

Me paso la mano por la barba de dos días, dudo si afeitarme o no. Si me afeito, parezco más joven; si no, igual doy el pego de tío serio y responsable. Vamos, el futuro compañero de piso que no deja los calcetines tirados en el salón.

—¿De verdad vas a hacer esto? —La voz de mi hermana me saca del dilema. Se apoya en el marco de la puerta, con los brazos cruzados y esa mirada de «qué coño estás haciendo con tu vida» que domina desde que éramos críos.

—¿El qué? —pregunto, haciéndome el loco mientras ajusto la camisa como si fuera una cita y no un alquiler.

—Irte de casa. Mamá va a hacer un drama griego en cuanto te vea con la maleta en la puerta.

—No me voy a la guerra, me voy a compartir piso —respondo, aunque me suena más a excusa que a convicción.

Ella entra, me aparta del espejo y se mira un segundo, como si el reflejo le perteneciera más a ella que a mí.

—Con lo a gusto que estás aquí, con tu cama hecha, tu comida en la mesa y Netflix compartido… ¿Para qué complicarte?

«Porque tengo treinta y cuatro años y sigo viviendo en la habitación donde todavía quedan pósteres de mi adolescencia».

—Necesito mi espacio, Sara —digo al fin, con un suspiro.

Mi hermana sonríe de lado, como si supiera que estoy mintiendo a medias. Sí, necesito mi espacio, pero también necesito dejar de sentir que soy un invitado en mi propia vida.

—Lo sé. Y también sé que llevas mucha presión encima —se coloca a mi espalda y deja caer las manos en los hombros, apretando—. Me vas a echar mucho de menos…

—No me voy a Pekín.

—Ya… pero era tan fácil irrumpir en tu habitación para contarte lo que ha hecho Feyre, o hablarte del último *dark romance* que me ha dejado sin aire, o despotricar de chicos y tener tu punto de vista masculino para detectar *red flags* antes de que pasen…

Me quedo tieso. Está chantajeándome. Y sí, la voy a echar de menos. Es de las pocas mujeres de mi vida que no me suelta la frasecita de siempre. Eso y las amigas de Jessi, aunque la mayoría ya tienen pareja. Y para más inri, cada vez que las veo me recuerdan que yo sigo solo.

«Tengo que salir de aquí».

Y como si la hubiese invocado, aparece mi madre. Ni toca la puerta, está claro, la abre de par en par igual que cuando tenía diez

años y necesitaba recordarme que me lavara los dientes.

—¿Qué es eso de que te vas? —pregunta, con la voz temblorosa de actriz de telenovela.

Sara se cruza de brazos, divertida.

—Ya empieza el drama —susurra.

—Mamá, no me voy de casa, solo voy a ver una habitación para compartir piso. Una entrevista, nada más.

Ella me mira con la misma expresión que si acabara de confesar que pienso alistarme en la Legión Extranjera.

—¿Compartir piso? ¿Con quién? ¿Con desconocidos? Rubén, cariño, que hay gente muy rara por ahí. Y tú tan confiado… no me lo perdonaría si te pasara algo.

«Sí, mamá, como si me fueran a secuestrar por roncar».

—Además, ¿qué necesidad tienes? Aquí tienes tu cama hecha, tu comida lista… y yo tan feliz de tenerte en casa.

Sara me da un codazo, riéndose bajito.

—Te lo dije.

Mamá avanza y me recoloca la camisa con gesto maternal, como si fuera a mi primer día de colegio. Me alisa las arrugas invisibles, asegurándose de que llevo todos los botones abrochados.

—Mírate… tan guapo, tan bueno, con esos ojazos azules que quitan el sentido. No entiendo cómo ninguna chica te ha pescado todavía.

Ahí está. El combo completo. Me paso la lengua por la muela y respiro hondo para no soltar un taco.

—Mamá, solo voy a ver un piso.

Ella suspira, llevándose una mano al pecho.

—Pues yo lo único que quiero es verte feliz. Y si para eso necesitas irte… —me mira como si acabara de clavarle un cuchillo en el alma— pues que así sea.

Sara y yo nos miramos y, a pesar de todo, se nos escapa la risa. Porque mamá siempre convierte cualquier cosa en un final de tragedia.



Llego al edificio treinta minutos antes, porque soy así de formal: puntual hasta para una entrevista de alquiler. Me quedo plantado en la acera, manos en los bolsillos, mirando la fachada como si fuera a desmoronarse de repente. En Google Maps parecía decente, incluso con un par de reseñas hablando de lo tranquila que es la calle. Pero claro, después de la charla de mi madre, ya me imagino cualquier cosa que le pueda provocar un infarto.

Camino despacio hasta la esquina y vuelvo, como si estuviera valorando si comprar el bloque entero. Observo el portal: limpio, con buzones nuevos, de esos que no se atascan al primer golpe. Eso es buena señal.

«Vale, Rubén, no parece un nido de yonquis ni un set de película de miedo. Punto positivo».

Cruzo la acera para comprobar el bar de enfrente. Siempre hay un bar. Aquí tiene toldo rojo y pinta de servir cañas bien tiradas. Eso suma. Doy otra vuelta. Las calles son tranquilas, dos parques a menos de cinco minutos, un súper abierto hasta las diez. Todo encaja. Está cerca del trabajo, por lo que podría ir incluso andando. Y, aun así, sigo ahí, dando vueltas como un imbécil, porque las palabras de mi madre resuenan en bucle: «con quién vas a vivir, cariño, que hay gente muy rara por ahí».

Me apoyo en una farola y resoplo.

—Ojalá el piso tuviera botón de prueba, como los coches —murmuro. Entrar, conocer a mi compañero de piso, una charla

escueta, pero necesaria, encender las luces, probar la cama y, si no me convence, devolverlo a fábrica.

Miro el reloj. Faltan quince minutos. El móvil vibra en el bolsillo y doy un respingo. Lo saco y en la pantalla parpadea el nombre de Viggo.

«El que faltaba».

—¿Qué pasa, Romeo? —Su voz suena con esa sorna que atraviesa hasta los huesos.

—No empieces… —respondo, pasándome la mano por la nuca.

—A ver, solo llamo para comprobar si has tenido los cojones de plantarte ahí o si te has quedado en casa escondido detrás de mamá.

—Estoy aquí, joder.

—Bien, bien… porque si no, me veía yendo a empujarte hasta la puerta.

Resoplo, mirando la fachada del edificio como si fuera una montaña imposible de escalar.

—No sé por qué te cuento nada.

—Porque me necesitas, colega. Y porque te conozco: seguro que llevas más de diez minutos dando vueltas a la manzana como un inspector de Hacienda.

Lo peor es que tiene razón.

—Venga, Rubén, entra ya. Es un piso, no una casa encantada. Y si el casero te mira raro, suelta esa cara de bombero sufrido y se te rifan.

La llamada se corta antes de que pueda responder. Viggo nunca espera a que le dé la razón, porque sabe que al final siempre se la doy. Guardo el móvil, miro otra vez el reloj y me digo que sí, que tiene razón: no puede ser más difícil que una guardia de veinticuatro horas.

CAPÍTULO 13



Camino con la vista fija en mis pies, dándole vueltas a todo lo que me ha soltado Clara. Porque, oye, menuda manera de empinar el codo a buena mañana. Pero no seré yo la que le diga nada, faltaría más. Me abrazo a mí misma mientras aspiro el aroma a pan y a café recién hecho que llega de la terraza de Alberto.

—Adiós, bonita —me saluda una de las camareras, de las veteranas.

Levanto la cabeza y me encuentro con sus ojos. Su sonrisa es lo primero que me golpea, y su calidez me envuelve como una manta de esas que da pena doblar y guardar. Agito la mano, devuelvo el gesto, y vuelvo a refugiar los brazos en mi pecho contra la brisa fresca que empieza a traer el otoño.

«Qué época tan bonita».

En el escaparate de la derecha me sorprende mi reflejo: varios mechones sueltos caen sobre la cara y remarcan todavía más mi palidez, resaltando mis pecas. Empujo las gafas con el índice sobre el puente de la nariz y trato de recomponer como puedo el moño, que ya está más para deshacerlo del todo que para arreglarlo.

Miro a ambos lados antes de cruzar la carretera y acelero el paso hacia el portal. Seguro que Nuri está esperándome en el sofá, deseando que le cuente las últimas novedades. O preparando alguna

droga para echarme en el Cola Cao y que escriba sin descanso. Así le doy más material. Empujo la puerta de cristal y me adentro, refugiándome del exterior. El ascensor está a punto de cerrarse, así que me apresuro para evitarlo. Lo último que me apetece es subir escalones hasta un quinto. Y, por si fuera poco, me muero de ganas de hacer pis.

—Un segundo… —exclamo, acelerando el paso.

Una mano enorme, de esas que parecen diseñadas para frenar trenes, detiene la puerta justo a tiempo y consigo entrar.

—Muchas gracias —murmuro casi sin mirar, con la vista fija en mis zapatillas.

La puerta se cierra y el silencio que esperaba tener, se rompe:

—¿A qué piso? —pregunta él. Su voz retumba grave, de esas que empiezan en el pecho y se expande por todo el ascensor.

Trago saliva.

—Quinto —respondo, bajito, como si confesase un pecado.

«Debería de estar acostumbrada a estas situaciones, siempre consiguen alterarme más de lo normal. Imagino mil escenarios distintos, por eso soy escritora».

Él pulsa el botón sin añadir nada más. Yo sigo con la cabeza agachada, observando el cordón de mis zapatillas, centrándome en cualquier cosa que no sea en el desconocido. Aun así, noto su presencia. Está ahí, llenando el espacio reducido, y no necesito levantar la vista para saber que es más alto que yo, más ancho que el marco de la puerta y que huele demasiado bien.

El ascensor sube un par de pisos… y de pronto se detiene con un quejido metálico. El aire se me congela en los pulmones.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, con un tono que roza el pánico.

«Casi puedo sentir el sudor frío resbalándome por la espalda».

—Nada grave. —Su voz calmada contrasta con mi histeria incipiente—. Se ha parado, suele pasar.

—¿Suele pasar? —repito, medio ahogada—. ¿Y cómo puedes decirlo así, como si fuera normal? ¡Estamos atrapados!

Lo miro de reojo, todavía con la cabeza gacha, aunque la curiosidad me tira de las pestañas hacia arriba. Él se encoge de hombros, relajado, como si estuviera en un parque tomando el sol.

—Tranquila. Estoy acostumbrado a estas cosas.

—¿Cómo que acostumbrado? ¿Acaso te pasa mucho lo de quedarte encerrado en ascensores?

—No exactamente. —Esboza una sonrisa que casi puedo oír en su voz.

—¿Es tu modus operandi? ¿Entrar en ascensores con chicas y trucarlo para que se bloquee? —suelto casi sin respirar.

«Dina, cállate. No digas todo lo que se te pasa por la cabeza. A ver si le estás dando ideas…».

Su respuesta es una carcajada seca, pero no desagradable. Y eso que lo acabo de acusar de secuestrador de ascensores.

—¿Sabes? Tienes muchísima imaginación.

—Pues claro. Soy escritora —digo, como si eso lo explicara todo.

«Ahora me arrepiento de no haber ido con mi madre a misa. Seguro que voy a morir aquí. Y encima dándole datos».

—Yo soy bombero, y créeme, he visto cosas peores que un ascensor encallado en el tercero.

Mi corazón pega un tamborazo. Bombero, mil escenas se crean en mi mente con el maldito uniforme. Claro, porque justo lo que me faltaba: otra razón más para ponerme roja. Roja nivel semáforo en hora punta y con avería.

Y entonces, alzo el mentón. Y lo veo.

Una mirada azul, serena y a la vez atenta, como si nada se le escapara. Me regala una sonrisa ladeada, de esas que no sabes si son un «tranquila» o un «cuidado conmigo». Tiene el mentón marcado, cuadrado, perfectamente afeitado, y el cabello corto,

revuelto en ese desorden que parece casual pero seguro que ha nacido así. Luce una camisa de botones remangada hasta los codos, no demasiado ajustada, aunque lo justo para dejar entrever unos brazos grandes y una espalda ancha. Y ese gesto relajado que solo tienen los que están acostumbrados a lidiar con fuego. Literal o no.

«Parece el jodido protagonista de cualquier novela romántica…».

Respiro. Mal. Porque ahora no solo estoy encerrada con un desconocido… Estoy encerrada con *este* desconocido. Y sus ojos… ay, esos ojos. Azules. Claros. Intensos. Como si alguien hubiese mezclado cielo y mar justo para pintarlos. Me pierdo en ellos. Y cuanto más intento no mirar, más me hundo. El pecho me empieza a pesar, la garganta se me cierra, y el aire parece haber huido por las rendijas del ascensor.

—Eh —dice él, con esa voz grave y serena que ahora se me clava en los huesos—. Respira. Tranquila.

Yo parpadeo rápido, como si así pudiera reiniciar el sistema.

—No puedo... —susurro—. No... no puedo...

—Sí que puedes —responde, calmado, se gira hacia mí sin moverse de golpe, sin invadir. Sus manos se apoyan en mis hombros con una calma que me contagia—. Quédate conmigo, solo respira.

«Conmigo…».

Asiento. O eso creo. Ni siquiera estoy segura de sí lo he hecho o solo lo he pensado muy fuerte.

—Muy bien —continúa, con la voz más baja, más lenta—. Mira, estoy aquí. Contigo. Solo respira. Uno... dos...

Pero es imposible concentrarse cuando lo tengo tan cerca. Sus manos son grandes y cálidas. Su presencia, abrumadora. Y su voz… esa voz no ayuda. Me envuelve, me roza por dentro. Me agita en sitios donde no debería haber agitación ahora mismo.

—Soy Rubén, por cierto —dice, como si así pudiera distraerme del caos que tengo en el pecho—. Ya que vamos a compartir encierro, por lo menos que sepas mi nombre.

«Rubén».

Y no sé si ese nombre me da paz… O acaba de desatar una tormenta.

CAPÍTULO 14



Necesito que se calme. Lo último que quiero es que le dé un ataque de ansiedad aquí dentro, conmigo como único testigo y sin oxígeno emocional para los dos. Sé tratar con mujeres al borde de un ataque de nervios, tengo experiencia en casa, gracias a mi madre y a mi hermana, pero esta de aquí no necesita que la rescaten. Necesita no sentirse más insegura de lo que ya he visto hace un segundo.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, intentando que mi voz suene como una cuerda lanzada al vacío.

—Dina… —murmura tan bajito que no estoy seguro si ese es su nombre o si se lo acaba de inventar para distraerme.

—¿Dina? —repito con cautela, sin dejar de mirarla.

Asiente. Como un cervatillo en mitad de un incendio. Frágil. Desbordada. El moño que llevaba hace un segundo se deshace y le cae una cascada de pelo rojo por los hombros. No sé si es por la situación. No sé si es por la luz o por el encierro, pero está preciosa.

«Rubén, céntrate».

—Me has dicho que eras escritora, ¿cierto? —intento mantener mi voz firme, aunque la suya me tiemble en la memoria.

Vuelve a asentir, con esos ojos verdes, enormes y fijos en los míos, tras unas gafas de montura negra que, en lugar de restarle

fuerza, la hacen todavía más magnética. Tan abiertos que parece que podrían quebrarse si me acerco un centímetro más.

—¿Y qué escribes? —añado, bajando el tono, con cuidado de no asustarla más—. ¿Cuentos?

—Novelas románticas… —susurra.

La observo. Habla despacio, con la voz baja, y cada palabra parece que le costase un paso en falso.

—¿Sabes? Leo bastante de ese género… más de lo que admito en voz alta. —Le sonrío con suavidad—. Así que ya tienes al menos un lector asegurado.

Por un instante, creo ver cómo sus labios se curvan apenas, intentando creerme.

—No creo que quisieras leer mis novelas —dice, sin apartar la mirada, mientras sus mejillas se encienden de un rojo tímido.

«Joder, ¿puede ser más bonita?».

—Te sorprendería todo lo que he leído —respondo, inclinando un poco la cabeza, con una sonrisa suave—. Nunca hay que juzgar un libro por su portada, ¿no?

Ella sonríe. Es apenas un atisbo, pero, aun así, se ilumina entera. El aire entre nosotros cambia. O al menos yo lo siento así. Y justo en ese instante, cuando por fin parece que empieza a soltar el miedo, el ascensor da un golpe seco, un vaivén brusco que nos sacude.

No pienso. Actúo. Mi cuerpo se adelanta y el suyo queda contra la pared. Lo hago con la suavidad de quien sostiene cristal, sin embargo, con la firmeza suficiente para evitar que se haga daño.

Su respiración se desboca. La mía también, aunque lo disimulo mejor.

—Tranquila —susurro, marcando el compás de mi voz para que lo siga—. Respira conmigo. Vamos. Uno... dos...

Bajo mis manos a la altura de su cintura, sin llegar a rozarla. La guío más con la cadencia de mi tono que con el cuerpo. Ella me

mira, y en su mirada hay un torbellino: miedo, gratitud, vergüenza… y otra cosa que no sé nombrar.

«Hay algo en ella…».

Y entonces me golpea. No es su mirada, ni el temblor de su pecho. Sino el olor. Un perfume floral, suave, que parece descolgarse desde su piel hasta enredarse en la mía. No es un aroma cualquiera; despierta algo que no recordaba tener dormido. Como si ya lo hubiera respirado y mi cuerpo lo reconociera antes que mi cabeza. Trago saliva, conteniendo el impulso absurdo de acercarme más, de buscar ese perfume del que parece que dependa mi oxígeno.

—Otra vez. Uno… dos… —le digo, bajando aún más la voz, forzándome a no perder el control—. Uno… dos…

Poco a poco se calma. Sus hombros bajan, su pecho cede. Yo también me obligo a soltar aire, a recordar quién soy, dónde estoy. Ella abre la boca, como si quisiera decir algo, pero no sale ningún sonido. Solo ese leve gesto, apenas un respiro atrapado entre sus labios. Y me descubro mirándolos demasiado tiempo, demasiado cerca.

«No, Rubén. No».

Respiro hondo, obligándome a apartar la vista. El ascensor vuelve a sacudirse, esta vez para ponerse en marcha. El momento se rompe de golpe y el hechizo se quiebra. Me retiro con suavidad, dándole espacio. Dina permanece pegada a la pared, inmóvil, como si el aire siguiera atrapado en sus pulmones.

El pitido estridente anuncia la apertura de las puertas y, por fin, ella reacciona. Se separa de la pared con rapidez, esquivando mi mirada al bajar la suya.

—Es mi parada… —dice en un hilo de voz—. Gracias por… lo de antes.

Asiento sin añadir nada. Da un paso fuera y voy justo detrás. Dina me mira por encima del hombro, sorprendida, como si no esperara que saliera del ascensor. Por un segundo me recuerda a Dory, en

Buscando a Nemo, justo en esa escena en la que cree que la están siguiendo.

—No hace falta que me acompañes —murmura, casi sin mirarme —. Estoy bien, de verdad.

Contengo la sonrisa.

—Ya veo… Yo también me bajo aquí.

Sus pies se detienen en seco, y se da la vuelta.

—¿En serio? —pregunta, como si acabara de descubrir que soy un acosador de ascensores.

—En serio —respondo, levantando las manos y declarándome inocente—. Tengo una entrevista. —Señalo la puerta del pasillo y añado—: No te estoy siguiendo, lo juro.

Ella parpadea un par de veces, todavía incrédula, y me dedica una media sonrisa nerviosa. Y ahí estoy yo, tragándome la risa, pensando que ojalá todos los martes incluyeran un encierro con una pelirroja que huele a primavera.

CAPÍTULO 15



Durante un instante no sé si creerlo, pero entonces recuerdo lo que me dijo Nuri: hay una habitación libre y puede, solo puede, no nos emocionemos antes de tiempo, que Rubén sea mi posible vecino.

«Ya lo tuteamos y todo…».

Me pongo roja al instante. Siento su mirada serena sobre mí y, de golpe, me olvido de respirar, de andar y de encontrar una salida digna sin parecer idiota. Y como si el universo no quisiera darme un respiro, la puerta de mi piso se abre de par en par.

—¡Por fin! —exclama, con toda su efusividad habitual y cero sentido del *timing.*

Ambos giramos el rostro hacia la puerta. Mi compañera, esa que tiene más cara que espalda y que jamás se corta, se queda congelada, con los ojos abiertos como platos al vernos.

—Has llegado pronto… —dice otra voz.

Y ahí es cuando descubro que, en algún momento que me he perdido por estar flotando entre nervios, Rubén ha debido de llamar al timbre del piso B. Porque la puerta también está abierta. Y el panorama no puede ser más surrealista. Porque nuestro vecino, sí, ese vecino, el *crush* de Nuri, no ha tenido mejor idea que abrir sin camiseta. Parece que acaba de salir de la ducha, con gotas

resbalándole por el pecho y el pelo revuelto, casi puedo escuchar la música erótica de fondo.

«Podría ser cualquier escena de un momento picante de una novela».

Y mis ojos, porque son unos traidores, hacen lo suyo: van de ese torso mojado a Rubén… y de ahí a Nuri. Y en ese microsegundo veo el momento exacto en el que sus mejillas pasan de «piel normal» a «tomate maduro». Las mías ya deben de estar en rojo sangre hace rato.

—¡Hola, chicas! —nos saluda Armando con una sonrisa traviesa.

Y entonces, actúo más rápida que *Flash*. Porque seré muy tímida, cortada, parada, lo que quieras. Pero cuando se trata de ella, algo en mí se activa. Algo que la quiere proteger a toda costa. Me doy la vuelta y, con pasos rápidos, empujo a Nuri hacia el interior del piso. Cierro la puerta tras de mí, con una fuerza casi teatral. Me quedo ahí, de espaldas, con la mano aún en el pomo y el corazón haciendo *parkour* en mi pecho.

«¿Pero qué clase de comedia romántica mal sincronizada estamos rodando aquí?».

Respiro hondo y bajo la cabeza. Error. Porque todavía flota en el aire una mezcla entre suavizante, nervios y el perfume de Rubén, que huele a algo cálido y amaderado, como si el otoño acabara de mudarse a nuestro pasillo.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —susurra Nuri frente a mí, con esa cara de quien ha visto el tráiler de nuestra telenovela y se ha quedado con ganas del siguiente capítulo.

Levanto la cabeza poco a poco. Ella sigue roja. Yo seguro que más.

—Has abierto justo en mitad de un momento surrealista con nuestro posible futuro vecino… y, por si fuera poco, Armando —«al que amas en secreto»— ha decidido abrir su puerta sin camiseta. Mojado. Brillando como Edward Cullen. Y tú, pues… has colapsado.

Nuri parpadea. Luego me señala con el dedo.

—¿Ese tío bueno con el que hablabas puede ser nuestro vecino? —pregunta desviando el foco de atención.

Asiento.

—Y es bombero —añado como dato superimportante.

—¿Y encima es bombero? —inquiere incrédula.

Vuelvo a asentir.

—Vale, necesito sentarme.

—Y yo una tila. O tres.

Nos miramos en silencio durante unos segundos. Y de pronto, como si alguien hubiera apretado el botón de *play*, las dos estallamos en carcajadas. Nerviosas, desbordadas, recién salidas de un tsunami hormonal.

—Gracias por echarme el cable cuando me he quedado bloqueada… —añade Nuri mientras saca un par de tazas del armario, aún medio en *shock*.

—Y gracias a ti por abrir cuando yo me había quedado sin palabras… —comento, buscando las infusiones en la despensa.

Intento asimilar lo que acaba de pasar, y creo que Nuri está igual, porque la veo con la mirada perdida, llenando el cazo de agua como si el grifo fuera un oráculo. Se ha desbordado hace rato, aunque ella sigue ahí, aguantando el chorro. Me acerco y, con suavidad, le empujo la mano. El agua sigue cayendo, pero al menos cambia de dirección. Ese gesto parece despertarla. Me mira entrecerrando los ojos.

—Me ha visto —murmura.

Le coloco una mano sobre el hombro. Ella baja la vista hacia su indumentaria.

—Madre mía, Dina… que he salido con el calzón de Bob Esponja. Ahora se pensará que soy una friki.

—Un poco sí que lo eres —respondo, echándole un vistazo de arriba abajo.

—Ya, pero no quería que lo viera así. Una cosa es que tengamos varias citas o nos casáramos, ahí ya no le quedaría otra que aceptarme. Pero ahora… ahora ya no tengo ninguna oportunidad.

—Nuri… si solo lo *stalkeabas*… ¿Casarte?

Ella cierra el grifo con solemnidad. Me clava la mirada como si acabara de decir algo ofensivo.

—Todo es posible. Y tú lo sabes de sobra. Tú escribes finales felices… pues yo los imagino.

Mientras mi amiga calienta el agua, me apoyo contra la encimera y le cuento cómo he conocido a Rubén. El ascensor, su voz grave, su manera de mirarme sin incomodarme, sin hacerme sentir pequeña. Ese momento en el que creí que me iba a dar un ataque de ansiedad… y, en lugar de perderme, me encontré con él. Y lo cuento como puedo, con pausas, los ojos muy abiertos, aún con la sensación de estar allí, y con ese cosquilleo en la boca del estómago que se activa solo de pensarlo.

—¿Y te agarró de los hombros? —pregunta Nuri, emocionada y deseando conocer el final de la historia.

—Sí, pero suave. Como si supiera que podía romperme si apretaba un poco más.

Nuri me observa, esta vez sin decir nada. Y yo, mientras revivo la escena, noto que las palabras de Clara, esas que me soltó esta mañana con más vino que filtro, empiezan a hacer ruido.

«Necesitas un conflicto romántico real, uno que no se resuelva en tres páginas y una taza de café».

Y justo ahí, algo se activa dentro de mí. No sé si ha sido Rubén. O su olor. O su manera de hablarme como si ya supiera quién soy. Pero lo que sí sé es que hay algo nuevo en mí. Algo que no estaba hace unas horas y que ahora se arrastra bajo mi piel, susurrando frases, ideas, escenas. Las musas, esas descaradas, han vuelto. Y tienen su cara.

—¿Sabes lo peor? —susurro, más para mí que para ella—. Que no puedo dejar de pensar en ese momento. Parece que se me haya

pegado entre los párpados.

—¿Solo en el momento? ¿O también en él? —pregunta Nuri con una ceja arqueada, como buena observadora que es.

No contesto. Porque si lo digo en voz alta, se convierte en algo real. Y ahora mismo, no estoy lista para que Rubén sea más que una escena brillante dentro de mi cabeza.

«Al menos… no todavía».

El móvil vibra en el bolsillo de mi rebeca. No hace falta mirar la pantalla. Lo siento. Un escalofrío recorriéndome la nuca, una alerta divina, una señal de que alguien, en algún lugar, ha captado mis pensamientos indecentes. Saco el teléfono con cuidado, como quien sostiene el Palantir, sabiendo que si lo toca... lo verá *todo*.

Y efectivamente, ahí está. Mamá.

—No puede ser… —murmuro, mientras agarro con fuerza el móvil.

—¿Otra vez? —pregunta Nuri, asomándose por encima.

Asiento con la resignación de quien ha sido criada a base de rosarios, silencios largos y el eterno «no pienses esas cosas, que el Señor lo ve todo».

—Te juro que tiene un radar para detectar cuando estoy pensando en cosas impuras.

—¿Impuras o impacientes por volver a cruzarte con Rubén en el ascensor? —pincha, con una sonrisa.

—Nuri, en serio. Es como si lo supiera. En cuanto tengo un pensamiento mínimamente hormonal, me llama o me manda una estampita de Jesús por WhatsApp.

—Tu madre y el Espíritu Santo están más conectados que mi *router.*

Resoplo, dejando el móvil boca abajo, como si eso pudiera bloquear la señal divina.

CAPÍTULO 16



Estoy convencido de que las señales existen. Y esta lo es.

Lo de quedarme encerrado en un ascensor con una pelirroja de ojos enormes, que escribe novelas románticas y huele a algo entre flor de azahar y ganas de volver a verla... no puede ser casualidad.

Así que, cuando mi futuro compañero me invita a pasar al piso, decido poner mi mejor cara de candidato ideal. El plan es sencillo: comportarme como un adulto funcional, solvente, ordenado, sociable y mínimamente cuerdo. Aunque por dentro todavía esté rumiando la conversación de hace un rato.

—¿Qué ha sido eso? —pregunto más para mí que otra cosa, con la vista fija aún en la puerta que acaba de cerrarse.

Me giro para mirar a Armando.

—Son mis vecinas, son algo raras, pero majas… ya te acostumbrarás —comenta con una sonrisa divertida.

—Por cierto, soy Rubén…

—Ya lo había imaginado, eres al primero al que voy a entrevistar. Me gusta ir poco a poco.

—Ajá.

Me fijo mejor en él mientras me hace un gesto para que pase. Va sin camiseta, con unos pantalones cortos de deporte y chanclas con calcetines. Tiene el pelo rubio recogido en una coleta baja, una pulsera de cuero en cada muñeca y una cadena al cuello con un colgante que parece una runa vikinga... o una llave de taquilla del gimnasio, no estoy seguro. Tiene pinta de ser uno de esos tipos que pesan el arroz, hacen ayuno intermitente y llaman *templo* a su cuerpo. Y, aun así, parece majo. Un poco intenso... pero majo.

—¿Empezamos? —pregunta Armando, con esa voz neutra de quien no ha usado una camiseta desde 2018—. Piso compartido, habitación libre, buena vibra, y alguna que otra norma…

—¿Normas tipo… qué? —pregunto mientras cruzo el umbral.

—Nada loco. Evitar ruidos por la noche, rotación de limpieza, nada de mascotas, y si puedes no usar el baño de madrugada, mejor. Tiene goteras en la cisterna y suena como una ballena en celo.

Asiento, fingiendo que todo es perfectamente normal. Que esto no es una mala decisión. Que no estoy pensando en la chica del moño deshecho que me ha dejado el pecho un poco apretado sin hacer nada más que respirar.

—Pasa, te enseño el piso.

Y ahí voy, detrás de él, como si no acabara de salir de una película surrealista con torsos mojados, vecinas que aparecen sin avisar y una escritora pelirroja que me ha dejado el sistema nervioso al rojo vivo.

—Este es el salón.

La estancia es amplia, luminosa y muy ordenada. Hay una estantería con libros, una tele de las que no te dejas la vista, y hasta una planta que parece viva de verdad.

—¿Eres tú el que mantiene esto así? —pregunto, algo escéptico.

—Sí, más o menos. Aunque la planta es falsa. No tengo mano para esas cosas.

—Ah.

Seguimos el recorrido. Me enseña la cocina, funcional, sin pretensiones, y luego abre una puerta con cierto orgullo.

—Y esta es la sala de máquinas.

—¿La qué?

—Mi gimnasio personal.

Dentro hay una bicicleta estática, una cinta de correr, una esterilla, un saco de boxeo y varias pesas organizadas con precisión casi militar. Todo está limpio, ordenado y hasta con un leve olor a eucalipto y sudor contenido. La habitación es amplia, con buena ventilación y bastante más grande de lo que esperaba.

—Aquí entreno todas las mañanas. Me gusta empezar el día con energía —dice Armando, cruzándose de brazos marcando músculo.

Asiento, impresionado.

«Vale, Rubén. Este sitio no está tan mal. Igual has tenido suerte».

—Me dijiste que eras bombero, ¿no?

—Sí.

—Pues entonces, aquí puedes entrenar siempre que no esté yo. Tienes total libertad.

—Oh, gracias —respondo, sinceramente agradecido.

«Puede que me haya tocado la lotería con este piso».

—Y ahora sí… la habitación.

Abre una puerta con ese gesto solemne que uno esperaría en una presentación oficial. Y cuando lo veo.

«O más bien: *no lo veo*. Porque no hay nada que ver».

—Es algo más pequeña que las otras habitaciones —dice Armando, intentando sonar optimista—, pero tiene su encanto.

Me asomo. Pequeña se queda corto. Es como una celda reformada por alguien que ha visto demasiados vídeos de

«minimalismo extremo». Una cama individual, una estantería coja, y una ventana. Pequeña. Que da a un patio interior deprimente.

«Encanto, dice… si casi puedo rodar la segunda parte de la película *Enterrado*».

—Pero justo ahí, enfrente —añade Armando, con tono de quien cree estar enseñando lo mejor del tour—, viven nuestras vecinas. Las que acabas de conocer en el rellano —puntualiza, como quien ofrece una ventaja competitiva.

—¿Me lo comentas por…?

—Ya lo descubrirás. Te dije que son algo raras, pero muy divertidas.

Levanto la vista. Y ahí están. Sus ventanas. Y aunque no puedo asegurar cuál es la habitación de Dina, algo en mí, quizás el instinto, me dice que una de esas ventanas es suya. Tal vez sea el reflejo de la cortina, los colores pasteles que se intuyen en las paredes, o simplemente el eco reciente de su voz que aún me ronda.

Y de pronto, lo tengo claro. Me da igual el tamaño de la habitación, las goteras balleneras o la estantería con trauma.

—¿Cuándo podría entrar? —pregunto, con una sonrisa que ni yo me creo del todo.

CAPÍTULO 17



No sé cuántas veces hemos mirado por la mirilla antes de salir de casa. Y eso sin contar las veces que nos hemos asomado por la rendija de la ventana de la habitación a oscuras, como si fuésemos topos entrenados por la CIA para misiones encubiertas de vigilancia vecinal. Según Nuri, así no podrían vernos desde el otro lado.

Y el *otro lado*, en este caso, es la casa de Armando. El del torso sin camiseta. El de los abdominales sudados. El que ahora, para colmo, comparte pasillo con Rubén. Porque sí. Lo hemos visto moverse por el piso. A él. A Rubén. Entrar, salir. Dar vueltas por el salón. Y a mí se me ha activado el sistema de alerta hormonal. En mi mente he montado un altar con su foto, robada mentalmente del ascensor, gracias, y todas mis neuronas le rezan para que lo elija como compañero de piso.

—Aparca por aquí —señalo un hueco entre dos coches.

—¿¿Aquí?? —Nuri me mira, estupefacta—. Estamos superlejos de casa de tus padres.

Mi compañera de piso ha insistido en acompañarme. Dice que es por apoyo emocional, porque sabe lo estresada que estoy desde que empecé este nuevo proyecto. Las noches de ansiedad, el insomnio, ese síndrome del impostor que me susurra al oído cada vez que abro el portátil… Ella es quien lo está viviendo conmigo. La que me sujeta

cuando me derrumbo y me lanza frases motivacionales de Pinterest cuando no doy más de mí. Pero claro, eso mis padres y mi hermana no lo saben. Para ellos, esto es solo un *hobby*. Un capricho. Un entretenimiento que no debería provocarme ni angustia ni ojeras. Y si las tengo, es que exagero.

—No estamos tan lejos, nos vendrá bien estirar las piernas —digo, señalando de nuevo el hueco entre los coches, intentando sonar convincente y no derrotada por dentro.

Nuri resopla, sin embargo, aparca. Con ese gesto dramático que hace siempre que quiere dejar claro que lo hace por mí, aunque sepa que va a ser ella la que acabe ganando pasos en la *app* del móvil.

—¿Seguro que estás bien para esto? —pregunta, sin mirarme, mientras apaga el motor.

Trago saliva. Noto cómo la ansiedad me aprieta en la base del cuello, justo donde se mezcla con la culpa. Esa que viene de querer vivir de lo que amo… y al mismo tiempo temer que no sea suficiente.

—Estoy… —empiezo, pero no termino.

—Estás fingiendo —completa ella por mí, con la voz baja, sin juicio. Solo certeza.

Me muerdo el labio, giro la cabeza hacia la ventana.

—No quiero que piensen que me estoy inventando dramas por escribir. Ni que estoy fracasando otra vez.

—¿Otra vez? —pregunta Nuri, arqueando una ceja—. ¿En qué momento fracasar se convirtió en no ganar un premio a la primera?

La miro. Ella me sostiene la mirada sin pestañear.

—Esto te importa, Dina. Y te está costando, no pasa nada por decirlo en voz alta.

Suspiro. El coche es pequeño, pero de pronto el silencio lo llena todo.

—Ojalá pudiera contarles todo, aunque ni yo sé por dónde empezar —murmuro.

—Empieza por sentarte a la mesa, aguantar a tu hermana sin lanzarle el pan a la cara, y respirar. Lo demás, lo hacemos juntas.

Y ahí está. Nuri, con su forma ruda de cuidar. Como un abrazo que aprieta justo donde más lo necesitas. Me río, bajito.

—Gracias por venir.

—¿Y perderme el circo familiar? Ni loca. Esto es mejor que cualquier serie de HBO.

Unos quince minutos después estamos delante de la puerta de casa de mis padres.

«Vamos, podemos con esto».

Por el camino he tenido que pararme a saludar como a trescientas personas que me han visto crecer en este barrio. Algunas saben que escribo porque mi madre, cuando se emociona por Facebook, proclama a los cuatro vientos alguna cosilla. Pero poco más. Realmente no conocen mi trabajo. O como mucho, la librería de la esquina, la de Carmen, que tiene mis dos primeras novelas en el escaparate. A veces con un *post-it* que dice «es de aquí», como si eso bastara para llenar salas o estanterías.

—¿Quieres que toque yo por ti? —pregunta Nuri, con una media sonrisa.

Niego con la cabeza justo cuando levanto el brazo hacia el timbre. Aspiro todo el aire que cabe en mis pulmones y lo hago. Presiono el botón. Rápido. Sin pensarlo mucho, sin alargarlo. Al otro lado se escuchan los pasos amortiguados de las babuchas de mi madre y un «¡Voy!» que me devuelve, sin querer, a la infancia. La puerta se abre con ese chirrido familiar.

—¡Anda, si vienes con refuerzos! —dice ella, sonriente, al ver a Nuri.

Sin embargo, en cuanto su mirada baja por el cuerpo de mi amiga y aterriza en los piercings de la ceja, la nariz y la oreja, que no son

nuevos, pero siguen siendo tema de conversación. Mi madre hace la señal de la cruz como si Nuri acabara de bajarse de una carroza infernal con reguetón de fondo. Y eso que hoy se ha vestido bien. Se ha puesto unos vaqueros lisos, sin rotos, sin tachuelas, sin mensajes provocativos, y una camiseta blanca con una frase en inglés que seguramente mi madre no entienda, aunque ya solo por estar en inglés, desconfía.

—Hola, señora —saluda Nuri, como si no acabaran de exorcizarla con la mirada.

—Hola, hija. Estás… muy moderna, ¿eh? —responde mi madre, en ese tono que se esfuerza por sonar amable, pero lleva el juicio metido entre las sílabas.

Ya la conozco. La está evaluando de arriba abajo como si fuera a ponerle nota. No lo dice en voz alta, aunque puedo oír sus pensamientos: «Seguro que no plancha», «eso se engancha en las cortinas», «¿eso duele?», «a ver si se puede salvar».

—Mamá… —murmuro, con ese hilo de voz que uso para intentar calmar su radar de escándalos.

—¿Qué? Yo no he dicho nada —responde con falsa inocencia, dándose la vuelta—. Pasad, pasad.

Nuri me da un codazo, animándome a hablar de mi proyecto. Algo que no voy a hacer. Ni loca. Si menciono lo que estoy escribiendo, mi madre me lleva directa a la iglesia a que me hagan un exorcismo. Niego repetidamente con la cabeza, y ella sonríe. La muy granuja.

—¿Estás comiendo bien? Te veo más delgada… —añade mi madre, mirándome por encima del hombro mientras sigue su camino hacia el salón.

—Es que últimamente está perdiendo más líquidos que una sandía abierta al sol —suelta Nuri, con toda la seriedad del mundo.

«Será asquerosa…».

La miro con tanto ahínco que siento que mis pupilas se están encendiendo como si fueran de Superman. Mi madre se detiene en

seco, en mitad del salón, y me escanea de arriba abajo con la seriedad de quien está a punto de llamar al centro de salud.

—¿Y eso? ¿Estás mala?

—No… —respondo, intentando no parecer culpable de absolutamente todo.

—Eso, eso. Mala, mala se pone… —añade Nuri, encantada de cavar mi tumba con humor.

—Mamá, me apetece un cafecito de los que tú haces tan ricos —interrumpo, antes de que la conversación derive en detalles que no deberían salir jamás en presencia de todos los santos que nos miran desde los rincones.

—Claro, hija. Ahora os lo traigo.

«Por poco».

Desaparece por el pasillo con sus babuchas arrastrando las buenas intenciones, y yo aprovecho para mirar a Nuri con desesperación muda. Ella solo se encoge de hombros. Como si no acabara de soltar una bomba de doble filo con testigos celestiales incluidos.

—Nuri, compórtate por favor —murmuro entre dientes.

—Era una bromilla, ya me porto bien.

Un par de minutos después, mi madre aparece con la bandeja: dos tazas de café humeante y unas galletas María servidas en un platito con angelitos que parecen estar orando por nuestras almas descarriadas. Por si quedaba alguna duda de que aquí hasta el azúcar tiene fe.

—Gracias, señora —dice Nuri, cogiendo su taza como si fuera a hacerle una ofrenda.

—De nada, hija.

Nos sentamos en el sofá. Mi madre, justo frente a nosotras, con las manos apoyadas en las rodillas y la mirada fija. Esperando. Observando. Juzgando un poquito, lo de siempre.

—No sé si te ha contado ya, pero Dina…

—Bernardina —la corrige mi madre sin inmutarse, con ese tono pasivo-agresivo que solo se cultiva en misa y sobremesas familiares.

—Está en pleno lanzamiento de su nueva historia —continúa Nuri, de pronto, con voz alta y clara. Como si estuviéramos en un *podcast* de entrevistas.

Yo me atraganto con el primer sorbo de café y casi veo a San Pedro haciéndome un hueco en la nube número siete.

—¿Nueva historia? —pregunta, mirándome a mí.

—Sí, sí… su próxima novela —responde Nuri a mi madre.

—¿Ah, lo de la novela? Dijiste algo, pero pensé que no iba en serio… —replica mi madre, como quien descubre que su hija lleva una doble vida.

—No es tan importante —añado, intentando restarle hierro al asunto.

—Está escribiendo una novela preciosa —interviene Nuri, antes de que me dé tiempo a disimular del todo—. De esas que te hacen reír, llorar y replantearte toda tu vida sentimental en una sola noche —lo dice tan orgullosa que parece que el libro lo haya escrito ella.

—Ajá… —responde mi madre, sin mucho entusiasmo, mientras endereza una figurita del Niño Jesús que está torcido sobre el aparador—. Ya sabes lo que pienso de eso.

—Mamá… —susurro en tono de advertencia, pero ni se inmuta. Ella ya ha entrado en modo *sermón maternal con final práctico*.

Nuri frunce el ceño, aunque esto yo ya me lo esperaba.

—Deberías centrarte en algo real, hija. Algo que te dé estabilidad. Un trabajo con horario, con nómina y con futuro. Y casarte, que se te va a pasar el arroz.

Asiento en silencio. Ni fuerzas tengo para discutir.

—Pero bueno —continúa, con ese tono que mezcla ternura y corrección—, te he llamado porque quiero que te lleves unas cajas.

Están en tu antigua habitación.

—¿Cajas?

—Sí, con libretas tuyas de cuando eras adolescente. Todas esas que llenabas de garabatos y poemas. No tiene sentido que sigan aquí ocupando espacio.

Siento cómo Nuri gira la cabeza hacia mí, interesada. A ella le fascinan mis libretas viejas. Siempre dice que ahí están los inicios de mi locura creativa, mis delirios de grandeza con forma de versos torpes y personajes que hablaban como yo nunca me atreví. Sin embargo, yo no sonrío. Porque, aunque finjo que me da igual, no puedo evitar sentir esa punzada familiar en el pecho. Dolor. El tipo de dolor tonto que llega cuando te das cuenta de que algo que creías valioso, algo que pensabas que guardaban con cariño, en realidad solo ocupa espacio.

—Y hay un regalito sorpresa —añade mi madre, alzando las cejas como si eso fuera una gran noticia—. Pero ya lo abrirás en casa.

Miro a Nuri, ella me devuelve la mirada. Y yo solo puedo pensar: qué peligroso suena eso viniendo de mi madre.

CAPÍTULO 18



Me quedan exactamente tres horas y doce minutos para terminar el turno. No es que esté contando los minutos... es que el café de máquina ha decidido vengarse esta mañana y mis tripas están haciendo más ruido que la sirena del camión.

—¿Seguro que eso era comestible? —pregunta Marcos, con una ceja en alto, mirando mi vaso como si esperara ver moverse algo dentro.

—Calla, que tú ayer te comiste una empanadilla con fecha de caducidad en romano —le respondo sin mirarlo, mientras reviso por quinta vez el inventario de material.

—Técnicamente, no estaba caducada. Estaba madurada.

—Claro, como los quesos finos. Solo que esta olía a trampa —interviene Laura, nuestra jefa de turno, mientras se ata el pelo en una coleta alta y nos lanza una mirada que dice «no me hagáis llamaros la atención otra vez».

El ambiente en el parque es tranquilo. Demasiado tranquilo. Lo suficiente como para que alguien, en breve, diga la frase maldita:

—Hoy no pasa nada —murmura Marcos.

Yo me llevo la mano a la cara.

—Shhh… —lo chisto a tiempo, porque todos sabemos lo que pasa cuando alguien suelta eso. La tormenta no tarda en aparecer.

—Marcos, no nos gafes la guardia —advierte Laura, sin levantar la voz, pero con autoridad de jefa—. Estamos teniendo una de esas guardias tranquilas, y rara vez ocurre.

Marcos levanta las manos en alto, en señal de rendición. Abre la boca para replicar, aunque Laura le lanza una de esas miradas que podrían apagar incendios sin agua. Entonces, con teatrillo incluido, se pasa los dedos por los labios y hace el gesto de cerrarse una cremallera invisible.

Las siguientes horas transcurren entre revisiones de equipo, bromas de vestuario, una apuesta por ver quién hace más flexiones, y el olor inconfundible de espaguetis recalentados que alguien ha traído en un *tupper* con nombre escrito en rotulador negro:

Paco (NO TOCAR).

«Obviamente, ya lo han tocado».

Cuando por fin cuelgo el casco, me despido con ese gruñido medio abrazo que es nuestro idioma oficial, y me monto en la moto. No voy ni por la mitad del camino cuando ya me pesan los párpados, pero tengo claro que hoy toca avanzar con la mudanza. Cuanto antes deje la casa de mi madre, mejor.



Nada más entrar en el piso, dejo las llaves en el cuenco de la entrada y el tintineo rebota en el aire. La casa está en silencio. Y eso, aquí, es raro de cojones. Siempre hay ruido. Cuando no es mi madre con la radio a todo volumen, es Sara gritando al móvil como si estuviera en un *reality*. Pero desde que papá no está, el silencio

suena distinto. Más denso. Y a la casa le faltara una frecuencia. Esa que solo se nota cuando ya no vibra.

Camino por la penumbra del salón hasta llegar al sofá y me dejo caer con todo el peso del turno encima. No solo el cuerpo me duele, también lo que no se ve. Los párpados se me cierran, el pulso se me apaga un poco, y esta calma… no ayuda a mantenerme despierto.

No han pasado ni dos minutos cuando se abre la puerta de golpe, y una ráfaga de ruido, bolsas y perfume dulzón invade la casa.

—¡Rubén! Ay, qué susto, pensaba que no había nadie.

—Pues aquí estoy, madre… —murmuro desde el sofá, con los ojos medio cerrados.

—¿Y por qué estás a oscuras? ¿Qué haces ahí como un muerto? ¿Te has quedado dormido? ¿Has comido algo? ¿Estás bien? ¿Tienes fiebre?

—Estoy… vivo. De milagro.

Deja las bolsas sobre la mesa del comedor con un suspiro dramático.

—El termo vuelve a hacer ruidos raros, ¿te lo he dicho ya? Parece que se queja. Como si hablara.

—Normal, lleva quejándose desde el 2006.

—Pues a ver si le echas un vistazo, hijo, que tú eres el hombre de la casa —dice, sin darle importancia, soltándolo con la misma naturalidad con la que se comenta el tiempo.

Y ahí está. Esa frase. La que lleva repitiendo desde que papá no está. No porque me lo pidiera. Sino porque lo asumí yo, sin pensarlo. No quise dejarle todo el peso a ella. Bastante tuvo ya con aprender a vivir con su ausencia y tener que criar dos hijos sola. Me levanto del sofá, paso a su lado y le doy un beso tierno en la frente antes de plantarme frente al termo como si fuera una misión de alto riesgo.

Después de tocar aquí, ajustar allá y darle un par de golpecitos que probablemente no sirvan de nada, he conseguido que mi madre me dé su beneplácito para continuar embalando las cosas que me

voy a llevar al nuevo piso. Ya tengo casi todo listo. Si termino hoy, podría cargarlo y dormir unas quince horas del tirón en mi nueva habitación.

«Acogedora, recordemos las palabras textuales de mi compañero. Minimalismo extremo, le habría llamado yo».

Abro uno de los cajones de mi mesilla, revisando que no me dejo nada, y ahí está: el antifaz negro. Lo tomo y lo acaricio con la yema de los dedos. Sigue siendo suave, con ese brillo satinado que parecía más una provocación que un disfraz. El eco de aquella noche sigue aquí. Lo acerco a la cara y lo huelo. Flores. Qué curioso que un recuerdo pueda quedarse atrapado en la tela. Lo dejo sobre la cama, lo observo un segundo y, sin pensarlo demasiado, lo meto en una de las cajas. No sé muy bien por qué. O tal vez sí. Pero quiero llevarme conmigo su recuerdo.

El timbre suena. Escucho a mi madre gritarle a la puerta mientras deja lo que sea que estuviera haciendo. Por el olor, diría que son lentejas. Y me están despertando más de lo que deberían. Mi estómago ruge con una falta de dignidad importante.

—¡Ya voy! —Apaga la radio antes de abrir, y la casa se sume en un extraño silencio—. ¡Ay, Viggo! ¿Cuánto hacía que no pasabas por casa? ¿Te quedas a comer? He hecho lentejas…

«Mierda. Viggo».

—Me encantaría. Por el olor ya me está entrando hambre, pero he venido a echarle una mano a Rubén con la mudanza…

—Mira que eres buen amigo, ¿qué haría Rubén sin ti?… —dice, con ese tono de madre orgullosa.

Se oyen dos besos bien plantados, de esos que suenan a «gracias» aunque no lo diga con palabras.

—Bueno, pues entonces os preparo unos *tuppers* y os lo coméis allí. Solucionado —añade mi madre, resuelta—. Está en su habitación. ¡Rubén, que ha venido Viggo!

«Como si no me hubiera enterado desde aquí, mamá».

—¡Ya estoy aquí! —anuncia el susodicho con una palmada al traspasar el umbral de mi habitación. Echa un vistazo rápido a las cajas y luego sus ojos me fulminan—. Ya te vale, tío. Que me tenga que enterar por Sara de que has decidido mudarte…

—¿Desde cuándo hablas tú con mi hermana? —pregunto, alzando una ceja. Antes me habría preocupado, pero desde que Viggo se ha convertido en su versión formal, respiro tranquilo.

—Hablo con mucha gente —me suelta con un guiño y esa sonrisa socarrona marca de la casa—. Es lo que tiene ser policía.

Terminamos de meter la última caja en el maletero con ese suspiro de victoria que solo dan los juegos de Tetris reales. Viggo se apoya en el coche, se seca el sudor de la frente con el antebrazo y me lanza una mirada ladeada.

—Por cierto… —empieza, como quien no quiere la cosa— tu hermana ya me ha avisado de que tu nueva habitación es «minimalista».

Hace las comillas con los dedos.

—Y lo ha dicho con esa voz de drama en la que parece que estás a punto de mudarte a un trastero con wifi.

«Joder con mi hermana. Le ha faltado tiempo para contarlo con pelos, señales y probablemente fotos».

—Exagera —respondo, cerrando el maletero con más fuerza de la necesaria—. No es tan pequeña.

—Ajá.

Su sonrisa dice que no se lo cree.

—Creo que voy a tener que hablar con ella.

—Solo se preocupa por ti —añade, encogiéndose de hombros—. Igual que todos.

En ese momento, mi madre sale disparada por la puerta con una bolsa en alto como si llevara órganos para trasplante.

—¡Los *tuppers*! ¡Os ibais sin los *tuppers*! —grita, a pleno pulmón.

—¡Tranquila, Loli! ¡Menos mal que te tenemos a ti para recordarnos las lentejas! —responde Viggo, mientras corre a su encuentro con los brazos abiertos como si fuera una película de sobremesa.

Aprovecho el momento para sacar el móvil y mirar la hora. En teoría, si no pillamos ningún atasco, en veinte minutos debería estar aparcando en mi nueva calle. Viggo vuelve con la bolsa y me la tiende como si me estuviera entregando una herencia.

—Te cuida demasiado.

—Y tú te aprovechas demasiado.

—No me juzgues por saber disfrutar de unas lentejas bien hechas.

Nos quedamos unos segundos en silencio, los dos apoyados en el coche, como si estuviéramos esperando a que la vida nos diera permiso para seguir. Y entonces él me lanza la bomba, así, sin anestesia:

—Una última pregunta.

«Ya estamos».

—¿Sí?

—¿Seguro que te mudas solo por el piso?

Lo miro de reojo. Él mantiene la vista en el horizonte, muy digno, pero su tono tiene esa puntita de sospecha que no sabe disimular.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Solo que me extraña que con lo exigente que eres para todo, aceptaras el primer piso que visitaste… y más si, según Sara, parece una celda reformada.

Me encojo de hombros.

—Me gustó el ambiente.

—¿El ambiente o hay algún otro motivo, más bien femenino, que te haya hecho precipitarte?

Le lanzo una mirada, aunque él ya está sonriendo, satisfecho.

—No tienes por qué contármelo aún —añade, alzando las manos —. Pero cuando quieras soltar prenda, aquí estoy. Con lentejas y todo.

CAPÍTULO 19



Siento una presión repentina que me hace abrir los ojos de golpe. Delante de mí, tengo a Nuri escrutándome con la mirada, y tapándome la boca con la mano.

—Shhh —susurra, mirando hacia la puerta—. He escuchado algo. Necesito que guardes silencio.

Levanta la mano despacio, liberándome de la mordaza improvisada. La observo sin pestañear. Hace un segundo estaba soñando con bomberos y mangueras, en todos los sentidos posibles, imaginándome mil escenas para escribir el conflicto romántico… pero me he dado cuenta de que me faltan muchos detalles.

«Necesito documentarme».

Y ahora estoy aquí, con Nuri, en mitad de la noche, sin idea de qué hora es, y diciéndome que ha escuchado algo. Posiblemente sea cualquier cosa. Ella se queda despierta hasta tarde, con los cascos puestos, entre música, vídeos y ruido, y cuando se los quita, cualquier sonido le parece sospechoso.

«A este paso, vamos a tener que ponerle nombre al fantasma».

—Escucha —susurra, mirando hacia la puerta.

Me quedo en silencio. Contengo la respiración, esperando de corazón oír eso que dice. Y entonces, lo escucho de verdad.

—¿Eso es un jadeo…? —me incorporo en la cama, con el corazón a mil.

—Menos mal. Por un momento pensé que lo estaba imaginando, con el subidón de tanto Monster…

Se levanta, dejándome su culo a la vista. Incluso en la penumbra puedo distinguir que va en braguitas y una camiseta corta. Y en la mano lleva lo que juraría que es la espada de Frodo. Sí, esa que se iluminaba cuando había orcos cerca. Intento contener la risa, de verdad que sí, pero verla así, medio ninja, medio friki medieval con la espada en alto y las bragas de Pikachu… es demasiado. Me llevo una mano a la boca para no soltar la carcajada.

—¿Dónde vas? —le susurro, arrastrando los pies detrás de ella.

—Shhh —me corta sin mirarme—. Si nos descubren, quédate detrás de mí. Tienes que terminar la historia. Yo te protejo.

—A lo mejor son los vecinos viendo… —No termino la frase.

—¿Porno? Dina, se escucha como si estuviera *en nuestro salón*. No creo que sean los vecinos.

Nuri avanza por el pasillo con esa determinación temblorosa que solo ella maneja. Va empuñando la espada de Frodo como si fuera a enfrentarse a un Nazgûl. Yo la sigo de cerca, con las manos por delante por si tengo que sujetarla… o protegerla de un ataque. No lo tengo claro todavía.

«Por favor, que no sea nada, que sea la tele encendida».

El jadeo vuelve. Suave, ahogado, pero muy real. Una respiración profunda que no tiene intención de esconderse. Ella levanta el arma y yo le agarro el brazo con suavidad. Cuando entramos en el salón, Nuri enciende la luz de golpe.

—¡Sal de ahí! —grita, demasiado alto. Seguro que se han enterado hasta los del séptimo.

Barremos el salón con la mirada. No hay mucho donde esconderse, el piso no da para sustos de película. Y, sin embargo, el jadeo continúa. Constante. Casi… tranquilo. Nos miramos por un

instante, luego seguimos el sonido hasta la caja. La que traje de casa de mi madre, con todas mis libretas y papeles antiguos.

Nos acercamos con cautela, como si en lugar de cartón fuera una trampa explosiva. Nuri se agacha primero, pero duda. Me mira de reojo.

—¿Esto no te recuerda un poco a *Seven*?

—¿Qué? —respondo, con un gallo que me traiciona la garganta.

—La caja. Cuando David Mills recibe *el paquete…*

La escena de la película aparece de golpe en mi cabeza y un escalofrío me recorre la columna como si me hubieran tirado un cubo de hielo por dentro.

—¿Qué dices, Nuri? El Monster te ha frito las neuronas.

«Mira que yo tengo imaginación, pero lo de Nuri ya es otro nivel».

—¿Y si es una cabeza? ¿O un sacrificio? ¿Tu madre está bien?

—¡Nuri! —le espeto.

La caja tiembla un poco. El jadeo se intensifica.

—¡Coño! —Nos sobresaltamos a la vez, soltando un grito ahogado al unísono.

Nuri intenta alcanzarla con la punta de la espada. Respiro hondo, cuento hasta tres… y la abro.

«Que sea lo que Dios quiera».

Dentro, rodeado de papel burbuja y un lazo suelto, hay un peluche. Un peluche de Jesús. Respirando. Nos quedamos en silencio. Nuri parpadea. Yo no sé si reír, llorar o llamar al Vaticano.

—¿Esto… es un regalo? —pregunto, como si alguien fuera a contestarme.

—¿Está… vivo?

—No. Tiene un sensor. O eso espero.

El peluche descansa plácidamente con los ojos cerrados y el corazón bordado e iluminado en el pecho. Se mueve. Suave. Como si

respirara con paz celestial. Una nota cuelga de su mano, atada con un cordel:

Para calmar la ansiedad.

—Pues nada —murmura Nuri, cruzándose de brazos—. Tu madre nos ha mandado un Jesús que respira y casi me cago encima pensando que era un violador.

—¿Tú crees que esto me ayudará con la ansiedad?

—Tú verás. Pero como empiece a hablarte… lo quemamos. Bastantes pelis de *Expediente Warren* he visto ya para saber que, en esta vida, ni los juguetes son tan inocentes como parecen.

Justo en ese momento, suena un golpe seco en la puerta. Nuri y yo pegamos un salto. Nos miramos con los ojos desorbitados.

—¿Has pedido algo? —susurro.

—¿A estas horas? —responde con el ceño fruncido.

La puerta vuelve a sonar. Esta vez más fuerte. Nuri se pone en modo ataque con su espada. Yo camino hacia la entrada, rezando mentalmente para que no sea ningún espíritu ofendido. Llego hasta la puerta, coloco la mano en el pomo y miro a mi amiga por encima del hombro. Ella asiente, dándome vía libre como si estuviéramos en una peli de acción. Reviso que la cadena siga puesta y abro con cautela, solo un poco. Lo justo para descubrir quién está llamando a estas horas.

«Rubén».

Nuestro nuevo vecino bombero. El de los ojos bonitos. El buenorro. Al que no había vuelto a ver desde aquel encuentro surrealista en el ascensor, pero que, gracias a mi compañera, sabía que se estaba mudando. Tiene cara de preocupación. Detrás de él, Armando, rascándose los ojos con expresión de «me acaban de despertar y estoy muerto de sueño».

—¿Todo bien? —pregunta Rubén—. Hemos escuchado unos gritos...

Yo parpadeo. Detrás de mí, Nuri susurra:

—Genial. Ahora los vecinos piensan que estamos locas.

—Sí… todo bien —murmuro, con la vergüenza agarrándome del cuello.

—Ya te dije que no era nada. Suelen hacer eso —comenta Armando desde su puerta, tan tranquilo.

Y ahora que me fijo bien, ambos van con el torso descubierto y pantalones de pijama.

«¿En esa casa no existen las partes de arriba?».

Mi vista hace un recorrido exhaustivo por cada músculo de Rubén y, por desgracia, se detienen más de lo que me gustaría admitir en sus oblicuos. Me obligo a mirarlo a los ojos. Tiene esa sonrisa serena que lo acompaña a todas partes, la que parece decir «tranquila, no muerdo». Si ya se intuía que estaba bueno bajo la camiseta, ahora es un cartel luminoso de neón delante de mí. Me quedo petrificada.

—¿Seguro? —insiste Rubén, mirándome fijamente.

Y yo... me quedo sin habla. Siento cómo el rubor me sube por el cuello hasta las orejas. Nuri se da cuenta de mi inutilidad social y toma el relevo sin dudar. Me aparta del hueco, se asoma y suelta:

—Habíamos visto una cucaracha, pero ya está todo solucionado.

Rubén asiente con una pequeña sonrisa. Armando ya está girando sobre sus chanclas rumbo a su casa. Yo cierro la puerta con cuidado. Apoyo la espalda y me dejo caer hasta el suelo, intentando no hiperventilar.

Nuri me observa, apoyada en el marco de la puerta, todavía con la espada de Frodo en la mano.

—¿Estás bien? —pregunta.

Asiento en silencio. Aunque por dentro estoy gritando, y con el corazón haciendo flexiones. Ya no sé si ha sido por el susto, por el Jesusito respiratorio o Rubén… pero algo en mí acaba de activarse.

CAPÍTULO 20



Cojo todo lo necesario, me palpo los bolsillos del pantalón hasta dar con las llaves y echo un último vistazo a mi alrededor. No es perfecto, pero por algo se empieza. Ahora me toca vivir mi historia.

Agarro la taza y le doy el último sorbo al café. Uno de verdad, del que sabe a mañana y a esperanza. Porque, seamos sinceros, lo que me bebo en el parque no despierta ni a un caracol. Enjuago la taza bajo el grifo, la dejo en el lavavajillas y, antes de salir, me detengo frente al espejo del pasillo. Me miro un segundo, solo para asegurarme de que tengo cara de persona. O algo parecido.

Anoche el grito me arrancó del sueño como si estuviera de guardia. Creo que tengo ese sexto sentido que se te queda grabado tras dormir tantas noches en la estación: al menor ruido extraño, el cuerpo salta solo. Y aunque me repetí mil veces que no era nada, hasta que no llamé a su puerta no me quedé tranquilo.

«Quería asegurarme de que estaba bien…».

Abro la puerta y salgo al rellano. Miro, casi sin querer, hacia la suya. Sigue cerrada. Tranquila. Aparentemente. Camino hacia el ascensor, pero cuando lo veo subir lento desde el bajo, me da pereza esperar. Desciendo por las escaleras, aún medio adormilado, con la mochila al hombro y la chaqueta del parque colgando del brazo.

Justo cuando piso el primer escalón del portal, escucho voces que suben. Reconozco una carcajada antes de verla. Estos días me han servido para conocerlas un poco, aunque solo haya sido a través de la ventana. Y, claro, Armando me ha puesto al día sobre nuestras vecinas; parece que no, aunque está muy pendiente. Ahí está Nuria y detrás, ella. Dina.

«No sé qué es lo que tiene, pero hay algo… una belleza limpia, inocente, que no busca gustar y aun así lo consigue».

Van hablando de algo que no llego a entender, sin embargo, ambas se detienen en seco al verme. Nuria abre mucho los ojos, como si se le hubiera aparecido una señal divina y Dina intenta dar un paso atrás, chocándose con su amiga. Esta la empuja hacia delante. Me quedo donde estoy, sin saber si avanzar o retroceder.

—Buenos… días —murmura Dina.

—Mira tú por dónde… —dice Nuria, con una sonrisa sospechosa —. ¿Tú no decías que necesitabas documentarte para la novela?

Ella la fulmina con la mirada. Aun así, su compañera ya está disfrutando del momento. Yo intento no reírme, aunque mis ojos encuentran los de Dina y ahí se me pasa todo el sueño. Viste sencillo, pero le sienta muy bien, como si no necesitara adornos para llamar la atención.

—Buenos días —saludo, acomodando el peso de la mochila al hombro—. ¿Todo bien por aquí? Lo de anoche… ¿fue solo un susto?

Dina asiente en silencio, como si aún le diera vergüenza recordarlo. Nuria se encoge de hombros.

—Gajes de vivir juntas. A veces gritamos por cosas sin importancia. Cucarachas, juguetes con vida propia, peluches que respiran…

—¿Peluches que qué…? —pregunto, sin saber si quiero la respuesta.

—Es largo de explicar —dice Dina, llevándose un mechón tras la oreja y subiéndose las gafas—. Pero sí, todo bien. Gracias por preocuparte.

—De verdad —añado, mirándola esta vez más despacio—, si alguna vez necesitáis algo, lo que sea… aunque sean las tres de la mañana, llamad. En serio.

Ella me sostiene la mirada, y por un segundo me da la sensación de que algo se mueve entre nosotros. Como si hubiera una corriente invisible pasando justo por el espacio que nos separa.

—Gracias —responde, con una voz más suave.

—Venga, Romeo. Que te espera la manguera —bromea Nuria, dándome una palmadita en el brazo mientras tira de Dina hacia el portal—. ¡Y suerte con la guardia!

Cruzo la puerta con una sonrisa contenida. Al girar la esquina, meto las manos en los bolsillos y empiezo a caminar hacia el parque. Es lo bueno de vivir cerca: que me da tiempo a ordenar la cabeza… o a desordenarla un poco más. Porque desde que puse un pie en este edificio, hay una parte de mí que no consigue estarse quieta.

—¡Rubén! —La voz de Nuria me alcanza justo cuando estoy cruzando la calle.

Me giro. Está asomada al portal con media sonrisa y una ceja alzada. Dina, medio escondida detrás de ella, parece querer tragarse la acera.

—¡¿Lo de que podíamos llamarte para lo que sea era en serio o era solo por quedar bien?!

—Calla —suelta Dina entre dientes, forzando una sonrisa mientras intenta arrastrarla de nuevo al interior—. De verdad…

—Depende… —respondo, entornando los ojos con teatrillo—. ¿Qué clase de «lo que sea» estamos hablando?

—Documentación para una novela. Mi amiga escribe cosas… intensas —dice, lanzando una mirada cómplice a Dina—. Le vendría bien una visita técnica. Ya sabes, bomberos, mangueras, tensión dramática…

—Ya veo por dónde van los tiros —comento, recolocándome la mochila con tranquilidad.

—Espera —interrumpe Nuri, con los ojos entrecerrados—. ¿Tú trabajas en el parque de bomberos que está bajo el puente de San Bernardo?

—Ese mismo —asiento, con una sonrisa—. Ahí estoy. Pasaos cuando queráis y me decís en qué puedo ayudaros.

Dina intenta desaparecer. Literalmente. Se tapa la cara con una mano y la otra la usa para empujar a Nuria de nuevo hacia dentro, como si eso pudiera borrar la escena.

—De eso ya te encargarás tú… —añade Nuria, divertida—. Pero ya te lo hemos dicho. Luego no digas que no avisamos.

—Tomo nota —respondo, sin apartar la mirada de Dina—. Y si hace falta, le hago un tour privado. Con guía especializado, uniforme incluido… y anécdotas reales.

Ella se detiene un segundo, sus ojos buscan los míos y, por primera vez, no aparta la mirada. No dice nada, aunque hay algo en su expresión que me deja con la certeza de que la visita va a suceder.

—¡Nos vemos, bombero! —remata Nuria, antes de que desaparezcan.

Yo me doy la vuelta con la sonrisa instalada. Y mientras camino hacia el parque, empiezo a preguntarme si esto que me remueve el estómago… es solo hambre.

CAPÍTULO 21



Estoy frente al armario como si me fuera a presentar a una entrevista para ser astronauta. Lo he abierto cinco veces y lo he cerrado otras tantas. Y aun así sigo sin saber qué puñetas ponerme para ir a un parque de bomberos.

«Algo normal. Casual. Profesional. Escritora en plena documentación. No *groupie*».

—¿Y si voy con esta camisa blanca? —pregunto, mostrándosela a Nuri como si ella fuera la responsable de vestuario de una producción de Netflix.

—¿Y si no vas vestida como si fueras a declarar en un juicio? —responde, con la pierna cruzada, un tazón de cereales en la mano y cero intención de ser amable.

La miro de reojo. Ella puede ponerse cualquier cosa y parecer sacada de una editorial de moda alternativa. O igual es cosa mía, que la veo así porque va por la vida sin miedo a equivocarse. Yo, en cambio, tardo media hora en elegir un jersey.

—Es elegante —murmuro, bajando la mirada hacia mi conjunto.

—Es de abogada de novela turca. Te falta el bolso gigante y decir «esto no se va a quedar así, señor fiscal» —dice, forzando un acento

que no logro ubicar, pero que claramente ha ensayado frente al espejo.

«Lo peor es que tiene razón. Si me la pongo, parezco la versión *low cost* de una villana de telenovela que planea quedarse con la herencia».

Lanzo la camisa sobre la cama y suspiro por cuarta vez en menos de un minuto. El estómago se me hace un nudo. No sé si son nervios, anticipación… o estupidez supina.

—No sé qué ponerme… —digo haciendo un puchero.

—Mientras no te pongas una falda y te marques un *Bridget Jones* bajando por la barra de bomberos, cualquier cosa vale. No te comas tanto la cabeza. Sé tú misma.

—¿Por qué me dejé liar? —pregunto a mi reflejo.

—Porque te mueres por volver a verlo —responde Nuri, tan pancha—. Y porque el peluche de Jesús que respira no resolvió tu ansiedad como prometió. Además, es tu *muso*, lo necesitas, porque desde que tuviste ese encuentro en el ascensor la parte romántica está fluyendo, hasta yo me estoy enamorando, y eso que solo tengo ojos para Armando.

—Voy a documentarme. Punto.

—Claro. Documentarte sobre cómo le quedan los pantalones de bombero, cuántas abdominales hace contigo encima… Muy profesional todo. Deberías de ponerlo en el prólogo: Basado en hechos empíricamente comprobados.

—Nuri…

—¿Dime?

—¿Puedes dejar de ser tú por cinco minutos?

—Ni aunque me pagues.

Rebusco entre mis vaqueros y saco uno de cintura alta, esos que hacen el milagro de marcar la figura sin apretarme la dignidad. Después dudo con la camiseta. Elijo una en color crema, básica, y

encima una chaqueta fluida, de esas que me hacen parecer más seria de lo que soy.

—¿Qué opinas?

Nuri deja el cuenco sobre la mesa y me observa de arriba abajo con aire crítico.

—Perfecta. Escritora *cool* con un toque de «sé lo que hago, aunque me tiemblen las bragas». Y lo mejor: no te marca la hamburguesa. Todo son ventajas.

—Gracias por lo de *cool*. Lo otro no era necesario.

—Ah, y no te olvides de la libreta. La buena. La que tiene las pegatinas. Nada dice «escritora documentada» como una *Moleskine* tuneada.

—Llevaré la del unicornio. Por coherencia emocional.

—Esa misma. Y no te pongas nerviosa. Solo vas a un parque de bomberos donde el tío que te quitó el sueño lleva uniforme y puede levantarte en brazos sin inmutarse.

—Perfecto, gracias, me siento muchísimo mejor —respondo, abrochándome la chaqueta mientras busco mi dignidad por algún rincón del dormitorio.

—Y sonríe. Pero no como loca. Sonríe como si estuvieras segura de ti misma.

—¿Aunque no lo esté?

—Sobre todo si no lo estás.

Cojo mi libreta, mi bolso, el móvil y una pizca de valor. Camino hacia la puerta con la sensación de ir directa al matadero. Pero también, en el fondo, con la certeza de que algo se está moviendo. Que esta vez no es solo un capítulo más en mi historia.

—¿Quieres que te acompañe? —pregunta Nuri, medio en broma.

—¿Tú en un parque de bomberos?

—Podría disimular. Hacerme pasar por tu asistente. O por un extintor humano.

—Prefiero ir sola.

—Eso es muy valiente. Como cuando fuiste a aquella fiesta del sexo…

«¡Si me dejó tirada…!».

—Stop, Nuri, dijimos que no volveríamos a hablar de ello —sentencio.

«Aunque por dentro aún sienta sus dedos. Y lo recuerde con cada palabra que escribo en el teclado».

—Vaaale… pero no me digas que no fue una fuente inagotable de inspiración. Aunque ahora necesitemos un empujoncito para el conflicto romántico —comenta, como quien no quiere la cosa.

—¿Necesitemos? —pregunto, alzando una ceja.

—No me negarás que no te he dado buenas ideas. Y gracias a mí tuviste el valor de ir a esa fiesta.

—¡Si me dejaste sola!

—Corrección: te enfrentaste sola. Y *lo hiciste de maravilla.* —Levanta una mano en alto, esperando el choque. La choco. A desgana. Pero la choco.

Nuri se ríe, me da una palmadita en el culo y abre la puerta con exageración dramática.

—¡A triunfar, *erotista* de fuego!

«Si no muero de vergüenza antes, igual sí que triunfo».

Salgo con el corazón bombeando palabras que aún no sé si tendré el valor de escribir.



El parque de bomberos es más grande de lo que imaginaba. A pesar de haber pasado mil veces por delante, nunca me había fijado en los detalles: la verja alta, los camiones perfectamente alineados como en una pasarela roja, el ajetreo silencioso pero firme. Todo parece tener su ritmo. Su orden.

No está lejos de casa. Está justo en esa zona de la ciudad donde Sevilla se vuelve más urbana, más de paso. Hay vías de tren cerca, y un olor a pan o a algo dulce que flota desde algún restaurante cercano. Siempre lo había visto desde fuera, sin prestarle atención. Ahora, me parece otro mundo. Serio. Eficiente. Un lugar donde todo tiene un propósito. El edificio es sobrio, funcional. De ladrillo claro, con un mástil en la entrada y una gran puerta metálica que parece estar esperando a que la vida diga «ya». A lo lejos se oyen voces, algún silbido, y un portazo que resuena como si marcara el inicio de algo importante.

Camino con paso firme. Bueno, lo intento. Porque mis piernas han decidido adoptar la textura de flan recién desmoldado. Llevo mi libreta bien sujeta contra el pecho, como si fuera un escudo protector. Una parte de mí quiere sacar el móvil y fingir una llamada para no parecer tan perdida. La otra… quiere salir corriendo.

«Tranquila. Solo venimos a documentarnos. Preguntar cosas técnicas. Hacer un par de apuntes. Observar discretamente unos pectorales de funcionario público. Nada fuera de lo común».

Bajo las escaleras, y me detengo justo antes de llegar al edificio principal. Dudo. No sé si picar, si llamar, si hacer señales de humo. Por suerte, alguien abre la puerta antes de que me dé un microinfarto.

—¡Hola! —Abre un chico joven con una sonrisa inquieta.

—Hola… venía buscando a Rubén.

La ceja se le sube hasta la raíz del pelo y la sonrisa se le amplía al ritmo de un cotilleo recién salido del horno.

—¡Rubén! Una pelirroja con pintas de periodista pregunta por ti, ¿tienes alguna entrevista secreta?

Desde dentro se escuchan murmullos, pasos acelerados y, segundos después, aparece. Rubén. Camiseta ajustada, uniforme a medias y ese pelo rebelde que parece peinado por el mismísimo marketing del deseo. Despeinado, pero con propósito. Como si acabara de salvar a un gatito y de preparar café en una sola maniobra.

—Hola. No pensé que te pasarías hoy… —dice, rascándose la nuca mientras alterna la mirada entre su compañero y yo, que ya parece estar planeando nuestra boda.

«No sé si ha sido buena idea venir».

—Bueno… si no te viene bien, puedo volver en otro momento. Igual ha sido una idea un poco loca. O precipitada. O innecesaria, incluso…

—Si él no quiere la entrevista, puedes hacérmela a mí —interrumpe el otro, encantado de conocerse.

Rubén lo aparta con la fuerza justa y una mirada que grita «desaparece».

—No le hagas caso. Él es Marcos. Y ya se iba —añade con una sonrisa cortés que no engaña a nadie.

—Encantado…

—Dina —me apresuro a contestar.

Marcos capta el mensaje, se despide con un gesto y me da vía libre, dejándome sola con Rubén.

—Pasa —me invita Rubén, y doy un paso dentro, algo insegura.

—¿Estás seguro? No quiero molestar si estás trabajando.

—Tú nunca molestas —responde con esa calma que me desmonta, y al pasar por su lado, siento el roce. Sutil. Deliberado. Cercano—. ¿Vienes a por el tour privado?

Asiento. Porque hablar implicaría arriesgarme a que se me escape un gallo, un suspiro o una declaración de amor.

—Dame un segundo, ¿vale? Voy a hablar con mi superior. No quiero desaparecer sin avisar y que luego me toque limpiar los cascos con un cepillo de dientes.

Vuelvo a asentir. Lo veo alejarse, y me obligo a no quedarme embobada. Pero es difícil. Hay algo en su forma de caminar, en la seguridad tranquila que arrastra, que me hace sentir que ya lo conozco… aunque no tenga ni idea. Y entonces aparece ella. Una mujer joven, de mi edad o puede que un poco más. Morena, coleta alta, figura ágil y camiseta del uniforme recogida en un nudo que deja al descubierto parte del abdomen. Sonríe de lado, y al ver a Rubén se le ilumina la cara con una naturalidad que me resulta… incómoda. Hablan, él señala hacia donde estoy yo. Ella me mira, y me sonríe. No con superioridad, más bien con curiosidad. Rubén dice algo más, y ella, sin dejar de sonreír, le da un empujón amistoso en el pecho. Él se ríe con complicidad. Y ahí, justo ahí, siento una punzada rara. No es celos. Es otra cosa. Más traicionera. Un recordatorio de que no lo conozco. De que no tengo derecho a sentir nada. Aunque lo sienta igual.

«¿Y si…?».

Pero no termino la frase. La espanto. Como quien cierra una ventana antes de que se cuele una tormenta. Rubén regresa y me lanza una sonrisa que parece pedir disculpas por nada y por todo al mismo tiempo. Y lo peor es que funciona. Se me olvidan las dudas, su compañera, y hasta mi propio nombre.

—Listo. Vía libre. ¿Te apetece que demos una vuelta? Te enseño un poco el exterior antes de que empiecen las acrobacias con mangueras.

—Claro. Sí. Perfecto. Me encanta caminar. Y documentarme mientras paseo. Lo típico —respondo, sin mirar demasiado atrás, ni a ella, ni a lo que acaba de revolverse dentro de mí.

Él sonríe, es de esas sonrisas que no se ensayan. Que salen cuando no se tiene prisa. Y yo solo pienso que ojalá el corazón también supiera caminar despacio.

CAPÍTULO 22



Caminamos en paralelo, en silencio unos segundos, hasta que él rompe el hielo.

—¿Tienes alguna idea concreta sobre lo que necesitas? —pregunta.

«Necesito muchas cosas».

Y una de ellas, maldita sea, tiene que ver contigo. Con tu voz, con tu calma, con esta sensación absurda de que las musas se despiertan cada vez que estás cerca. Pero eso, evidentemente, no se lo digo. Ni bajo tortura.

—Para la novela —añade, leyéndome la mente.

—Eh… sí. Bueno, más o menos. —Me aclaro la garganta, con la esperanza ingenua de que eso también me aclare las ideas—. Quería saber cómo funciona una guardia, los turnos, los entrenamientos, qué cosas pueden pasar en un día normal.

—Te voy a hacer un *spoiler*, no hay días normales. Pero te lo cuento encantado.

Me mira de reojo y yo bajo la vista a mi libreta, fingiendo anotar algo mientras dibujo círculos sin sentido en una esquina de la hoja. Él se lo toma en serio, me habla de los turnos con anécdotas que van de lo trágico a lo hilarante, y lo hace con esa voz grave que

acaricia sin querer, y unos gestos que me dan ganas de estudiarlo más que a cualquier dato técnico.

Yo intento seguirle el ritmo. De verdad que lo intento, pero entre sus brazos, su forma de contar las cosas y la seguridad tranquila con la que camina por su mundo, me está costando recordar cómo se conjugan los verbos más básicos.

—Y… ¿necesitas ver el parque por dentro? —pregunta de repente, sin doble intención, aunque con una ceja ligeramente levantada.

—Sí. O sea, si se puede. Me ayudaría mucho para… ambientar ciertas escenas.

—¿Escenas como…?

Levanto la vista y nuestras miradas se encuentran. Por un segundo pienso que se me nota todo: las ganas, los nervios, las páginas mentales que ya le he dedicado en mi cabeza.

—Como… entrenamientos. Emergencias. Ese tipo de escenas —miento. Bueno, omito. Que no es lo mismo, pero ayuda.

«No le puedo decir la verdad, que me estoy inspirando en él…».

—Ya. Claro. Emergencias —repite con tono neutro, aunque una sonrisa se le asoma por la comisura.

Vuelve a caminar, y esta vez sus pasos suenan más cercanos. O tal vez soy yo, que ya no sé distinguir metros de centímetros.

Mientras caminamos, la rutina del parque empieza a latir a nuestro alrededor. Se oyen voces, risas, una puerta metálica cerrándose de golpe y el ruido seco de unas botas sobre el suelo pulido. Hay un grupo de bomberos al fondo, cerca del área de entrenamiento, y uno de ellos, el mismo de antes, Marcos, nos mira de reojo. No con mala intención. Más bien con ese gesto de «algo hay aquí». Rubén también se da cuenta. Lo noto porque su sonrisa cambia un poco. Se vuelve más discreta, pero más real.

—¿Te importa si vamos por allí? —dice señalando hacia un lateral del edificio, donde hay otra zona de vehículos, un poco más apartada.

—Claro. Mejor. Así… más tranquilidad para tomar notas —digo, aunque lo que necesito ahora mismo es calma para no derretirme.

Doblamos una esquina y nos alejamos del ajetreo. Hay una especie de calma extraña en este lado del parque. No se oye más que el zumbido de algún aparato encendido y el crujido de la grava bajo nuestras suelas. Me acomodo la libreta contra el pecho como si así pudiera sostenerme el corazón y me ajusto las gafas.

«Respira, Dina, documentación».

Rubén camina a mi lado, las manos en los bolsillos, los hombros relajados. Yo respiro un poco mejor, aunque solo un poco.

—Aquí no nos molestarán —murmura, echando un vistazo hacia atrás.

Y en ese preciso instante, mi cabeza, que ya de por sí no necesita mucho para arrancar, se pone a tejer escenas a lo bestia. Todas con banda sonora, desnudos opcionales y censura por edades. Que Dios me perdone, porque ninguna de ellas es vainilla. El conflicto romántico y los momentos tórridos se fusionan como si fueran ingredientes secretos en una receta que no sé si quiero probar o devorar entera. Siento el calor treparme por la garganta. Rubén me mira. Y no lo hace de cualquier manera. Es esa clase de mirada que parece un descuido, sin embargo, no lo es. Que se clava sin esfuerzo.

«¿Hace mucho calor aquí?».

Y entonces, como una cobarde emocional y una escritora en modo pánico con las palabras revoloteando sin sentido, busco una salida. Miro a mi alrededor, dispuesta a aferrarme a cualquier cosa que me salve de este cortocircuito interno y suelto lo primero que se cruza en mi campo de visión.

—¿Puedo coger una de esas mangueras? —pregunto, señalando una enrollada junto a uno de los camiones.

«¿Las mangueras, Dina? ¿En serio?».

Yo podría decirle algunas cosas sobre las mangueras…

«Eres mi personaje, limítate al papel», me reprendo para acallarla. Desde aquella noche en el club, había estado en silencio. Solo seguía viva en mi historia, quieta, agazapada entre los párrafos. Y ahora, aquí, con él tan cerca y esa manera suya de mirar, parece que ha vuelto a despertar. Con fuerza.

De todas las opciones posibles… recurro a las mangueras. Quería cambiar de tema, despistarme, parecer profesional. Pero puede que lo haya empeorado. Ya está dicho. Toca apechugar.

—¿Quieres sujetar una manguera? —pregunta con una ceja alzada, y ahí va otra vez esa sonrisa suya, medio broma, medio algo más.

—Claro, me encantan las mangueras —suelto sin pensar.

—¿Te encantan las mangueras? —me pregunta con una sonrisa pícara.

«Dina, piensa como escritora».

—Por motivos totalmente técnicos, claro —respondo con la mejor voz de dignidad profesional que me queda.

—Claro —asiente—. Por pura investigación de campo.

Se acerca al soporte y saca una. No entera, solo un tramo, lo justo para que no acabe provocando un desastre de proporciones épicas con banda sonora de película de acción incluida. Y ver la forma en que la maneja entre sus grandes manos, de repente me parece digno de estudio. Aspiro todo el aire que cabe en mis pulmones, buscando bajar mis pulsaciones y guardo la libreta en mi bolso. Me la tiende con naturalidad, como si esto no tuviera subtexto alguno, y yo la agarro con las dos manos, intentando aparentar serenidad.

«Me cago en mi vida, pesa más de lo que imaginaba. Mucho más».

Y lo peor es que todo, el gesto, el agarre, la manguera, tiene ahora un tono tan erótico que me dan ganas de pedir un extintor. Para mí.

—No me imaginaba que fueran tan… —hago una pausa buscando una palabra que no suene con doble sentido— densas.

Rubén se ríe. No hace falta que diga nada. Yo también me río. Por la manguera. Por la situación. Por mí, que soy un cuadro y aún no he salido corriendo. Nuri estaría orgullosa de mí.

—Espera, déjame…

Se coloca a mi espalda y posa las manos sobre las mías, levantando la manguera con una facilidad insultante. El contacto de su piel es un zumbido eléctrico directo al sistema nervioso. Su respiración me roza la nuca, templada, lenta, y toda la piel se me eriza como si me hubiera conectado a una toma de corriente emocional. Madre mía, ni yo habría escrito una escena así. Me parece demasiado. Perfecto. Peligrosamente perfecto.

Solo falta un beso…

Y entonces, por si no fuera suficiente, sus rodillas me empujan suavemente hacia delante. No me lo esperaba, y quizá por eso el estremecimiento me atraviesa de forma tan violenta como deliciosa. Sentir su cuerpo tan pegado al mío, su calor traspasando la ropa, consigue elevar aún más mi temperatura, que ya andaba por las nubes. Yo, que venía a documentarme, ahora estoy a una frase mal dicha de desmayarme. Pero aguanto, mantengo el tipo. Por los pelos.

Se aparta despacio, dejándome con todo el peso de la manguera... y de mis pensamientos. Da un par de pasos y se planta frente a mí, con esa forma suya de mirar. Una que empieza a resultarme familiar.

—¿Así?

—Vas a tener que entrenar si piensas escribir una historia realista —dice, y se cruza de brazos. Observándome. Como si de verdad estuviera pensando si me contrataría para apagar fuegos. O para provocarlos.

—Tomo nota —respondo, mientras le devuelvo la manguera.

Y ahí es cuando lo dice.

—¿Quieres montarte?

«¿Montarle? Dina, por favor, centrémonos».

Yo lo montaría.

—¿Cómo? —pregunto abriendo los ojos.

Me hace un gesto con el mentón señalando el enorme vehículo.

—¿Al camión?

—Al trono rojo, sí. Para que sientas lo que es estar lista para salir a apagar fuegos.

«Empiezo a pensar que el fuego está aquí mismo».

Le lanzo una mirada y él responde con una sonrisa lenta. Y en mi cabeza, todas las alarmas se encienden. Me ofrece la mano para ayudarme a subir y, en cuanto sus dedos se entrelazan con los míos, contengo la respiración. Es firme, cálida… demasiado cálida. Durante un segundo, olvido para qué había venido.

«Documentarme, claro. Documentarme».

Suelto el aire que había quedado atrapado en mis pulmones. Él se sienta en el copiloto y me dedica una mirada fugaz, de esas que no duran mucho… pero dejan marca.

—Puedes tocar… —dice, con la voz baja, casi un reto.

«Tocar… Ay, Dios. ¿Por qué vine sin Nuri?».

Siento cómo la sangre me sube a las mejillas y el corazón se me instala en la garganta. La culpa es mía por inspirarme en él para el personaje masculino. Rubén parece darse cuenta de que estoy igual que el camión: encendida y lista para salir pitando.

—No hace mucho nos llamaron para una emergencia —empieza, y le agradezco que tire de conversación, porque su voz me calma. O me hipnotiza. No estoy segura.

—¿Qué tipo de emergencia?

—Una mujer llamó porque se encontró una serpiente en su dormitorio.

—¿Una serpiente? ¿En serio acudís a eso también?

Él asiente, como si fuera lo más normal del mundo.

—Claro. Fuimos, la encontramos —era pequeñita, nada venenosa —, la metimos en un saco y la trajimos en el camión. Pero cuando llegamos a la base… había desaparecido.

—¿¡Qué!?

—Se nos había escapado del saco. Estuvo dos horas paseando por el camión hasta que la encontramos bajo uno de los asientos.

Me giro de golpe, como si la serpiente pudiera estar todavía por ahí, tomándose una siesta entre las botas de repuesto.

—Tranquila —dice, con una sonrisa ladeada—, no fue en este camión.

Me relajo… más o menos. Aunque de reojo, sigo pendiente de cualquier sombra sospechosa. Él se ríe bajo y me lanza otra pregunta sin previo aviso.

—Me dijiste que escribías romántica, ¿qué tipo de romántica?

«Oh. Se acuerda de lo que le dije… Un momento. ¿Tenemos que hablar de que contiene erótica? ¿En serio, ahora?».

—Sí, romántica contemporánea —respondo, toda digna, como si no escribiera escenas con enormes mangueras a diario.

«Buena respuesta, Dina. Así no entramos en detalles».

—Ahora me pica la curiosidad… ¿Dónde puedo encontrar tus libros?

«Mierda. Si le digo dónde buscarlos descubrirá que me llamo Bernardina. Me muero. Antes me muerdo la lengua».

Mientras rebusco en mi cabeza una buena respuesta, saco la libreta del bolso. Supernatural. Nada descarado. Solo necesito ganar unos segundos para pensar algo creíble.

—Están descatalogados… Y ahora que he firmado con una editorial más grande, los van a relanzar. —«Toma mentira. Ojalá sea

cierto y me los relancen con banda sonora y todo»—. Ya te avisaré cuando estén. O cuando saque este…

—¿Y este va de un bombero? —pregunta, acercándose un poco más.

Su voz no sube de tono, aunque se cuela tan cerca que podría jurar que me está leyendo desde dentro. Casi puedo saborear su aliento. Siento el aire espesarse entre nosotros, como si de pronto el camión entero nos observara en silencio, esperando mi respuesta. Hay una carga invisible, tensa, que se cuela entre palabra y palabra. No me toca, pero juro que mi piel ya lo ha notado.

—Algo así —respondo, intentando que mi voz no tiemble—. Aunque no lo sé del todo todavía. Aún estoy… inspirándome.

—Con rigor técnico, ¿no? —bromea, señalando mi libreta, aunque sus ojos siguen fijos en mí.

—Claro. Todo muy profesional —añado, aunque por dentro solo puedo pensar en cómo voy a escribir esta escena sin que parezca un diario personal con censura.

—Pues si necesitas más inspiración, puedo enseñarte el gimnasio… o la sala de descanso. A veces los mejores detalles están en los lugares más inesperados.

«¿Eso ha sido una invitación? ¿O lo estoy imaginando todo por culpa de las novelas que me invento?».

—Tomo nota —le digo, sin mirarlo directamente. Porque si lo hago, creo que se me caerá el bolígrafo de lo que me están temblando las manos.

—Y cuando saques ese libro… espero que el personaje masculino tenga un nombre épico.

—¿Tipo?

—No sé… algo que empiece por R. —Su sonrisa se ladea—. Y que duerma sin camiseta.

Y ahí sí. Suelto una carcajada. Porque ya no puedo sostener tanto nervio acumulado.

—Lo tendré en cuenta.

—Y nada de serpientes en la trama —añade, tan serio que me hace fruncir el ceño.

Tardo un segundo en pillarlo, y cuando lo hago, me río sin filtro.

—Tranquilo, que en mis novelas solo hay un tipo de serpientes —respondo sin pensar. Y justo al acabar la frase, me tapo la boca con las manos, horrorizada.

«Tierra trágame».

Él suelta una carcajada, de esas que relajan todo.

—No he dicho nada —añado, como si eso sirviera de algo.

Y en ese instante, no sé si estoy documentándome… o viviendo la mejor escena que no había planeado escribir.

CAPÍTULO 23



No sé en qué momento nos hemos quedado tan cerca. Un parpadeo, una frase más larga de la cuenta, una risa nerviosa... y ahora su rodilla roza la mía, como si no cupiéramos en el camión.

«Y sí, cabemos. Pero no quiero moverme».

Tiene esa forma de mirarlo todo como si fuera nuevo, y no viniera a observar para escribir, sino para recordar algo. Y huele a eso, a algo que ya conozco. Primavera en mitad de octubre. Una mezcla suave de flor y piel limpia que se me ha metido en la memoria sin permiso.

«Y ahora no me deja en paz».

Habla poco, pero cuando lo hace, siento que le presta atención a cada palabra. Parece que las midiera antes de lanzarlas y no se permitiera decir lo que realmente está pensando. La miro. Ella apunta algo en su libreta, sin bajar la guardia. Está tan tensa como yo. Y me pregunto qué parte está anotando: si la estructura del camión… o el silencio que nos está devorando. Podría quedarme así. Escuchando cómo se le acelera la respiración solo por estar cerca. O inclinarme un poco, rozar su brazo, decirle algo suave solo para ver si tiembla... Se muerde el labio inferior, apenas un gesto, aunque suficiente para que mi mirada se quede enganchada ahí. Ella no se da cuenta, o finge que no. Y yo no debería mirarla así, pero lo hago.

Y justo cuando estoy a punto de abrir la boca, suena.

«La sirena».

Ese rugido agudo que parte el aire y cambia de golpe todo el ritmo. Dina se sobresalta. Yo reacciono por instinto, saltando del asiento con el cuerpo encendido y la cabeza aún pegada a su olor.

—¡Novato! —grita alguien desde fuera, entre risas—. ¡Se acabó el descanso!

Marcos aparece al fondo del hangar, con ese brillo en los ojos que le sale siempre que hay acción de por medio. Levanta un brazo y me lanza el casco desde lejos.

—¡Toca salir! ¡Vamos!

Agarro el casco al vuelo y miro a Dina. Le tiendo la mano para ayudarla a bajar del camión, y en cuanto nuestros dedos se tocan, la electricidad se instala entre nosotros como si hubiera estado esperando ese momento.

—Tengo que irme.

—Claro —dice, apartándose. Aunque no sé si se ha dado cuenta de que mis dedos aún se aferran a los suyos. O de que me quedo un segundo más de la cuenta, solo para grabarme esa expresión suya. La suelto despacio, y entonces me sonríe. Una de esas sonrisas pequeñas que no hacen ruido, pero se te quedan en el pecho.

—Continuaremos en otro momento —grito, caminando hacia atrás.

—Cuando puedas… ¡Corre, que te esperan! —me lanza, con esa voz que, ahora lo sé, también se me va a quedar pegada.

Corro hacia los vestuarios, y mientras me coloco el traje y escucho las indicaciones, aún siento el olor de su pelo adherido en mis manos.

Hoy salgo al fuego con otra clase de incendio dentro.



No hay tiempo para pensar. El camión apenas ha frenado y ya estamos en el suelo, enfundados en la rutina que no perdona errores. El humo es espeso, negro, y no viene solo: trae ese olor denso a madera, plástico y miedo. Uno que se te mete por la garganta, aunque lleves máscara. Los vecinos chillan. Alguien llora a lo lejos. Otro grita que aún hay personas dentro. Laura da instrucciones, claras, firmes. Y entre ellas, aparece él.

Morales.

Camina entre nosotros con paso rápido y mirada afilada. No grita, no necesita hacerlo. Solo con levantar una ceja, nos ordena el mundo.

—Rubén, con Marcos al frente. Entráis con la lanza. Subir al tercer piso. Cuidado con las escaleras, ya hay riesgo de colapso. Yo voy detrás con otro equipo. No os hagáis los héroes.

Asiento. Aunque sé que esa frase no está lanzada al azar. Me la lanza a mí.

Subimos. El calor nos muerde los tobillos y trepa por las piernas con hambre, como si también tuviera prisa por llegar. Cada escalón cruje, gime bajo las botas, y la barandilla arde al tacto, recordándonos que cada segundo cuenta. No se ve nada. El humo lo engulle todo, es una criatura que se alimenta del aire mismo. Marcos va delante con la lanza; yo abro paso con la linterna, que apenas consigue arañar la oscuridad. En el rellano del segundo, nos cruzamos con Morales, que aparece entre la niebla negra como una sombra con casco. Tose dentro de la máscara y nos hace una señal con la mano antes de tomar la lanza.

—Seguid subiendo, revisad esa planta y salid vivos —gruñe, antes de desaparecer entre el rugido de las llamas.

El eco de su voz se queda flotando, mezclado con el chisporroteo y el golpeteo del agua contra las paredes.

El fuego no es solo fuego. Es una bestia. Se arrastra por las paredes, aúlla desde las habitaciones, chasquea como si riera. Está vivo. Se mueve con intención, se esconde, se lanza, retrocede… y nos espera en las esquinas igual que un depredador paciente. Cuando parece que avanzamos, él cierra el camino. Nos reta. Juega con nosotros. En el tercero, la puerta está entreabierta, el pomo negro y deformado por el calor.

—¡Bomberos! —grita Marcos.

Nada. Solo nos contesta el crepitar del fuego. Empujo con el hombro y entramos. Es un infierno en vertical. Las llamas lamen el techo. El suelo rechina con cada paso. Una mujer grita desde una habitación al fondo. Corremos. Cruzamos el pasillo cómo podemos, pero hay una explosión de calor y la habitación colapsa.

—¡Mi marido! —grita ella, señalando hacia dentro—. ¡Ayudadlo, por favor!

Marcos la saca, casi cargándola, con los pulmones a medio gas y el fuego acariciándole los talones. Yo giro, sin pensar. Hay alguien más. Avanzo a ciegas, esquivando fuego, humo, escombros que caen sin aviso. El calor se pega a la piel como una mordaza. El pasillo tiembla. Una sombra aparece entre el humo. Un cuerpo. Está en el suelo. Inmóvil.

«Joder».

Me agacho de inmediato. Lo toco. Está caliente, demasiado. No le encuentro el pulso, y no tengo tiempo para asegurarme. Las llamas nos rodean. El traje me quema por dentro. Lo intento levantar, pero pesa. No reacciona, ni un gemido, ni un espasmo. Solo su cuerpo, hundido, como si ya no hubiera nada dentro. Tiene medio cuerpo atrapado entre cascotes, una pierna y parte del torso sepultados bajo una viga caída.

Y, aun así, no lo suelto. No puedo. No quiero.

—¡Rubén! ¡Sal de ahí! —retumba la voz de Morales en mi radio.

—Tengo a alguien. ¡Estoy con él! —respondo, mientras intento liberarlo, retirando los cascotes que puedo y haciendo fuerza contra la viga, aunque pesa una maldita tonelada. Me arde todo. Pero no lo dejo.

Y entonces… un crujido. Un sonido que no se olvida. El aviso que llega un segundo antes del desastre. El techo se queja, grita, cede. Todo se sacude. El humo estalla hacia abajo. Algo cae a mi lado, salpicando chispas. El fuego ruge como si gritara. Un estruendo y gran parte del techo se desploma justo entre él y yo, lanzándome hacia atrás. Caigo de espaldas. Golpe. Oscuridad. Tos.

—¡Rubén! ¡Sal ahora! —grita Morales. Esta vez no por radio. Grita como un padre que ha visto a su hijo cruzar con el semáforo en rojo.

Intento levantarme. Las manos me tiemblan. Me arrastro. Pero ya no lo veo. Solo fuego. Solo ruina y las llamas envolviéndolo todo. Marcos aparece entre el humo, con los ojos desorbitados. Me agarra del brazo.

—¡Se acabó! ¡No podemos seguir! ¡Se viene abajo, joder!

—¡No! ¡Está ahí! ¡Tengo que sacarlo! —grito, intentando zafarme. Las lágrimas me arden, pero no sé si es por el humo o por dentro.

Marcos se frena en seco, y mira hacia atrás. Ahí no queda nada. Solo el infierno.

—¡No puedes, Rubén! ¡Mírame! ¡Ahí ya no puedes entrar!

Y entonces lo veo. A Morales, a través del hueco del pasillo. Empapado, tiznado, con los labios apretados y la rabia contenida en la mirada. No dice nada más. Solo alza la mano.

—¡Sal! —ordena.

Y obedezco. Porque sus ojos dicen lo que mi corazón no quiere aceptar: ya no se puede hacer nada.

Salgo tambaleando. El aire de la calle me corta los pulmones como cuchillas mientras me arranco la máscara a medias y parpadeo

contra la luz que me ciega. Hay una ambulancia. Gente corriendo de un lado a otro. Una mano me quita el casco, y otra me empuja una botella de oxígeno. Pero no escucho nada. Solo oigo el rugido que dejé dentro, el humo escapando por las ventanas, y a él… ahí en el suelo. En lo cerca que estuve. En lo poco que faltó.

Y en que no he sido suficiente.

CAPÍTULO 24



—Si me necesitas, llámame. No importa la hora. Ahí estaré, Silvia —sentenció con una firmeza que no dejaba lugar a dudas.

Y, aun así, me ruboricé. Porque no era solo lo que decía, era cómo lo decía. Porque estaba empezando a colarse por mis grietas, esas que había tapiado con orgullo y sarcasmo. Yo, que siempre he sido una mujer de armas tomar, estoy bajando la guardia. Poco a poco. Con él.

Tecleo con decisión esa última frase y me recuesto un segundo en la silla, con los dedos flotando sobre el teclado como si aún tuvieran cosas que decir. Desde que volví del parque de bomberos, las musas no me han dado tregua. Me susurran escenas, frases, miradas. Me empujan a escribir, con la urgencia de quien necesita contar algo que aún no termina de entender.

No sé qué me despierta Rubén, pero hay algo en su forma de estar, de mirar, de quedarse en silencio justo cuando lo necesito... que me deja sin aliento. Tiene esa extraña habilidad de leerme incluso cuando yo misma estoy en blanco. Como si supiera cuándo darme espacio y cuándo empujarme al borde.

«Estoy loca. No hay otra explicación».

Se lo conté a Nuri y juro que la neurona le hizo cortocircuito en tiempo real. Me miró como si de verdad creyera que este

«documentarse» se me está yendo de las manos. Y quizá tenga razón. Pero también sé esto: hacía mucho que no me pasaba algo que me empujara a escribir con tantas ganas.

«Eso también cuenta, ¿no?».

Bueno, si contamos lo de hace unos meses, cuando pasó todo aquello… esa noche despertó mi parte oscura de escritora. Abrió una puerta que ni yo sabía que mantenía cerrada y dejó salir escenas que jamás me permití imaginar. Fue como encender una luz en mitad de un sótano al que nunca había bajado por miedo a lo que pudiera encontrar.

Pero lo de ahora… Es parecido, sí. Y también completamente distinto. Las ganas de escribir son las mismas, voraces, eléctricas. Sin embargo, lo que las impulsa no tiene nada que ver. Antes era el deseo puro, el misterio, una noche sin nombres. Ahora es él. Su forma de mirar, de hablarme con la medida exacta, y supiera que, aunque no lo diga, estoy temblando por dentro.

Y eso, eso es lo que más me inspira.

Me despego del ordenador con un suspiro que parece venir desde los talones. Me cruje el cuello al girarlo a un lado, luego al otro, como si mis vértebras quisieran pedir un descanso sindical. Me retiro las gafas y las dejo en un lateral de la mesa. Estiro los brazos, me paso las manos por la cara y me coloco la rebeca de siempre, esa que me acompaña en cada bloqueo, en las escenas subidas de tono y en los intentos de huida de mí misma.

Necesito aire. Respirar algo que no sea café ni tensión acumulada. No sé ni qué hora es. Lo único que sí sé es que mi cabeza está a punto de estallar y mi cuerpo necesita moverse.

Paso por delante de la habitación de Nuri y me detengo al ver la puerta entreabierta. No puedo evitar mirar dentro. Y ahí está. Tirada boca arriba, con una pierna en alto como si estuviera haciendo yoga aéreo y la otra colgando fuera de la cama. El brazo izquierdo se le cae por el borde, y su boca está ligeramente abierta, parece que esté roncando en modo silencioso.

—¿Qué clase de ritual del descanso es este? —susurro, conteniendo la risa.

Definitivamente, está dormida. Y, viendo la postura, lleva un buen rato así. Sigo hasta la entrada con pasos sigilosos sin encender las luces, me guio con la claridad que entra por las ventanas. Cojo las llaves del mueble, las guardo en el bolsillo y abro la puerta del piso con cuidado.

El rellano me recibe a oscuras, cierro con mucha suavidad y cuando creo que el silencio me envolverá, escucho una respiración pesada. Demasiado cerca. Por un segundo recuerdo el peluche de Jesús, pero esta tiene una tonalidad distinta, como si el mundo se le hubiera caído encima. En la penumbra de las escaleras distingo una figura. Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro, me quedo quieta, con los músculos tensos y el corazón intentando escapar por la garganta.

«Vale, Dina, tranquilidad. Puede ser un vecino. O un gato asmático. Todo normal».

Palpo la pared hasta dar con el interruptor. La luz me ciega por un momento, pero entonces lo veo. Sentado en uno de los escalones, con los codos apoyados en las rodillas, la cabeza gacha y el cuerpo completamente vencido. El uniforme manchado, el pelo revuelto y los brazos cubiertos de ceniza.

«Rubén».

No es el que sostiene una sonrisa serena. No es el que me tranquilizó en el ascensor y me alteró al mismo tiempo.

«Es otro. Uno roto».

Mi primer impulso es acercarme. Sin pensar. Sin dudar. Solo avanzo, sintiendo cómo el pecho se me aprieta con cada escalón que me separa de él.

—¿Rubén…? —murmuro, tan bajito que ni yo me oigo.

Levanta la cabeza despacio, como si le pesara el mundo. Y cuando nuestros ojos se encuentran, hay algo en mí que se quiebra. Porque en los suyos hay algo más que cansancio. Hay derrota, una

que duele y me atraviesa. Me inclino un poco, sin saber bien qué decir. Solo sé que quiero estar cerca. Alargo la mano y rozo su mejilla con la yema de los dedos. Él no se aparta. Todo lo contrario. Se apoya en mi caricia buscando en mi piel una forma de recomponer lo que se le ha roto por dentro. Cierra los ojos, y entonces sucede: las lágrimas empiezan a deslizarse sin prisa, sin ruido, como si llevaran demasiado tiempo haciendo fila tras sus párpados.

No son las primeras. Lo sé por los surcos pálidos que atraviesan su cara tiznada, caminos silenciosos por los que ya han pasado otras lágrimas antes. Cicatrices invisibles. Heridas que no se ven, pero que siguen ahí. Y ahora me mojan la mano, y con ellas, algo dentro de mí también se deshace.

—No… —intenta hablar, sin embargo, su voz se quiebra.

—Estoy aquí —susurro, con la voz más firme de lo que esperaba.

No dice nada más. Solo respira. Fuerte. Entre cortado. Y de repente, como si el peso fuera demasiado, se deja caer. No hay aviso. No hay palabras. Solo eso: su cuerpo rindiéndose contra el mío. Lo sostengo, mis brazos lo rodean por instinto, y siento cómo todo lo que había contenido empieza a romperse.

—No pude… —susurra.

Tiembla. Un poco, como si tuviera frío, aunque sé que no es eso. Se aferra a mi cintura con una mano, necesitando anclarse. Y yo me convierto en eso, en su lugar seguro. Me aprieta con fuerza y yo le acaricio el cabello despeinado, cubierto de ceniza, y no sé si le consuela, pero no paro. Porque a veces solo se trata de quedarse. De sostener. De ser la calma cuando el mundo entero arde.

—No fui suficiente…

No importa que estemos en un rellano, con la luz parpadeando sobre nuestras sombras, y la ciudad latiendo afuera. Porque ahora mismo, el mundo es esto. Él, su dolor. Y mis manos, recogiendo los trozos de lo que no se atreve a decir en voz alta.

Y no pregunto. Porque hay silencios que lo cuentan todo. Porque, a veces, las respuestas llegan justo después del derrumbe.

CAPÍTULO 25



No sé cuánto tiempo pasamos así. Minutos. Años. Una eternidad envuelta en ceniza, su sollozo contenido y su aliento tembloroso. Todo se reduce a su cuerpo pegado al mío. Cuando noto que su respiración se calma apenas, apoyo mi frente sobre su sien y cierro los ojos un segundo. No quiero moverme. No quiero soltarlo. Pero él ya tiembla menos. Y yo ya no tengo miedo de sostenerlo.

—¿Puedes levantarte? —pregunto, sin apurar, con esa voz que una solo saca cuando sabe que del otro lado todo está frágil.

Asiente. No habla, sin embargo, me sigue el ritmo. Lo ayudo a ponerse en pie, y aunque pesa, saco fuerzas de donde no las tengo para ser ese apoyo que necesita en este momento. El uniforme huele a humo y a derrota, el aroma del fuego me envuelve. Lo paso por mi hombro como si su cuerpo me conociera desde siempre, y supiera que esta vez, el hogar soy yo.

Avanzamos despacio por el rellano. El silencio entre nosotros no incomoda, se siente necesario. Llegamos hasta su puerta. Él busca las llaves con manos torpes, pero firmes.

—Dame —susurro, y las cojo de sus dedos manchados antes de que se le escapen.

Abro. La casa nos recibe en silencio y oscuridad, una réplica exacta de la que acabamos de dejar atrás en el rellano. Parece que

aún nos persigue eso que intentamos dejar atrás. Lo llevo hasta el sofá. Se deja caer, agotado. Se hunde como si el cojín fuera agua, y no tuviera fuerzas para flotar.

—Voy a por un vaso de agua —digo, porque necesito hacer algo. Lo que sea. Tener las manos ocupadas para que no me tiemblen.

En la cocina encuentro un vaso limpio. Lo lleno. Cuando regreso, sigue en la misma posición, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. Le tiendo el vaso. Lo acepta sin mirarme. Bebe. Y después, como si ese sorbo hubiera aflojado el nudo que tenía en la garganta, habla.

—No pude salvarlo…

No digo nada. Solo me siento a su lado. No muy cerca, pero tampoco lejos. Lo suficiente para que sepa que puede apoyarse. Que no está solo.

—Intenté sacarlo. Juro que lo intenté.

—Lo sé —susurro.

Levanta la vista y nuestros ojos se encuentran. Hay algo en su mirada que no pide permiso, y tampoco invade. Solo está ahí, cruda, abierta. La tormenta sigue en sus iris. Respira hondo, como si buscara un poco de calma en mi presencia. Abre la boca, pero algo lo detiene, una duda que se queda a medio camino entre los labios y el pecho. Y en ese silencio tan frágil, siento que podría deshacerse con solo rozarlo.

Entonces, extiende una mano hacia mi rostro y recoge con delicadeza un mechón que caía por mi mejilla, y ese leve contacto me estremece. Me lo coloca detrás de la oreja con esa suavidad que duele más que cualquier torpeza. Sus dedos no se van enseguida; se quedan ahí, suspendidos, acariciando el borde de mi cuello, como si dudara entre soltarme o perderse un poco más en ese instante. Y en su respiración contenida, en la mía que tropieza al seguirla, hay algo que se parece demasiado a un secreto compartido.

Y en ese instante, con su dolor temblando entre nosotros, tomo una decisión.

—Tenemos que quitarte todo esto —digo, sin romper el hilo que nos mantiene unidos.

Me levanto despacio, me coloco frente a él. Pongo las manos sobre sus hombros, y cuando empujo la chaqueta hacia atrás, él se deja hacer. Como si no tuviera fuerzas, o necesitara que alguien más le ayudara a dejar ir también eso: el peso, el olor a fuego, la culpa. Le retiro las botas con cuidado, dejándolas a un lado.

—Ponte de pie.

Él asiente, sin preguntas, y se incorpora con calma. Levanta los brazos cuando tiro de la camiseta, ayudándome a deshacernos de ella. Y mientras el tejido se desliza por su torso, siento que lo que le estoy quitando no es solo ropa. Es parte del incendio que aún le arde por dentro. Cuando la prenda pasa por su cabeza y mis manos tiran para liberarlo, nuestras caras quedan a un palmo. Su respiración choca con la mía, caliente, temblorosa. Durante un segundo, el mundo se detiene ahí: en el aire espeso entre nosotros, y el roce apenas perceptible de su pecho contra mis dedos. Sus ojos no me sueltan y yo no quiero que lo haga. El corazón me da un triple salto mortal, pero la cabeza me pide serenidad.

Dejo la camiseta a un lado, arrugada, impregnada de humo y ceniza. Él baja los brazos despacio, como si le costara volver a sostenerse a sí mismo.

—Vuelvo enseguida —murmuro.

Camino hacia el baño sin encender la luz. No quiero romper la calma que se ha instalado entre nosotros. Humedezco un par de toallas pequeñas y, por impulso, mojo otra con agua más caliente. El grifo gotea cuando lo cierro, y ese sonido solitario parece un metrónomo marcando la pausa de lo que estamos viviendo.

Cuando regreso, lo encuentro sentado, con los codos sobre las rodillas y la cabeza baja. Se ha recogido en sí mismo, como si el cuerpo aún estuviera en modo emergencia. Me arrodillo frente a él y, sin decir nada, le tomo el mentón con suavidad para levantarle la mirada. No me lo impide; al contrario, parece agradecer cada gesto.

Paso la toalla tibia por su rostro. Él cierra los ojos al contacto, y exhala. Un suspiro más largo. Más profundo. Y ese gesto sencillo le afloja una herida que ya ni sabía cómo dolía.

—Así está mejor —susurro.

Voy limpiando con cuidado, sin prisa. Las mejillas. La frente. Las sienes. Le limpio las manos, una a una, quitando el hollín de entre los dedos. Cuando llego al cuello, se estremece un poco, pero no se aparta. Solo abre los ojos y me mira. Fijo. Como si quisiera aprenderse este momento de memoria.

—Gracias —dice, en voz baja. Tan baja que parece un pensamiento que se escapó sin filtro.

No respondo. No hace falta.

Apoyo una de las toallas secas en su pecho, ahora más limpio, pero aún con restos de ceniza en los bordes de la clavícula. Mis dedos se quedan ahí un segundo más, trazando un gesto que no sé si es caricia o despedida. Él no rompe el contacto visual. Su mirada baja a mi boca, fugaz, apenas un suspiro, y vuelve a mis ojos. Y yo… también lo miro. Como si el silencio pudiera inclinarse hacia delante y romperse con un beso que no llega.

Hay un hilo invisible, tenso, algo que nos empuja a acercarnos. Nuestros cuerpos se reconocen en la piel, en el roce, en las miradas… aunque la mente aún no encuentre una explicación. Una parte de mí grita que esto no tiene sentido, que apenas lo conozco, que es imposible… Pero hay otra más profunda, más visceral, que me susurra que lo haga.

«¿Qué me sucede? No lo sé. Solo sé que su cercanía no me asusta. Que mi cuerpo no duda. Aunque no entienda por qué».

Le cubro los hombros con una manta que tomo del respaldo del sofá. Y cuando me siento a su lado, él se apoya, otra vez, como si mi costado fuera el lugar exacto donde quiere caer. Cierra los ojos, pero sus dedos rozan los míos, despacio. No se entrelazan. Solo se tocan, apenas. Un roce que parece pedir permiso.

Y ahí me quedo. En silencio. Escuchando su respiración volverse más lenta. Sintiendo cómo, poco a poco, el incendio va apagándose.

CAPÍTULO 26



La música, las luces bajas, la piel vibrando entre mis manos. El antifaz negro. Sus labios húmedos. Ese susurro que no puedo olvidar. Su risa antes de girarse. Sus uñas marcándome los hombros. El temblor exacto de su vientre cuando la tuve contra mí. Y esos malditos ojos…

«He vuelto a soñar con *ella*».

Pero lo que me arrastra de vuelta no es la luz, ni el ruido del mundo real; es su respiración, suave, rítmica. Justo ahí en el pecho. El sueño se disipa y abro los ojos despacio. Tardo un segundo en recordar que no estoy en la cama, que la almohada bajo mi cabeza es el cojín del sofá y que hay un cuerpo suave encajado contra el mío.

«Dina».

Está dormida. Pegada a mí como si su lugar en el mundo fuera este hueco exacto entre mi brazo y mi costado. Tiene el pelo revuelto, una mano apoyada en mi pecho y la expresión tranquila. Tan tranquila que me da miedo moverme y romperlo. Me quedo así, sin atreverme a respirar fuerte. La observo con una mezcla de rara incredulidad y calma. Después del caos de anoche, este instante es una tregua que no sé si merezco. Y, de alguna forma que no

entiendo, ella me sostuvo justo cuando estaba a punto de venirme abajo.

«Se quedó conmigo. Nadie se queda. Siempre se van. Y, sin embargo, ella lo hizo».

Paso con cuidado el brazo por detrás de su espalda y me incorporo lo justo para alcanzar la manta. La tapo despacio, con miedo de despertarla. Se remueve un poco y se acomoda contra mí, como si mi cuerpo le resultara familiar. Una sensación que reverbera en mi pecho. Bajo la mirada a su rostro, y no sé qué me descoloca más, si la paz con la que duerme o esa certeza absurda de que me sé su forma de respirar, su olor a primavera y su peso sobre mí.

Me aparto con cuidado y me levanto. El suelo está frío y mi cuerpo protesta, pero no me quejo. Me estiro, me paso una mano por el pelo, voy hasta el cuarto de baño para darme una ducha rápida. Ni el agua borra esa extraña sensación de haber dormido con ella. Cojo un pantalón de chándal y me meto en la cocina. Necesito hacer algo con las manos antes de que la cabeza me gane.

«El café. Siempre el café».

Me concentro en eso. Abrir el armario, encontrar las tazas, poner agua. Enfocar en lo cotidiano para no mirar demasiado lo que se ha roto por dentro. Y justo cuando estoy girando la cuchara dentro de la taza, escucho una voz a mis espaldas.

—¿Me he perdido algo… o desde cuando la vecina duerme en nuestro salón? —me pregunta Armando.

Me giro. Lo miro. Él alza una ceja, y no hace falta más.

—No es lo que parece —respondo.

—¿Seguro? Porque desde aquí parece exactamente lo que parece.

—Anoche me ayudó…—me interrumpe antes de que pueda seguir.

—Para, por favor. No hace falta que me des los detalles de cómo te *ayudó* —murmura, alzando las manos—. Aunque, oye, hacerlo en el salón... mínimo llévala a tu habitación, tío.

Me paso una mano por la cara. Esto está yendo de mal en peor.

—Joder, que no es eso. Solo dormimos.

—Claro, así empiezan muchas películas porno.

En ese instante, un grito al otro lado de la pared desvía mi atención. Camino con pasos rápidos hasta la ventana de mi dormitorio, seguido por Armando, que ya murmura algo sobre «ya te dije que no nos aburriríamos». Al asomarnos, vemos a Nuri correteando de un lado a otro, llamando a Dina y agitando los brazos. O la está buscando… o persiguiendo otra cucaracha. Que, por cierto, todavía no he visto ninguna por esta zona, pero me lo creo todo.

—¿Eso es normal? —pregunto, sin quitarle ojo.

—Sí. O al menos, *su normal*… —responde Armando, que las conoce más que yo.

Me giro hacia él.

—Ve a avisarla. Dile que Dina está aquí.

—¿Yo? —Se señala el pecho.

—Sí, tú. Sal al rellano y llama a su puerta. Y date prisa.

Vacila. Se acomoda el pelo, se recoloca la gomilla del pantalón del pijama como si estuviera a punto de salir a una cita y no a dar un recado doméstico. En cuanto Armando cierra la puerta, con ese nerviosismo raro que no le había visto hasta ahora, me quedo quieto. Un segundo. Dos.

Luego vuelvo sobre mis pasos y asomo la cabeza al salón, con mucho cuidado. Dina sigue ahí. Acurrucada bajo la manta, con el pelo rojo desordenado cayéndole por la cara, una pierna medio fuera del sofá y esa expresión inocente que siempre la acompaña.

«Es preciosa».

Respiro, y me sorprendo haciéndolo lento. Más profundo. Como si al mirarla, algo en mí supiera que ya no hace falta correr a la meta. Que no todo se trata de llegar.

«Una sensación nueva. Desconcertante, aunque jodidamente real».

Me aparto despacio y regreso a la cocina. Abro la nevera, buscando algo que prepararle. No es gran cosa. Pero es lo que puedo ofrecerle. Porque anoche, cuando el mundo me pesaba, ella se quedó. Recogió todos los trozos rotos y los sostuvo sin que nadie se lo pidiera.

«Conoció una parte oscura de mí. Una que ni yo entendía del todo… y la abrazó igual».

Saco huevos, pan, un par de frutas algo tocadas aunque salvables. Me muevo en silencio, sin prisa. Pongo agua a calentar. No sé si le gusta el té, pero huele bien. Y en este momento, eso basta.

Hay algo casi íntimo en preparar desayuno para otra persona. Un gesto sencillo. Sin fuegos artificiales. Algo que dice sin decir: Ahora te cuidaré yo a ti. Y eso es lo que quiero ahora. Que no se asuste al despertar, que no dé un paso atrás después de lo de anoche, y si ella quiere, demostrarle que yo también sé quedarme.

CAPÍTULO 27



Despierto con la sensación de haber dormido demasiado y en un sitio que no reconozco. La manta me cubre hasta el cuello, y hay algo en el olor del tejido, una mezcla entre humo, suavizante y piel masculina, que me hace quedarme quieta unos segundos, tratando de reconstruir el camino que me ha traído hasta aquí.

«Dina, piensa… esto no es una novela. Aquí no hay fundido en negro ni elipsis que valga».

Me muevo apenas. Me crujen las cervicales y la cadera me recuerda que no tengo edad para dormir en un sofá. Me estiro sin hacer ruido, mientras el cerebro, aún con legañas, intenta ordenar el caos. Y entonces llegan, como *flashes* mal editados de una historia contada al revés:

«La noche. El rellano. El llanto. Rubén. Su voz diciendo "no pude salvarlo". Mis manos limpiando ceniza. Su cabeza apoyada en mi pecho».

Me incorporo despacio. No hay nadie en la habitación. Estoy en un salón que no es el mío evidentemente. Es sobrio, minimalista. De esos que parecen salidos de una revista de decoración escandinava: todo blanco, gris, negro y un toque beige que dan ganas de preguntar si alguien aquí ha oído hablar del color. No hay figuras de

dragones. Ni espadas. Ni artefactos con luces LED. Ningún objeto extraño que haya salido de la mente acumuladora de Nuri.

«Nota mental: hablar con Nuri sobre su obsesión con comprar cosas que parecen útiles y solo sirven para acumular polvo».

Aquí, en cambio, hay paz. Y una paleta cromática que, siendo sincera, da un poco de bajón. A lo lejos, se escucha un murmullo. Aguzo el oído, pero no consigo entender nada. Y entonces llega ese aroma inconfundible. Mi estómago gruñe y me lanza un SOS en morse.

«Café. Pan tostado. ¿Huevos?».

Parpadeo varias veces, como si eso fuera a ayudarme a procesar la escena. He pasado la noche con Rubén. No cómo me imaginaba… que no es que yo me lo imagine… o sí. Vale, un poco sí. Aunque con fines literarios. Puramente documentales. Lo juro por Elísabet Benavent. Y, aun así, hay algo raro. Algo que no sé explicar, pero se me clava bajo la piel. No debería sentirme tan a salvo aquí, sin embargo… respiro hondo. Y me acomodo la manta antes de poner los pies en el suelo.

«¿Por qué huele tanto a hogar este lugar donde ni siquiera vivo?».

Me pongo en pie sin hacer ruido, como si eso fuera a evitar que la realidad se diera cuenta de que estoy despierta. Camino despacio por el pasillo, guiada por el olor del café, hasta que una melodía inesperada me hace frenar en seco.

«Taylor Swift».

Pero no una canción cualquiera. No, es *You Belong With Me*.

«¿Estoy soñando? ¿He muerto y esto es el cielo? ¿Rubén escucha a Taylor Swift mientras prepara el desayuno?».

Me asomo con sigilo por el marco de la puerta. Y lo veo, de espaldas. Pecho descubierto. Sus músculos se tensan y aflojan al ritmo de la música, dibujando sombras que me dejan sin aire. Espátula en mano, pantalón de chándal gris y un culo demasiado

perfecto. Trago saliva, y un latigazo de calor me sube desde el estómago.

«Respira…».

Se mueve con esa torpeza adorable de quien no baila para impresionar. Solo baila porque le apetece. Porque puede y porque sí. Canta, en voz bajita, pero canta. Y entonces me pasa. Verlo así, tan lleno de luz, tan él, tan distinto al hombre vencido que me encontré anoche… me calienta el corazón.

—If you could see that I'm the one who understands you...

Y justo cuando da una especie de paso lateral que en otra persona sería un crimen, yo me río. No lo puedo evitar. Suelto una carcajada suave, de esas que se escapan sin querer. Él se gira, espátula en alto como si fuera un arma, y me encuentra ahí.

—No digas nada —pide, con toda la solemnidad de quien ya ha perdido la batalla.

—Tarde —respondo, todavía sonriendo.

—No es lo que parece.

—¿Y qué es lo que no parece? A mí me parece que estás ensayando para *Tu cara me suena*.

—Ah… bueno, entonces sí es lo que parece. Me has pillado.

Nos reímos. De verdad. De esas risas que no hacen ruido, aunque te llenan el pecho. Y ahí está: esa complicidad que no sabía que existía, pero que ahora se acomoda entre nosotros como si llevara días esperando su momento.

—¿Café o té?

—Café.

Sonríe y se acerca con una taza en la mano, el pelo despeinado, las mejillas encendidas. Él. No yo. Bueno, vale, yo también.

—Esto no es lo que crees… bueno, sí. Me gusta Taylor Swift. La he escuchado demasiadas veces como para que no me guste —confiesa, entregándome la taza.

Nuestros dedos se tocan. Lo justo para que una corriente me recorra el cuerpo, una chispa que enciende la electricidad de golpe.

—Ah, ¿sí? No te imaginaba siendo un *Swiftie.*

—Culpable. Pero solo de los temas viejos. Los nuevos me pillan fuera de juego.

—Demasiada información —murmuro, mordiéndome el labio para no soltar otra risa.

Y ahí estamos, frente a frente, con Taylor de fondo. El café entre las manos. Y ese tipo de complicidad que no se fabrica. Que no se escribe. Solo pasa. Y cuando pasa… es imposible no darse cuenta.

—¿Sabes que acabo de verte bailar y no he huido? —le digo, dando un sorbo al café—. Eso tiene que significar algo.

Rubén se ríe, baja la vista como si acabara de recordar que estaba medio desnudo, y se acomoda el pantalón del chándal sin necesidad aparente. Solo porque puede o porque yo lo estoy mirando.

—Tengo un talento especial para arruinar momentos icónicos —dice, dejando la espátula en el borde de la sartén.

—Y, sin embargo, sigues teniendo puntos extra por la elección musical —bromeo, mientras me apoyo en la encimera, con las manos alrededor de la taza, tratando de mantener la compostura. Aunque ya es tarde, estoy completamente perdida.

Él me mira. Así, sin prisa. Con esa forma suya como si estuviera leyéndome página por página, subrayando cada frase que me da vergüenza decir en voz alta.

—¿Has dormido bien? —pregunta, con una naturalidad que me descoloca.

—Mejor de lo que debería. —Y lo digo sin pensar. Porque es la verdad, anoche su cuerpo era un refugio. Y esta mañana… esto… también lo es.

—Gracias por no irte —dice sin más, clavándome la mirada.

Y hay algo en su gesto que me duele bonito. Como si no supiera cómo gestionar que alguien se quedara y esperara que en cualquier momento me despidiera con una excusa.

—Tú hubieras hecho lo mismo por mí… —respondo mientras me sonrojo.

El silencio que se instala después no es incómodo. Es de esos que lo envuelven todo como una manta. De los que te hacen pensar que igual esto no es tan complicado, que igual la conexión existe, y está aquí, entre dos personas que apenas se conocen, pero se entienden en lo esencial.

—¿Quieres huevos? —pregunta de pronto, y casi escupo el café de la sorpresa.

—¿Perdón?

—Huevos. Revueltos. O fritos. ¿Cómo te gustan?

—Ah. —Me río, un poco aliviada, tengo una mente marrana—. Sí. Lo que sea está bien… Mientras no me pongas aguacate, vamos bien.

—¿Tienes algo en contra del aguacate?

—Solo si intentan vendérmelo como desayuno sexy. Mira, si me quieres conquistar, que sea con pan y mantequilla. O con croquetas, incluso mejor —suelto sin pensar.

«Mierda, calla, Dina, estás confesando cosas que no se dicen en una primera cita. Ni en la quinta».

Rubén suelta una carcajada. De esas que nacen del estómago, se le escapan por los labios y se quedan flotando en el aire como una promesa que aún no sabe que está haciendo.

—Tomo nota. Entonces, croquetas y Taylor Swift. Me estás poniendo el listón altísimo, eh.

—No me hagas mucho caso, aún estoy algo dormida —respondo. Dejo la taza en la encimera y cruzo los brazos, con una sonrisa que ya no puedo ni quiero contener.

Entonces me mira y lo hace de verdad. Y, claro, en ese instante, mi cerebro decide activarse para el desastre.

«No me he lavado la cara. ¿Y si tengo algo pegado en los dientes? ¿Un moco en la nariz? ¿Rastro de saliva en la comisura? ¿Espinillas que han decidido rebelarse hoy?».

Me tapo la boca sin venir a cuento, como si así pudiera protegerme de su escrutinio. Deja lo que estaba haciendo y se acerca. ¿Qué hace? Extiende una mano hacia mí. Me congelo. Cero dignidad. Máxima alerta. Y con la yema del pulgar, me quita algo de la ceja. Se queda ahí, a centímetros. Yo parpadeo y mis ojos se desvían a su pecho, porque soy débil, lo siento Diosito, y vuelven corriendo a los suyos.

—Tenías ceniza —dice, mostrándome el pulgar, como si acabara de salvarme del desastre absoluto—. Ahora ya estás perfecta.

Y ahí está otra vez, esa sensación. Ese clic suave que no hace ruido, pero te da la vuelta por dentro.

CAPÍTULO 28



No sé si son sus ojos. Ese verde intenso que me atrapa sin remedio, una brújula empeñada en señalarla. O si es la facilidad con la que me acomodo a su lado. Demasiado cómodo.

Me prometí que no volvería a buscar el amor. Que bastaba con sobrevivir, pero esta vez… no lo he buscado yo. Me ha encontrado ella. Nos quedamos así, con las miradas entrelazadas, como si el mundo nos diera tregua un segundo. Y justo entonces, me viene un olor. Un pequeño tufo a quemado irrumpe en la escena y rompe el embrujo.

—Mierda —murmuro, girándome hacia la sartén.

Cojo el mango y vuelco el contenido en el plato. El huevo ha quedado turrado por abajo, medio crudo por arriba y con aspecto de querer pedir perdón.

—Podemos hacer como que esto es… cocina experimental —añado, girándome hacia ella con una media sonrisa.

Ella se muerde el labio, intentando no reírse, pero fracasa estrepitosamente. Y qué risa más bonita tiene. De las que contagian su alegría.

—Te juro que era un huevo perfecto hace cinco minutos —me excuso, levantando las manos.

—Me lo creo. El baile lo delataba. —Cruza los brazos, apoyada en el marco de la puerta—. ¿Siempre cocinas así… en modo videoclip de Taylor Swift?

—Solo cuando hay público selecto. —La miro de reojo, fingiendo concentración en el plato destrozado—. ¿Más café?

Ella asiente, coge la taza y se acerca. Le sirvo un poco más y da un sorbo, saboreando el momento incluso más que el café.

—Sabe a disculpa.

—Y a segunda oportunidad. —Le acerco el plato con el huevo malherido—. Pero podemos pedir refuerzos. ¿Te apetece salir a por algo?

—¿Ahora?

—Ahora. —La miro. Más en serio esta vez—. Sin planes, sin presión. Un café y lo que venga después. Aunque sea una tostada decente.

Se queda callada. No se ríe. No responde al instante. Y esa pausa… me da más vértigo que una bajada en rápel sin arnés.

—Vale —dice por fin, bajando la taza.

Y sonríe. Joder si sonríe. Una de esas sonrisas que no hacen ruido, pero se te quedan dentro. Y en ese momento, sin música de fondo ni fuegos artificiales, lo sé.

Estoy más jodido de lo que pensaba.

—Dame un minuto, me cambio y nos vamos.

—¿Recogemos esto antes? A tu compañero no le gustará que dejemos todo desordenado. A mí me pone nerviosa cuando Nuri me deja la cocina hecha un desastre… —Se congela en el acto con los ojos como platos—. ¡Nuri! Ay, Dios...

Suelta la taza sobre la encimera, que tintinea por el apuro, y sale disparada hacia la puerta. Saca el teléfono mientras avanza por el pasillo, y su cara va cambiando de expresión como si le estuvieran pasando filtros de Instagram en tiempo real.

—¡Está sin batería! —brama, con tono apocalíptico.

—Dina, le dije a Armando que la avisara de que estabas aquí —digo, dejándolo todo y voy tras ella.

Se gira en seco con la mano en el pomo, como si acabara de escuchar que el apocalipsis tenía nombre.

—¿Armando? —pregunta, incrédula.

Abre la puerta de golpe, sin mirar, con la vista aún fija en mí, claramente procesando lo que acabo de soltar.

Y justo cuando llego a su lado, las voces nos hacen girar la cabeza al unísono.

—No me creo esa historia. ¿Cómo sé que está bien? Hazle una foto y envíamela —reclama Nuri al otro lado de la puerta aún cerrada, sin saber que su conversación tiene público.

—No tengo tu teléfono, ¿cómo quieres que te la envíe? —responde Armando, pasándose la mano por la cara con desesperación—. ¿Puedes abrir la maldita puerta?

Y por si el cuadro no fuera ya lo bastante surrealista, el universo decide que aún puede apretar un poquito más el nudo. Porque el ascensor se abre y aparece la última persona que esperaba encontrar.

—Coño, no sabía que teníais reunión de vecinos... —suelta Viggo, con una bolsa de croissants en la mano y una ceja arqueada como si acabara de entrar en una *sitcom*.

Dina parpadea, confundida. Nuri sigue hablando sola. Armando resopla. Y yo, que había empezado el día con huevos revueltos y mariposas, me paso la mano por la cara. Porque esto... esto se nos ha ido completamente de las manos.

CAPÍTULO 29



—¿Tú vives aquí? —pregunto, sin dejar de mirar al hombre que acaba de salir del ascensor.

—No, pero vengo a ver a mi colega... —Su mirada salta de Rubén a mí y de vuelta, con ese brillo en los ojos de quien acaba de atar cabos—. Ahora entiendo todo mucho mejor. Al final, yo tenía razón. Por cierto, soy Viggo.

—Dina… —respondo, algo cortada, sobre todo por cómo me está mirando. Como si fuera una pista crucial en un caso policial.

—¿Dina? —repite sorprendido, mostrándome una sonrisa socarrona.

—¿Dina? ¡Dina! —exclama Nuri al otro lado de la puerta, justo cuando la abre de par en par.

Luce demasiado arreglada para ser domingo por la mañana. Me la quedo mirando con una ceja levantada. Vaqueros buenos, sin roturas y de los que marcan las curvas. Top ajustado con mensaje en inglés, de esos que mi madre censuraría, y el delineado perfecto. Para estar en casa. Ajá.

—Mira qué guapa te pones para desayunar —murmuro, más para mí que para ella.

Pero no me da tiempo a decir nada más, porque Nuri hace algo que jamás imaginé: abre del todo la puerta, ve a Armando a medio metro y… no se bloquea. Ni se le cae el móvil, ni se le cruza el cable de los pensamientos. Nada. Reacciona. Y eso sí que no lo vi venir. Cruza el rellano de dos zancadas con los ojos fijos en los míos, me agarra del brazo con la fuerza de una madre cabreada en el supermercado y me arrastra de vuelta al piso. Literalmente. Como si acabara de salvarme de un secuestro. Cierra la puerta de un portazo que retumba en todo el descansillo, dejando fuera a Rubén, Viggo y Armando.

Y ahí se gira, con esa expresión que indica que hemos cruzado la frontera de un país enemigo.

—¡Ya estamos a salvo! —anuncia, medio jadeando.

La miro. Ella me mira. Y por un momento, solo uno, me pregunto si esto es mi vida… o un capítulo perdido de *Friends*.

—¿Pero se puede saber qué hacías tú saliendo de su casa? —dispara Nuri, con los ojos muy abiertos y el dedo acusador en alto.

—Es largo de explicar…

—Pues ya puedes estar largando. Tengo toda la mañana para que me cuentes eso que es tan largo de explicar. Casi me cago encima cuando me he levantado y no estabas en casa, la cama hecha, el teléfono apagado… ¿Entiendes el nivel de ansiedad que me has generado?

«Será exagerada».

—Está bien —suspiro—. Pero… ¿no tenías que trabajar?

—Trabajo desde casa, ya lo sabes. Bueno, más o menos. —Se encoge de hombros—. Además, esto es más importante. ¡Tú! ¡Pasando la noche en casa del bombero! Esto da para mínimo tres capítulos y una *playlist* en Spotify.

—¿Sabes que nunca me has contado exactamente en qué trabajas? —digo, cambiando de tema como quien lanza una cortina de humo—. Sé que tiene que ver con ordenadores, pero lo mismo

eres hacker y nos tienes a todos espiados… eso explicaría muchas cosas.

—No lo entenderías —dice con fingida superioridad—. Pero no me cambies de tema. Vamos a prepararnos unos cereales y vamos a hablar como dos adultas.

Y ya está. No hay escapatoria. En menos de cinco minutos, tengo un bol de cereales delante, cuchara en mano y cara de «¿por dónde empiezo sin liarla?».

—A ver… Anoche me lo encontré en el rellano. Había tenido un día complicado en el parque, hubo un incendio y estaba... en *shock*. No me pareció buena idea dejarlo solo, así que me quedé con él. Solo eso. Dormimos. Punto.

Me trago el resto. Me guardo los detalles donde lo desnudé con cuidado, lo limpié como si pudiera borrar el cansancio con una toalla tibia y cómo se me encogió el alma al verlo tan roto. No por ocultárselo, sino porque si Nuri se entera, no salgo viva: querrá saber el orden exacto de los botones, la textura de su piel y si tiene lunares en forma de constelación. Y no estoy emocionalmente preparada para revivirlo con subtítulos.

—¿Y no pasó nada? —me pregunta como si le acabara de contar que me encontré un unicornio en el portal y lo subí a dormir a casa.

—Nuri.

—¡Vale, vale! Solo digo que eso, con un poquito de chispa, es el conflicto romántico perfecto. ¡Tensión emocional! ¡Cuidado mutuo! ¡Desayuno juntos! Es que no necesitas ni inventártelo, solo escribe lo que te ha pasado. ¡Esto grita novela!

«Y la verdad es que tiene razón. Todo mi cuerpo me pide escribir. Mis dedos están deseando agarrar un teclado y mi cabeza ya ha puesto banda sonora».

—Nuri, por favor... —le advierto, llevándome una cucharada a la boca para tener algo que hacer con ella. Porque si me sigue mirando así, con ojos de fan entregada y mente de editora desatada, me voy a poner colorada. Y no precisamente por el desayuno.

—Dime que, al menos, te iba a invitar a algo. ¿Un café? ¿Una tostada con aguacate? ¿Una vida juntos?

«Dale con el aguacate. Todo el mundo está obsesionado con eso».

—Me ha preguntado si quería salir a desayunar... —murmuro, bajando la mirada al bol—. Porque el huevo se le había quemado, pero justo en ese momento me he acordado de ti, de que no sabías nada… y, bueno, se ha liado.

—Pues yo me quedo con la parte en la que ibas a desayunar con él. ¡Hay tema! —dice entusiasmada, aplaudiendo bajito como si acabara de ver el tráiler de una comedia romántica—. Ojalá seáis canon.

—¿Canon?

—Déjalo, es cosa de *fandoms*. El caso es que te veo contenta. ¿Lo estás?

Me quedo callada un segundo. Me trago la cucharada que tenía en la boca y suspiro.

—No lo sé. Solo... sé que me siento bien cuando estoy con él, como si respirar fuera un poco más fácil.

—Eso es más que suficiente para empezar. Tienes un brillo bonito en la mirada, y hacía tiempo que no lo veía. Y ambas sabemos que no es solo por la novela. Que, por cierto, te está quedando de lujo. También es por él…

Y justo cuando la veo empezando a emocionarse, con esa cara de *voy a buscarte un vestido blanco y un ramo silvestre*, me aferro a la única vía de escape emocional que tengo:

—¿Y tú por qué no abrías la puerta, por cierto? —le suelto, fingiendo total inocencia.

—¿Yo? ¡Porque pensaba que estabas secuestrada o metida en un lío! —resopla—. Y encima el vecino sexy intentando convencerme de que estabas bien. ¿Cómo me fío de alguien con ese pelo? Es como si

Ryan Gosling llamara a mi puerta a las ocho de la mañana… dudas. Claro que dudas.

—Era Armando —aclaro, con una ceja alzada.

—¡Pues eso! ¡Armando! Con esa voz y esa cara llamando a mi puerta, he llegado a cuestionar mi propia existencia. Te juro que, por un segundo, pensé que había muerto y estaba en el cielo. Versión andaluza.

—¿Y por eso te has arreglado? ¿Por si al final te animabas a abrirle?

—*Of course.*

Nos reímos. Por fin. Y siento cómo el nudo que tenía alojado en el pecho empieza a aflojarse y todo se acomoda un poco por dentro.

—Por cierto… —dice de pronto, bajando la voz—. ¿Quién coño era ese mastodonte que ha salido del ascensor? Decía que era amigo de Rubén, pero vamos a ver… ¿Qué está pasando en ese piso? ¿Es un agujero negro de tíos buenos? Todos se están concentrando ahí. Yo no puedo más.

—Viggo, creo que se llama —respondo, conteniendo otra carcajada—. Y parecía sacado de la serie *Vikings*.

—Pues ya te digo yo que ese no es un amigo, ese es un meteorito. Como vuelva a cruzármelo, me pongo el contorno de ojos y el sujetador *push up*, por si acaso.

Nos volvemos a reír. Y esta vez, el aire que entra en mi pecho se siente distinto. Más limpio. Más mío.

CAPÍTULO 30



—¡Lo sabía! —declara Viggo, apoyado en la encimera como si acabara de resolver un crimen—. En cuanto pueda se lo cuento a Aksel. Que, por cierto, me debe dinero. Él apostó a que no había fémina de por medio.

—¿En serio? ¿Habéis apostado por mi vida sentimental? —mascullo, con el ceño fruncido y los ojos clavados en el fregadero.

—Claro. Él estaba convencido de que habías tirado la toalla con lo del amor verdadero. Que estabas en paz con la soltería, el celibato y el porno premium.

—No estoy buscando el amor verdadero —respondo, firme. O al menos intento sonar así.

—Ajá. Eso díselo al Rubén que tiene cara de haber dormido con la banda sonora de *Titanic* de fondo. Pensé que lo de aquella noche te había hecho clic… Que por fin ibas a disfrutar sin comerte tanto la cabeza.

—Lo de esa noche… fue distinto —admito, bajando un poco la voz.

—¿Qué pasó *esa noche*? —pregunta Armando como quien no quiere la cosa.

Le lanzo una mirada. Una de esas que vienen con subtítulos: *no es el momento*.

—Nada —respondo.

—Todo —corrige Viggo, encantado de tener público—. Esa noche nuestro amigo se quitó la armadura, y conoció a una diosa que le dejó huella. Pero claro, como buen cagado emocional… no volvió a buscarla.

—Viggo, en serio… déjalo ya.

—Solo digo que ya era hora, tío.

Niego con la cabeza mientras friego los platos que se han quedado en la pila. El resto del desayuno sigue ahí, intacto. Frío. Como yo, intentando disimular que me tiembla un poco el pulso.

—De todas las personas que podían aparecer esta mañana… tenías que ser tú —murmuro, más para el estropajo que para él.

—¿Y perderme esto? Ni loco. ¡Tenías una tía en casa, Rubén! —Abre los brazos, teatral, como si hubiera presenciado un milagro—. ¡Y no era una cita! Era… algo más. Te lo noto. Has desayunado sentimientos, cabrón.

Me paso la mano por la cara y resoplo.

—No ha pasado nada —digo, sin mirarlo.

—Claro. Y yo soy monje.

—Joder, acabas de llegar y ya tienes a la vecina durmiendo aquí —suelta Armando, que se suma a la fiesta como si esto fuera una tertulia mañanera.

«Lo que me faltaba. Otro palmero para Viggo».

—Ya te vale, macho —añade Viggo mientras abre la nevera como si fuera suya y se sirve zumo en mi vaso. En mi vaso.

Pero en vez de seguir esquivando el tema, me aferro a la única vía de escape que tengo. Y no es otra que desviar la atención.

—Oye, Armando…

Él levanta la vista con ese gesto inocente que no cuela.

—Dime.

—Cuando te pedí que avisaras a Nuri de que Dina estaba aquí… ¿por qué te pusiste tan nervioso?

Viggo alza una ceja, intrigado, y deja el vaso para prestarle toda su atención. Armando se encoge de hombros, pero le veo la sonrisa torcida. Esa que le sale cuando alguien intenta hacerse el loco y los gestos le traicionan.

—¿Nervioso yo? Qué va. Es que la situación era... intensa. No sabía si decirle que había pasado la noche contigo… o que estáis juntos.

Evita mirarme directamente a los ojos.

—Ajá —respondo, ladeando la cabeza.

—Además, la Nuri esa impone. Tiene esa energía de chica que te lanza un cuchillo si no le caes bien.

—Te gusta —salta Viggo dando una palmada sobre la encimera —. ¡Te flipa! ¿Lo veis? No se escapa nada a mi radar emocional.

Armando levanta las manos, aunque sus mejillas ya lo han delatado. Rosadas como un tomate maduro.

—Solo digo que es guapa. Y que… no sé. Me cae bien. Está un poco loca, sí, pero es divertida.

—*Me cae bien* —repite Viggo, poniendo voz de teleserie adolescente—. Vamos a tener que empapelar este piso con condones. Aquí hay tema por partida doble, colegas.

Niego con la cabeza y dejo el plato que ya he fregado tres veces. El pobre está más limpio que mi conciencia.

—¿Podéis dejar de comportaros como si esto fuera un spin-off de *American Pie*?

—Solo si tú dejas de mirarla como si te hubieras tragado un flechazo con efectos secundarios —remata Viggo, directo a la yugular—. Porque, colega… se te nota. A kilómetros.

Y no respondo. Porque no tengo con qué. Porque me lo estoy empezando a notar hasta yo. Viggo se cruza de brazos y me lanza esa mirada de colega sabihondo que lleva años entrenando en bares y conversaciones de resaca.

—Solo te voy a decir una cosa, tío. No la cagues con tu síndrome de buenazo profesional.

—¿Perdón? —Frunzo el ceño.

«¿En serio?».

—Sí, sí, tú. Que se te ve venir a kilómetros. Con ese rollo de *yo escucho, yo cuido, yo no muerdo ni aunque me provoques*. —Hace un gesto dramático con las manos—. Que ya sé que tú eres de los que buscan a su futura esposa hasta en el súper, pero bájale un punto. Nadie se enamora del tío perfecto. Eso solo pasa en las películas.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer? ¿Tratarla mal?

—No seas literal. No digo que le grites ni que desaparezcas tres días, no estamos en una novela de drama. —Se ríe—. Solo… no le pongas la alfombra roja tan pronto. Tienes que meterle un poco de rollo Mario Casas en sus años canallas. Mirada intensa, sonrisa torcida, misterio medido y camiseta ajustada.

—¿Tú me estás diciendo que finja?

—Yo te estoy diciendo que juegues. Que no vayas con la ficha *te querré todos los inviernos* ya puesta en la frente. Que sorprendas. Que tengas tu parte de cabrón encantador. Las chicas también necesitan sentir que se han ganado algo.

Lo miro en silencio, intentando decidir si me ofende o si tiene razón.

—¿Sabes que eso suena a manual de seducción desfasado?

—Y aun así funciona —dice, dándose la vuelta para abrir un croissant como si acabara de soltar una verdad universal—. Piensa en todas esas novelas que lees con tu hermana… ¿quieres ser el secundario simpático o el tío que la deja sin aliento?

—¿Lees novelas románticas? —pregunta Armando, con una ceja alzada y su guasa bien afilada.

—*Ouch* —suelta Viggo, riéndose.

—Cállate, Armando, que tú no eres capaz de cruzar el rellano para pedirle una cita a Nuri.

—Vaya zasca te acaba de meter —añade Viggo, encantado de meter cizaña.

—Y tú tampoco te me pongas gallito —le suelto, girándome hacia él—. No me hagas recordar lo rápido que cambiaste de rol cuando Tina se cruzó en tu camino.

—Hostia… —murmura Armando—. Que tiene munición para todos.

Porque sí. Porque Viggo siempre fue el ligón del grupo. El que se las llevaba de calle con esa sonrisa suya de *no me comprometo, pero qué bien lo pasamos*. Y luego apareció Tina. Y, de repente, lo vimos hacer cosas como… sentarse a hablar. Escuchar. Estar ahí cuando ella lo necesitó. Cosas que, en él, parecían ciencia ficción.

Así que, aunque ahora venga con su discurso de «tienes que ser más malote», aunque me conozca mejor que nadie y sepa que siempre he sido el buenazo del grupo, el que cuida, el que espera… sus malditas palabras me hacen dudar.

CAPÍTULO 31



He escrito dos capítulos casi sin moverme del sitio, sin dar vueltas por la casa, sin procrastinar abriendo la nevera. Estoy en racha. Las palabras se me escapan entre los dedos y yo solo puedo correr detrás, dándoles forma. No me sentía así desde hacía meses. Es como si la historia se escribiera sola, y yo fuera solo el médium, la traductora oficial de todo lo que estos personajes me gritan desde el fondo de la cabeza.

Si por mí fuera, tendríamos ya cuatro capítulos de escenas tórridas. Con besos robados, manos curiosas y miradas que incendian.

«Shhh».

Últimamente siento que ese personaje que inventé aquella noche en el club quiere más. Que no le basta con aparecer en un par de capítulos sensuales ni ser solo la protagonista en mi historia. Quiere escaparse de la página. Dirigir. Sentir. Existir.

«No la pienso dejar salir».

Porque nació para eso: para jugar a ser quien yo no me atrevo, para brillar en la oscuridad, para moverse como si nada la tocara, para disfrutar sin pensar en consecuencias. Un alter ego. Un disfraz con palabras. Pero se cuela en mis pensamientos, en mis ideas… en

mis ganas. Y siento que ya no le basta con que yo le dé voz. Quiere ser yo. Tomar las riendas. Y lo peor es que… me tienta.

Porque cuando se asoma, me siento distinta. Más segura, más libre. Con ganas. De escribir. De tocar. De volver a cruzarme con esa versión de mí que no se encoge cuando alguien le dice que está guapa y no se muere de vergüenza si le miran el escote. Que no se marcha corriendo.

«Que no piensa en Rubén y se asusta».

Porque, aunque con él no ha pasado nada… podría. Y yo lo sé. Y la otra yo también lo sabe. Por eso aparece cuando escribo, metiéndole fuego a los diálogos, bajando luces y subiendo pulsaciones. Está en cada frase que no me atrevo a terminar y en cada escena que se me queda a medio esbozar, demasiado presente.

Y luego está él. Rubén. Con su serenidad, su voz grave que se me cuela bajo la piel y esos silencios que, lejos de incomodar, arropan. No sé qué quiere de mí, si le gusto o solo soy un pasatiempo, pero sé que, si me dejo llevar, si la dejo a ella tomar el mando… lo descubriré demasiado rápido. Y tengo miedo de no querer parar.

Las yemas de sus dedos recorren la línea de mi espalda con una calma que quema. No hay prisa, solo intención. Solo ese cosquilleo que aparece cuando sabes que va a pasar. Que por fin va a pasar. Él baja despacio, como si cada centímetro de su piel fuera un mapa que quiere memorizar. Arqueo ligeramente la espalda, abro los labios, me agarro a las sábanas y...

Me detengo. Respiro.

Porque ella lo haría. La otra yo. La que no se corta ni duda. La que se atreve a pedir lo que quiere con la mirada, o con las piernas. Esa que solo aparece cuando estoy delante del portátil o cuando me escondo bajo un antifaz en un club lleno de luces rojas y música que vibra en el pecho. Y entonces, aparece él, el hombre del antifaz dorado que sabía cómo tocarme, y hacerme perder el control… Cierro los ojos, evocando cada instante, suspiro y respiración. Me

vuelvo a introducir en la escena, metiéndole mano al protagonista como si fuera ella y no le diera miedo nada.

Yo, por el contrario, estoy encogida en la silla, con el corazón desbocado y los auriculares puestos, intentando convencerme de que la música tiene la culpa de lo que estoy escribiendo. Porque me estoy calentando yo sola.

«Madre mía, qué salida estoy».

Me muerdo el labio, dejo que sus manos bajen un poco más, que sus labios se acerquen al cuello de ella. *De mí*. Que lo que empezó con una caricia se convierta en promesa. En urgencia. Y justo cuando le va a susurrar algo al oído, cuando estoy tan dentro de la escena que podría jurar que huelo su piel…

—¡Dina! —me llama Nuri colocando una mano sobre mi hombro.

Doy un bote en la silla como si me hubieran lanzado un cubo de agua fría. Casi me da un jamacuco.

—¡¿Qué?! —respondo quitándome un auricular, jadeando ligeramente.

—Te llevan esperando diez minutos en el salón.

—¿Qué...? ¿Quién...? ¡Nuri, podías haber avisado antes!

—¡Te estaba avisando! Pero estabas metida en tu mundo de gemidos y teclas. ¿Estás escribiendo una escena marrana?

—¡No es eso! —digo, roja hasta las orejas—. Es... es una escena…

—Ya. Tus mejillas te delatan… en un ratito lo leo, que tengo trabajo y no he podido hacerlo en directo.

—No está terminado, aún no puedes.

—Solo un poquito, no puedes dejarme sin mi dosis —dice haciéndome un puchero justo antes de desaparecer.

Guardo el documento a trompicones, intentando respirar, recomponerme... y disimular el calor que me sube desde las piernas

hasta la cara. Porque lo único que me faltaba hoy era recibir visitas mientras fantaseo con una versión inventada de alguien real.

Espero que no sea Rubén. Porque como sea él, no respondo de mis neuronas. Entro un momento en el baño, abro el grifo y dejo que el agua fría corra. Mojo las manos y luego me froto las mejillas. Recoloco el moño y ajusto las gafas. Me miro al espejo y tuerzo el labio.

«No se nota nada que hace un segundo casi tenemos un orgasmo. Nada, de nada».

Me seco las manos con rapidez y salgo al pasillo. No se escucha un alma en el salón. Nuri debe haberse metido en su cuarto, seguramente liada con su trabajo misterioso del que nadie sabe nada, ni con amenazas de tortura. Camino con cautela, respiro hondo… y me asomo, pero a quien me encuentro sentada en nuestro sofá me congela la sangre.

—Ya era hora que bajaras de los Mundos de Yupi —suelta, tajante, mi hermana, mientras se gira para encararme.

Y como era de esperar, la versión decidida, la que me sale con Rubén cerca, la misma que se puso un antifaz para ir al club, la que escribe sin pudor… esa se esfuma. Se evapora. Solo queda la versión pequeñita. La que se achica y agacha la mirada.

—Soraya… ¿Qué haces aquí? —susurro, bajando la voz en un intento inútil de suavizar el golpe que supone verla.

Me analiza. De arriba abajo. Su mirada se pasea por mi pijama, ese que adoro para escribir, frunce el ceño y, de repente, me siento ridícula. Yo, que me sentía poderosa hace cinco minutos, ahora estoy desnuda sin estarlo. Ella, impecable con su traje color marrón claro, moño estirado hasta la eternidad y ni un solo pelo fuera de lugar. Ninguno se atrevería.

—He venido por petición de papá —dice, y al ponerse de pie, se alisa el pantalón como si fuera una armadura—. He hablado con Francisco para que vuelvas al trabajo y dejes la excedencia. Esta vez

no hay excusas. Tienes que bajar los pies a la tierra y empezar a buscar una estabilidad.

—Ya tengo trabajo.

Suelta una risa baja, seca. De esas que duelen más que un grito.

—Uno real, Bernardina.

Avanza un par de pasos. Y yo me encojo dos centímetros más.

—¿Eso que he escuchado hace un segundo… escribir escenas marranas? Si mamá se entera, ¿qué crees que pasaría? —Niega con la cabeza, como si fuera la vergüenza de la familia.

Me muerdo la lengua. Lo justo. No pienso callarme. Porque ya no, joder. No quería que se enterasen así. Pero a lo hecho, pecho.

Tú puedes, estoy contigo.

—Es un trabajo real. Que no lo entiendas porque no conoces nada de este mundo, no lo hace menos válido. Al igual que yo respeto todo lo que haces —y lo digo con esfuerzo, porque a veces me cuesta—, y admiro tus logros… por una vez podrías alegrarte por mí. No creo que sea tan difícil compartir los sueños de tu hermana.

Abre mucho los ojos como si no esperara que le saliera contestona la cría pequeña. Y por un segundo, me parece verla vacilar. Me alegro de haber tenido la valentía de decirlo. Me siento fuerte. Íntegra. Sólida. Hasta que habla.

—Bernardina… —Su tono vuelve a ser hielo envuelto en terciopelo —. Cuando dejes de soñar y despiertes, hablamos.

Recoge el bolso del sofá. Recta, impecable, sin un pelo fuera de lugar. Y sin mirar atrás, se va.

Yo me quedo ahí, sola con el pijama arrugado, las mejillas calientes y el corazón un poco hecho trizas. Pero también con la espalda un poco más recta. La puerta aún vibra con su portazo, y miro el hueco que deja, esa ausencia que suena a reproche y a despedida. El último intento de mi familia por meterme en el molde.

Y justo ahí, en ese silencio que se queda después de las tormentas emocionales, lo tengo claro:

«Esta novela les va a demostrar quién soy. No solo una hermana pequeña. No solo una soñadora. Una escritora de verdad. Una que no piensa bajarse del escenario solo porque les incomoda lo que cuento».

CAPÍTULO 32



—Tienes una cara de pasmado que no puedes con ella —suelta Marcos mientras remueve algo en la sartén que se supone que es una tortilla, pero se parece más a un accidente en proceso.

—No sé de qué me hablas —respondo sin mirarlo, cogiendo los platos.

—¿La pelirroja es la chica por la que llevas suspirando meses?

—¿Qué dices? —Lo encaro, frunciendo el ceño—. Marcos, se te quema la tortilla… o lo que sea eso.

Me alejo antes de que pueda soltar alguna otra de sus teorías de experto en salseo. Con los platos en mano, empiezo a poner la mesa, centrándome en el ritual cotidiano, ese que a veces ayuda a no pensar tanto. Y justo cuando dejo el segundo plato, una mano se posa sobre la mía. Me congelo en el acto. Laura. La miro y sus ojos son firmes, aunque suaves. De esos que no necesitan alzar la voz para decir mucho.

—¿Estás bien? —pregunta en voz baja.

—Sí.

—Rubén —insiste—, lo del otro día no fue culpa tuya. Quiero que eso se te meta en la cabeza de una vez. No podías hacer más. No siempre podemos salvarlos a todos.

Hace una breve pausa, pero no me suelta la mirada.

—Y duele. Créeme, lo sé. Todos lo hemos sentido alguna vez.

«Mierda».

La punzada en el pecho se intensifica. Esa que parece llevar uniforme también y no se toma descansos.

—Lo sé —miento.

Es más fácil decirlo que creerlo. No quiero volver a hablar de eso, aunque sé que el silencio no cura nada. Aun así, lo abrazo, tratando de protegerme.

—¡Novato! —grita Morales desde el fondo—. Te espero en mi despacho.

Suelto el tenedor como si quemara. Laura asiente con un gesto del mentón, dándome vía libre.

—Ve. Yo me encargo de esto.

Asiento, pero me detengo un segundo antes de salir. Porque, aunque intento avanzar, una parte de mí sigue anclada en ese incendio que aún me persigue, el que dejó humo en los pulmones y culpa en la espalda. Sin embargo, hay otro. Uno distinto. Uno que arde por dentro y no duele igual. Ese sí que quiero que me consuma. Porque, con suerte, aún queda algo de esperanza entre sus brasas.

Camino hacia el despacho de Morales con paso firme, aunque en mi interior, todo va menos estable. Golpeo la puerta dos veces con los nudillos.

—¡Adelante! —resuena su voz grave.

Empujo la puerta. Morales está sentado detrás del escritorio, con los brazos cruzados sobre una carpeta abierta y esa expresión que no sabes si es de bronca o de preocupación.

—Siéntate, Rubén.

Obedezco sin rechistar. Cierro y me dejo caer en la silla frente a él. El silencio se instala entre nosotros, espeso, incómodo, largo.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Supongo que por lo del otro día —respondo, directo. Fingir que no lo sé sería de cobardes.

Él asiente despacio, sin apartar la vista de mí. Yo bajo la mirada.

—Sé que lo diste todo, Rubén… pero no puedes seguir así. No puedes lanzarte al fuego como si fueras invencible y no importase lo que dejas atrás. No puedes hacerte el héroe mientras todo se derrumba a tu alrededor. —Cierra la carpeta con un golpe seco, se aprieta el puente de la nariz, cansado—. No pienso perder a otro hombre delante de mis narices...

Su voz se apaga. No es un corte, es una herida vieja que sangra sin avisar. Levanto la vista. Y entonces, lo veo. La humedad en sus ojos. El temblor contenido en la mandíbula. Ese silencio que pesa más que cualquier sermón.

—Ya perdí a tu padre —dice, y las palabras me atraviesan el pecho—. Han pasado muchos años… pero sigo viéndole. Esa maldita mirada suya, ardiendo en ganas de ser el mejor. De luchar hasta el final. De ser un héroe a toda costa… Y eso fue lo que lo mató.

Su puño cae con fuerza sobre la mesa. Un golpe seco, lleno de pasado. Algo en mí se mueve, como si el golpe hubiera resonado dentro. Y entonces, una imagen se cuela entre el ruido.

«La foto».

Esa que siempre ha estado colgada en el salón de casa. Enmarcada con polvo y memoria. Mi madre la limpiaba cada sábado, frotando el cristal con la esperanza de devolverle la voz. Dos hombres, hombro con hombro, en blanco y negro. Uno de ellos, mi padre. Joven. Con esa sonrisa ancha que apenas recuerdo, pero que mi madre nunca dejó de nombrar. El otro… más serio. Mismo uniforme. Mismo fuego en la mirada.

«Morales».

—Eras tú —susurro, más para mí que para él—. El de la foto. Has estado ahí todo este tiempo. ¿Cómo no me di cuenta antes?

Morales baja la mirada. Se pasa una mano por la nuca. Como hace siempre que no sabe qué decir.

—A veces cuesta mirar de frente lo que más pesa, Rubén.

Me cuesta tragar saliva.

—¿Por eso me trajeron aquí?

Morales asiente. Y su silencio tiene la forma exacta de un *sí, pero no solo por eso*.

—Le prometí a tu madre que te cuidaría —añade—. Que no dejaría que el fuego me lo llevara todo dos veces.

El pecho se me encoge y todo cobra sentido. No fue casualidad, ni el traslado, ni sus silencios.

«Era por él».

Por ese hombre que ahora me mira y ve en mí el eco de su pasado. Y entonces lo entiendo. Entiendo esa tensión cada vez que cruzábamos una mirada. Esa forma en la que su voz bajaba medio tono cuando hablaba conmigo. Esa sobreprotección que parecía injustificada… hasta ahora.

Yo no soy solo Rubén. No soy solo el novato que llegó con la camiseta mal doblada y la espalda erguida. Soy el hijo del hombre que se le murió entre los escombros. El recuerdo con botas que aparece cada día a remover la herida. Yo perdí a un padre. Pero él… él perdió a su hermano de fuego. Y por primera vez, en mucho tiempo, me cuesta tragar saliva. Me dejo caer un poco más en la silla, como si mis propios huesos se volvieran pesados y la verdad me cayera encima con el mismo estruendo con el que colapsó aquel maldito techo hace años.

Morales me mira. Pero ya no es mi superior, es el hombre que lleva años cargando con la culpa de no haberlo salvado. Y yo, el que ha venido a recordárselo. Durante un instante, ninguno dice nada. Solo el zumbido del fluorescente llena el silencio entre los dos.

Entonces, se pasa una mano por la cara.

—Tu padre era un buen bombero. Y un cabezota de campeonato —dice al fin, con una media sonrisa cansada—. Pero tenía algo que pocos tienen: corazón. El mismo que tienes tú, aunque a veces lo confundas con coraje.

Las palabras me golpean más que cualquier reprimenda.

—No quiero que termines igual —añade, bajando la voz—. No pienso perder a otro —suspira con fuerza—. No se trata de ser valiente. Ser bombero no va solo de correr hacia las llamas. A veces, lo más jodido es quedarse quieto y saber cuándo parar.

La garganta me arde, y lo único que atino a hacer es asentir. Morales se inclina hacia atrás, deja caer los brazos sobre los reposabrazos y suelta el aire con un sonido que parece llevar años guardado.

—Era un buen hombre, Rubén. De esos que te hacen creer en lo que hacemos. Y si algo aprendí de perderlo… es que no quiero volver a ver a nadie quemarse por dentro por intentar ser él.

Me mira a los ojos y por un instante en sus iris veo algo familiar.

—La culpa... —añade tras una pausa— es traicionera. Se instala sin pedir permiso, y cuando te das cuenta, te está dictando cada decisión. Yo la he llevado tantos años encima, que hubo un momento en que creí que era parte de mí. Pero no lo es. No tienes que dejar que te defina. Ni que te persiga. Lo que pasó no fue culpa tuya. Y aun si lo fuera... aprende a vivir con eso sin dejar que te arrase. Aprende a dejar el casco en la taquilla sin cargar también con los fantasmas. Porque si no, Rubén… no hay forma de salir entero.

Sus dedos tamborilean sobre el borde del escritorio. Le tiemblan apenas. Lo justo para recordarme que este hombre, el que parece tener todas las respuestas, también está roto. Solo que ha aprendido a vivir con las grietas.

—El fuego lo apagamos fuera. Pero aquí dentro —señala su pecho con los nudillos—, o lo aprendes a domar… o te consume igual.

Asiento despacio, con ese nudo que sube desde el pecho y se instala en la garganta.

—Lo intentaré, jefe.

Morales alza una ceja, casi esbozando una sonrisa cansada.

—Y deja de llamarme jefe. Me haces sentir más viejo.

Sus palabras aflojan la tensión. Y, por primera vez, lo veo sin el peso del uniforme, sin el gesto de mando. Solo un hombre que también intenta seguir adelante, aunque las llamas sigan calcinando sus cimientos. El silencio que sigue no es incómodo. Es… necesario. Como si ambos necesitáramos quedarnos ahí, respirando entre las brasas del pasado.

Hasta que, de pronto, alguien golpea la puerta. Morales levanta la vista.

—Adelante —dice, con voz aún áspera.

CAPÍTULO 33



La puerta se abre con un golpe seco, como si alguien al otro lado no conociera el concepto de llamar con suavidad. Y ahí está.

«Mi madre».

—¿Mamá?

Con el bolso colgado del antebrazo, el pelo perfectamente recogido y la mirada de quien ha cruzado media ciudad con una sola misión: echarme la bronca de mi vida.

—¡Rubén! —exclama, llevándose una mano al pecho—. ¿Pero tú te crees que esto es normal? Llevo dos días llamándote y nada. Solo un mensajito escueto, con un emoji. ¿Qué es eso de ponerle un emoji a tu madre? Vi las noticias y casi me quedo tiesa en el sofá, y tú me contestas eso… ¡¿Tú sabes lo que eso hace en el corazón de una mujer que ya está en la menopausia!?

—Señora —interviene Morales, tratando mediar con dignidad.

Pero mi madre levanta el dedo índice con la elegancia de una emperatriz romana a punto de sentenciar a alguien al coliseo.

—Tú calla —le corta—. Que ya hablaremos tú y yo.

Me levanto de la silla, intentando aplacar todo lo que está por salir. Y sé que tiene razón. Debería haberla llamado, pero han sucedido tantas cosas… no tengo excusas.

—Mamá… —suspiro, cerrando los ojos un segundo.

—Y no me digas *mamá* con esa cara de *no pasa nada*, porque te juro que, si no fuera porque estás delante de tu jefe, te soltaba un sopapo que te recolocaba el alma.

Morales se aclara la garganta y se levanta, pretendiendo mantener la compostura.

—Señora Vega, no hace falta que se preocupe. Su hijo está bien.

Ella gira hacia él y le dedica una sonrisa afilada que podría hacer temblar a cualquiera.

—¡José Antonio! No me vengas con milongas —le lanza con esa voz suya que mezcla cariño y decepción—. ¿Tú también te has olvidado de coger el teléfono? Porque a este le habré enseñado yo, pero tú eras el responsable de cuidarlo.

Morales parpadea. Busca palabras, pero se le han debido caer debajo del escritorio. Yo intento que no se me note la carcajada, aunque ver a mi madre poniendo firme al jefe de bomberos es una escena que necesita su propio tráiler cinematográfico.

Y entonces, justo cuando creo que la cosa no puede escalar más…

—Le dije que no entrara sin avisar… —susurra Sara, mi hermana, asomando la cabeza por la puerta con cara de querer evaporarse—. Pero ya sabes que es inútil discutir con ella.

—¿Tú también, Sara? —pregunto, girándome—. ¿No podías haberla frenado?

—Claro, porque mamá es facilísima de frenar. —Rueda los ojos.

Morales, que hasta ese momento parecía un muro, deja escapar una risa leve, breve, como si no recordara la última vez que lo hizo. Y por un instante, el despacho se llena de algo distinto. De vida. De esa calidez que hacía falta después de tanto humo. Mi superior se aclara la garganta otra vez, pero esta vez suena más a intento de disimular la risa que a gesto de autoridad.

—Bueno… veo que el sentido de la disciplina viene de familia —murmura, medio sonriendo.

—¿Disciplina? —responde mi madre, plantándose frente a él con los brazos cruzados—. Yo lo llamo sentido común. Que bastantes sustos me ha dado este niño ya.

Sara resopla.

—Mamá, tiene treinta y cuatro años.

—Y si tuviera cincuenta, seguiría siendo mi niño.

Morales levanta las manos en señal de rendición, aunque sus labios se curvan apenas.

—Créame, señora Vega, aquí lo cuidamos bien.

—Eso espero, José Antonio, y deja de llamarme señora, que ya nos conocemos desde hace unos años. Y como vuelva a ver en las noticias un incendio y no sepa si está dentro, me planto aquí con una pancarta.

—No lo dudo —responde él, y esta vez se ríe.

Yo me paso una mano por la nuca, intentando contener una mezcla de vergüenza y cariño. Mi madre siempre ha tenido ese talento para desarmar cualquier situación: entra como un huracán, arrasa con todo y, cuando se marcha, lo deja todo oliendo a hogar.

—De verdad, mamá, estoy bien. Fue solo una guardia complicada.

—Complicada, dice… —refunfuña ella, bajando el tono—. No sabes lo que es pasar una noche sin dormir imaginando lo peor.

Sus palabras me tocan justo donde no esperaba. Sara, quizás notándolo, da un paso dentro y cambia de tema con su ironía habitual:

—Bueno, al menos ya sabemos que no te tragó ningún edificio. ¿Nos invitas a un café o esperas que mamá empiece a limpiar el despacho para mitigar los nervios?

—No me provoques, que lo hago —responde ella, mirando alrededor con gesto crítico—. Aunque veo que al menos alguien pasa

la mopa.

Morales carraspea y me lanza una mirada cómplice.

—Rubén, por hoy puedes tomarte un descanso. Creo que aquí tienes asuntos más urgentes que tratar.

«Traducción: Sobrevive a esto, muchacho».

—Gracias, jefe… digo, Morales.

Él sonríe.

—Así mejor.

Cuando salimos del despacho, mi madre se aferra a mi brazo con fuerza.

—No quiero volver a pasar por esto, Rubén. Me prometiste que ibas a cuidarte.

—Lo hago, mamá. Te lo juro.

—Más te vale, porque si no, la próxima vez me planto aquí con un megáfono.

—Y confeti —añade Sara, levantando una ceja.

—Y confeti —repite mamá, dándole un leve golpecito en el brazo.

Las dos se ríen y, al final, acabo riéndome yo también. Esa risa que no planeas, que se te escapa sin permiso, contagiada por la vida que se abre paso incluso entre los rescoldos. A pesar del fuego, aún quedan brasas encendidas donde importa: en casa.

—Antes dame un segundo, que quiero hablar algo con José Antonio. Id adelantándoos —dice mi madre.

La miro ceñudo, porque ahora que conozco las piezas que me faltaban por encajar, sé perfectamente de qué va a hablar con él.

Sara, mientras tanto, empieza a dar vueltas por la estación, mirándolo todo con un brillo en los ojos que me resulta muy familiar.

—Enséñame un poco esto… y preséntame a tus compañeros buenorros. No te dejes ni uno. —Me acusa con el dedo.

Vamos hasta la sala común, donde Marcos aprovecha para recoger los platos de la mesa con una pose bastante peculiar. No me jodas, está sacando músculo. Se gira sin nada de disimulo, como si no nos hubiera visto entrar.

—¡Hola! No sabía que estabais por aquí.

«Será capullo».

—Marcos, esta es mi hermana, Sara… —Los pectorales de Marcos bailan, yo le lanzo una mirada fulminante, y mi hermana se adelanta para plantarle dos besos.

—Encantada. Voy a tener que venir más a menudo por aquí.

—*Nop*.

—Qué cosas dices… —responde ella, dándome un golpe suave en el brazo. Y yo lo digo muy en serio.

—¿Y qué te trae por aquí, Sara? Si quieres, te puedo enseñar la estación… —dice Marcos con una sonrisa peligrosa.

Me aferro al brazo de mi hermana, arrastrándola conmigo, porque no me gusta el camino que está tomando esto. Sé que tiene sus ligues; no es ninguna niña. Pero es mi hermana. Que no, joder.

—¿No tenías que recoger? —le hago un gesto a Marcos para que pille la indirecta.

—Ya, bueno… por cinco minutitos no pasa nada.

—Marcos, termina lo que estabas haciendo —murmura Laura desde la mesa.

Suspiro, agradecido por su comentario.

—Ella es Laura —aclaro señalándola—. Es mi hermana…

—Sara, lo he escuchado. Me encantaría charlar con vosotros, pero me toca revisar algunas cosillas. Nunca se sabe. —Nos guiña un ojo antes de darnos la espalda.

Aprovecho el momento para alejarnos y seguir enseñándole algunas cosas a mi hermana. Y por un instante, se me cuela entre pensamientos cierta pelirroja a la que no le terminé el tour que le

prometí. Y ahora, más que nunca, le debo cualquier cosa que me pida: si quiere más información para documentarse, o necesita repetir la visita… o invitarla a ese desayuno que quedó a medias.

—¿Sabes? Nunca había venido. Yo era muy pequeña cuando todo pasó, y mamá siempre nos lo evitó, con excusas, con historias… Y ahora tú eres bombero. Papá estaría muy orgulloso de ti —dice, mirándome.

Y sin venir a cuento, se me lanza a los brazos y me besa con efusividad. Ella es así. Explosiva, impulsiva. De las que sienten antes de pensar. Y, aun así, sus palabras se me quedan clavadas en el pecho, como una llama que no quema, pero calienta.

La rodeo con los brazos y cierro los ojos un instante. Porque tal vez tiene razón.

CAPÍTULO 34



He cometido muchas locuras en nombre de la inspiración, pero esta se lleva la palma. Porque una cosa es escribir sobre un bombero, el cual es, no olvidemos, *mi vecino* y otra, muy distinta, presentarte en su parque de bomberos con tu mejor amiga a modo de escolta.

—¿Estás segura de esto? —pregunta Nuri, apretando el cinturón del coche como si el asfalto fuera a morderla.

—No. Pero si no lo hago hoy, no lo haré nunca.

—Vale, pero por si acaso… —Se inclina hacia el retrovisor—. ¿Tienes el pintalabios de emergencia?

—Nuri.

—¿Qué? Por si la documentación se alarga.

Suspiro, aunque por dentro agradezco tenerla conmigo. Después de la visita sorpresa de Soraya y su sermón de «Baja de los mundos de Yupi, Dina», me pasé una hora llorando sobre el sofá. Y luego, dos horas con Nuri recordándome quién soy: la tía que escribe, la que siente, la que no se rinde. Y la que va a escribir un *best seller.*

«Eso aún está por ver, pero en determinación no me gana nadie».

Así que ahí estoy buscando a la persona que me inspira, con el corazón dándome una charla motivacional y los nervios tocando las

maracas. Abro la puerta con elegancia, salgo del coche recolocándome las gafas y suspiro.

—Eres mi *erotista* de fuego. Estoy orgullosa de ti.

Nuri se agarra a mi brazo y avanzamos. Parque de bomberos, allá vamos.

—Vamos —digo, más para mí que para ella.

Cruzamos la esquina y no he dado ni dos pasos cuando lo veo.

«Rubén».

De pie, a pocos metros, con el uniforme abierto en el cuello y una sonrisa que debería estar prohibida a estas horas. Y en sus brazos, una rubia despampanante. Mi estómago cae al suelo, y de pronto tengo muchas, muchas ganas de vomitar. ¿Qué me pasa? El aire se vuelve espeso, y mi orgullo, que hace cinco minutos iba en modo heroína de su propia historia, decide cogerse el día libre.

—Vale, ya está, ya lo vi, podemos irnos —murmuro, girándome sobre los talones.

—¿Qué pasa? —pregunta Nuri, asomándose por encima de mi hombro.

—Que nos vamos…

Sin embargo, Nuri me agarra del brazo antes de que pueda huir.

—Ni de coña —sentencia.

—Nuri…

—Dina.

—Nuri.

—Dina, si te vas ahora, te vas a arrepentir. Además, ¿y si es su prima?

—Por favor, nadie abraza así a su prima.

—Yo abrazo así a mi prima cuando me regala una espada nueva.

—¡Tú no tienes primas!

—Precisamente, por eso puedo decirlo sin culpa.

Cierro los ojos, inhalo hondo y me debato entre huir, desintegrarme o fingir que he venido a entregar un extintor defectuoso. Pero Nuri sigue ahí, con esa cara de «no me vas a ganar esta».

—Vamos a acercarnos, y si es lo que parece, nos vamos —dice, con esa lógica suya que no admite recursos.

«Perfecto. Así es como empiezan todos los dramas».

—Y si nos vamos… en plan disimulado, creo que sería lo más lógico. Venga, Nuri, y te dejo leer todos los borradores que tengo en una carpeta oculta en el ordenador —la tiento.

—Esos ya me los he leído, por favor —responde sin despeinarse.

Entonces me la juego con algo que sé que no ha tenido acceso, porque podrá entender mucho de ordenadores, pero no conoce todas mis libretas.

—Tengo una Moleskine guardada con un montón de escenas que nunca escribí… de esa historia que hablamos un día borrachas de vinito dulce. —Los ojos le brillan; ahí está, no tenía ni idea de la existencia de esa libreta—. Pues te la dejo leer si nos vamos ahora… Luego conjeturamos juntas posibles finales…

«Ya es mía».

—¿Dina? —pregunta una voz masculina a mi espalda, y un escalofrío me recorre desde los dedos de los pies hasta la nuca.

Nuri ladea la cabeza como un perrito de la pradera para encontrar el origen de la voz. Si no me giro, puede que se vaya. O tal vez ha sido mi imaginación. No, Nuri también lo ve. Y, para colmo, me está girando para que vea quién es.

—Hola, ¿vienes buscando a Rubén? —me pregunta. De reojo veo a Nuri asentir, y sin darme tiempo a reaccionar añade—: ¡Rubén! Está aquí la periodista, la pelirroja.

—No soy periodista —intento dar un paso atrás, pero mi amiga me frena.

«¿Por qué ha tenido que especificar pelirroja? ¿Vendrán muchas? Claro, ahora está ahí la rubia de piernas largas…».

Ugh. Tengo fatiga. Quiero irme. Ojalá ser la protagonista de una de mis novelas y que ahora ocurriera algo bonito, de esos momentos que al final te hacen reír porque todo fue una confusión con música alegre de fondo.

—¿Dina? —repite la voz que reconozco al instante.

Rubén aparece por el pasillo con el uniforme medio desabrochado, el pelo despeinado y esa sonrisa serena que tiene la mala costumbre de desordenarme el pensamiento. Mis pulmones deciden dejar de funcionar y Nuri me da un empujoncito por la espalda.

—No te quedes ahí parada, mujer, que parece que estés viendo una aparición mariana.

—Hola —dice él, acercándose con paso tranquilo. Tranquilo él, yo estoy a tres segundos de colapsar—. No esperaba verte por aquí.

«Pues yo tampoco esperaba encontrarme con tu versión más... pasional».

—Estaba de paso —miento, porque «vine a documentarme y terminar mi novela» suena aún peor.

—¿De paso? —Su sonrisa se ladea, y me da la impresión de que lo ha notado todo.

Nuri, mientras tanto, se coloca las gafas de sol e intenta contener una sonrisa traicionera.

—Ah, sí, claro, de paso… —añade ella—. Pasábamos por aquí y dijimos: «oye, qué casualidad, el parque de bomberos donde trabaja Rubén».

Rubén y ella intercambian una sonrisa cómplice que no me gusta ni un pelo.

—Perdona, no queríamos molestar. Ya nos vamos… —Me giro intentando que Nuri me siga el rollo, pero la mamona no se menea.

—Hola —se suma una voz femenina—. ¿Sois amigas de Rubén?

—Dina viene a hacerle una entrevista —susurra Marcos.

«No quiero mirar, si miro será real».

Vamos, Dina, esto no te tiene que echar atrás en tu determinación. Derecha… y sonríe.

—Soy Nuri, su editora —dice mi amiga, con esa voz firme que pone cuando está a punto de salvarme o condenarme. Todavía no lo sé.

—Ah, ¿también trabajas en el periódico? —pregunta Marcos, genuinamente confundido.

Me giro despacio, pensando que si lo hago con suficiente lentitud quizá me vuelva invisible.

—No es una periodista —corrige Rubén.

—No soy periodista —repito al mismo tiempo.

Y en ese instante, como si las palabras se hubieran buscado en mitad del aire, nuestros ojos se encuentran. Es un segundo. Uno solo. Pero tiene la misma fuerza que una corriente eléctrica recorriéndome la piel. El brillo de su mirada me arrastra de golpe al ascensor, al camión, a la escalera… a todo lo que intento controlar. Y por un momento, todo el ruido, toda la gente, hasta el murmullo del parque, se desvanece.

«Solo quedamos nosotros».

Él, con esa calma que en realidad no lo es. Y yo, con las piernas temblando, intentando no parecer justo lo que soy: una mujer que se está derritiendo en mitad de un parque de bomberos. Porque estar cerca de él es como revivir cada escena que he escrito: me atraviesa, me desordena y me pone en carne viva.

—Ya veo qué pasa aquí. He leído suficientes novelas románticas para notar lo que dicen las miradas —añade la rubia, con una sonrisa que parece saber demasiado—. Qué calladito te lo tenías… —masculla entre dientes.

Pestañeo un par de veces, sin comprender del todo si me está vacilando o si de verdad lo piensa.

—Creo que tú y yo vamos a llevarnos bien —añade mi compañera. Esa que, a partir de ahora, se llamará Judas.

—¿Sara? —pregunta, Rubén, en un susurro.

«Ya sabemos que la rubia se llama Sara, un dato que no quería conocer todavía».

—¿Qué? —pregunto, más para mí que para nadie, porque mi cerebro ya ha activado la alarma de situación embarazosa nivel apocalipsis.

—Oh, vaya, me tengo que ir. Tengo… una *cosa* que hacer —suelta la rubia, con ese tono de quien disimula fatal y le da igual.

—¡Ah! ¿Te puedo ayudar con *esa cosa*? —interviene Nuri, tan pancha.

—Vaaale, sea lo que sea *esa cosa*, yo también me apunto —responde Marcos, encantado, de irse a hacer *cosas* con dos tías.

—Pero antes… —Nuri me arranca la libreta que tenía pegada al pecho, a punto de fusionarse conmigo—. Me llevo esto, creo que no te hace falta ahora.

—Invítala a cenar *cof cof* —suelta Sara entre toses, con ese tonito de quien lanza una bomba y se va tan tranquila.

«¿Pero qué están haciendo?».

—Venga, nos vamos a *esa cosa* —anima Marcos demasiado feliz.

Y se esfuman. Los tres. En menos de un parpadeo. Los veo alejarse, charlando y riendo, y yo me quedo ahí, plantada, con la elegancia de una farola rota. Mi cerebro intenta procesar la escena, pero lo único que consigue es una lista de cosas que no deberían haber pasado hoy.

Una: venir al parque.

Dos: ver a Rubén.

Tres: sobrevivir al combo rubia encantadora más amiga traidora.

Suspiro, llevándome una mano al pecho, porque me late tan fuerte que parece querer salir corriendo sin mí. Y ahí sigue él,

mirándome con esa calma suya que me deja sin palabras… o me incendia, todavía no lo tengo claro.

CAPÍTULO 35



Nos quedamos a solas y mi corazón empieza a dar brincos contra el pecho, dispuesto a escaparse por la boca.

«Dina prioridades: terminar el manuscrito. No enamorarme de mi vecino bombero. No sentir mariposas ni tener visiones románticas con delantal y bizcochos».

Y, sin embargo, aquí estoy: con esa extraña sensación de que a su lado no solo estoy bien, sino en casa. Es la certeza de haber estado aquí antes, de conocerlo ya.

—Soy todo tuyo.

«¿Perdón?».

Mi corazón se salta dos latidos. Tal cual. Pa-ta-tum. Pa-tum. Silencio. Siento cómo toda la sangre se me sube a la cara como si alguien hubiera apretado el botón rojo de *vergüenza máxima*.

—¿Có... cómo? —consigo preguntar, en un tono que roza lo vocalmente inestable, pero sin llegar al gallo. Punto para mí.

—Para lo que necesites —aclara, señalándose el pecho—. Tengo el día libre. Si necesitas ayuda con la documentación de la novela… aquí estoy.

—Ah… sí, claro… la documentación —murmuro, intentando recordar de qué va mi propia historia y no si el protagonista lleva

pantalón o solo una toalla.

—Dame un segundo, me cambio de ropa y hacemos lo que quieras. —Me guiña un ojo.

«No soy persona. Soy gelatina de fresa».

Me toma de la mano y un calambrazo me sube por el brazo hasta la nuca. Su contacto me quema más que cualquier fuego.

—Ven, no te quedes aquí sola.

Intento convencer a mi corazón de que vuelva a un ritmo normal. De que no hay motivo para estar así. Que esto es estrictamente profesional. Aunque no lo consigo. Me guía hasta una zona de descanso, más tranquila, con una hilera de taquillas metálicas, un par de bancos de madera y varias fotografías antiguas colgadas en la pared. Blanco y negro, sepia, sonrisas detenidas en el tiempo.

—Dame un minuto —dice Rubén, soltándome con suavidad—. No tardo nada.

Asiento sin voz y me quedo allí, como si me hubieran dejado a solas en una cápsula del tiempo. Me acerco a las fotos, agradecida por tener algo que mirar que no sea su espalda alejándose o su perfecto culo. Y entre las fotos distingo una sonrisa enmarcada, tiene algo que me resulta extrañamente familiar. Misma curvatura en los labios mostrando una sonrisa serena y misma luz en los ojos.

«¿Será…?».

Pero antes de poder procesarlo, lo escucho de nuevo.

—Ya estoy.

Me doy la vuelta. Viene hacia mí con el torso al aire, el vaquero bajo dejando asomar la goma del bóxer, y una camiseta blanca arrugada en la mano. Se la está poniendo, sí, pero lento. Sin apartar la vista de mí. Y me cuesta no pensar que lo hace a propósito. Aunque sé que no. Y justo eso lo vuelve peor. Porque no hay provocación, solo rutina… y, aun así, se me dispara el pulso. Me obligo a centrarme en su cara. A no bajar la mirada. A no caer.

«Solo en *su* rostro».

Yo bajaría… y me relamería mientras lo observo, descarada.

Sin embargo, controlar que ninguna de mis pupilas se desvíe hacia sus pectorales es una batalla perdida antes de empezar. El sobreesfuerzo me deja sin defensas. Me da un microinfarto. O un ataque de dignidad. Tiene ese tipo de cuerpo trabajado, aunque no de gimnasio con espejo y *playlist* de motivación. Es más bien de los que se forman salvando vidas, cargando cuerpos y sin tiempo para admirarse en el reflejo. Y lo peor o lo mejor, es la naturalidad con la que se mueve delante de mí, ajeno al efecto que causa. Eso me desconcierta más que si se quitara la camiseta con música sexy de fondo y un ventilador apuntándole al torso.

Me doy la vuelta. Muy rápido. Demasiado rápido. Como si me hubiera acordado de repente de que dejé encendida la vitro.

—¿Estás bien? —pregunta a escasos metros de mí.

—¿Yo? Perfectamente —respondo, con voz de ardilla en apuros —. Solo… estoy mirando esta planta. Es superverde.

Él se ríe. De esa forma que no es una carcajada, sino una risa baja, que se le queda en la garganta y rebota dentro de mi pecho. Me giro despacio entrecerrando los ojos por si acaso.

—¿Te apetece que salgamos un rato? —pregunta, ya vestido y oliendo a ese aroma suave que ahora asocio a él.

—¿Salir?

—Podemos ir al parque que hay justo detrás de la estación. Hay bancos, sombra y tranquilidad. A lo mejor eso ayuda a que te salgan las palabras.

Le sonrío. Porque a pesar del caos hormonal que tengo dentro, hay algo en su propuesta que me tranquiliza. Con él no siento que deba demostrar nada. Solo ser.

—Vale. Pero no me hagas correr ni nada de eso, ¿eh?

—Prometido —dice, y me abre la puerta con un gesto suave.



Mientras nos alejábamos del parque de bomberos, le mandé un mensaje a Nuri para que no se preocupara, aunque sé que no lo está. Rubén se ha despedido de la rubia, que al final me ha dicho que era su hermana Sara, y juro que sentí que perdía dos kilos de ansiedad. Me habló un poco de su familia, de estos días, de lo que ha sido empezar de nuevo desde que se mudó. Y escucharlo fue como ponerle música suave al ruido mental que llevo arrastrando desde hace semanas. La ansiedad por el manuscrito, la charla con mis padres, mi hermana... todo pesaba menos.

«Rubén me da paz».

—¿Qué fue lo que te llevó a escribir? —pregunta de repente.

—Creo que… quería probarme mil vidas —respondo sin pensarlo —. Vidas que sé que nunca voy a vivir. Pero que, cuando las escribo, por un ratito… son mías.

Me escucho decirlo y siento un calor raro en el pecho. De esos que no son vergüenza, pero casi.

—Supongo que es mi manera de entender el mundo sin que duela tanto. O de ponerle palabras a lo que no me atrevo ni a pensar.

Él no dice nada, aunque me mira con la intensidad de quien acaba de recibir un secreto. Y por un instante, siento que ha leído entre mis líneas.

—¿Y tú por qué elegiste ser bombero? —pregunto en un susurro, Rubén me mira durante unos segundos, y yo me pongo más nerviosa con mil teorías de porque no me responde—. Es por la documentación y eso…

«Bien, Dina, cosas de escritoras».

—No lo elegí al principio… fue después, algo me empujaba siempre hacia ese lugar, a querer proteger a los demás. —Mira al frente, con la vista perdida, como si rebuscara entre recuerdos que aún no ha contado del todo—. Supongo que es eso… proteger. Sentir que, si estoy ahí, quizá alguien más tenga otra oportunidad.

Hace una pausa, breve, pero intensa. Me dan ganas de cogerle la mano. O de abrazarlo. O de escribirle un capítulo entero.

—Y porque, aunque suene raro, me siento más yo cuando las cosas arden que cuando todo está en calma. Como si solo entonces supiera qué hacer. Quién soy.

Me quedo callada. Porque algo en su voz me dice que eso no lo ha dicho muchas veces. Y que ahora, por alguna razón que no entiendo, ha decidido contármelo a mí.

Nos sentamos en uno de los bancos, rodeados de árboles que se mecen con una brisa suave. La fuente murmura a lo lejos, algún que otro pájaro canta como si estuviéramos en una escena de película francesa, y las hojas crujen con delicadeza, en ese idioma sutil de las cosas que no quieren interrumpir. Me abrazo un poco más la rebeca. El aire no llega a ser frío del todo, sin embargo, se cuela por las rendijas de la tela, acariciándome la piel sin permiso.

—¿Y cómo llevas la novela?

—Sinceramente, bien. Solo que hay partes que aún se me resisten... —Me giro y lo miro a los ojos—. Rubén, no tienes que hacer esto si no te apetece.

No quiero que se sienta obligado a hablar de algo que, a lo mejor, ni le interesa. Que esté aquí por compromiso. O por educación. O porque cree que me hace falta una palmadita en la espalda.

—Dina —responde sin apartar la mirada—, si no quisiera estar aquí, no estaría. Me apetece. Mucho.

Trago saliva.

—Ya te dije que leo de todo —añade, con esa tranquilidad suya que parece envolverlo todo—. Y si estás escribiendo una historia

donde sale un bombero… me encantará saber todos los detalles. Si quieres contármelos, claro.

Y ahí está, otra vez. Esa manera suya de decir justo lo que necesito escuchar sin que yo se lo pida. Como si supiera que, a veces, el mayor gesto no es un consejo ni una frase brillante. Es quedarse. Escuchar. Y mirar así.

—Vale… —respiro hondo—. Pero si te aburres, tienes permiso para fingir un ataque de alergia o algo.

Él sonríe, aunque no dice nada. Solo asiente, como si estuviera a punto de escuchar la historia más importante del mundo.

—La protagonista… —empiezo, jugando con el borde de la rebeca — es una mujer acostumbrada a llevar las riendas de su vida. Decidida. Sabe lo que quiere. Está cansada del amor, así que se dedica a disfrutar del momento... —narro con cuidado de no desvelar demasiado—. Y, claro, justo cuando se convence de que está mejor sola, aparece alguien que lo pone todo patas arriba.

—¿Un bombero? —pregunta con una ceja alzada.

—Ajá. Pero no es el típico bombero de calendario. Ni siquiera es el protagonista oficial al principio. Es más bien un secundario que va ganando espacio.

«Evitemos el detalle que se conocen empotrándose sin descanso».

—Como esos personajes que entran por la puerta y se comen la escena sin pedir permiso.

Lo miro. Él se encoge de hombros, ajeno al hecho de que acaba de describirse a sí mismo.

—La cosa es que no sé cómo hacer que ella se dé cuenta de lo que está sintiendo sin que parezca que se le ha ido la cabeza. Porque no es solo atracción. Es como si… lo reconociera y ya lo hubiera querido antes, ¿sabes?

Rubén baja la mirada un segundo, buscando algo entre las hojas del suelo que solo él parece ver.

—Tal vez no tiene que darse cuenta con la cabeza —dice, alzando de nuevo los ojos—. A veces uno se da cuenta porque respira distinto cuando la otra persona está cerca. Porque duerme mejor. O porque, sin entender el motivo, deja de tener miedo.

No digo nada. El corazón me late a una velocidad insana; cada palabra suya empuja una emoción nueva hacia la superficie. Sus ojos azules me atraviesan con una intensidad que me deja sin aire. Apoyo la mano sobre el banco, buscando estabilidad. Pero en lugar de encontrar madera, rozo sus dedos. Un contacto mínimo. Un chispazo que me recorre entera, despertando sensaciones antes dormidas.

Él no se aparta. Yo tampoco. Nos quedamos así, con las manos casi tocándose, temiendo que cualquier gesto haga saltar todo por los aires. La atmósfera entre nosotros cambia. Se vuelve densa, tibia. Me llega el olor de su piel, limpio, cálido, y se me enreda en la respiración. Trago saliva. Siento mi pulso treparme por la garganta. Rubén baja la mirada un instante hacia nuestras manos, y ese movimiento sencillo me incendia más que cualquier roce. Cuando vuelve a mirarme, algo en sus ojos arde. O se rinde a lo que siente. No sé. Pero me tiembla el estómago. Sin querer, contengo la respiración. Y, de pronto, sus palabras ya no son solo para la novela. Son para mí.

«Para lo que no me atrevo a nombrar».

—¡Eso es justo lo que me faltaba! —susurro.

—¿El qué?

—La escena en la que ella lo entiende. Es eso. No necesita pensarlo. Solo sentirlo. Es ese instante en que, por fin, el cuerpo se pone de acuerdo con la cabeza.

Rubén sonríe, no dice nada. Solo me mira, guardando algo en esa mirada que no se atreve a decir en voz alta.

Y ahí, sentada en un banco cualquiera, con el sol colándose entre las hojas y su mirada anclada en la mía, tengo una certeza: este hombre no es solo un personaje. Es un punto de inflexión.

Se inclina un poco hacia mí, como si quisiera bajar el volumen del mundo solo para que le escuche yo. Y mi mente, traicionera, se activa a mil por hora, escaneando todas las escenas que he escrito, leído y fantaseado en mi vida. Ninguna me preparó para esto.

—Y… si un día quieres seguir contándome más sobre la novela, o sobre lo que sea —dice, con esa voz tranquila que ya me sé de memoria—, puedes venir a casa. Hago una pasta decente.

Lo miro, entre sorprendida y… tentada.

—¿Estás invitándome a cenar? —pregunto, fingiendo una neutralidad que se me desmorona por dentro.

Él sonríe, ladeando la cabeza.

—Te debía un desayuno, pero dicen que la pasta también arregla muchas cosas.

Me muerdo el labio para no sonreír como una boba. Aunque ya es imposible.

—¿Eso es un sí oficial? —pregunta.

Sonrío mientras siento el calor de sus dedos traspasar mi piel.

—Es una invitación con fecha abierta. Tú mandas.

Y ahí está otra vez. Esa forma suya de dejar la puerta entreabierta sin empujar. De ofrecer sin imponer. De invitar sin asustar.

Asiento, y me obligo a no mirar sus labios cuando lo hago.

—Vale. Pero que sepas que soy muy exigente con la pasta.

—Eso está hecho —responde, como si no habláramos de comida, sino de algo más.

Me río. Porque ya estoy perdida. Y no quiero que nadie me rescate.

CAPÍTULO 36



—Hijo… si no te llamo yo, no llamas.

—Dime, mamá —respondo, apretando el móvil contra la mejilla mientras paseo por los pasillos del supermercado con una misión clara: comprar todo lo necesario para esa cena.

«Sí, esa».

La que todavía no tiene fecha, ni menú, ni confirmación oficial, sin embargo, no me preguntes por qué, siento que está al caer. Llámalo instinto. No hemos coincidido estos días ni en el rellano ni en el ascensor. Lo único que sé es que está metida de lleno en su novela. No es que la haya espiado, que conste, pero desde mi ventana se ve la suya, y de pasada la he visto frente a la pantalla, con cara de estar a punto de cambiarle la vida a algún personaje. No la he molestado, y no porque no quiera verla. Sino porque empiezo a entender que cuando alguien está en su mundo, lo mejor que puedes hacer es esperar a que te deje entrar.

—Quería saber cómo estabas… y, de paso, comentarte si Sara te ha contado algo.

—Estoy bien. Ya he aprendido la lección: cuando haga guardia, te llamaré para que no te preocupes —respondo con media sonrisa, sabiendo que no es la primera vez que tenemos esta conversación—. Y sobre mi hermana… No he hablado con ella. ¿Pasa algo?

—No sé, hijo… será que desde que no estás en casa estoy más encima de ella. Puede que se esté agobiando con esta madre pesada que le ha tocado. Sale mucho, vuelve tarde… igual estoy viendo cosas que no son.

—Ya sabes, ella siempre va a su bola —contesto, aunque ya me ronda la mosca por la oreja.

—Será eso, y me estoy imaginando cosas. Si la ves, yo no te he dicho nada.

—Tranquila, mamá…

—Ay, qué bobo eres… —Escucho una voz femenina muy familiar a mi espalda.

Me giro despacio y, al fondo del pasillo, veo a mi hermana sonriéndole a alguien. Un tío.

—Mamá… —añado al teléfono, con un tono que no necesita más explicaciones—. Creo que acabo de encontrarla.

Cuelgo sin esperar respuesta, guardo el móvil y todos los músculos se me tensan. Sara lleva un vestido corto de esos que parecen inofensivos, pero con la capacidad de desestabilizar a cualquier ser humano con ojos funcionales. El pelo recogido en su moño deshecho de *ni me esforcé* y unas Converse rojas que parecen decir: *sí, soy un caos, pero con estilo*

«Tranquilízate, Rubén. Ya sabemos que tiene ligues».

Aprieto la mandíbula, porque, aunque lo sepa, ninguno me parece suficiente para ella. No alcanzo a verle bien la cara, pero entonces la mirada de Sara se cruza con la mía. Y cambia todo.

—Mierda —masculla entre dientes a la vez que le da un empujón al tipo con el que estaba coqueteando, alejándolo de ella como si acabara de descubrir que tenía alergia al compromiso.

«Eso no me lo esperaba».

Avanzo con el carrito de la compra hasta donde está. Sara me sonríe. Esa sonrisa suya de *no sé dónde meterme, pero haré ver que todo está bajo control*.

—¡Qué casualidad! —dice Sara, con una sonrisa forzada que no engaña a nadie—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy haciendo la compra. —Señalo el interior del carrito como si eso fuera prueba suficiente de mi coartada—. ¿Y tú? ¿Asustando hombres?

—Muy gracioso —masculla, mirando de reojo hacia el pasillo donde su ligue ha desaparecido por arte de magia—. Era solo un conocido… del gimnasio.

—¿Y le das empujones a todos tus conocidos cuando me ves? —indago.

—No a todos. Solo a los que aún no han demostrado que merecen conocer a mi familia. O sea, ninguno.

La miro. Ella levanta una ceja.

—No me mires así, tú tampoco me has presentado a nadie últimamente.

—Porque no hay nadie —respondo, evitando tocar más el tema.

—Ajá. —Cruza los brazos y ojea el interior del carrito—. ¿Y esta compra de soltero *gourmet*? Si tú siempre has sido muy básico para las comidas.

—Estoy ensayando, probando otros platos —murmuro.

—¿Ensayando?

—Para una cena. Aún sin fecha. Pero… posible.

Sara sonríe como si acabara de ganar un premio.

—¡Dime que es con Dina! —exclama dando palmaditas al aire.

No contesto, pero tampoco hace falta. Porque desde ese día me manda algún que otro mensaje con emojis enamorándose, o capturas de libros donde los protagonistas masculinos se confiesan de manera épica «sus indirectas».

—Rubén, si llegas a estropear esto, te juro que me cambio de apellido. Y de hermano.

—Qué presión —respondo, cogiendo un bote de salsa como si eso pudiera defenderme.

—Hazlo bien. Nada de plan coleguita ni documental sobre incendios. Velas, música suave, y ni se te ocurra sacar el tema de hidrantes o maniobras de rescate. Que esto es romance, no entrenamiento.

Me echo a reír, porque con lo que me conoce, no me extrañaría que en plena cena suelte algo tipo: ¿Sabías que el 80% de los incendios domésticos empiezan en la cocina?

Sara me da un golpe suave en el brazo.

—Y compra un postre que no esté congelado, por el amor de Jane Austen.

La miro. Ella levanta las cejas.

—¿Me estás dando consejos en calidad de hermana o en plan lectora empedernida de romántica?

—Las dos cosas. Y porque quiero ver cómo acaba esta historia. Porque me tiene enganchada.

Justo antes de llegar a la caja, Sara agarra un bote con dos dedos y lo alza como si fuera una bomba sospechosa.

—¿De verdad vas a comprar corazones de alcachofa?

—Dicen que son afrodisíacos —improviso, encogiéndome de hombros.

—Dicen muchas cosas. También dicen que, si escuchas a Alejandro Sanz al revés, se te aparece tu ex.

—Entonces mejor dos botes —remato.

Al final, la ayuda de mi hermana me ha venido bien. Hemos cogido un poco de todo, demasiado, si me preguntas, y también me ha soltado varios consejos que no le he pedido… pero que se agradecen.

La he visto sacar el móvil del bolso varias veces y teclear como si se le fuera la vida en ello. Cada vez que miraba la pantalla, se le

dibujaba una sonrisa de esas que no se disimulan. Estoy por sacarle el tema, preguntarle quién es el afortunado o si está escribiendo una novela a escondidas. Sin embargo, no lo hago. Porque, aunque me pica la curiosidad, no quiero romper este momento. Desde que me mudé, hemos pasado poco tiempo juntos. Antes, se colaba en mi cuarto sin avisar y empezaba a leerme párrafos en voz alta, con suspiros incluidos. Decía que, si algún día se casaba, tenía que ser con alguien que se pareciera a uno de sus *crushes* literarios. Y por eso, cada vez que un tío se le acerca, se me activa la alarma interna. Porque, aparte de que lo tienen jodidamente difícil para alcanzar ese listón, es mi hermana. Y para ella, solo quiero lo mejor. Lo que le arranque sonrisas sin motivo.

Salimos del súper cargados hasta las cejas. Dos bolsas para ella, tres para mí, y una barra de pan que se me está clavando en la muñeca como castigo divino por haber querido impresionar con cena casera.

—Vale, ahora dime qué te pasa —dice Sara, sin mirarme, con esa certeza de quien lo sabe desde hace rato y solo estaba esperando el momento justo.

—¿Cómo que qué me pasa? —pregunto.

—Que te conozco, Rubén. Cuando estás ilusionado de verdad se te nota hasta en la manera de empujar el carrito. Y hoy ibas como si te llevaran al matadero.

Suspiro, porque tiene razón. Porque siempre la tiene.

—No ha puesto fecha.

—¿Quién? ¿Dina?

Asiento.

—Hablamos de la cena, sí, pero… nada concreto. Y no quiero insistir, aunque tampoco quiero ser el típico buenazo que se queda esperando mientras se queda todo en el aire.

Las palabras de Viggo me dan vueltas. No quiero que tengan peso… y, aun así, se me clavan.

—A mí me encanta que seas el buenazo. Eso no tiene nada de malo…

—Ya. El problema es que eso solo funciona en las novelas —respondo porque sé que está haciendo referencia a los personajes que adora.

Sara se detiene. Me mira como si acabara de decir la mayor estupidez de la semana.

—¿Y por qué no le mandas un mensaje?

—Porque… —me rasco la nuca, con esa sensación de *voy a quedar fatal*— aún no tengo su número.

Silencio. Solo se oye el crujido del pan entre mis dedos. Suelta las bolsas en el suelo muy seria, y añade:

—¿Me estás diciendo que vas a preparar una cena sin saber si la chica en cuestión tiene planes… porque ni siquiera puedes escribirle?

—Sí —afirmo, y ahora dicho en voz alta suena peor de lo que pensaba.

Sara se echa a reír. Esa risa suya de carcajada breve, aunque con juicio incluido.

—Hermano, lo tienes más fácil que nadie. Vive a diez pasos. Cruza el rellano y pregúntale. Así, sin filtros. ¿Quieres cenar conmigo? ¿Te viene bien tal día? ¿Pasta o pizza?

—Suena muy fácil dicho así.

—Porque lo es. Complicártelo es cosa tuya. Y no sé tú, pero si me gustara alguien y lo tuviera tan cerca… no perdería el tiempo mirando por la ventana.

Me quedo callado. Ella me da un golpecito en el brazo, suave, casi como si me empujara en la dirección correcta.

—Ve a casa, guarda todo eso, y cuando estés listo, toca su puerta. Y si no te atreves esta noche… mañana. Pero hazlo. Porque algunas cenas merecen ser cocinadas. Y vividas.

Me quedo mirándola mientras se aleja calle abajo, con el bolso al hombro y la cabeza bien alta, como si acabara de soltarme una verdad universal. Y puede que sí.

A veces necesitas que alguien te recuerde que las historias no se escriben solas. Que hay que salir del margen, cruzar el rellano y tocar la puerta.

Camino de vuelta a casa con las bolsas colgando, el pan rebanándome la muñeca y el estómago medio revuelto, y no solo por el vino blanco de oferta que he cogido, con la cabeza girando como un microondas en plena función de descongelar dudas.

Entro, coloco la compra con calma intentando no pensar demasiado. Pero no puedo evitarlo.

Y entonces, dejo todo lo que estoy haciendo y me acerco a la puerta. Pongo la mano en el pomo y sonrío.

Porque si me dice que no…

Al menos esta vez no me quedaré con la duda.

CAPÍTULO 37



Me conecto al enlace con las manos frías y el corazón latiendo como si estuviera a punto de recibir una nota de final de curso. De esas que no sabes si te va a salir un *Sobresaliente* o un *tenemos que hablar*. Me he peinado con un moño, algo suelto, que diga soy formal, pero tampoco me arreglé durante horas.

—¡Mírate esa carita de autora consagrada! —exclama mi editora apenas aparece en pantalla, sin darme tiempo ni a colocar bien la cámara ni a fingir que tengo la vida bajo control.

Está en su despacho. Gafas grandes, peinada con estilo y ese brillo en los ojos que siempre me recuerda a una mezcla entre hada madrina editorial y jefa que no se anda con tonterías.

—Hola… —saludo, intentando que no se note que llevo la parte de abajo del pijama. Solo se ve de cintura para arriba. Gracias, Zoom, por tu aportación a la dignidad humana.

Consejos de Nuri: comodidad ante todo, nadie sabrá qué vas en tanga. Por supuesto, no seguí la recomendación al pie de la letra. Solo la parte que me convenía.

—Dina, estoy *in… O sea, in the story, in the vibe, in love*. Esto ya tiene color, forma, y mucho más. ¡Tienes algo muy potente entre manos!

«Será jerga de editoras. Por un momento pensé que se estaba ahogando».

Trago saliva.

—¿En serio?

—No te hagas la modesta conmigo. Esa escena del parque… la conversación con él… —Hace un gesto con las manos como si sostuviera una taza de chocolate caliente—. Es de esas cosas que te dejan blandita por dentro y te hacen subrayar párrafos, aunque estés leyendo en digital.

Me río, más por nervios que por convicción.

—Estaba preocupada, la verdad. No sabía si estaba avanzando o simplemente... distrayéndome, escribiendo escenas que me gustaría vivir… —miento de manera vil, pero mi editora no tiene que saber de dónde saco la inspiración ¿no?

Ella me apunta con el bolígrafo, como si fuera una varita mágica.

—Pues precisamente ahí está la magia. Cuando dejas de escribir lo que crees que deberías y empiezas a escribir lo que necesitas. Y se nota.

Me muerdo el labio, porque me dan ganas de llorar. Pero de esas buenas. De las de *no estoy tan perdida como pensaba*.

—Y una cosa más —añade, cruzando los dedos sobre la mesa—. Quiero más de él. De ese bombero. Hay algo ahí. Tiene capas. Tiene ritmo. Tiene…

—¿Tatuajes emocionales?

—Exacto. Me está cayendo tan bien que quiero que me salve de un incendio y luego me recomiende libros.

Suelto una carcajada. Porque sí, es eso. Rubén es eso.

—Quiero más —repite mi editora—. Ese bombero tiene ese algo. Aparece con esa cara de *te empotro contra una pared sin despeinarme*, pero luego le das dos escenas y ¡pum!, se te cuela en el corazoncito.

—Es que es eso… —asiento, bajando la voz como si alguien pudiera oírme desde el otro lado del rellano—. Al principio pensé que iba a ser solo físico. Ya sabes… ese personaje que entra, arrasa, te descoloca la libido y se va. Sin embargo... se quedó.

—Y menos mal —responde, señalándome con el boli otra vez—. Porque si se hubiera ido, yo me iba detrás. Dina, está funcionando porque no lo estás forzando. Dejas que se revele a su ritmo, como quien va desabrochando botones de camisa sin prisa.

Yo solo sonrío. Porque esa metáfora en concreto me lleva a una escena mental que me deja sin oxígeno y con las mejillas en llamas.

—¿Y sabes qué más me gusta? —sigue ella, emocionada—. Que no estás cayendo en el tópico del malote con trauma. Rubén es bueno, y eso, bien contado, tiene más poder que mil fantasmas del pasado. Tiene luz. Tiene paz. Y, chica, eso también enamora.

—Gracias —murmuro, con la voz flojita, y siento que las palabras me hacen cosquillas por dentro.

—¿Te das cuenta de que estás en ese punto donde la novela respira sola? Donde no necesitas inventarte escenas, solo seguirlas.

—Sí —admito—. Es como si mis personajes me hablaran… y a veces me diera miedo escucharlos del todo —confieso.

—Pues escúchalos —dice ella, más seria ahora—. Escúchalos hasta el final. Y a ti también. Porque algo te está removiendo, y se nota. No sé si es la historia, él, o tú… pero se nota.

Parpadeo. Porque tiene razón, Rubén me está tocando partes que no sabía que estaban tan dormidas.

—¿Sabes qué escena me encantaría que escribieras? —pregunta con una media sonrisa.

—Uy. Miedo me das.

—Una en la que él no diga nada. Solo haga. Porque ya lo conocemos hablando, con sus miradas, sus gestos… pero quiero que llegue ese punto donde no hay palabras. Solo acciones.

—Uff… —Me echo hacia atrás en la silla—. Eso da vértigo.

—Exacto. Por eso va a ser tan buena. Tú dale. Tienes oro y lo sabes.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mientras yo intento tragarme toda la emoción sin atragantarme.

—¿Me puedes pasar algo más esta semana? —pregunta al final—. Aunque sea un capítulo. Estoy totalmente dentro. No me hagas sufrir, que ya no duermo igual sin saber si van a besarse o a quemar la cocina.

—Te mando algo el viernes, lo prometo.

—Te tomo la palabra —dice con una sonrisa—. Y si necesitas algo… ya sabes dónde estoy —añade dándole un sorbo largo a su taza, y por cómo le brillan los ojos, algo me dice que no es café.

—Gracias. En serio. Por todo.

—Para eso estoy, pelirroja. Para recordarte que lo estás haciendo de puta madre. ¡Estás escribiendo con fuego!

Y cuelga. Justo a tiempo. Porque si tarda dos segundos más, me emociono. De esas veces que te da por llorar y reír a la vez, y acabas pareciendo una señora viendo la final de MasterChef.

«Escribiendo con fuego».

Apoyo la frente en la mesa, cierro los ojos y sonrío. Porque ya no sé si esta historia la estoy escribiendo… o me está escribiendo a mí.

Toc, Toc.

Levanto la cabeza, frunzo el ceño. No espero a nadie. Estoy sola en casa, y Nuri está en una de esas reuniones sociales de las que tanto habla y a las que yo solo aporto emojis de apoyo moral. Mi hermana no creo que sea, ya tuvo suficiente drama conmigo esta semana. Y sinceramente, no tengo ni ganas de testigos… ni de vendedores de seguros. Solo quería cinco minutos más de paz, de silencio feliz, de ese momento tonto en el que celebras bajito otro logro más.

Toc, toc.

Otra vez. Esta vez con más decisión. Como si quien está al otro lado supiera que estoy dudando si esconderme debajo del escritorio. Despego la frente de la mesa, me levanto despacio, todavía con la imagen congelada en la pantalla. Recoloco el moño de escritora en modo caos creativo, empujo las gafas por el puente de la nariz, y camino hacia el salón. Tropiezo, cómo no, con la maldita caja de libretas que todavía no he guardado. Libretas de mi adolescencia, historias que ya no existen… o que mi madre decidió sacrificar para hacer hueco en casa. Me duele solo pensarlo, no tengo tiempo para dramas ahora.

Me acerco a la puerta con el corazón acelerado, y abro sin preguntar. Ahí está, él.

«Rubén».

Con su preciosa sonrisa serena, una camiseta de algodón gris que le queda maravillosamente bien, como todo, para qué engañarnos, y esos ojos que cada día me tienen más… enamorada.

«¿Enamorada?, quería decir inspirada».

CAPÍTULO 38



—Hola, pasaba por aquí… —bromeo, aunque en realidad, vine directo. No puedo evitar fijarme en sus ojos verdes.

Sigo diciendo que siento que ya los he visto en otra parte. Es como si viviera un *déjà vu* cada vez que los miro. Como si mi memoria supiera algo que yo aún no he pillado.

—¿Necesitas azúcar? ¿A que es eso? —me sigue la broma con una media sonrisa.

—La verdad es que sí… —Arqueo una ceja, dejándome llevar.

Ella baja la mirada a mis manos vacías. Luego vuelve a subirla hasta mis ojos. Y juro que quiero que se quede ahí un ratito más.

—¿Dónde está?

—¿El qué?

—El recipiente para darte el azúcar. ¿No pensarás llevártelo así, a puñados?

—Soy más de dosis exactas. Pero si me lo das tú, no me quejo —digo, y me muerdo la lengua en el mismo segundo. Porque suena más a coqueteo de lo que pretendía.

Ella se ríe. Y, por un momento, se queda así, con esa sonrisa que ilumina todo el rellano y la bombilla de la escalera no hiciera falta.

—Pues espero que sepas usarla, que el azúcar en manos inexpertas es peligrosa.

—¿Estás insinuando que necesito formación específica?

—Estoy diciendo que podrías acabar con un empalague del que no se vuelve —contesta, cruzándose de brazos, con una ceja levantada como si supiera que lleva la delantera.

Ahí es cuando me fijo. Porque mientras habla, se ríe y me desconcentra, mi cerebro hace inventario visual. La parte de arriba: camisa de botones elegante, labios pintados y moño algo desenfadado. Desordenado. La parte de abajo: pantalón de pijama de dibujos animados y calcetines desparejados.

«Qué fantasía de mujer».

—¿Tienes reunión de cintura para arriba? —pregunto, ladeando la cabeza.

Ella se queda quieta un segundo, como si dudara si responder o cerrarme la puerta en la cara.

—Videollamada con mi editora —confiesa al fin—. Y antes de que digas nada, sí, solo me vestí la mitad necesaria.

—Y aun así has dejado el listón altísimo.

—Rubén…

—Vale, vale, ya me callo. —Alzo las manos, rendido, aunque la sonrisa no se me borra.

Y justo cuando iba a decirle algo más, algo torpe pero bonito, se escucha una respiración profunda desde el interior de su piso. No un ruido. No un mueble. Una respiración masculina. Y claramente cercana. Real. Se me endurece el gesto antes de poder evitarlo. No porque tenga derecho a preguntar nada, sino porque me jode lo rápido que se me han torcido los esquemas.

«¿Por eso ha abierto así vestida? ¿Y lo otro era una excusa? ¿Hay alguien con ella? ¿Un tío? ¿Un novio? ¿Un ex? ¿Uno que nunca se fue, pero ahora duerme en su sofá?».

Me quedo callado. Un segundo. Dos. Tres. Ella lo nota. Mira hacia atrás como si el tiempo pudiera congelarse ahí dentro, y al girarse hacia mí, tiene esa mirada que dice *sí, lo has pensado, y sí, estás equivocado.*

—No es lo que parece —suelta, casi sin aire, como si la frase se le hubiera escapado del pecho antes que del cerebro.

—No tienes que explicarme nada, Dina —respondo. Más seco de lo que me gustaría. Más a la defensiva de lo que pensaba. Pero joder… ya estamos otra vez en ese punto maldito.

«El de has llegado tarde».

—Rubén… —susurra. Y sus mejillas, que hace un rato eran un suave sonrosado de emoción, se tiñen ahora de rojo fuego. Igual que su pelo y mi orgullo.

—Bueno… me voy —murmuro, dando un paso atrás. El cuerpo me pesa; el aire entre nosotros se ha vuelto demasiado denso para seguir ahí.

Pero entonces, ella estira la mano y me agarra del antebrazo. No con un gesto suave, no. Se aferra con fuerza, intentando detener el malentendido antes de que cruce el rellano. Mis ojos bajan a ese punto. Su mano y mi piel arden bajo su contacto. Luego suben de nuevo a los suyos y hay algo ahí. Algo que no es duda. Ni miedo. Ni culpa. Es urgencia.

—Puedo explicarlo… —susurra, justo cuando esa respiración vuelve a sonar desde dentro, tan real que casi parece una provocación.

Trago saliva. La mandíbula se me tensa. Estoy a medio camino entre marcharme y pedirle que no diga nada más. Porque no sé si quiero oírlo.

—Rubén, por favor —añade ella, como si intuyera que ya estoy a punto de cerrar la puerta por dentro, aunque esté parado en su pasillo.

—¿Y qué vas a decirme? —pregunto, con voz más ronca de lo que quisiera—. ¿Qué hay un tío en tu casa, pero que no es lo que

parece?

—No es un tío. Es... —Cierra los ojos un instante, tratando de recomponerse—. Será mejor que entres y lo veas.

«Vamos, no me jodas».

CAPÍTULO 39



—Dina, no hace falta… —responde Rubén mientras yo, dignidad en modo avión, le tiro del brazo para que entre en casa.

«Si mi madre me viera… estoy metiendo a un tío en casa ¡a la fuerza!».

—Por favor, confía en mí —murmuro, sintiendo su piel caliente bajo mi mano.

Y sí, lo admito: qué duros tiene los brazos. De gimnasio funcional y de salvar vidas. O de arrasar con el sistema nervioso de una pelirroja frágil emocionalmente.

Consigo que cruce el umbral, aunque Rubén clava los pies en el suelo como si acabara de detectar un escape de gas. Por más que tire, no creo que pueda moverlo más de un centímetro. Este hombre está durísimo por donde se lo mire. Empujo la puerta con el pie, y lo suelto.

—Está bien, quédate aquí. Dame un segundo —digo, levantando un dedo delante de él en modo *espérame que te explico*—. No te vayas. Por favor.

Camino a toda velocidad con el pánico activado hacia la caja de las libretas, esa que lleva días sin moverse del salón y que justo hoy ha decidido convertirse en zona cero del drama. Ahí está. La maldita

caja, y dentro, descansando entre cuadernos, anotaciones, poemas, ideas a medias y trozos de mí… el peluche.

«El dichoso Jesucristo respirador».

Ese peluche me lo regaló mi madre después de que, por accidente, y solo a medias, le confesara que a veces me cuesta dormir. El bonito detalle, nótese la ironía: un Jesucristo que respira profundamente y con ese toque *perturbador* de acosador salido. Se supone que debía relajarme. *Se supone*. Pero desde que está aquí, lo único que ha conseguido es darnos sustos dignos de llamada a emergencias. Debería quemarlo. O llamar a los Warren para que lo exorcicen. Porque, dime tú, ¿a santo de qué se pone a respirar solo? ¿Qué pretende? ¿Que me dé un infarto en mitad de la noche?

Lo saco con cuidado, como si desactivara una bomba. Lo sostengo entre las manos y lo observo con una mezcla de ternura, rabia y vergüenza histórica.

—Jesús de peluche, esta vez te has pasado.

Miro hacia la puerta. Rubén sigue ahí, de pie, esperándome. Con esa cara de «no sé si largarme o quedarme a ver cómo acaba esto». Tiene los brazos cruzados y una ceja medio levantada, entre el desconcierto y la sospecha. Seguro que está pensando que tengo un tío salido durmiendo en el sofá.

—Ya voy, ¿eh? ¡Todo controlado! —grito desde el salón como si no acabara de meterlo en casa bajo coacción.

Respiro hondo, el peluche también, acaricio la cabeza de Jesucristo respirador y vuelvo sobre mis pasos. Rubén me ve y frunce el ceño, hasta que se da cuenta de lo que llevo en las manos.

—¿Eso es…?

Asiento.

—Mi madre lo compró por Amazon. Se supone que calma la ansiedad. Tiene respiración guiada… y voz celestial.

Presiono el pecho de Jesucristo, y el peluche respira de manera profunda y masculina. Rubén lo observa, después me mira a mí. Y

su cara cambia. De tensión, a incredulidad. Y de incredulidad… a una risa silenciosa que le tiembla en los labios.

—¿Este era el tipo que estaba en tu casa?

—Sí. Y no lo llamo Jesús. Lo llamo el Cristo del *mindfulness*.

Rubén mira al peluche. Luego me mira a mí. Presiono su pecho otra vez, porque ya puestos, vamos con todo.

—Inhala profundamente… —dice Jesús, con esa voz de gurú que parece sacada de una *app* de meditación— y exhala…

Y entonces pasa: Rubén se ríe, no una risita cualquiera, no. Una carcajada en condiciones, de esas que le sacuden el pecho, le iluminan los ojos y hacen que, por un instante, me olvide de todo lo que ha sido esta semana. Yo también me echo a reír. Me duele el estómago, las mejillas, y hasta la dignidad, sin embargo, no me importa. Porque no recuerdo la última vez que me reí así con alguien que no fuera Nuri. El peluche sigue respirando entre mis manos, como si hubiera hecho su trabajo y ahora se permitiera existir sin presiones. Y nosotros también.

—Esto no puede ser real —digo, aún con las lágrimas en los ojos de tanto reír—. He metido a un bombero en casa para enseñarle un peluche de Jesucristo que respira. Mi madre estaría tan orgullosa…

Llevo el peluche hasta la mesa, seguida de Rubén.

—La mía me regaló una taza que dice: *Soy bombero, pero también tengo sentimientos*.

—¿En serio?

—En serio. La tengo en la cocina. Justo al lado del ego.

Nos miramos un segundo. Y en ese segundo, todo se acomoda. Me apoyo en la mesa, tomo aire y suelto lo que llevo dentro desde hace un rato.

—Tenía una videollamada, con mi editora, por eso voy así. —Me señalo la ropa.

Él frunce ligeramente el ceño, sorprendido por el cambio de tema, pero no dice nada. Solo escucha.

—Aún estaba asimilando todo lo que me ha dicho… y no me ha dado tiempo a cambiarme.

—¿Y cómo ha ido? —pregunta con un interés genuino.

«Y eso, cada vez me gusta más».

—Está encantada. Me ha dicho que la historia ya tiene forma. Que no lo deje. Que lo estoy haciendo bien.

Rubén no responde enseguida, sin embargo, la manera en la que me mira me deja claro que lo ha entendido todo.

—Enhorabuena, Dina.

Sonríe, se acerca y extiende los brazos en mi dirección. No sé por qué, pero acudo a su invitación. Me abraza. No es un gesto de consuelo; es la manera de alguien que comparte una alegría que también siente propia. Y eso inesperadamente me encanta. Me rodea con los brazos, fuerte, aunque con cuidado, como si sostenerme un rato fuera tan importante para él como para mí. Y por primera vez en mucho tiempo, siento que no necesito justificarme. Que estar ahí, con él, es suficiente. Cierro los ojos y respiro su aroma, con la cabeza pegada a su pecho. Siento su respiración algo agitada, y mi corazón se alinea al ritmo del suyo.

Bésalo.

Me lo susurra esa voz que ya conozco. La de mi protagonista. La que en el club sí tuvo el valor de lanzarse, de ser todo lo que yo aún no me atrevo. Y algo dentro de mí se despereza con esa idea. Alzo la mirada y me encuentro con la suya. Sus ojos azules bajan a mis labios; los míos, a los suyos. Nos quedamos así, suspendidos en un instante que no parece necesitar palabras. Y entonces, sin que ninguno lo decida del todo, levanto ligeramente el mentón y nuestros labios se rozan. Una caricia. Su aliento se mezcla con el mío, y todo mi cuerpo se enciende en cuestión de segundos. Es apenas un suspiro, un roce que no llega a ser beso, pero que lo contiene todo. Y yo… tiemblo. Tiemblo con anticipación, con deseo, y con miedo. Dejo caer los párpados, preparada. Lista para cruzar esa línea.

—¡Ya estoy en casa! —grita Nuri desde la entrada, con una alegría que podría levantar a los muertos.

Rubén y yo damos un respingo. Él se aparta despacio, y yo intento recomponerme en lo que dura una inhalación de emergencia. Me aliso el moño, como si eso fuese a recolocar también el caos interior, mientras él me sonríe. Con esa mezcla de culpabilidad… y cero arrepentimiento.

—Esto… yo… —balbuceo, aún con la adrenalina dando saltitos por todo el cuerpo.

Jesucristo vuelve a hablar desde la mesa:

—Respira con conciencia.

Rubén se lleva una mano a la boca para contener la risa y niega con la cabeza, todavía con la sonrisa colgándole de la comisura.

—Te juro que esto no estaba en el guion —murmuro.

—Pues que siga improvisando —responde él. Y en su voz hay algo nuevo. Algo que arde.

CAPÍTULO 40



—Oh… vaya… —dice Nuri desde la entrada, con una pausa tan cargada de información no verbal que podría haber escrito un epílogo entero.

Nos encuentra en medio del salón, uno frente al otro, con esa energía rara que queda en el aire después de un casi-beso. Sus ojos saltan de Dina a mí, de mí a Dina, como si buscara una pista visual para saber si esto es algo que debe celebrar... o interrumpir. Yo me paso la mano por el pelo, intentando no parecer demasiado afectado. Pero lo estoy. Tengo la decisión bailándome en los labios, a punto de salir, buscando algo que salve el momento, que lo prolongue, que lo convierta.

—Nuri —la llama Dina, con esa voz que intenta sonar calmada—. Eh… ahora te explico.

Camina hacia ella con pasos medidos, pisando terreno emocional delicado. Yo no me muevo. Me quedo donde estoy, con las manos en los bolsillos y el corazón haciéndome zancadillas desde dentro. La escena es tan cotidiana como rara. Un salón, una amiga que llega, un tío en medio, y un peluche de Jesucristo respirador que todavía murmura algo sobre inhalar con conciencia. Lo normal un martes por la tarde.

Nuri frunce el ceño, pero no parece enfadada. Solo… sorprendida. Es la cara de alguien que siente que se ha perdido una serie que

creía tener controlada. Dina se acerca a ella, le dice algo que no alcanzo a oír. Yo, mientras tanto, la miro de reojo. Sigo intentando recomponerme, pero mi cabeza no ha salido todavía del momento en el que sus labios y los míos casi se tocan. Y ahí está el problema. Porque ese casi me ha bastado para darme cuenta de que quiero el todo.

—Bueno… —rompo el silencio, tragando saliva—, yo ya me voy.

—¿Te vas? —pregunta Nuri, con los ojos bien abiertos y esa culpabilidad que se te pega cuando sabes que has entrado en mitad de algo.

—Espera —dice Dina, dejándonos solos en el salón mientras desaparece por el pasillo—. No tardo.

Nuri me mira. No, me examina. Entrecierra los ojos, esperando una señal divina, intentando descifrar este rompecabezas emocional que soy ahora mismo. Entonces me da un codazo suave, aunque con mensaje.

—Me siento fatal, no quería interrumpiros. De verdad. Pero es que no estoy acostumbrada a que Dina traiga a nadie a casa —lo suelta de golpe, y se tapa la boca en cuanto nota que está hablando más de la cuenta—. Quiero decir… suele avisarme cuando va a traer a algún tío. No que lo haga a menudo. Mierda, creo que lo estoy empeorando.

Niega con la cabeza, con una mueca divertida y torpe a la vez. No puedo evitar sonreír.

—No te preocupes —le digo, alzando las manos en gesto de paz —. No ha pasado nada.

—Ya, porque os he cortado el rollo —responde, rodando los ojos.

Y justo Dina vuelve al salón. Nuri y yo enmudecemos como si nos hubieran pillado planeando un atraco.

—¿Estabais cuchicheando? —pregunta divertida.

Negamos con la cabeza a la vez. Dina camina hacia mí y, sin decir nada, toma mis manos y me coloca entre ellas un *tupper* de plástico

transparente.

—¿Azúcar? —inquiere Nuri, arqueando una ceja.

—Sí, Rubén necesitaba un poco —responde Dina, con ese tono de voz que intenta sonar casual y no lo consigue ni por asomo.

—Ah, azúcar… —Nuri alza y baja las cejas, con esa cara de quien acaba de descubrir un doble sentido universal—. Si queréis os dejo a solas para que le pongáis más azúcar a la tarde.

—¡Cállate! ¿Pero qué cosas dices? —protesta Dina, mientras sus mejillas se tiñen del rojo más bonito que he visto en mi vida.

«Es sencillamente preciosa».

La miro, y la sonrisa me sale sola. Me nace desde dentro, como si el cuerpo decidiera que con ella cerca no hace falta fingir nada. Nuestros dedos se tocan cuando me entrega el *tupper*, y esa mínima conexión me devuelve a la idea de que sigo aquí por algo más. Pero entonces, recuerdo por qué había venido. Porque esto del azúcar era solo una excusa. Porque casi me voy sin decirlo. Porque, por un segundo, el miedo volvió a ser más fuerte que las ganas.

La miro a los ojos. Contengo el aire.

—En realidad venía por otra cosa —aclaro, con voz baja pero firme—. Lo del azúcar solo era una excusa.

Dina me mira, sus cejas se arquean con sorpresa, y detrás Nuri se gira con una discreción mínima, de esas que no engañan a nadie.

—Ah, ¿sí? —pregunta Dina, sin soltar mi mano.

—Sí. Quería preguntarte si… ¿Recuerdas que te debía una cena?

Ella me sostiene la mirada. Nuri contiene la respiración como si estuviéramos en la final de un *reality* y fueran a anunciar al ganador.

—Pues… ¿qué te parece este viernes?

—¡Perfecto! —salta Nuri, que ya se ha colocado justo detrás de Dina, agarrándola por los hombros como si fuera su representante.

Los ojos verdes de Dina fulminan a su amiga. Suelta mis manos, dejándome el calor pegado en los dedos, y se gira con una calma

que solo anticipa tormenta.

—Nuri… ¿recuerdas que el viernes tenía eso?

—Lo entenderán, esto es mucho más importante —responde Nuri, sonriendo con esa cara de *confía en mí, sé lo que hago*.

—No creo que lo entiendan —replica Dina, medio entre dientes.

Y ahí es cuando empiezo a perderme. ¿De verdad tiene planes? ¿Se está echando atrás? ¿O esto es una salida elegante? No quiero insistir. No con ella. No si no está segura.

—Si no puedes… —empiezo a decir, dando un paso hacia atrás.

Dina se queda en blanco. Gira lentamente la cabeza hacia su amiga, como si esperara confirmación oficial de que acaba de meterse donde no debía.

—¡Podemos! —repite, en voz baja pero cargada de intención.

Nuri se muerde el labio, traga saliva y lanza una mirada de SOS entre nosotros dos.

—Quiero decir… que Dina no va a faltar. Aunque me tenga que asegurar de llevarla de la mano hasta la mesa —anuncia, muy segura.

Dina parpadea, lenta. Yo intento no reírme. No porque sea gracioso, sino porque no entiendo absolutamente nada.

—Rubén, ya está todo dicho —dice Nuri, dando un paso atrás como si acabara de firmar un contrato—. Iremos. Este viernes. A la hora que digas.

Dina resopla. Levanta las manos y sonríe, aceptando su destino con ese dramatismo tierno que la caracteriza. Yo, mientras tanto, intento entender qué demonios acaba de ocurrir y por qué siento que he ganado… sin saber ni siquiera cuál era el premio.

Camino hacia la puerta, pero en el último segundo, me doy la vuelta.

—Dina… guarda mi número. Por si cambias de idea. O… por si quieres confirmarla.

Ella me mira, un poco sorprendida. Y en ese silencio lleno de electricidad, Nuri nos mira a ambos, y actúa antes de que nadie se lo pida. Hace un barrido rápido de la habitación y coge el móvil que está junto al peluche de Jesús. Se lo entrega a Dina con solemnidad. Asiente antes de soltarlo y desaparecer por el pasillo.

—Dime —dice, como quien finge que esto no es importante, aunque le brillen los ojos más de la cuenta.

Se lo dicto, con el corazón golpeándome en la garganta. Ella teclea, y al segundo, mi móvil vibra en el bolsillo.

—Ya lo tienes. Por si tú también cambias de idea respecto al menú —añade, y esta vez su sonrisa tiene menos resignación y más promesa.

Asiento, sosteniéndole la mirada, sintiendo aún el calor que emanaba su cuerpo entre mis brazos y la humedad que quedó en sus labios. Por un instante, quiero dar el paso, rodearla por la cintura y besarla sin más. Me contengo. Porque el momento ya se ha esfumado… aunque todavía lo lleve recorriéndome por dentro. Aunque aún perciba los latidos de su corazón acelerados anticipando lo que iba a pasar.

—Nos vemos el viernes —me despido, con voz baja.

Me obligo a salir. A no volverme otra vez. Mientras cruzo el rellano, con su número guardado en el móvil y el corazón en modo alerta máxima, solo pienso en una cosa:

El viernes puede que haya cena…

Pero el incendio ya ha empezado.

CAPÍTULO 41



La puerta se cierra y la casa se sumerge en ese silencio extraño que solo aparece cuando alguien importante acaba de irse. Me llevo la mano a los labios, los rozo con la yema de los dedos y cierro los ojos.

«Casi nos besamos».

Casi cruzamos esa línea que lleva días, semanas, gritándome desde cada mirada, cada roce, cada silencio compartido. Abro los ojos con el corazón al galope, como si el eco de ese casi se hubiera quedado a vivir en mi pecho.

La próxima vez…

Me susurra esa voz que cada vez toma más fuerza. Miro hacia el pasillo por donde ha desaparecido Nuri, y grito su nombre con la emoción aún atascada entre costillas.

—¡Nuri!

Mi compañera asoma la cabeza por la puerta de su habitación con una expresión que grita: *estaba esperando que me llamaras desde el segundo uno, reina*. Ni se inmuta.

—¿Me llamabas?

—¿En serio?

Camina hacia mí, y no sé en qué momento ha ocurrido, pero ya ha cambiado su ropa de calle por uno de sus pijamas con dibujitos. Ese de aguacates con caritas felices que no tiene perdón, pero sí personalidad. Me observa de arriba abajo con los ojos entrecerrados y una ceja arqueada.

—Tenía una videollamada con mi editora —aclaro, porque la conozco y ya está trabajando en teorías.

—Vaya, veo que al final seguiste mis superconsejos —asiente orgullosa, como si acabara de recibir un premio de estilismo en Zoom.

—No me líes.

—Yo no he dicho nada. —Levanta las manos en señal de rendición —. Soy inocente, señoría.

La miro con los brazos cruzados, aunque no sirve de nada. Nuri tiene ese don para desactivar mi indignación con una sola mirada.

—¿Por qué te has autoinvitado? —pregunto, con una mezcla entre reproche y ternura. Porque una parte de mí se sintió a salvo cuando intervino. Pero otra, la que empieza a sospechar que siente cosas reales por Rubén, quería ese momento solo para nosotros.

—¿Qué? Porque estabas a punto de rajarte y lo sabes. Dina, no te hagas la digna. He visto ese drama tuyo por dentro a cámara lenta. Y me niego. Esta historia está en su punto álgido. ¡No me la puedes cancelar!

—Nuri…

—Mira, él te inspira. Pero no solo para escribir. Tienes más luz desde que está al otro lado del pasillo. Brillas. Lo juro por la Virgen de las lectoras intensitas.

Y lo peor es que tiene razón. Desde que Rubén apareció, todo se desatascó. No solo en el manuscrito. También en mí. Es esa sensación extraña: mi cuerpo lo reconoce y se acomoda a su presencia sin preguntar, una especie de intuición física que me descoloca y me atrae a partes iguales.

—No me iba a rajar —respondo, aunque me tiembla un poco la voz al decirlo.

Nuri arquea ambas cejas.

—Ya, claro. ¿Y ese «tengo una cosa»? —dice, haciendo las comillas en el aire con una teatralidad digna de un musical.

Suspiro y bajo la cabeza.

—Tengo cena con mis padres.

Silencio.

—¿En serio? —Su tono es el de una madre decepcionada con su hija adolescente por cancelar su primera cita por estudiar matemáticas.

Asiento.

—Ya estaba planeado, sabes que no puedo decirles que no.

—¿Y no puedes moverlo? ¿Un poco? ¿Pasarlo al sábado? ¿Ponerles un mensaje tipo: *Perdón, me ha surgido una cita y posiblemente una trama de novela*? Lo entenderían. Pero da igual. Es tu vida, Dina. No la de ellos.

Suelto una risa bajita y niego con la cabeza.

—No quiero darles más motivos para pensar que soy la hija descarriada.

Bastante tuve con las miradas de mi hermana el otro día. Esas que te despellejan con juicio silencioso.

—No eres descarriada. Eres brillante. Que no entiendan lo que haces no lo hace menos válido. —Se encoge de hombros y se sienta en el sofá como si acabara de soltar una verdad universal. Y lo ha hecho.

Me dejo caer a su lado, agotada. Mi mente sigue en la puerta. En sus manos. En su respiración tan cerca de la mía. En ese beso que casi fue.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice Nuri, girándose hacia mí con esa cara de *aquí viene la bomba*.

—Adelante. Total, ya no tengo dignidad que perder.

—¿Iba a pasar? —pregunta en voz baja, pero con la intensidad de una escena de final de temporada.

—¿El beso?

Ella asiente, sin apartar los ojos de los míos.

—No lo sé —miento, aunque no muy bien—. Fue como si todo se parara un segundo… y justo cuando iba a lanzarme, llegó tu voz. Boom. Fin de la escena.

Nuri se tapa la cara con las manos.

—¡Lo siento! Te lo juro, si llego a saber que estabais así, me quedo en el ascensor tres vueltas más.

—No pasa nada. De verdad. Igual es mejor así.

—¿Mejor… por qué? —me examina como si hubiera dicho que prefiero *spoilers* antes que leer el final de un libro.

—Porque ese beso iba a cambiar cosas. Y todavía no sé si estoy preparada para que cambien.

Nuri no dice nada enseguida. Solo se queda mirándome, intentando leer entre mis capas.

—A veces, las mejores historias empiezan justo en el momento que no estás preparada.

Y ahí sí que me deja sin palabras.

—¿Y ahora qué hago?

—Te pones guapa. Y rompes las reglas. Por una vez. Les dices que no puedes ir. Que tienes un plan. Uno que no involucra drama familiar ni pollo al horno. Y vas a esa cena. Porque te apetece. Porque te ilusiona. Porque te lo mereces, joder.

La miro. Ella me sonríe. Y en esa sonrisa hay algo de fe ciega. De empujón emocional. De «atrévete, que yo te sujeto».

—Te vas a enamorar. Aunque no quieras.

—Ya veremos.

Pero por dentro… ya lo sé.

—Necesito escribir —anuncio, alzando los brazos al techo como si esperara que me cayeran palabras desde el cielo.

Nuri me observa con cara de quien sabe que ha ganado la partida.

—¿Ves? La inspiración te sale por cada poro. Estás que chispeas creatividad.

Me levanto del sofá de un salto, con la urgencia de alguien que acaba de recordar que tiene algo importante que decirle al mundo. O al menos a sus personajes.

—Ay, no quiero imaginar el día que pasemos a las escenas *spicy* entre el vecino bombero y la escritora de novelas marranas —celebra Nuri, aplaudiendo en el aire con la devoción de una superfan que huele el salseo.

—Pues siento decirte que para esas escenas vas a tener que esperar —le digo justo antes de desaparecer.

Porque lo que estoy escribiendo… ya huele a final. A ese punto en el que todo se tensa, se enreda, se incendia. Y necesitas soltarlo. Necesitas escribir como si no hubiera un mañana.

CAPÍTULO 42



La nevera parece la sala de espera de un hospital: todo en silencio, en orden, y con un frío que da miedo. Llevo una hora mirando recetas que no pienso seguir al pie de la letra y otra hora más dudando si debería encender unas velas o si eso ya parece una propuesta de matrimonio.

«Respira, Rubén».

Esta noche viene Dina. Y aunque lo del azúcar era una excusa, ahora no hay margen para errores. Sara se ha ofrecido a ayudarme, pero he rechazado la idea por una razón sencilla: no quiero que esto parezca un montaje. Quiero que Dina vea cómo soy cuando me esfuerzo por algo que me importa. Y ella me importa. Mucho más de lo que pensaba.

He limpiado la casa como si fuera a grabar un anuncio de productos de limpieza. Incluso he comprado flores. No he podido evitarlo, ha sido pasar por delante de la floristería y ese aroma primaveral me ha atraído irremediablemente, porque me recuerda a ella.

Me paso la mano por el pelo y repaso mentalmente la lista:

—Pasta fresca, salsa casera que he sacado de un tutorial de TikTok, vino de calidad, pan del bueno y postre, que, aunque no sea casero, tiene muy buena pinta.

Miro el reloj. Faltan dos horas. Y me noto el corazón como si fuera a hacer una intervención de rescate. Ella me dijo que vendría. Y lo dijo con esa mezcla de ilusión y miedo que la hace tan ella. Que la hace tan real.

Voy hacia el espejo del recibidor. Me miro. Me desabrocho el primer botón. Me lo vuelvo a abrochar. Suspiro.

—Vamos, Rubén. No estás entrando en una casa en llamas. Solo es una cena. Una cena con la mujer que no puedes sacarte de la cabeza.

Y que quizás, solo quizás, está empezando a imaginarse un final contigo.

—Tío, huele superbién —comenta Armando con una bata y la voz tomada—. Y eso que tengo la nariz taponada; ese olorcito me está despejando el pecho.

Lo miro de arriba abajo.

—¿Qué haces aún por aquí? Pensaba que te ibas al pueblo con tu madre.

—Iba, como bien has dicho. Pero me duele la cabeza, tengo mocos y, sinceramente, prefiero no morir en una carretera comarcal abrazado a una caja de paracetamol.

Me paso la mano por el rostro. No puede ser verdad. Los astros se han alineado para sabotear mi velada romántica. Porque Armando enfermo es solo un poco más dramático de lo habitual… y tenerlo pululando por casa hoy me corta bastante el rollo.

—¿No puedes darte una vuelta? No sé… ir a casa de un amigo —sugiero, sintiendo la culpa mordiéndome en cuanto lo digo.

—Prometo quedarme en mi cuarto. Y, si me pongo peor, encierro los virus con llave. Solo te pido que no grites muy fuerte si la cosa se pone… interesante.

Le lanzo la servilleta que tengo a mano. La esquiva con una risita nasal y se escurre por el pasillo, envuelto en la bata, como si fuera Hugh Hefner con fiebre.

Y entonces lo recuerdo. La autoinvitación de Nuri. Ese «podemos» que aún me da vueltas por la cabeza. La idea me cruza fugaz, pero deja rastro. Ya que la cena no va a ser a solas como había planeado, quizá no sea tan mala idea darle una vuelta. No será la velada íntima que imaginaba… tal vez sirva para algo más. Y sea el momento perfecto para que Armando dé ese primer paso. Al fin y al cabo, está con las defensas bajas. No podrá poner muchas barreras cuando la vea.

Camino hasta el teléfono que me espera en la mesa del salón. Desde que Dina me pasó su número hemos intercambiado algún que otro mensaje, nada destacable, porque no quería presionar demasiado. La cena estaba cerca y… bueno, como dice Viggo, con su filosofía de bar y chulería de manual, si te pones muy intenso, las tías se agobian. Y aunque no le hago mucho caso, ni pienso convertirme en el malote de la historia, sí que he aprendido que, a veces, contener un poco la emoción puede dar mejor resultado que lanzarla sin red.

Deslizo el dedo por la pantalla hasta encontrar su chat. Tecleo rápido:

Rubén:

Hay un ligero cambio de planes.

Le doy a enviar. Me quedo mirando su nombre en la parte superior de la pantalla. El mensaje es leído casi al instante.

Dina:

Esto suena a giro de los acontecimientos.

Rubén:

Digamos que hay un invitado más en la cena.

Dina:

¿Invitado?

Rubén:

¿Qué te parece si sentamos a Nuri frente a Armando?

Y convertimos esta cena en una cita doble no oficial.

Sin presión, sin guion… solo posibilidades.

Me quedo mirando la pantalla como si fuera a contestar en tiempo real, aunque sé que puede estar haciendo mil cosas. Aun así, los tres puntitos aparecen. Y desaparecen. Y vuelven a aparecer. Me paso la mano por la nuca, porque joder, ¿por qué estos puntitos parecen más intensos que un rescate en plena autopista?

Dina:

No sé si esto es una trampa o una genialidad.

Rubén:

Depende de cómo lo mires.

Igual Armando descubre el amor…

o Nuri le mete una cucharilla por el ojo.

Dina:

Lo segundo me parece más probable.

Sonrío. Porque ya solo leerla, me calma. Y al mismo tiempo, me agita.

Rubén:

Prometo que no hay planes ocultos.

Solo pensé que, ya que no iba a ser una cena a solas,

podríamos convertirla en algo divertido. Nosotros cuatro.

Cierro el chat. No necesito más, y si Nuri se lo pone difícil, al menos sabremos que lo intentamos. Me quedo un segundo mirando el salón: todo está en su sitio, las luces cálidas encendidas, la música instrumental sonando de fondo, las servilletas dobladas como si lo hiciera cada semana.

Miro la botella de vino y me acuerdo de sus labios. No quiero que esta noche sea perfecta. Quiero que sea real. Que haya risas, miradas, torpezas. Que la salsa se derrame un poco si hace falta. Pero que se quede.

Escucho un golpe suave en la puerta del baño. Armando.

—Tío… ¿has dejado colonia para los demás o piensas seducir a la calle entera?

—Es por higiene —respondo desde la cocina—. Y por respeto a la pasta.

Él se ríe con esa voz tomada que parece un graznido elegante. Y vuelve a encerrarse. Respiro hondo, reviso el horno una última vez, y me digo en voz baja:

—Venga, Rubén. Que la noche te pille con las emociones en su sitio… y el corazón sin coraza.



Estoy en plena inspección final del mantel, uno planchado por primera vez en mi vida adulta, que se note el esfuerzo, cuando Armando aparece en el umbral de la cocina, con la misma cara que cuando olfatea un *tupper* dudoso en la nevera.

—Oye… ¿por qué hay cuatro platos en la mesa?

Me hago el loco, doy la vuelta a la cuchara de servir como si eso fuera crucial para la experiencia culinaria.

—¿Qué platos?

—Los cuatro. Los que has puesto con servilleta a juego, velita y flor en minijarrón. ¿Desde cuándo pones flores?

Me giro con calma. Demasiada.

—Desde hoy.

—Anda ya. ¿Quién más viene, Rubén? —pregunta, entrecerrando los ojos como si fuera a interrogarme con una linterna de lectura.

Doy dos pasos hasta la encimera, saco la botella de vino y me tomo un segundo para responder.

—Dina. Y Nuri. Y tú.

—¿Yo?

—Sí, tú. He pensado que podríamos hacer de esto una especie de... doble cita.

Se queda quieto. Como si le hubieran dicho que la gala de los Goya se hará en su salón. Abre la boca y luego la cierra.

—¿Nuri viene? ¿A cenar? ¿Aquí? ¿Conmigo?

—Con todos. Pero sí, contigo también.

—¿Y no pensabas avisarme antes?

—Acabo de decidirlo. —Me encojo de hombros con una sonrisa ladeada—. Vi una oportunidad… y la cogí.

Armando se pasa una mano por el pelo, recolocándose la coleta y lanza una mirada rápida hacia su habitación, como si dudara entre vestirse o fingir coma inducido.

—Estoy hecho un trapo, Rubén. No sé si estoy para socializar con mujeres así… tan de cerca. Tan guapas.

—Por eso mismo. Póntelo fácil. No tienes que conquistarla. Solo cenar. Charlar. Ser tú mismo.

—¿Y si mi «yo mismo» no le gusta?

—Entonces mejor que lo descubras ya. No vaya a ser que te montes un personaje y termines atrapado en él. —Le guiño un ojo —. Vamos, anda. Ponte una camiseta decente y usa colonia. Pero sin pasarte, que Nuri tiene carácter.

—No estoy preparado. Y menos así —se excusa señalándose—. ¿A qué hora vienen?

Y entonces, suena el timbre. Justo a tiempo.

—Ahora.

—Mierda, joder.

Él bufa y acelera los pasos hasta su habitación. Y mientras desaparece, escucho el sonido inequívoco de un cajón abriéndose y una percha cayendo al suelo.

CAPÍTULO



Estoy delante del armario desde hace más de veinte minutos. En ropa interior. Rodeada de vestidos que he descartado y otros que me miran como diciendo «¿en serio vuelves a mí después de dos años?». Me aprieto las sienes con las manos. Esto no es una cita. Es una cena. Una cena casual. Tranquila. Con Rubén. Y Nuri. Y Armando.

«¿Cómo se convierte una cita en una minipeli de sobremesa con reparto coral?».

Pues fácil, teniendo una compañera de piso que suelta lo primero que se le pasa por la cabeza, aunque más de una vez me ha salvado de mí misma, y un Rubén que, casualmente, tiene al *crush* de Nuri como compañero de piso. Cuando me lo propuso fue casi una oración. Llevaba tiempo pensando cómo devolverle a Nuri uno de esos empujoncitos que ella me da sin pedir nada a cambio, y este plan ha caído del cielo. Ahora solo falta que todo salga a pedir de boca. Y que no vomite de los nervios.

Suspiro. No puedo evitarlo. Desde que guardé en el calendario «viernes a las ocho», he sentido el estómago como si se hubiera apuntado a una coreografía de TikTok: todo el rato en movimiento y sin sentido.

—Vale, céntrate —me digo, sacando un vestido negro sencillo, el comodín de las que no sabemos nunca qué ponernos—. Elegante, pero sin parecer que me importa demasiado. Cómoda, pero sin parecer que vengo de andar en chándal por el pasillo.

Nuri asoma la cabeza por la puerta y me estudia con la misma intensidad que tendría la responsable del jurado de un *reality*. Ella aún no sabe que se va a quedar a la cena, así que tengo que fingir hasta última hora, algo difícil porque suele notar cualquier cambio en mi manera de ser.

—¿Ese? —pregunta con una ceja arqueada.

—Este. —Lo estiro frente a ella, intentando convencerla... y convencerme.

—Me gusta. Tiene aire de «me da igual, pero estoy divina». Apruebo.

—Gracias, juez estilística de los aguacates felices —respondo, señalando su pijama.

Ella entra con paso firme y una sonrisa medio culpable.

—¿Estás nerviosa?

—No. Solo he hecho tres listas mentales, dos pruebas de vestido, me he depilado las piernas como si fueran a grabarlas en 4K… y he tenido un monólogo interior sobre si esto es una cena normal o la antesala de un cambio de vida. Pero no. Estoy bien.

Nuri suelta una risa bajita.

—Pues tienes buena cara para estar al borde del colapso.

—Gracias. Es el iluminador.

La dejo en el dormitorio mientras entro al baño a terminar de maquillarme. Nada recargado, solo un toque. Porque lo último que quiero es parecer que vengo de una sesión de fotos para una editorial de moda. Aunque un poco de drama nunca viene mal si una va a reencontrarse con el tipo con el que casi se besa. Otra vez.

Me acerco al espejo. Me miro.

—Tranquila. Es solo una cena —susurro, intentando convencer a mis glándulas sudoríparas de que no me boicoteen—. Con Rubén. Que huele bien. Y me mira con esa expresión de «sé cosas que aún no has escrito». Y que hoy va a estar sentado a un palmo de mí durante horas.

«Sí. Solo una cena. Y si me lo repito lo suficiente, igual hasta me lo creo».

He cancelado la cena con mis padres. Y con mi hermana. Tampoco es que me hiciera especial ilusión sentarme a la mesa a escuchar el enésimo sermón de «reconduce tu vida antes de que te absorba el abismo de la inestabilidad laboral». Así que, cuando mi madre ha cogido el teléfono, he activado el modo actriz secundaria con problemas respiratorios. Le he dicho que no me encontraba bien y que prefería quedarme en casa. Cuando ha escuchado la tos que me he sacado de la manga, ha debido santiguarse tres veces, abrir todas las ventanas y rociar el teléfono con alcohol. Porque sí, es de esas. Cree que un virus puede viajar por ondas si no te proteges bien. Y así, entre estornudos imaginarios y su bendición, he pospuesto la velada para la semana que viene.

Salgo del baño, camino hasta mi cuarto y por el rabillo del ojo veo que Nuri no se ha movido de la silla. Me asomo a su habitación.

—Eh… —Nuri gira la cabeza, pero no me está mirando. Tiene los ojos fijos en la pantalla mientras hace cuatrocientas cosas con los dedos—. ¿Tú no vas a cambiarte?

—¿Para qué? —responde tan tranquila, sin apartar las pupilas—. Si solo te voy a acompañar. Luego vuelvo corriendo a mi cuarto y aquí no ha pasado nada.

La miro de arriba abajo. Camiseta amplia con el señor del antifaz, leggins con pelotillas del uso y calcetines desparejados.

—Ya… pero ¿recuerdas que al otro lado del rellano vive tu *crush*?

Nuri se congela en el acto. Los dedos se quedan suspendidos en el aire, sin tocar ninguna tecla. Parpadea varias veces. Creo que sus neuronas han colapsado. Deja lo que está haciendo y se gira en la

silla, con las manos por delante del rostro. Parece una copia del señor Burns.

—Armando se iba fuera, es fin de mes. Suele irse al pueblo —comenta despreocupada—. No corro peligro saliendo así.

Lo tiene estudiado al dedillo. Necesito una buena respuesta para incentivarla a cambiarse. No me perdonaría que la viera vestida así. O peor: que la viera *y* se enamorara igual. No conozco tanto a Armando como para saber qué le gusta, pero tampoco me la puedo jugar a descubrir el pastel antes de tiempo.

—Ya… pero imagínate, por esas casualidades que adora el karma, que Armando se da la vuelta en el último momento porque se le ha olvidado algo —relato como si fuera un capítulo extra de mi novela, tengo toda su atención—. Aparca el coche, se mira en el retrovisor para colocarse su espectacular coleta, esa que te vuelve loca. Sonríe a su reflejo. Porque ya sabemos que se ama mucho, su culto al cuerpo es evidente. Y sube las escaleras, ya que él no usa el ascensor, aprovecha cualquier oportunidad para hacer ejercicio y cuando llega a su planta con los músculos marcados por el esfuerzo… te ve.

Nuri parpadea, tragando saliva.

—Tú ahí. Plantada. Con tu camiseta holgada del señor del antifaz. Y descubre que eres una friki de *Sailor Moon*. Y que, cuando piensas en ese personaje… te viene *él* a la cabeza.

Silencio.

Nuri se levanta de la silla como si le hubieran activado un resorte bajo el culo.

—Dame quince minutos. Y no mires.

—Me doy por satisfecha.



Nos plantamos frente a la puerta del piso de Rubén y Nuri empieza a respirar como si acabara de trepar los ocho pisos del Empire State. La miro de reojo. Tiene las manos clavadas al bolso con instinto de supervivencia, y esa sonrisa de adolescente que está a dos segundos de su primer beso.

—¿Estás bien? —pregunto, fingiendo que no me doy cuenta de su ataque de nervios.

—Perfecta. Ideal. Serena. ¡Namasté! —responde con una voz que está dos octavas por encima de la habitual.

—Vale… pues parece que la que se va a desmayar eres tú, y no yo.

—¡Qué va! Estoy para desfilar por la alfombra roja. Eso sí, que no me hablen mucho… que igual vomito mariposas.

Suspiro con ternura. Me cuesta no decirle que, en realidad, se va a quedar. Que la silla con el nombre de Nuri está puesta, y que Rubén y yo hemos conspirado para que esta noche no huya al primer brindis. Pero no quiero arruinarle la sorpresa. O el colapso emocional. Según se mire.

—Nada más te abra la puerta Rubén, me marcho.

Llamo al timbre. Una vez. Dos. La puerta se abre y… ahí está.

«Armando».

Camisa blanca bohemia, el pelo recogido en su habitual coleta de «recién salido del anuncio de champú de hombre», y la cara de quien no esperaba esta visita. Su mirada se cruza primero con la mía, amable, cortés, pero sin pausa… hasta que ve a Nuri.

Y entonces, se congela. Y Nuri también. Ambos se miran y el universo pulsa el botón de *slow motion* solo para ellos.

—Hola —dice él, con un hilo de voz que parece haber salido desde el estómago.

—Hola —responde Nuri, más bajito todavía.

Los dos se quedan mirándose como si fueran dos personajes de novela que por fin comparten escena después de varios capítulos de

tensión. Mientras tanto, observo la situación con una sonrisa interior y el orgullo de quien ha tejido esta trampa con mimo.

—Pasa, Dina —dice Armando, apartándose a un lado, pero sin despegar los ojos de Nuri.

Entro, y arrastro a mi amiga conmigo.

—Gracias —respondo, dándole una palmadita en la espalda mientras paso junto a él. La electricidad en el aire podría alimentar un flexo.

Nuri cruza el umbral en modo piloto automático, y yo tengo que sujetarla del brazo para que no se quede plantada en la entrada, con el sistema operativo congelado.

—Hola… Armando —dice al fin, con una voz que parece de película mal doblada.

—Hola… Nuri. No sabía que venías.

—Yo tampoco.

Silencio.

—Pero me alegro de que hayas venido —añade él.

Y entonces sí, Nuri sonríe. De esas sonrisas que no puedes fingir, aunque quieras. Que solo salen cuando alguien que te gusta mucho te lo dice sin adornos. Mi corazón hace volteretas.

«Esto va a salir bien».

O va a explotar por los aires. Aunque al menos, ya está en marcha.

CAPÍTULO 44



La cosa va viento en popa. Bueno… lo que ha sido la entrada, más que una escena romántica, parecía el avance de *Cuarto Milenio*. Durante unos segundos eternos, Nuri y Armando se han quedado mirando como si fueran dos agentes secretos intercambiando información en código Morse con las pupilas. Solo que aquí, en vez de misiones, lo que volaba era tensión sexual no resuelta.

Armando, que lleva todo el día con el nivel de drama nasal por las nubes, se ha quedado sin voz. Nuri ha perdido el color. Y yo he tenido que morderme la lengua para no soltar un «os dejo solos, ¿vale?».

Pero luego ha pasado ella.

«Dina».

Desde que ha cruzado la puerta, no puedo dejar de mirarla. Ese vestido negro le queda tan bien que me dan ganas de aplaudirle al diseñador. Tiene el pelo suelto, brillo en los ojos… y una sonrisa que, si no me ando con cuidado, me deja sin oxígeno. Se ha sonrojado al pillarme observándola. Ha bajado la mirada. Luego se ha tocado dos veces las pulseras de bolitas que siempre lleva. Y he pensado: Estoy perdido.

—¿Me ayudas con la pasta? —le pregunto, escapando por un segundo del campo de batalla hormonal que se ha instalado en el

salón.

—Claro —responde. Su voz es baja, pero firme. Y cuando se levanta y camina hacia la cocina, juro que el corazón me da un pequeño salto. O una voltereta.

La sigo. El aroma de la salsa ya flota en el aire, espeso, envolvente. Ella se apoya en la encimera con esa naturalidad suya que siempre me pilla desprevenido, y me regala una sonrisa que me deja medio vencido.

—Se soltarán en un ratito —dice, mirando por encima del hombro hacia el salón.

—No te he preguntado, pero… Nuri está interesada, ¿no?

Asiente con entusiasmo.

—Muy interesada. Así que era esto o que siguiera vigilándolo desde la mirilla.

Se tapa la boca como si acabara de revelar un secreto de Estado.

—No debería haber dicho eso.

—Vaya, veo que Armando no era el único que conocía bien a la vecina —respondo con media sonrisa mientras descorcho la botella —. Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo.

Le sirvo una copa con mimo. Ella la acepta y bebe con un gesto elegante, de esos que no se ensayan. Cuando traga, sus ojos se iluminan.

—Está buenísimo… ¿cómo se llama?

Cojo la botella, giro la etiqueta y casi me ahogo con la respuesta.

—Malafollá.

Dina se queda con el vino retenido en la boca, los carrillos inflados mientras me mira, luchando por no escupirlo todo. Aguanta un segundo más de la cuenta, y cuando por fin traga, se le escapa una carcajada que rebota en las paredes y se mete bajo la piel.

—Bonito nombre —dice, secándose una lágrima del ojo sin parar de reír.

Y qué jodidamente bien le queda la risa.

—Te juro que no ha sido aposta, fue mi hermana quien eligió la botella. Yo… solo confié en ella —me excuso contagiado por su sonrisa.

—Pues vaya puntería tiene tu hermana… ¿o es una indirecta? —Sus cejas se elevan con picardía.

—Si fuese una indirecta, te prometo que habría elegido un nombre menos… literal —digo, y aun así no desvío la mirada de sus labios.

Dina se sonroja hasta las orejas y se lleva la copa a los labios. Bebemos en silencio. De ese que no pesa y se queda flotando sin necesidad de llenarlo. Se está bien con ella. Todo cobra sentido con solo verla aquí, en mi cocina, bebiendo un vino con nombre andaluz y sonriendo con una facilidad que vuelve la vida menos complicada.

—¿Y yo qué hago aparte de beber? —pregunta, alzando la copa con una ceja levantada.

—Te ha tocado el puesto de catadora profesional —respondo.

Sirvo una cucharadita de la salsa que ha estado reduciéndose a fuego lento como si de una declaración de intenciones se tratara. Me acerco con la cuchara en la mano y le hago un gesto.

—Abre la boca…

Dina asiente, se inclina ligeramente y cierra los ojos justo antes de saborearla. Lo hace con esa concentración que tienen los escritores cuando están a punto de encontrar la frase perfecta. Luego los abre y sonríe. Una sonrisa suave, encantada.

—Está buenísima —murmura.

Una gotita de salsa en la comisura de su labio. Pequeña. Íntima. Provocadora.

Extiendo la mano antes de pensarlo demasiado, como si algo en mí supiera que ese gesto no es solo un gesto. Le rozo la piel con el pulgar, despacio, retirando el rastro cremoso con más delicadeza de la necesaria. Y sin filtro, casi por instinto, me lo llevo a la boca. El

sabor salta, sí, pero no es la salsa. Es ella. Su calor. Su piel. Ese temblor súbito que se mete entre los dos y lo invade todo, una corriente que encuentra una grieta y se abre paso. Nuestras miradas se encuentran, y entonces lo noto, el verde de sus ojos brilla distinto. Más intenso. Más profundo. Una chispa recién nacida. Un fuego que no avisa.

El aire se espesa, flotando entre nosotros, con la misma calidez que sale del horno y empaña levemente el cristal. El vapor acaricia la cocina mientras la noche se repliega a nuestro alrededor.

Su mirada baja, vuelve a subir… y se lanza. La recibo, porque ¿cómo no iba a hacerlo?

Nuestros labios se encuentran sin violencia, sin dudas, sin excusas. Un beso lento al principio, leyéndonos con la lengua. Luego, más profundo, más hambriento, con todo lo que hemos contenido desatándose de golpe. Un deseo que llevaba tiempo a fuego lento, igual que la salsa de antes, hasta llegar justo a su punto. Perfecto. Inevitable. Nuestro.

La beso con la urgencia de quien lleva semanas con esto atascado en el pecho. Y ella me responde con una entrega que parece venir de lejos, de un deseo que llevaba esperando su oportunidad. Mis manos vuelan a su cintura, la acerco, la anclo, intentando que nada, ni el aire, pueda escaparse entre nosotros. Su espalda golpea suavemente la encimera. Sus dedos se enredan en mi nuca, suben por mi cuello y me dejan sin respiración. Me arde la piel. Me tiembla el estómago. Me vibra el pecho. Nos movemos al ritmo de algo que no entiendo del todo, y, aun así, me atraviesa. Y lo único que sé es que, si ahora mismo el mundo se apaga, yo ya he tenido mi escena final perfecta.

Cuando nos separamos, solo un poco, sus labios están ligeramente hinchados. Su respiración agitada. La mía también.

—Eso… —dice con un hilo de voz—. No era parte del menú, ¿no?

—No. Pero estaba en el postre —respondo, sin dejar de mirarla.

Y los dos sonreímos. Porque ahora sí, lo sabemos. Esto ya no es solo una cena. Esto acaba de empezar.

—¡Armando, por favor! —resuena desde el salón con una risa contenida—. O admites que este queso es decorativo o lo usas para calzar una mesa, pero comestible no es.

Dina se ríe contra mi pecho. Le acaricio la mejilla con el dorso de la mano y el mundo, durante un instante, sigue siendo solo nuestro.

CAPÍTULO 45



Dina suspira, baja la mirada y se aleja un par de pasos, pero me lanza una sonrisa antes de girarse del todo. Esa sonrisa. La que me va a dejar pensando toda la noche.

—Vamos antes de que Nuri organice una cata de quesos con insultos incluidos —bromea.

La sigo al salón con todo lo necesario, todavía con las manos calientes y el pulso en la garganta. La mesa está lista. La pasta perfecta. Y las copas llenas. Aunque lo mejor es la energía que flota entre los cuatro. Aunque «energía» es decir poco. Esto es casi una *sitcom*.

—Ah, ¡qué bien! Ya habéis vuelto —dice Nuri con una sonrisa tan ensayada como peligrosa—. Pensábamos que os habíais fugado con el vino.

—¿Y tú qué tal? —pregunta Dina, con esa inocencia tramposa de quien sabe perfectamente que su amiga está disfrutando a niveles de adolescente en pleno campamento hormonal.

—De maravilla. Armando me estaba explicando su opinión sobre el queso azul, que al parecer es un trauma infantil —responde, girándose hacia él con teatralidad—. ¿Verdad, Armando?

Él levanta una ceja, se encoge de hombros y contraataca.

—No es trauma. Es tener buen gusto. El queso azul huele a pies. No tengo por qué comer algo que parece salido de una mochila olvidada en un vestuario.

—Ay, pobrecito. ¿Te asustan los quesos con personalidad?

—No. Me asustan las personas que los defienden como si fueran miembros de su familia.

Nuri se lleva la mano al pecho con fingido escándalo.

—Perdona, pero este tipo de queso cuesta ocho euros la cuña y lleva más fermentación que algunos vínculos afectivos, así que me lo respetas.

Dina se tapa la boca para no soltar la carcajada. Yo simplemente asiento, como si llevara años viendo este espectáculo. Porque algo me decía que cuando Nuri colisionara con Armando no iban a saltar corazoncitos por todos lados. Y ahora entiendo mejor a mi compañero, no es rival para ella, pero se mantiene.

La cena transcurre entre tenedores, vino blanco y pullas lanzadas como dardos verbales. Nuri y Armando no se dan un respiro, y lo mejor es que lo disfrutan. Ese pique continuo es su idioma oficial. Se lanzan indirectas, se provocan con lo que hay en el plato, se desafían a ver quién mastica con más estilo o quién dice la barbaridad más fina.

Dina y yo, en cambio, nos movemos en otra frecuencia. La de las miradas que duran más de lo prudente. La de los silencios que no incomodan, sino que abrigan. Le sirvo más vino y ella me roza el brazo sin querer. O queriendo. No lo sé. Pero yo me agarro a ese roce como a un salvavidas. Nuestras manos se cruzan al alcanzar la misma servilleta y su contacto me enciende. Ella se ríe bajito. Yo no sé ni qué decir. Aunque no hace falta. Hay cosas que no se dicen en voz alta. Se dicen con la piel.

Y aunque en la mesa hay cuatro personas, siento que la cena es solo entre ella y yo. Todo lo demás es simple decorado.

La observo cuando no se da cuenta. Cuando se ríe con la cabeza un poco ladeada, cuando se toca la pulsera de bolitas o cuando

juega con el tenedor. Y hay un momento en el que me mira como si también me estuviera contemplando desde hace rato y ese beso en la cocina hubiera abierto algo más que su apetito.

—¡Quiero ver la casa! —anuncia Nuri, alzando la copa medio vacía con una energía desbordante.

—Es igual que la vuestra —responde Armando, con una expresión mezcla de alarma y resignación.

—Eso no es verdad —dice ella, poniendo morritos como si le hubieran negado un capricho—. Venga, que me apetece ver cómo es vivir al otro lado. Por ciencia, por arte, por cotilleo ilustrado.

Dina me lanza una mirada fugaz, de esas que dicen más que mil discursos. Y con una sonrisa leve, dejo el tenedor a un lado. Algo me dice que estos dos necesitan aire. O un ring de boxeo.

—Ven, que te enseño el piso —le digo a Nuri, levantándome con parsimonia.

—¡Yupi! —exclama dando palmitas en el aire. Y antes de desaparecer tras de mí, le suelta a Armando, con voz dulce como la miel… y filo de cuchillo jamonero—: Cobarde.

Yo solo alcanzo a escuchar un bufido contenido de Armando y la carcajada de Dina.

Nos adentramos por el pasillo con la calma de quien pasea por un museo, aunque lo único que tengo expuesto son un par de cuadros mal colgados y el espejo del Ikea que Armando asegura que lo hace ver más sexy. Nuri camina a mi lado, observando los zócalos y midiendo el pasillo con una seriedad sospechosa, aunque ambos sabemos que solo está comprando tiempo. O aire.

—Bonita casa —dice, tocando el marco de una foto torcida—. Veo que tenéis buen gusto. O buena puntería con el taladro.

—Lo segundo.

—Y yo que pensaba que erais de pósteres de tías en bikini. Me acabo de llevar una desilusión.

Me río bajito. Nuri es de las que disparan con gracia, pero con puntería letal. Le enseño el dormitorio de Armando. Ella asoma la cabeza como un dron de reconocimiento y analiza todo el interior. Sus ojos van directos a la pila de pañuelos de la mesita de noche.

—¿Aquí duerme el caballero?

—Sí. Y no, no es lo que parece. Está muy resfriado, aunque ahora no lo parezca.

Nuri no responde enseguida. Se queda mirando, esperando que la habitación diga algo por él. Luego se gira, cruza los brazos y me lanza esa mirada suya, entre interrogatorio y abrazo emocional.

—¿Y tú? —pregunta.

—¿Con Dina? —digo, sabiendo perfectamente a qué se refiere.

Asiente. Pero no me apremia. Me deja espacio. Suspiro. Apoyo la espalda en la pared.

—No sé. Bien, o eso creo. Me gusta. Mucho. Y, aun así, siento que tengo que ir con cuidado todo el rato, que un paso en falso podría hacerla retroceder.

—¿Y eso te asusta?

—No. Bueno, un poco. Pero no porque no quiera intentarlo. Sino porque esta vez no quiero cagarla.

Nuri me da una palmadita en el hombro, de esas que parecen tiernas, aunque suenan a advertencia mafiosa.

—No la cagues, entonces. Porque te aviso: si tú le rompes el corazón, yo te rompo la cara.

«Auch, directa y sin rodeos».

—Tomo nota. ¿Puedo firmarte una cláusula?

—Puedes invitarme a otra copa de ese vino tan rico.

—Eso está hecho —respondo.

Y con esa mezcla rara de amenaza y cariño flotando entre nosotros, seguimos avanzando.

—¿Y Armando? —pregunta ella, con tono de quien lanza un anzuelo sabiendo que algo picará.

—¿Versión sincera o condescendiente?

—La que me haga sentir un poco poderosa.

—Entonces la sincera: le gustas. Mucho. Aunque no tiene ni puñetera idea de cómo gestionar eso.

Ella sonríe, aunque sus ojos dicen otra cosa.

—Yo tampoco sé muy bien qué estoy haciendo.

—Pero estás aquí.

—Sí. Y me estoy divirtiendo. Y eso, para alguien como yo, ya es media victoria.

Le enseño el baño, que para mi sorpresa mantiene el aspecto digno tras una limpieza exprés. Luego la pequeña sala de máquinas que Armando usa para entrenar, y donde yo a veces finjo que hago algo útil con las pesas. Ella entra y hace una pose de halterofilia improvisada.

—Este cuarto grita «hombres intentando canalizar sus emociones en bíceps» —suelta.

—Y fallando en el intento —añado yo, entre risas.

En ese momento pasamos por delante de mi habitación. Nuri se detiene en seco. Mira hacia el interior con atención, y yo me tenso sin saber por qué. O sí.

—¿Es tu cuarto? Es enano.

Asiento. Y ella se asoma. Aunque antes de entrar, alza la vista hacia las ventanas, que dan justo al bloque de enfrente. El dormitorio de Dina.

—Vaya. Desde aquí se ve de cine su habitación. ¿Te has dado cuenta? —pregunta con picardía.

—A veces.

No miento. A veces es poco. Y justo cuando está a punto de seguir, se gira de golpe y enfoca una repisa. Sus ojos se agrandan

un segundo y avanza sin pedir permiso. Se acerca al objeto como si lo hubiera reconocido en una escena del crimen.

—Joder, por un segundo pensé que era mi antifaz —dice, levantándolo con delicadeza.

Mi estómago se encoge. Trago saliva.

—¿Y eso? ¿Tienes uno igual?

—Tenía. Se perdió… —Niega con la cabeza mientras se lo acerca al rostro. Su expresión es mezcla de incredulidad y algo más—. En una fiesta. Nada, es largo de contar. Pero te juro que por un segundo creí que era mío, es idéntico.

—¿En una fiesta? —pregunto casi sin voz.

—Sí. Una fiesta temática… —Pasa los dedos por el antifaz, buscando en la textura un recuerdo que no termina de llegar—. Fue hace unos meses. Se parece muchísimo.

Y entonces todo lo que pasó aquella noche me golpea de lleno, como un cubo de agua helada. Las luces, el calor pegajoso, la música vibrando en las paredes, su cuerpo contra el mío… Todo regresa sin pedir permiso.

—Bueno, da igual. Vamos, que nos esperan.

Nuri deja el antifaz en su sitio, pasa a mi lado y me roza con el hombro. Un toque casual. Casi fraternal. Pero yo me quedo clavado en el suelo, paralizado, con el corazón bombeando en los oídos y una sospecha abriéndose paso dentro de mí como una grieta. Ha dicho que perdió un antifaz. En una fiesta. Una fiesta temática. ¿Podría ser ella? ¿Podría ser la chica de aquella noche?

«Joder».

Y si lo es… ¿por qué no me lo ha dicho? ¿Y si me ha reconocido y no ha dicho nada? ¿Y si, de repente, decide contárselo a Dina?

«Mierda».

No me creo que me esté pasando esto. Puede que todo esto no sea más que una coincidencia absurda, una casualidad de esas que luego se ríen entre copas. Hay mil antifaces así. Mil. Y, aun así, la

sospecha se me retuerce en el pecho, empeñada en clavarse en cada costilla. Un sudor frío me recorre la espalda. Porque si de verdad fue ella, si lo que ocurrió esa noche no fue un simple desliz entre desconocidos, sino algo mucho más próximo, mucho más peligroso… entonces estoy jodido.

Y no sé si por ella o por todo lo que eso significaría con Dina.

Siento cómo el suelo se me mueve bajo los pies. Todo son suposiciones. Lo sé. Pero me están asfixiando igual.

CAPÍTULO 46



—Dina, tienes que ver el dormitorio de Rubén —se carcajea Nuri mientras se sienta a la mesa—. Es similar al cuartucho de Harry Potter.

Solo ella podía soltar algo así. No dice «es pequeño» y ya. No. Tiene que envolver lo cotidiano en alguna de sus frikadas. Y la peor parte es que siempre encaja.

—No es tan pequeño —protesta Armando, medio indignado—. Simplemente es acogedor.

—Ya… hasta la *Polly Pocket* tenía más espacio.

Me río por lo bajo, mientras miro hacia el pasillo esperando que aparezca Rubén. Desde que nos hemos besado, bueno, seamos sinceras: desde que me he lanzado como si no hubiera un mañana, no consigo sacármelo de la cabeza. Hice caso a esa vocecita que siempre se despierta cuando lo tengo cerca. Solo me faltaba un empujoncito. O dos copas de vino y el roce de su piel. Me llevo los dedos a los labios casi sin darme cuenta, y aprieto los muslos. Solo de recordar cómo me agarró de la cintura, se me encienden fuegos artificiales internos que ni el cuerpo de bomberos entero podría apagar. Sé que suena a locura, a película de sobremesa con banda sonora intensa, pero hay algo en ese gesto… algo que me resulta inquietantemente familiar. Una sensación extraña, casi física, de que

esas manos ya me han tocado antes, de que esa manera de agarrarme con posesión no me resulta nueva. Y la idea se queda ahí, girando en círculos, convertida en una duda que no sabe si quiere gritarme la verdad o dejarme en paz.

Rubén tarda en volver. Y aunque intento disimular, no puedo evitar lanzar miradas al pasillo cada treinta segundos. Nuri sigue con sus bromas, Armando finge que no le afectan, pero yo… yo solo escucho el zumbido en mis oídos y ese pensamiento tonto que no para de repetirse:

«¿Y si se ha arrepentido?».

No debería afectarme tanto. Fue solo un beso. Bueno, no fue solo un beso. Fue como si todas las alarmas que llevo dentro se silenciaran por un segundo. Y mi cuerpo dijera «ahora». Y no me arrepiento, puede que haya sido muy lanzada o haya cruzado una línea que él no quería cruzar.

«Deja de hacer teorías, Dina. Puede ser cualquier cosa».

Aun así, vuelvo a mirar hacia el pasillo con el corazón golpeándome el esternón. Y empiezo a notar ese picor en el pecho, esa ansiedad silenciosa que me golpea cuando algo se tuerce y yo no sé por qué.

—Voy al baño —miento, intentando que suene casual, como si no fuera a comprobar si me han roto el corazón en tiempo récord.

—Ya sabes el camino, es igual que nuestro piso —responde Nuri sin despegar los ojos de Armando, que se hace el interesante mientras remueve la copa con el tenedor.

Camino por el pasillo con la punzada en el estómago y mil escenas proyectándose en mi cabeza. No quiero montarme una película, pero ya llevo escrita media escena de ruptura dramática con banda sonora de Taylor Swift.

Entonces lo veo. Está de pie junto a la puerta de su habitación, con la espalda apoyada en la pared y la vista perdida en algún punto del suelo. Las manos en los bolsillos. El ceño levemente fruncido.

Parece alguien resolviendo un problema de física cuántica. O huyendo de sí mismo.

—¿Estás bien? —pregunto en voz baja, casi en un susurro.

Él alza la mirada. Tarda un segundo en enfocarme, como si no esperara verme ahí y no supiera muy bien dónde está.

—Sí. Claro. Todo bien —responde, aunque su sonrisa tarda demasiado en aparecer y no le llega a los ojos.

No sé por qué, pero no lo creo. Hay algo en su mirada que ha cambiado, algo que ya no está igual que antes. Doy un paso más y el suelo cruje bajo mis pies. Un nudo empieza a formarse en mi garganta, sin que lo haya invitado.

—¿Seguro?

—Sí —repite, más rápido esta vez—. Es solo que… estaba pensando.

No sé qué decir. Ni él se mueve ni yo tampoco. Algo flota entre los dos, algo que pesa. Un tipo de silencio que no incomoda, pero enfría. Una distancia pequeñísima se ha colado entre nosotros sin pedir permiso. No es rechazo. Tampoco enfado. Es otra cosa. Más sutil. Más difícil de nombrar. Más… lejana.

Y entonces el pensamiento me golpea sin aviso.

«¿Será por lo de antes? ¿Por lanzarme así? ¿Por haberle besado?».

Trago saliva y me abrazo a mí misma.

—Si te he incomodado con lo de antes… —empiezo a decir, con voz temblorosa.

—No, Dina. No es eso —me interrumpe enseguida. Da un paso hacia mí, rápido, casi impulsivo—. No tiene nada que ver contigo.

Eso no ayuda. Me descoloca aún más. Sus ojos me buscan, como si quisiera decir algo que no se atreve y tuviera un nudo propio que tampoco puede deshacer.

—¿Entonces?

No responde. Solo me mira. Y juro que, en ese momento, aunque estamos a medio metro, lo siento a años luz.

Rubén parpadea, despertando de un pensamiento que no estaba listo para compartir. Y entonces lo intenta. Hace ese gesto torpe, aunque dulce, el de quien quiere restarle importancia a un momento tenso sin tener claro por dónde empezar.

—Venga… —dice, alzando ligeramente una ceja y forzando una sonrisa que no termina de cuajar—. Nos van a dejar sin nada.

Asiento y camino a su lado de vuelta al salón, pero el aire que nos rodea ya no es el mismo. Hay algo en su forma de andar, en su silencio contenido, en cómo no me roza aunque podría. Esa distancia mínima que antes no existía, ahora se siente como una muralla de hielo.

La cena sigue su curso. Nuri y Armando están en su propio universo, discutiendo si la salsa barbacoa casera es mejor que la de bote.

—¿Pero tú te has leído los ingredientes del bote? —salta Nuri, agitando el tenedor—. Eso no es salsa, es una pócima.

—Pues a mí me sabe a gloria. Y no tengo que llorar cebolla media hora para hacerla.

—Eso se llama falta de compromiso culinario.

Se pican con gusto. Se pinchan entre sonrisas. Y yo intento integrarme, sonriendo cuando toca, riéndome medio segundo tarde. Pincho la comida con un interés que no siento. Pero cada vez que miro a Rubén, lo encuentro más lejos. Encerrado en su mundo. Se lleva la copa a los labios sin beber, mira su plato sin ver. No dice gran cosa. No vuelve a buscar mis ojos. Y entonces la vocecilla aparece. La que tengo metida en la nuca.

«Te has precipitado. Te lanzaste y no era el momento. Lo has asustado. Lo has jodido todo».

Trago saliva. Me odio un poco por pensar así, sin embargo, no puedo evitarlo. No cuando todo mi cuerpo está en modo radar emocional y lo que detecta no es precisamente entusiasmo.

—¿Estás bien? —le susurro, inclinándome un poco hacia él.

—Sí… —responde, pero su voz suena apagada—. Es la cabeza. Me está empezando a doler una barbaridad.

No sé si es cierto o si es una excusa elegante para salir del bucle en el que estamos atrapados. En cualquier caso, asiento.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No, de verdad. Creo que necesito desconectar un poco. Descansar.

Se levanta y se dirige hacia la cocina sin hacer mucho ruido, pero el hueco que deja se nota como si hubiera arrastrado la mesa con él.

—¿Todo bien? —me pregunta Nuri en voz más baja, con los ojos ya puestos en mí en lugar de en Armando.

Asiento rápido, demasiado rápido.

Ella me sostiene la mirada un segundo más de la cuenta. No hace falta que diga nada. Sabe que algo no anda bien. Y yo también lo sé, aunque no encuentro las palabras para expresarlo. O tal vez no quiero nombrarlo. Lo único que siento es este nudo que no sé si se deshará solo o se quedará aquí, entre nosotros, recordándome que por un momento lo tuve todo a un beso de distancia… y ahora no sé si lo estoy perdiendo.

CAPÍTULO 47



—¡Rubén! ¿Vas a mirar el extintor o piensas usarlo de florero? —me suelta Morales, con ese tono seco que siempre se mezcla con preocupación.

Parpadeo. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba plantado frente al equipo, con el extintor en la mano y la mente en otra galaxia

—Perdón, jefe. Me he distraído un segundo.

—Un segundo puede costarnos la vida —responde sin levantar la voz. Y, sin embargo, cada palabra se me clava más que si lo hubiera hecho gritando.

Se me queda mirando. Esa mirada suya que no necesita alzar el tono porque te cala igual. Directa. Precisa. De esas que te obligan a recolocarte solo con el peso del silencio.

—No voy a preguntarte qué te pasa, porque no soy tu terapeuta. Pero no puedes estar así, chaval.

—Estoy bien —respondo. Y miento como un cobarde.

—Estás lo que viene después del bien y antes del desastre —espeta, sin dudar. Luego afloja un poco el gesto—. Si es por lo del incendio, deja de darte cabezazos. No podías salvarlo. No podíamos. A veces no basta con querer hacerlo bien. Acuérdate de eso.

—No es eso —digo, bajando la vista.

—Sea lo que sea, no estás aquí —añade—. Y aquí no podemos permitirnos tener a nadie a medio gas.

Trago saliva. No tengo fuerzas ni para inventarme una excusa.

—Solo… tenía cosas en la cabeza.

—Sácalas. Habla. Corre. Grita. Lo que sea. Despéjate. Porque no quiero tener que explicar a nadie que uno de mis chicos falló por estar colgado en pensamientos que no le servían para nada. —Hace una pausa y su tono se suaviza un poco, pero sigue firme—. No somos uno. Somos un equipo. Recuérdalo.

Asiento. Bajo la mirada, clavándola en mis botas. Morales no es de los que abrazan ni dan discursos motivacionales, aunque cuando habla así, es porque está viendo algo que yo no quiero admitir. Me da una palmada en el hombro. No muy fuerte. Lo justo para que me sacuda por dentro. Y se aleja. Me quedo ahí un rato más, apoyado en el camión, con la cabeza hecha un nudo y el cuerpo tenso.

Han pasado tres días desde la cena, desde que se marcharon y todo quedó en el aire. Tres días sin verla, sin cruzarme con ella en el rellano. Su persiana ha estado bajada, y no sé si está escribiendo, evitándome… o si ha vuelto a su rutina como si nada. Le escribí un mensaje sencillo, sin mucha carga, solo para saber cómo estaba. Me respondió un par de horas después. «Estoy liada con el final de la historia». Y nada más, seco y con un punto al final. Ni un «ya hablaremos», ni un «tú qué tal». Solo eso.

Y lo peor es que no sé si me está marcando distancia o si, de verdad, está concentrada en lo suyo, pero lo sentí como una puerta medio cerrada. De esas que no sabes si empujar… o dejar en paz. Lo único que sé es que desde que Nuri dijo lo del antifaz, no he vuelto a ser el mismo y sé que Dina me lo notó. Lo vi en su mirada.

«Pero ¿qué podía decirle?».

Hola, creo que me acosté con tu amiga. Que hasta hace nada todavía pensaba en ella, y ahora estoy aquí, contigo, y todo brilla más.

«Mierda, joder».

—Oye, Rubén… —me llama Marcos con suavidad, asomando la cabeza desde la puerta del hangar—. ¿Puedo comentarte una cosilla…?

—Ahora no es buen momento —respondo sin pensarlo.

Al segundo, la culpa me cae encima, espesa, directa, casi ahogándome. Yo no soy así. No con él.

—Marcos —lo llamo.

Se gira, con una sonrisa torpe que apenas le aguanta en la cara. Una de esas que esconden más de lo que enseñan. Pero entonces, la alarma retumba por todo el parque como un latido que sacude los huesos antes de que la cabeza reaccione.

—Puede esperar —me murmura, y yo asiento. Aunque sé que hay palabras que, si las guardas mucho, terminan pudriéndose.

—Salida urgente. Zona industrial. Posible fuga de gas con riesgo de explosión —anuncia la voz por megafonía.

Marcos y yo nos miramos sin decir nada. No hace falta. Nos enfundamos el traje en un pestañeo, casco en mano, y corremos hacia el camión. Cada uno cae en su puesto por automatismo, aunque la mente siga atrapada en lo que quedó sin decir. Subimos. Morales da las instrucciones desde el asiento delantero, con esa calma que acojona más que los gritos, y me dedica esa mirada que sin palabras me lo dice todo.

El trayecto es tenso, igual que siempre. Puedes entrenar mil veces, pero vivirlo es otra historia. Abro y cierro los puños, intentando que el miedo encuentre por dónde salir.

—Cuidado con las válvulas del lado oeste. El vigilante ha dicho que hay un pitido persistente. No os hagáis los valientes. Nada de héroes hoy. Y tú —dice señalándome con el retrovisor—, espabila de una vez.

«Ya voy tarde para eso, jefe», pienso.

Llegamos en menos de seis minutos. O al menos eso dice el GPS. Para mí, son como treinta segundos de adrenalina pura y media vida aguantando la respiración. Nada más bajar del camión, el calor me golpea de lleno, una bofetada seca que lo deja todo en silencio por un instante. No hace falta ver las llamas para saber que el peligro está dentro. El olor químico lo dice todo: acre, punzante, cargado. Se mete por la nariz y se engancha a la garganta, como si masticaras electricidad. De esos olores que te avisan de que la cosa va en serio. Que esto no es un simulacro.

Nos repartimos. Marcos y yo tomamos la entrada trasera, que da justo al área de mantenimiento. El vigilante está fuera, encogido junto a la puerta, pálido a un nivel que asusta, con las manos temblando y los labios apretados. Nuestra orden es clara: localizar la fuga en las válvulas del bloque oeste, cerrarlas si es posible y sectorizar el fuego para evitar que alcance el depósito principal.

—Aquí hay algo raro, Rubén. Siento presión en el pecho —dice Marcos mientras avanzamos esquivando las primeras lenguas de fuego, que ya muerden el suelo con hambre.

—No es solo el gas. Es el instinto. Y el instinto no suele fallar —respondo, ajustándome la mascarilla con una mano temblorosa. La boca me sabe a metal. El corazón late fuerte, marcado. Pero, aun así, avanzo. Porque eso hacemos. Aunque el cuerpo grite lo contrario.

La estructura vibra. Un crujido metálico resuena desde el piso superior, como si algo se estuviera partiendo por dentro.

—Rubén, tengo un mal presentimiento.

—¡Vamos! —grito.

Los pies pesan más con cada escalón. El humo baila a nuestro alrededor, es una criatura viva. La tubería principal recorre la pared derecha, gruesa como un tronco, y en mitad de ella el volante metálico tiembla al borde del colapso. Justo encima, el manómetro vibra con la aguja enterrada en la zona roja. Y entonces la oigo: la

vibración seca, el jadeo metálico, ese corazón a punto de reventar. El pitido es ensordecedor aquí, un aviso clavándose en el oído.

—Si estabilizamos esto unos segundos más, el frente puede contenerse —dice Marcos, sujetando el manómetro con una mano para leer la presión entre las vibraciones.

—A tu señal —respondo, colocándome a su lado. No avanzo. No tiro solo. Esta vez, lo hacemos juntos.

Alargo el brazo, falta un metro. Un poco más. Medio metro. A un lado del volante principal hay una válvula auxiliar, más pequeña, la única que podemos tocar sin reventarlo todo. Marcos sujeta el arnés y yo la agarro con fuerza. Entre los dos logramos que la presión frene apenas un instante… pero ese instante es oro. Al otro lado, escucho por radio que el equipo frontal consigue cerrar el paso principal. Lo logramos. No del todo. No aquí, pero lo suficiente para evitar que la explosión se lleve media nave.

Un fogonazo de luz nos ciega un segundo. Un golpe sordo retumba sobre nuestras cabezas. La estructura se arquea, gime y se desploma justo delante de mí, tragándose la válvula entre polvo y escombros. La zona este ha aguantado gracias a nuestro apoyo, en cambio, nuestra sección ha colapsado. El suelo tiembla bajo mis botas y una onda de choque me lanza contra la pared. Cuando levanto la cabeza, Marcos ya no está a mi lado. Hay un muro nuevo entre nosotros, hecho de humo y ruinas.

—¡Marcos! —grito, buscando su silueta entre el humo denso.

—¡Aquí! —me responde, agachado tras un tubo retorcido. Tiene sangre en la ceja, aunque está consciente.

Me acerco sorteando cascotes y calor. El camino de vuelta es un muro de fuego y metal torcido. Una trampa cerrándose.

—Tenemos que salir por la galería de mantenimiento —le digo. Intento sonar firme, pero sé que la voz me sale rota. Porque ahora mismo, ni el suelo bajo mis botas me da seguridad.

«Debí escucharlo antes».

Niego con la cabeza, espantando ese pensamiento. No ahora. No aquí. Necesito centrarme. Marcos me agarra del brazo antes de que avance.

—Rubén… por si no lo consigo… yo… quería decirte algo.

—No es momento, colega —le corto, aunque el tono me traiciona y suena más suave de lo que pretendía—. Saldremos de esta. Me lo cuentas fuera. Con una cerveza en la mano, si puede ser.

Marcos asiente, pero lo hace con esa mirada que se clava. Como si él sí supiera que a veces la vida no espera. Que hay cosas que, si no se dicen, se pierden. Me echo su brazo sobre los hombros y avanzamos. Cada paso es un mundo. El humo se cuela por cualquier rendija. El calor raspa la piel incluso bajo el traje. El pitido de la máscara se acelera. Advertencia. Límite. Fin.

«Joder».

Y justo cuando siento que las piernas ya no responden, que el peso de todo me va a arrastrar al suelo, la veo a ella. En mi cabeza. Tan clara que parece real. Su pelo rojo cayendo en cascada, esa risa que me vuelve loco y esa boca que me devolvió el aliento. El beso. El jodido beso. Dina.

«Y ahí está mi motor. Mi maldita brújula».

—No me voy a quedar aquí. No sin arreglarlo. No sin hablar con ella.

No sé si lo digo en voz alta o solo lo pienso. Pero de pronto, algo dentro de mí se activa. Furia. Necesidad. Vida. Agarro a Marcos con más fuerza, como si ese pensamiento me diera oxígeno.

—Vamos, tío. No te me caigas ahora —le digo, medio gruñendo, medio rezando.

—No pensaba hacerlo. Solo no me arrastres del hombro malo, cabrón —responde él, forzando una sonrisa que vale más que mil palabras.

Avanzamos entre chispas, gritos y humo. El rugido del fuego nos persigue.

—¡Por aquí! —exclaman, guiándonos entre el humo.

Y entonces lo veo a Morales a lo lejos, en la entrada. De pie, firme y esperándonos, como un faro en medio de toda esta mierda. Cuando por fin llegamos, nos recibe con el ceño fruncido, la mandíbula apretada y el corazón en los ojos.

—Estáis locos —espeta. Pero en su voz hay un temblor distinto. Casi… orgullo.

Dejo a Marcos en la camilla. Me quito el casco y, en cuanto el aire me acaricia la cara, el cuerpo me pasa factura. Siento el sudor frío bajándome por la espalda, pegándome la camiseta a la piel como si no quisiera soltarme. Me tiemblan las manos. Las piernas. Hasta el pensamiento. No es miedo. Es todo lo que he estado conteniendo dentro, una presa al límite, a punto de desbordarse. Lo que no se dijo. Lo que se quedó a medio camino. Lo que sigue latiendo.

—¿Estás bien? —pregunta Morales, apoyando una mano firme en mi hombro.

Asiento con una sonrisa que apenas sostiene el tipo. Una sonrisa de esas que se ponen para no preocupar al otro. Porque no estoy bien. Pero quiero estarlo. Quiero estarlo por ella. Porque Dina ha entrado en mi vida como un vendaval que lo arrasa todo, y lo único que tengo claro ahora mismo es que no quiero que se vaya. No ahora. No sin saber qué podríamos haber sido.

Apoyo la espalda en la pared y respiro profundo, intentando que el mundo exterior calme el caos que me está devorando por dentro. El humo sigue en mis pulmones, pero lo que me asfixia no es el incendio. Es el silencio entre nosotros. Y por primera vez en mucho tiempo, tengo miedo. No del fuego. Sino de lo que podría perder si no lo apago a tiempo.

Y entonces me lo repito, en voz baja, solo para mí. Como una promesa. Un puto grito en silencio:

«Esta vez no me voy a callar. Esta vez no quiero quedarme atrás».

CAPÍTULO 48



Llevo veinte minutos mirando una palabra. Una sola.

«Fin».

Y no hay nada más tramposo que esa palabra cuando sabes, en el fondo, que estás mintiendo. Porque no es el final que quería escribir. No es el final que *merecían* mis personajes. Es solo el que me ha salido. El que he forzado para quitármelo de encima. Para tachar la casilla de «manuscrito terminado» y convencerme de que ya está.

«Pero no está».

Me paso una mano por el pelo, me lo agarro con rabia y suspiro. Otra vez. Ya voy por el suspiro número setenta y cinco del día. Hace unos días que no veo a Rubén. Desde aquella cena. Desde aquel beso. Desde que me lancé como una loca y, sin saber cómo, pasamos del calor al hielo. Literal.

Y aunque no quiero admitirlo, me ha afectado más de lo que pensaba. No es solo que no lo haya vuelto a ver, es que la historia que estaba escribiendo, esa que iba tan bien, ha empezado a desmoronarse en mi cabeza. Lo ocurrido entre nosotros también ha influido en mis personajes y las musas se han dado la vuelta, ofendidas, diciendo: «Ah, ¿Con que esas tenemos? Pues búscate otra inspiración, guapa».

Me alejo del portátil y lo dejo abierto sobre la mesa del salón. Lo observo desde lejos, como si eso fuera a cambiar algo. Nada. Extiendo los brazos al techo.

—Dios mío, ¿por qué me has abandonado? —exclamo, desesperada.

Hoy me había mudado aquí en busca de una iluminación divina. Cambié de escenario. Abrí las cortinas. Puse música instrumental. Hasta encendí una vela de jazmín que prometía «armonía creativa» en la etiqueta. Sin embargo, huele a colonia de abuela. Y la armonía se ha ido a pasear. Me levanto, me desperezo con un gritito ahogado, y miro el sofá, las tazas vacías, el cuaderno abierto con frases a medio hacer y tachones por todas partes. Estoy bloqueada. Atascada. Lo que hace unos días brillaba ahora está empañado por silencios que duelen solo de mirarlos. Igual que nosotros. Igual que esa última noche.

—¡Todo es por tu culpa! No debí hacerte caso… —le suelto a mi reflejo en la ventana.

Confía en ti.

Susurra esa voz, a la que ya no quiero escuchar. Algo difícil porque vive en mí. Sigo frustrada y ya no sé si es porque me gustaba más de lo que quería admitir. O porque tenía esperanzas. O porque había algo en su forma de mirarme que hacía que todo en mí gritara «aquí es». Pero ahora… ni siquiera sé dónde estoy.

Así que decido dejarlo. Darme un rato. Respirar. Pensar. O fingir que no estoy pensando. Porque lo único que tengo claro ahora mismo es que, si esta historia tiene que terminar, no será hoy. Y mucho menos así. Recojo las tazas vacías y las dejo en la cocina, camino hacia el cuarto de baño y, en ese preciso instante, la puerta del dormitorio de Nuri se abre de par en par como si fuera la escena final de un musical.

«Casi me da un infarto».

Ya le he dicho mil veces que no haga eso. Que no somos las enérgicas protagonistas de mis novelas, esas que no sudan, aunque

estén en un maratón.

—¡No lo puedes dejar así! —me espeta, señalándome con el dedo a punto de exorcizarme.

—Sí.

—No.

En dos pasos me alcanza y tira de las solapas de mi bata. Por un segundo parece que estamos protagonizando una película de mafiosos italianos. De las intensas y de las que acaban con alguien llorando y otro comiéndose una lasaña.

Sus ojos son dos puñales afilados. De los que no se guardan en funda.

—No me mires así, Nuri.

—¡¿Así cómo?!

—Como si hubiera matado a Bambi con mis propias manos.

—Has matado algo peor —responde, dramática—. Has matado una historia. Tu historia. Y encima te vas por ahí dejando palabras sueltas y finales mediocres.

—No era mediocre… —murmuro, sin mucha fe.

—Era una nota a pie de página —espeta—. De esas que nadie se lee.

Suspiro. Me suelto de su agarre con suavidad.

—No puedo, Nuri. No me sale. Es como si… no sé, como si todo lo que quería contar se me hubiese atragantado.

—Lo que se te ha atragantado no es la historia. Es lo que no estás diciendo.

—¿Ahora también eres pitonisa?

—No. Pero soy tu mejor amiga. Y tengo ojos en la cara. Y los dos tenéis cara de *nos hemos liado y ahora no sabemos qué hacer con lo que sentimos.*

Abro la boca para responder, pero no me sale nada.

—Mira, solo te digo una cosa —añade, cruzándose de brazos—: o escribes ese final como se merece o me veré obligada a encerrarte con Rubén hasta que habléis. Y todos sabemos que eso terminaría con alguien sin pantalones.

—¡Nuri!

—¡He dicho lo que he dicho!

Intento escabullirme hacia el baño como quien huye de un interrogatorio en una comisaría de película negra.

—Voy a ducharme. A ver si se me aclaran las ideas. O los chacras.

—Pues te aviso que, si tardas mucho, te escribo yo el final —me grita Nuri, siguiéndome pasillo adelante—. Y será uno de esos donde todos mueren y nadie se queda con nadie. Drama de los buenos.

—Nuri, necesito un momento de silencio. Personal. Íntimo. Sin amenazas.

—¿Sabes lo que tú necesitas?

—No quiero saberlo.

—Una escapada. Un viaje. Un cambio de aires. Aunque sea a la panadería de la otra calle. Algo que te saque de este bloqueo existencial.

—Lo que necesito es una ducha caliente y que la vida me devuelva la dignidad que dejé entre beso y beso.

—Pues mientras te enjabonas, piensa en esto: ¿y si le escribes a Rubén? Solo para quitarte el runrún.

—¿Me estás animando a enviar un mensaje? ¿Tú? ¿La que dice que la dignidad es lo último que se pierde?

—Una cosa es dignidad y otra es dejar que el silencio lo decida todo. A veces solo necesitas una frase para que se encienda todo otra vez.

—Y otras veces esa frase es: «Perdón, me equivoqué de persona».

—O: «No me lo esperaba, pero contigo todo era distinto».

Me paro en seco y giro sobre mis talones.

—¿Tú estás bien?

—¿Yo? Perfecta. Mira qué cutis. —Se acaricia la mejilla con descaro—. Pero tú, amiga mía, tienes las ojeras de alguien que necesita soltar lo que no escribe.

Suspiro. Enciendo la luz del baño y cierro la puerta… o eso intento, porque mete el pie antes de que la hoja encaje del todo.

—Cinco minutos más y te juro que te dejo ducharte en paz —promete. Lo que en lenguaje Nuri significa que vendrán tres ideas más y una teoría sobre el multiverso de mis personajes.

—Dime. Rápido.

—¿Y si en vez de terminar la historia, la reescribes desde otro punto? Uno donde el miedo no gane. Donde el deseo no tenga que pedir permiso. Donde tú, Dina, escribas como si todavía creyeras en los finales que duelen, pero que valen la pena.

Me quedo en silencio. Con la mano en el pomo. Y una punzada en el pecho. Ya no es solo la historia, me lo está diciendo a mí.

—¿Ya puedo ducharme?

—Sí, pero quiero que mientras lo hagas, pienses en eso.

Y entonces sí, se aleja por fin. Cierro la puerta, abro el grifo y el vapor comienza a envolverlo todo mientras me desnudo. Me meto en la ducha, esperando que el agua caliente me devuelva algo de claridad… pero esa última frase aún me retumba más que todas las que he escrito estos días. El chorro cae sobre mí con fuerza, resbalando por la nuca, por los hombros. Cierro los ojos. Respiro. Intento despejar la mente, aunque es inútil. Porque él aparece.

«Rubén».

Su boca demandante. Sus manos firmes en mi cintura. La forma en que me miró antes del beso. O justo después. No lo sé. Solo recuerdo que, durante un instante, el mundo se calló. Que algo se alineó dentro de mí y mi cuerpo pensó «ahora». Todo en mí se

enciende. Aprieto los muslos, conteniendo el fuego que empieza justo ahí.

«Puede que necesite liberar algo de tensión».

Y entonces, sin permiso, surge otra imagen. Más borrosa, más lejana. Más intensa en algunos puntos, como si el recuerdo solo conservara lo que quiso guardar. El chico de la máscara dorada. Los pezones se me endurecen en el acto, y todas las escenas que he escrito evocándolo regresan de golpe. El calor de nuestros cuerpos. El deseo visceral. Su manera de besar: posesiva, salvaje. El sabor de sus labios. Sus manos fuertes, tocando justo donde más lo necesitaba, y entonces, una chispa. El color de sus ojos. Azules. Intensos. Similares a los de Rubén. No sé si es por la frustración de no recordar bien aquella noche o porque ambos han despertado esa parte dormida de mí.

Frunzo el ceño. No quiero pensar en eso. No es el momento. No hay conexión. No la tiene. Pero mi pecho se encoge un poco y algo dentro de mí, muy mío, se queda inquieto. Como cuando sientes que te estás olvidando de algo importante y no sabes el qué.

Niego con la cabeza. Me echo hacia atrás para dejar que el agua me empape la cara. A lo mejor solo es eso: nostalgia, tensión acumulada o falta de sexo. O todo a la vez. Y mi cerebro, que es un guionista dramático de nacimiento, ha decidido montar un *crossover* sin pedirme permiso. Respiro hondo. Me repito que no hay relación. Que pensar en Rubén y que se me aparezca aquel recuerdo no significa nada.

Solo que ambos, sin saberlo, son los protagonistas de mi historia.

CAPÍTULO 49



—Tíos… lo que ha pasado hoy me ha hecho pensar.

Aksel y Viggo levantan la vista casi a la vez, como si hubiera soltado un *tenemos que hablar* en mitad de una despedida de soltero.

—Dime cuando no piensas, Rubén, y acabamos antes… —responde Viggo—. Ese siempre ha sido tu puto problema, no te ofendas, pero piensas demasiado las cosas.

Aksel asiente dándole la razón.

—Esto es distinto…

—Si dices que todo esto es por una peli romántica de Netflix, me levanto y me voy —responde Viggo fingiendo escandalizarse, con una aceituna pinchada en el palillo.

Estamos en nuestra mesa de siempre, al fondo del bar, con dos rondas ya en el cuerpo y la tercera en camino. Viggo bebe a sorbos lentos, pero tiene esa sonrisa ladeada que lo delata. Sabe que traigo tormenta. Que hoy no he venido solo a beber.

—No es una peli. Es peor. Es mi vida —respondo, soltando aire por la nariz. Apoyo los codos en la mesa y entrelazo las manos como si necesitara sujetarme a algo para no derrumbarme.

—Eso ya lo sabíamos —responde Viggo con media risa—. Pero esa cara no es de resaca emocional. ¿Qué ha pasado?

—Las cosas con Dina no están… como antes.

Me quedo unos segundos en silencio, buscando las palabras. No quiero soltarlo todo de golpe. Aunque tampoco puedo seguir cargando con esto solo.

—Hoy en la salida... se vino abajo parte de la estructura. Marcos y yo nos quedamos atrapados. Nada grave, estamos bien, aunque por un segundo… —me detengo, tragando saliva— pensé que no salíamos. Que ahí se acababa todo.

Viggo asiente. No se ríe, ni bromea. Solo asiente. Sabe lo que eso significa.

—Y en ese segundo, la imagen que me vino fue ella. Dina. Su pelo rojo, su voz, su forma de mirarme cuando cree que no la estoy viendo. Y fue como un puñetazo en el pecho. Porque me di cuenta de que, si me quedaba ahí, sin hablar con ella, sin decirle lo que siento… me iba a arrepentir el resto de mi vida. Así de simple.

—Eso es jodido —dice Viggo con calma, dejando el vaso sobre la mesa con un golpecito sordo—. Y también es claro. Te entiendo. El jodido clic.

Aksel, en cambio, me observa con los ojos entrecerrados.

—Creo que todos hemos vivido ese maldito clic —añade Aksel.

Medito sus palabras en silencio.

—Empieza desde el principio —dice Aksel, dejando el palillo sobre la servilleta con cara de ya está, *empieza el show*—. ¿Qué ha pasado exactamente? ¿Se ha liado con el del piso de arriba? ¿Te ha dejado en visto? ¿O te ha escrito con punto al final?

—Punto al final —asiento, con una sonrisa amarga—. Y no sabes lo que jode un punto.

Viggo silba, como quien reconoce la gravedad del asunto.

—Esa puntuación hiere más que un *ghosting* —dice.

—No es solo eso —añado—. Es que… creo que la he cagado. O peor, que no sé cómo dejar de cagarla.

Aksel se echa hacia atrás en la silla, como si necesitara más oxígeno para procesarlo todo.

—Vale. Defíneme «cagarla». En tu idioma. Porque si me estás hablando de enviar memes cuando tenías que haber mandado flores, eso no cuenta.

—No. Es más tipo… puede que me acostara con la mejor amiga de la chica que me gusta antes de saber que me gustaba, y ahora creo que me estoy enamorando de ella, pero me estoy volviendo loco porque puede que Nuri haya reconocido el antifaz y se lo cuente… Joder, suena peor en voz alta.

—¿PERDÓN? —Aksel pega un golpe seco en la mesa, atrayendo miradas—. ¿Te tiraste a su mejor amiga?

—¡Shhh! —le corta Viggo, empujando su vaso hacia el centro como si eso bajara el volumen—. No grites, estamos en un bar. Joder, Rubén, y eso que ibas de buenazo.

—¿Y cómo narices hemos llegado de «me clavó un punto final» a «el antifaz de su amiga apareció en mi cuarto»? —pregunta Aksel, aún flipando.

Me paso una mano por la cara. Trago saliva.

—Porque creo que Nuri… es la chica del antifaz. La de aquella noche. La del club.

—Hostia. —Aksel se deja caer hacia atrás como si acabaran de soltarle una bomba.

Viggo, en cambio, no dice nada al principio. Solo me observa con su cara de *sargento de la lógica*. Luego se cruza de brazos, frunce el ceño y suelta:

—Vale, vale. Para el carro. Vamos a centrarnos.

—¿En qué?

—En los hechos. Estás hilando cosas con nervios, no con datos. ¿En qué te basas para pensar que era Nuri? ¿Solo por el antifaz?

—No solo es eso. Es que cuando pasamos por mi cuarto, ella lo vio y dijo que era igual que uno suyo. Se quedó mirándolo raro, muy raro. Como si le trajera recuerdos. Y luego dijo que lo perdió en una fiesta… y se quedó con la mirada perdida…

—¿Y? —pregunta Viggo, apoyando los codos en la mesa con pose de inspector de policía—. ¿Cuánta gente tiene antifaces negros? ¿Cuántas fiestas se hacen en esta ciudad? ¿No crees que estás viendo fantasmas porque tienes la cabeza hecha un lío? Igual estás viendo señales donde solo hay casualidades.

—No es solo el antifaz —insisto—. Fue cómo lo dijo y cómo se quedó parada. Me rozó el brazo al salir y me dejó ahí plantado. Desde entonces… no sé. Todo se ha desmoronado. ¿Y si es ella?

—¿Y si no? —contraataca Viggo.

Aksel se lleva una mano al corazón y susurra:

—Esto no me lo esperaba. Venía preparado para todo, pero esto es mejor que cualquier serie. Y hace mucho que no me engancho a nada.

Viggo lo ignora.

—Escucha, Rubén. Vamos a hacer esto bien. Piensa en esa noche. Intenta recordar con claridad. ¿Algo más te llamó la atención? Que no fuera el antifaz. Voz, olor, detalles. Algo que puedas usar para confirmar o descartar que era ella.

Me quedo callado. Intento volver a esa noche. A la música. A la sensación de estar borracho de deseo y whisky. El sabor a tequila de sus labios. A esa piel que no dejaba de buscar la mía.

—Tenía los ojos verdes —murmuro—. No un verde cualquiera. Eran… joder, como fuego valyrio o algo así. Intensos. Hipnóticos. Me atraparon en cuanto me miró.

—Podrían ser lentillas —responde Viggo, con lógica de policía.

—Ya —asiento—. Lo pensé. Pero había algo en su mirada... no era solo el color. Era la forma en la que me miraba.

Aksel arruga la frente, exagerado.

—¿Te dijo su nombre? Aunque fuese inventado, puede que eso nos diga algo —añade.

—No. Se negó a decírmelo.

—¿Algo más? —insiste Viggo.

Cierro los ojos, concentrándome. Y entonces…

—Tenía una pequeña estela de pecas —murmuro, abriendo los ojos—. En el escote.

—¿En las tetas? —pregunta Aksel, sin filtro—. Pues solo te queda ir revisando escotes como un detective salido.

Viggo se inclina hacia mí.

—¿Y sabes si Nuri tiene esas pecas?

—No —respondo—. No lo sé. Pero si me acerco lo suficiente… podría averiguarlo.

—O podrías preguntárselo con sutileza —dice Viggo—. Aunque tú y la sutileza tenéis una relación complicada.

—Muy complicada —añade Aksel, sin piedad.

—Rubén, no esperes esta vez. Si te gusta de verdad, ve a por ella, no dejes que una confusión se interponga entre vosotros —dice Viggo con ese brillo en los ojos que solo da la experiencia.

—No querrás volver a quedarte en el banquillo mientras otro llega con su moto —remata Aksel, palmeándome la espalda.

Apoyo la cabeza en la mesa.

—Soy un puto desastre.

—Sí —dicen los dos a la vez.

Y, por alguna razón, me echo a reír.

CAPÍTULO 50



No voy a poder seguir conjeturando esta historia en mi cabeza si no aclaro la parte que más me está jodiendo: la verdad. Después de hablar con Aksel y Viggo, de todas las risas, las pullas, los «puede ser» y los «estás flipando», me he quedado solo con el eco de una duda que no me deja respirar. Es como tener un zumbido permanente en el oído, un «¿y si…?» dando vueltas por cada esquina de mi cerebro.

«¿Y si Nuri era la chica del antifaz? ¿Y si fue ella la que estuvo conmigo aquella noche? ¿Y si Dina ya lo sabe y solo está esperando a que yo lo admita?».

Lo peor de todo es que no quiero que sea cierto, aunque necesito saberlo. Porque hasta que no lo sepa, todo lo demás, lo que siento, lo que podría pasar con Dina, está en pausa.

Estoy frente a la puerta de casa, con el móvil en la mano, sintiendo cómo el pulso me martillea en las sienes. Y justo entonces suena. Vibra. En la pantalla parpadea el nombre de mi hermana.

—Dime, Sara, no tengo mucho tiempo.

—Vaya, perdone usted, señor ocupado. Solo quería comentarte una cosita. ¿Te acuerdas del día del supermercado?

Apoyo la frente contra la puerta mientras sujeto el móvil entre el hombro y la oreja. Frunzo el ceño. El estómago ya me va a su bola.

—Sí, pero… ¿es muy importante o puede esperar?

—Bueno… ¿Por qué? ¿Ha pasado algo? Dime que Dina y tú ya habéis dado el paso.

La punzada en el estómago me recuerda el beso. Y lo que vino después.

—Lo dimos. Pero…

—¿La has cagado? No puede ser. ¡Si lo tenías todo a tu favor!

—Lo voy a solucionar —respondo, más para mí que para ella—. No quiero perderla.

Escucho un gritito ahogado al otro lado, ese que suelta cada vez que está leyendo una novela romántica y llega el momento que lleva doscientas páginas esperando.

—¡Ese es mi hermano! Ya me contarás el resto. Lo otro puede esperar. Lo importante ahora es que hagas lo que tengas que hacer. Y luego me mandas informe detallado, ¿eh? Que ya hablaremos del epílogo.

—Lo tendrás, con anexos incluidos.

Suelto una risa breve antes de colgar. Y entonces la escucho, la puerta de enfrente se abre con ese sonido leve de siempre, pero hoy me suena a oportunidad. Me asomo por la mirilla, Dina sale del piso con una rebeca, camina rápido, con los auriculares puestos y la mirada al frente. Lleva el moño medio desecho, y, aun así, está preciosa. La punzada del estómago se intensifica. La sigo con los ojos mientras baja las escaleras, hasta que desaparece. Y sé que es ahora o nunca. El momento perfecto para hablar con Nuri.

Espero unos segundos de rigor, suspiro con fuerza. Giro el pomo, salgo al rellano y toco el timbre. La puerta se abre casi al instante.

—¡Hombre! —exclama Nuri, como si me estuviera esperando con palomitas—. Justo lo que necesitaba. Entra, anda, que pareces caído del cielo.

Parpadeo. No me esperaba tanta efusividad.

—¿Está Dina? —pregunto tanteando cuánto tiempo tengo.

—Ha salido a despejarse. Está bloqueadilla y necesitaba que le diera el aire. —Asoma la cabeza al rellano, como para asegurarse de que no hay testigos—. Más bien la he obligado a salir, por el bien de la historia.

—¿Puedo pasar? —pregunto bajando la mirada más de lo normal, o buscando la prueba que necesito para salir de este embrollo, aunque desvío la vista rápido.

—Eh…

Nuri me mira de arriba abajo, levantando una ceja con la precisión de una interrogación bien lanzada.

—No sé cuánto tardará Dina….

—Necesito hablar contigo.

—Vaaale…

Asiente y abre la puerta de par en par, como quien da paso al destino. Entro, cerrando tras de mí.

—¿Quieres algo? ¿Una infusión, un vermut, una terapia energética?

—Un vaso de agua estaría bien.

—Venga, te saco algo más interesante —dice, ignorando completamente mi petición y desapareciendo hacia la cocina con paso ligero.

Me quedo en el salón, observando todo lo que me rodea. Hay una vela encendida sobre la mesa, una taza abandonada a medio tomar, varias libretas con tachones furiosos y el portátil abierto.

«Así que estaba aquí. Por eso no la veía desde mi ventana. Ha estado escribiendo».

Y no puedo evitar sonreír, porque me encanta esa parte de ella. La pasional. La que se deja los dedos y el alma en cada párrafo. La

que se mete tanto en sus personajes que parece que viva más dentro de la historia que fuera de ella.

—No tardo mucho —me grita Nuri desde la cocina—. Dina está un poco… ya sabes. Cosas de escritores. Tú acomódate.

Me siento en el sofá. No es que quiera espiar, aunque el portátil está abierto y la pantalla encendida. Tengo muchísima curiosidad por conocer su historia, y más aún si ha incluido todo lo que hemos hablado. No debería mirar sin su permiso… pero mis ojos, traicioneros, se deslizan sobre la primera línea.

La música lo envolvía todo. El antifaz dorado, la piel caliente, sus manos recorriendo mi cuerpo como si me conociera desde siempre.

El corazón me da un vuelco. No puede ser. Trago saliva y sigo leyendo.

No hablamos. No hizo falta. Su boca encontró la mía, posesiva, salvaje. Y mientras el mundo dormía, él y yo éramos un incendio en silencio. Me dejé llevar porque, por primera vez, no sentí miedo. Sentí que estaba donde debía.

Me reclino en el sofá, buscando aire, espacio, algo que me ayude a procesar lo que estoy leyendo. La escena se enciende, sube de tono, y las descripciones tan vívidas me lanzan directo a esa noche. Todo encaja con una exactitud inquietante, tan real que parece experiencia y no ficción.

«¿Nuri le ha contado todo esto? ¿Entonces… lo sabe?».

Me llevo una mano al cuello, intentando aflojar la presión invisible que me aprieta el pecho. No consigo moverme ni pensar con claridad. Mis sospechas comienzan a ser cada vez más reales, esto lo confirma. Solo una frase me retumba sin cesar: Dina sabe la verdad. Necesito respuestas, pruebas o ver las jodidas pecas.

—Aquí viene el elixir de fuerza —exclama Nuri, entrando con dos copas en las manos.

En cuanto lo huelo, el sabor de aquella noche vuelve. Se me adhiere a los labios. Joder. No puede ser.

—¿Es tequila? —pregunto, con la voz más ronca de lo que esperaba.

—Obvio. Algo hay que tomar para… calentarse un poquito. —Sonríe con un brillo raro en los ojos—. Es mi bebida favorita.

Se detiene al verme tan pálido. Mira el portátil, luego a mí, y su expresión cambia.

—¿Lo has leído? —pregunta, entornando los ojos—. No sé si a Dina le hará gracia que hayas leído sin permiso. Es muy suya para sus escritos…

Da dos pasos hacia mí y deja las copas en la mesa. Yo intento mantener la mirada en su cara, lo intento de verdad. Pero mis ojos, traicioneros, se deslizan hacia su escote. Buscando pecas. Buscando respuestas, estupideces, lo que sea que me diga que no es la chica del antifaz y todo esto es una puta casualidad. Lo único que atisbo a ver es un sujetador de Hello Kitty con un lacito en el centro. Ella alza la vista justo a tiempo para pillarme con cara de niño atrapado con la mano en el tarro de galletas.

—¿Me estabas mirando las tetas? —dispara, sin filtros, como si me acabara de acusar de robarle el alma.

—No —digo, y ojalá mi voz no sonara tan culpable.

«Mierda. Yo no soy así».

Ella arquea una ceja, mezcla de burla e indulgencia.

—Relájate. No eres el primero ni el peor.

Se sienta a mi lado. Muy cerca.

—¿Qué te ha parecido? —repite Nuri, más bajito, como si estuviera a punto de compartir una verdad universal conmigo.

Trago saliva. La cabeza me da vueltas. No sé si esto es una conversación literaria o si me está lanzando una indirecta muy retorcida para que hablemos del tema. Pero el peso de lo que acabo de leer sigue martilleándome el pecho, y no puedo quedarme callado.

«¿Está intentando decirme algo? ¿Quiere hablarlo sin hablarlo?».

Me giro un poco hacia ella, y sin pensarlo demasiado, porque si lo pienso, no lo digo.

—¿Eras tú… la del antifaz?

Nuri parpadea. Dos veces. Y se me queda mirando como si acabara de preguntarle si cree en los unicornios.

—¿Perdón?

—La de la historia —aclaro, intentando mantener la calma mientras todo dentro de mí grita.

—¿Qué? —parpadea más rápido. Alarmada.

—El antifaz negro en mi casa, era tuyo —digo sin rodeos—. Dijiste que lo habías perdido en una fiesta. Y ahora leo esto… y habla de lo que pasó aquella noche. Las piezas encajan.

—*¿What?* —exclama, a medio camino entre el colapso y la risa incrédula.

—La fiesta del Velvet Nocturno. La chica con la que estuve. Necesito saberlo. ¿Eras tú?

El silencio que sigue se vuelve denso. Apenas dura unos segundos, pero suficientes para arrepentirme de haberlo dicho. Entonces Nuri abre los ojos de par en par, la boca se le desencaja y se pone de pie de golpe. Se aparta, con la velocidad de quien acaba de esquivar una explosión. Me señala con un dedo tembloroso, desde lejos, como si hubiera visto un fantasma.

«Es ella…».

—Nuri… —intento calmarla mientras me incorporo, pero no llego a dar un paso.

Porque en ese instante, se abre la puerta de la entrada y aparece Dina. Primero me llega su olor a primavera, ese que me da paz y vértigo a partes iguales. Entra en el salón con la vista fija en su teléfono. Lo deja sobre el aparador y se gira buscando algo entre los abrigos. El pecho se me aprieta con fuerza, como si alguien me hubiera cerrado una manguera desde dentro. No es miedo. Es culpa.

—Me he dejado mis pulseras —dice sin mirarnos—. Sabes que no puedo salir sin ellas. Siento que me van a echar un mal de ojo o que de repente me van a pasar mil cosas chungas.

Se quita los auriculares y los guarda en el bolsillo de la rebeca. Todavía no ha reparado en nosotros. Está concentrada en rebuscar en su bolso colgado del perchero. Las encuentra, se las pone, y entonces se gira. Alza la vista con una sonrisa que se borra de golpe cuando se cruza con mis ojos. Entra al salón con paso tranquilo, pero en cuanto nota la atmosfera, frunce ligeramente el ceño.

—Rubén —pronuncia mi nombre, como si le pesara, y eso, me jode más de lo que debería.

Nuri la mira, luego me mira a mí, y levanta las manos con un gesto tan evidente que parece sacado de una comedia romántica. Algo murmura por lo bajo, casi inaudible, aunque estoy seguro de que ha dicho *plot twist*.

—¿Qué está pasando? —pregunta Dina, dejando la rebeca sobre el respaldo de una silla.

Y es entonces cuando lo veo. Esos ojos verdes, las mejillas sonrojadas, la camiseta de tirantes, la curva suave de su clavícula… y justo ahí, sobre el escote, una estela de pecas.

«La misma, la maldita estela de pecas».

El corazón me da un triple salto mortal tan fuerte que tengo que aferrarme a los bolsillos del pantalón para no dar un paso atrás. Todo mi cuerpo entra en modo alerta, como si hubiera reconocido algo que mi cabeza aún se resiste a aceptar. Las piezas encajan con una lentitud dolorosa: el antifaz, sus ojos verdes, la voz entrecortada, la manera de moverse, el aroma a primavera, el sabor de su boca, el temblor en sus dedos... y esas jodidas pecas.

«Dina. Ella. La chica de aquella noche».

No puede ser, y, sin embargo, lo es. Es ella. Está aquí, siempre estuvo delante de mis narices y no lo supe ver. Por eso despertaba tanto en mí. Nuri me observa desde el otro lado de la habitación, con la boca desencajada y los ojos bien abiertos. Sé que lo ha visto

en mi cara. Lo ha entendido. Dina, en cambio, frunce el ceño al ver nuestras expresiones congeladas, la tensión que flota en el ambiente como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa.

—¿Por qué me miráis así?

Y yo no puedo responder. Porque ahora mismo todo lo que soy está ocupado procesando esta verdad que acaba de romperme los esquemas.

CAPÍTULO 51



Cuando entro en casa en busca de mis pulseras, lo último que espero es encontrarme a Rubén en mi piso. Y menos aún, congelado en mitad del salón con cara de «he visto un fantasma». A su lado, Nuri lo observa como si hubiera descubierto la trama final de una serie que llevaba años siguiendo en secreto.

Parpadeo. Una vez. Dos. El calor me sube a las mejillas en cuanto noto sus ojos clavados en los míos.

—¿Qué está pasando? —pregunto, dejando la rebeca sobre el respaldo de la silla. El aire fresco del salón me eriza los brazos, o tal vez sea la forma en la que Rubén me está mirando.

No responden. Ninguno de los dos lo hace. Solo… se miran. Luego me miran a mí. Luego vuelven a intercambiar miradas. Y yo me quedo ahí, de pie, sintiéndome como la última en enterarse del salseo de la semana.

Frunzo el ceño.

—¿He interrumpido algo?

Nuri pestañea, se pone en modo actriz de reparto que intenta improvisar.

—Nada. Solo hablábamos… de tu historia —dice, y señala el portátil, como si fuera lo más interesante del mundo.

—¿De mi historia? ¿Le has enseñado algo? —Mi tono no es acusador, pero se cuela una pizca de nervio que no esperaba. No porque me dé igual… sino porque me importa demasiado.

—Solo una parte —responde ella—. Lo que estabas escribiendo. La escena del club… esa que tienes tan bien narrada que parece casi real —entona con los ojos abiertos como un dibujito animado.

«¿Me está intentando decir algo?».

El estómago me da un pequeño vuelco. No por la escena en sí, sino por la forma en que lo dice, con un peso que no esperaba. Miro a Rubén que sigue sin hablar. Tiene los hombros en tensión, la mirada rara y el rostro demasiado serio para alguien que solo ha leído un par de páginas. En cambio, mi amiga está al borde del colapso expresivo. Mueve los ojos con tanta teatralidad que parece Marujita Díaz intentando mandar mensajes en código Morse.

—Vale —digo con calma, aunque por dentro me tiemblan hasta los párpados—. ¿Me podéis explicar por qué tengo la sensación de que me estoy perdiendo algo importante?

Nuri abre la boca, pero la cierra de inmediato. Rubén, directamente, ni lo intenta. Lo que sea que haya pasado antes de que yo entrara, lo ha descolocado. Lo sé por la forma en la que aprieta la mandíbula, por cómo evita mirarme y ese silencio denso que se ha instalado entre los tres.

Y entonces lo siento. Esa certeza que no necesita pruebas. Algo está pasando. Algo que tiene que ver conmigo, con lo que he escrito y con él. Y aunque no tengo las piezas, ya empiezo a notar el hueco donde deberían encajar. El silencio dura demasiado. Cuando estoy a punto de volver a preguntar, Nuri se mueve a la velocidad de la luz.

—Bueno… yo me tengo que ir —anuncia, como si recordara de pronto una cita impostergable con el destino.

Rubén y yo giramos la cabeza al mismo tiempo. Ella se dirige al perchero y empieza a rebuscar entre las chaquetas con la energía de quien busca una salida de emergencia.

—¿A dónde vas? —pregunto, sin disimular lo absurda que me parece la escena.

—Tengo… una cosa —responde, agitando las manos—. Superimportante, que hacer. Muy urgente. Cuestión de vida o muerte.

—¿Una cosa? —repito, arqueando una ceja.

—Sí. Ya sabes, una de esas cosas que no pueden esperar. Es más, ya voy tarde.

Mientras se coloca el abrigo encima, me doy cuenta de que lleva el pijama puesto debajo. Uno de los que tienen dibujitos y rodilleras rosas. Se está abrochando los botones con una seriedad sospechosa.

—¿Vas a salir con eso? —pregunto, incrédula.

—Claro —contesta, dándome la espalda—. Es un estilo… casual de barrio. Vintage doméstico.

—¿Y las zapatillas de peluche? —añado, señalándolas con la barbilla.

—Comodidad ante todo —replica con total desparpajo mientras se ajusta el gorro.

Rubén no dice nada. Solo la sigue con la mirada, como si aún no estuviera seguro de si está bromeando o si de verdad Nuri acaba de decidir marcharse para dejarnos solos en medio de toda esta tensión.

—No os matéis —dice al abrir la puerta—. O sí. Pero luego me lo contáis.

Y antes de que pueda decir nada más, la puerta se cierra tras ella. Dejándonos a solas. En un salón con demasiadas palabras pendientes y muy poca distancia entre los dos. El golpe seco del cierre aún flota en el aire cuando el silencio se instala entre nosotros. No es incómodo. Es peor. Es ese tipo de silencio que lo sabe todo, aunque se hace el tonto para no estorbar. Me quedo de pie unos segundos, sin saber si sentarme, preguntar o simplemente huir como hizo Nuri, pero sin el pijama puesto. Rubén sigue al lado

del sofá. Primero me mira fijamente, sin parpadear, con esa tensión que se siente más que se ve. Luego baja la vista al suelo, con las manos entrelazadas, parece que intente sujetarse a sí mismo para no desmoronarse.

«Y, aun así, está monísimo».

—¿Estás bien? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta. Porque lo conozco lo suficiente para saber que no lo está. No así.

Él asiente despacio, sin levantar los ojos.

—Solo… no sé por dónde empezar.

Ese «no sé» se me mete dentro como una astilla. Porque yo tampoco sé por dónde empezar. Porque desde hace días siento que entre nosotros hay un espacio nuevo, uno que no estaba antes y que ahora se interpone en todo. Un hueco lleno de cosas no dichas, de miradas que no llegan y de frases a medio camino. Doy un par de pasos, acortando la distancia que nos separa.

—Rubén… ¿Qué ha pasado?

Y ahí, por fin, levanta la mirada. Y lo que veo en sus ojos no es enfado, ni decepción. Es algo más desordenado. Duda. Culpa. Algo que no sé si tiene que ver conmigo o con otra cosa. Algo que no sé si quiero escuchar, pero que necesito entender.

—Leí lo que estabas escribiendo —empieza, con voz baja, como si cada palabra pesara más de lo que debería—. Y juro que intenté parar… pero no pude.

—¿Qué has leído? —pregunto, nerviosa, porque no le he hablado lo suficiente de lo que escribo.

—La escena del club. La fiesta.

Me tenso. No porque no quisiera que lo leyera, sino porque… lo hizo justo hoy. Después del beso, de la espera, de ese casi algo que ya nos aprieta por dentro. Y porque esa escena contiene mis pensamientos más tórridos.

—¿Y? —pregunto, conteniendo el aliento.

«Que no piense que soy una marrana. O al menos que piense que soy una marrana elegante».

—Y me recordó a algo.

El corazón me da un vuelco.

—¿El qué? —murmuro, y ni siquiera reconozco mi voz.

Coge la copa que hay en la mesa y le da un trago largo. La suelta y noto que le tiembla ligeramente la mano. Su nerviosismo me contagia.

—A una noche. A alguien que apareció… y que pensé que no volvería a ver —dice, y sus palabras se quedan suspendidas entre nosotros, sin saber bien dónde aterrizar.

Los latidos me martillean el esternón, uno tras otro, como si mi corazón también estuviera intentando entenderlo.

—No dijo su nombre —añade—. Ni yo dije el mío.

Trago saliva. Mi mente va a mil. Mi cuerpo también. Algo en mí ya lo sabe… pero necesita escucharlo. No puede ser o ¿sí?

—¿Qué me estás intentando decir?

Rubén lleva la mano al bolsillo trasero y saca el antifaz negro. Ese antifaz. El que me dejé en aquella habitación. El que me prestó Nuri. Lo sostiene frente a mí con una mezcla de temor, certeza… y algo más, que tiembla en su mirada. Solo una persona podría tenerlo y es con quien compartí esa habitación. Con quien fui ese personaje que ahora habita en mí.

«No puede ser».

Me llevo las manos a la boca, intentando procesar lo que me está confesando. Lo que eso significa. Lo que cambia.

—Eras tú —dice, sin rodeos—. Siempre has sido tú.

Hace una pausa. Sus ojos se clavan en los míos.

—Ahora entiendo por qué sentía que mi cuerpo te reconocía —confiesa. Y sus palabras… me envuelven.

«Porque yo también lo sentí. Con cada acercamiento. Con cada roce. Pero lo ignoré, creyendo que eran imaginaciones mías. Que mi cabeza me jugaba una mala pasada».

Me quedo inmóvil. No pestañeo. No respiro. Solo lo miro. Y de repente lo siento: el calor en las mejillas, el zumbido en los oídos, la piel erizándose como si recordara antes que yo. Mis muslos se tensan y algo visceral se agita dentro de mí, las piezas comienzan a encajar de golpe. Todo lo que sentí aquella noche cobra forma, voz y nombre.

«Rubén».

—Eso que he leído... somos nosotros. Aquella noche, el Velvet Nocturno, los antifaces… tus labios, y esos ojos que no he podido olvidar.

Niego con la cabeza, aunque el corazón ya lo sabe. Sus palabras confirman cada una de mis sospechas.

—¿Tamlin? —susurro, retrocediendo un paso, tambaleándome—. ¿El chico del antifaz dorado?

Él asiente con una sonrisa cálida, pero mi cuerpo no colabora. Siento las rodillas flojas, el pecho apretado, las manos temblorosas. Él no se mueve. Me da espacio. No aparta la mirada. Y eso es lo peor. Porque su mirada no duele. Su mirada… me abraza.

—Dina —su voz se rompe un poco, como si él también estuviera cruzando una línea de la que no hay vuelta atrás—, no te asustes. No cambia nada. O lo cambia todo, no lo sé.

Sus palabras me atraviesan. Me cortan el aire y me lo devuelven lleno de verdad. Intento responder, aunque solo me sale un susurro mal formado. Me llevo una mano al pecho, como si así pudiera sostenerme y contener el huracán que habita en mis costillas.

—Es surrealista… —murmuro, sin aliento—. Parece sacado de una novela.

—Lo sé, pero tú mejor que nadie sabes que a veces la realidad supera a la ficción —susurra despacio, con esa calma que no alivia, solo cala.

Siento la sangre subir a mis mejillas, caliente y traicionera. Y entonces los recuerdos… Todo lo que escribí. Cada frase. Cada escena. Cada latido disfrazado de personaje. Me golpea con fuerza, como si el papel se hubiera vuelto espejo.

—Esa noche me cambió —consigo decir, con la voz hecha un nudo —. Nunca había estado en un sitio así y todo me sobrepasó. No era yo, o quizá sí… solo sé que desde entonces se despertó una parte de mí que llevaba dormida. El antifaz me dio valor. Me soltó. Me permitió ser sin pensar. Y tú… tú me encendiste sin saberlo. Con una sola mirada, hiciste arder lo que llevaba congelado años.

Él da un paso. Solo uno. Lo justo para que su voz me alcance con más fuerza.

—No eras la única con antifaz —dice con suavidad—. Yo también escondía partes de mí. Aquella noche, tú ya me habías tocado antes de saber tu nombre. En el ascensor sentí algo. Pensé que estaba perdiendo la cabeza, y dudé incluso de todo lo que estábamos viviendo. Pero no. Siempre fuiste tú.

Siento los ojos llenos de lágrimas, pero esta vez no son de confusión. Son de certeza.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—En la cena empecé a sospechar. Cuando Nuri encontró el antifaz y dijo que tenía uno igual, que lo perdió en una fiesta.

—¿Y creíste que era ella?

—Creí muchas cosas, Dina —responde, llevándose la mano a la cara como si intentara quitarse el peso de semanas enteras—. Me estaba volviendo loco… porque me estaba enamorando de ti. Y no quería perderte por algo que pasó hace meses.

—¿Por eso te alejaste así? Pensé que te habías arrepentido. Que me habías besado sin quererlo… y ahora descubro que eras tú. Tú. El hombre que me inspiró a escribir. Que me empujó a soltarme. Que me encendió. Siempre fuiste tú.

Él niega despacio, con los ojos clavados en los míos. Da un paso más, solo uno, pero lo llena todo.

—Jamás podría arrepentirme de haberte besado. Por eso estoy aquí, Dina. Porque me importas. Ya te perdí una vez… y no pienso volver a hacerlo.

Y es justo ahí, en ese instante en el que todo se vuelve demasiado, cuando el suelo desaparece. Mis piernas ceden, pero no caigo. Porque Rubén está ahí. Me atrapa antes de que toque el suelo. Me abraza como si lo hubiera estado esperando toda la vida. Sosteniéndome con esa calma suya.

—Ahora que sé que soy el protagonista —susurra, bajito, con esa voz que me enreda—, quiero conocer el final de la historia. Y no hay mejor final que vivirlo contigo.

Toda mi piel se eriza con la caricia de sus palabras. Porque no es solo una historia. Es la nuestra. La he estado escribiendo sin saber que éramos nosotros.

—Y si no soy la heroína que esperabas… —murmuro, con la voz temblorosa, bajando la mirada solo un segundo—. Si no soy como la que tú creías…

Él alza una mano y me toca la barbilla, suave, firme, sujetándome con la seguridad de quien no piensa soltarme.

—Eres mucho más que eso —responde, sin dudar—. Eres real. Eres tú. Y eso es todo lo que necesito.

Y entonces, no hay más palabras. Solo respiración compartida, corazones encajando a trompicones.

Su aliento choca con el mío, caliente, acelerado y sus dedos tiemblan contra mi piel, como si el deseo también le costara contenerlo. Me mira, y ya no es la mirada de antes. Esta vez no hay dudas. No hay juego. Solo hambre. Mi respiración se entrecorta. Su frente toca la mía y nuestras narices se rozan apenas. Un susurro de cercanía que me eriza la piel.

—Dina… —susurra, como si mi nombre fuera un conjuro y nombrarme le confirmara que soy real—. Siempre fuiste tú.

Mis dedos trepan por su nuca, se hunden en su pelo desordenado. Lo acerco más. Lo necesito más cerca. Quiero que

borre el miedo, la espera, la incertidumbre. Que me arranque de un beso todo lo que callamos. Sus brazos me rodean con fuerza. Con ternura. Y entre su pecho y mis lágrimas, entiendo, por fin, que nunca fue ficción.

Su boca encuentra la mía sin aviso, pero con todo el deseo contenido que ya nos pedía salir. No hay urgencia, hay necesidad. Nos besamos reconociéndonos otra vez, pasado y presente se abrazan entre nuestros labios. Una de sus manos se enreda en mi pelo, la otra se ancla a mi cintura. Y yo me aferro a él como si fuera el sitio al que siempre quise volver.

Sin antifaces. Sin miedo. Solo nosotros.

CAPÍTULO 52



Su boca está sobre la mía y, de pronto, todo encaja. No hay vacío, ni duda, ni antifaz que interfiera. Solo el calor de su cuerpo, su lengua reclamándome con hambre contenida, su aliento mezclándose con el mío como si hubiéramos estado esperándonos toda la vida.

«Sin máscaras… Solo nosotros».

Me besa con una intensidad que me sacude desde dentro, como si el deseo hubiera estado hibernando en los rincones más dormidos de mi piel. Y ahora, por fin, despertara. Sus manos se aferran a mi cintura, a mi espalda, a cada fragmento de mí que ya no necesita defensa. Yo no huyo. No hay miedo. Solo esa necesidad de soltarme y hundirme en todo lo que es él. En su tacto, en su forma de sostenerme con la delicadeza de quien teme romper lo que más desea. Su boca que vuelve una y otra vez a la mía, ansiosa por memorizar cada milímetro antes de soltarse del todo.

Mis dedos se enredan en su camiseta, buscando su piel. Su calor. Ese refugio que llevo imaginando desde que lo vi en aquel ascensor, cuando no sabía que ya nos habíamos rozado de otra forma más visceral. Él jadea contra mi boca cuando mis uñas le arañan suavemente la espalda. Y su gemido me atraviesa, me enciende y me ancla al presente.

—Dina… —susurra, ronco, mi nombre.

—No te detengas —murmuro contra su cuello, con la voz rota de deseo—. Por favor.

Me alza, sin dejar de besarme, y yo rodeo su cintura con las piernas sintiendo su dureza encajando justo ahí. Dos piezas de un puzle que se encuentran por fin. Nos movemos por el salón a tientas, tropezando con la alfombra y riéndonos entre susurros y jadeos, hasta que me tumba en el sofá. No hay pausa, ni palabras que estorben. Solo su boca bajando por mi abdomen, sus dedos trazando caminos que ya conozco de memoria porque los he escrito una y otra vez. Pero nunca así. Nunca con *él*. Nunca con esta verdad ardiéndonos en la piel.

—Rubén… —jadeo.

Y entonces lo miro. Me detengo un segundo entre su respiración y la mía, entre mis manos en su cuello y su cuerpo sobre el mío. Ahora lo entiendo todo. Por qué me costaba escribir. Por qué su ausencia me dolía más de lo que quería admitir. Porque, aun sin conocer su nombre, su recuerdo seguía latiendo en cada página.

«Porque era él. Siempre fue él».

Su mirada se clava en la mía y no necesito más. No me pregunta si estoy segura, no duda. Solo se queda ahí, observándome como si acabara de encontrar algo que llevaba mucho tiempo buscando. Me acaricia la mejilla con el dorso de los dedos, y ese gesto, tan simple, me derrite.

—Estás temblando —murmura.

—Por dentro estoy ardiendo —respondo sin pensarlo.

Sonríe con suficiencia.

—Estoy dispuesto a quemarme. No temo al fuego.

Sus labios vuelven a encontrar los míos. El beso ya no es solo hambre, es promesa. Es todo lo que no dijimos, lo que callamos, lo que fingimos que no nos importaba. Me despoja de la camiseta como si cada centímetro de tela le estorbara para llegar a mí. Yo hago lo mismo con él, con manos que ya no tiemblan, solo buscan.

Cuando nuestros torsos se rozan, la piel chispea. Su calor me sube por la espina dorsal y me revienta en la nuca. Su boca baja por mi cuello, por el centro del pecho, y sus dedos tensan la lencería antes de apartarla, sin preguntar. Me deja expuesta y ardiendo de ganas. Sus labios envuelven uno de mis pezones con ternura, y lo lame con un gesto tan lento que me arranca un gemido más sucio que contenido. Mis caderas se elevan buscando más. Más roce. Más él. Sus manos bajan por mis costados y exploran con una lentitud perversa que me desespera.

—Joder, Dina… —Su voz suena ronca, cargada de deseo—. No sabes lo que me estás haciendo.

Sin dejar de mirarlo, me deshago de las zapatillas con un movimiento brusco, y luego del pantalón, hasta quedarme solo en braguitas. Siento su mirada recorrerme como una caricia, lenta y abrasadora.

—Sí, lo sé —respondo, llevándome su mano entre las piernas—. Porque tú también me lo estás haciendo a mí.

Sus dedos me tocan por encima de la ropa interior y mi cuerpo se estremece. Me acaricia con precisión, con una mezcla de adoración y lujuria que me hace perder la noción del tiempo. Todo mi cuerpo lo reconoce, lo extrañaba. Aparta la tela y me roza directamente, un gemido se me escapa, más alto de lo que pretendía. No hay marcha atrás. Me invade con un dedo primero, lento y firme. Luego un segundo, sin previo aviso, y mi espalda se arquea, buscando más. Su pulgar acaricia mi clítoris mientras me penetra con movimientos suaves pero decididos, y el aire se me queda atascado en la garganta.

—Estás tan mojada…

—Llevas días poniéndome así —le confieso, con la voz entrecortada—. Semanas. Y con cada escena que escribía, más me encendía.

No dice nada. Solo me observa, atento, devorándome con los ojos mientras sus dedos se hunden en mí con una cadencia que roza la

crueldad.

—Pensabas en mí cuando las escribías —dice, mirándome desde arriba como si supiera la respuesta.

—Siempre —confieso, sin vergüenza, temblando de deseo.

No hay torpeza, solo esa maldita precisión de quien ya conoce el camino. Cada embestida me rompe un poco más. Me acaricia por dentro como si su mano leyera un idioma oculto en mi cuerpo y cada movimiento, cada roce con la yema de sus dedos fuese una nota exacta en una partitura escrita solo para mí. No hay dudas. No hay margen. Solo deseo y él, conduciéndome al límite sin freno ni permiso.

—Eres una jodida diosa.

Juega con mi clítoris con malicia medida, lo presiona, lo tortura, me arranca el pensamiento a mordiscos. Me arqueo y jadeo su nombre. Mis caderas se alzan para buscarlo, para retener su mano ahí, justo ahí. El calor me sube como una ola violenta, lamiéndome desde dentro. Mis uñas se clavan en sus hombros, mis muslos lo aprietan cuando siento que me acerco al borde.

—No pares… —gimo contra su oído.

Se detiene, retirándome las braguitas, deslizándola por mis piernas. Se inclina sobre mí, me muerde suavemente el lóbulo y me susurra:

—Quiero estar dentro de ti cuando llegues. Quiero que sea conmigo. Sin antifaces.

Se incorpora solo lo justo y se deshace del pantalón con una urgencia medida, mientras yo lo ayudo con dedos temblorosos, torpes, ansiosos. Cuando su ropa cae al suelo y lo veo completamente desnudo frente a mí, el aire se me queda atrapado en la garganta.

Su erección se alza, gruesa y palpitante, firme como un juramento que por fin va a cumplirse. Me muerdo el labio al ver cómo me mira mientras la sostiene con una mano, casi con reverencia. Trago saliva. Lo he imaginado y lo he descrito con palabras que creí exageradas.

Pero ahora, con él ahí, real y a un suspiro de mí, me doy cuenta de que nada de lo que escribí se acerca a esto.

Él se acomoda entre mis piernas, apoyando una mano junto a mi cadera, la otra acariciando mi mejilla con una ternura que me quiebra un poco.

—¿Estás segura?

Ya no tengo dudas. Ya no hay filtros ni miedos ni líneas por cruzar.

—Hazlo —respondo sin dudar—. Llénname. Hazme tuya.

Él frena un segundo, con la frente apoyada en la mía.

—¿Tomas algo o…?

—Estoy con la píldora —respondo entre jadeos—. Tranquilo. No hay máscaras ni en eso.

Y lo hace. Entra en mí con lentitud, con cuidado, como si necesitara grabarse dentro. No aparta los ojos de los míos ni un segundo. Me adapta a él con movimientos pausados, profundos. Y, cuando gemimos al unísono, ambos sabemos que estamos perdidos. Rendidos a lo inevitable.

El primer empuje nos arranca el aliento. El segundo nos devuelve a ese lugar donde todo comenzó. Nuestros cuerpos se recuerdan, se buscan con una precisión que no debería ser posible. Me embiste con más fuerza, más hondo, y yo lo acompaño, lo guío, le muestro que no hay miedo. Solo deseo.

—Más fuerte —ronroneo.

—Joder —jadea sin apartar sus ojos de los míos.

El golpe de sus caderas contra las mías suena húmedo, profundo, urgente. El ritmo se acelera y cada embestida me arranca un gemido distinto. Mis piernas se enroscan a su cintura, como si pudiera fundirme en él. Mis uñas dibujan surcos en su espalda, marcando el camino del deseo. Su boca devora mi cuello, mi clavícula, mis pechos, dejando constelaciones ardientes sobre mi piel. Me posee con esa mezcla de entrega y posesión que solo sucede cuando no

hay vuelta atrás. Cuando ya no existe nada más allá del otro. Me abro. Me rindo. Lo recibo todo. Entra y sale con fuerza, firmeza, con una cadencia que se siente en los huesos. Su polla me llena por completo, reclamando un lugar que ya era suyo. Me empuja con intensidad, y yo lo siento, en cada rincón, en cada sacudida que me desgarra por dentro. Le clavo las uñas y lo aprisiono con las piernas, lo necesito más hondo, más salvaje. Rozando el dolor convertido en placer. Él lo sabe, lo siente y me sigue.

—Me vas a volver loco —gruñe con la voz rota.

Cada golpe nos acerca más al abismo. Y entonces, el calor se concentra en mi vientre, sube en una oleada eléctrica que me atraviesa. Todo mi cuerpo se estremece. Me arqueo. Siento el orgasmo arrancarse de mí como una explosión húmeda e incontrolable.

—Rubén —grito su nombre sin vergüenza, con la certeza feroz de estar marcándolo en mi piel.

Él jadea, sus caderas se sacuden, sus músculos se tensan, y con un gemido grave y desesperado, se deja ir. Lo siento temblar, hundirse, derramarse en mi centro como si ese fuera su hogar. Se desploma sobre mí, con la frente contra la mía, la respiración agitada, los labios todavía a medio camino entre un beso y otro.

No hay palabras. Solo un silencio que respira por los dos. Piel húmeda. Latidos desbocados. Y una mirada que lo dice todo: ya no hay antifaces.

CAPÍTULO 53



Abro los ojos despacio, como si el mundo pudiera romperse si parpadeo demasiado rápido. El temor está ahí, incrustado en las entrañas, pegajoso. Hace unos meses desperté con él a mi lado sin saber que era Rubén, y ahora… sé que siempre fue él. El protagonista de mi historia. El que despertaba ese deseo animal, visceral, que me desarmaba entre párrafos. El que me empujó, sin saberlo, en cada escena que escribí.

Y anoche te empujó de mil maneras…

Maldita vocecita interior. Qué poco tacto tiene, pero qué razón. Giro el rostro para encontrarlo. No está. La sábana arrugada a mi lado es la única prueba de que no fue un sueño. Una punzada se instala en el estómago, con la forma exacta de mis inseguridades. Es lo que me pasa siempre cuando cruzo esa línea: aparece el ejército de dudas, marchando al compás de los «y si». Sin embargo, esta vez siento una conexión que ni mis incertidumbres podrán quebrantar.

Me incorporo con el cabello revuelto y el corazón un poco también. El aroma a café recién hecho me acaricia la nariz y me arrastra fuera de la cama. Tomo la ropa que dejé en el respaldo de la silla y me la coloco, de reojo veo uno de mis *post-it* con una frase.

No me he ido. Solo estoy consiguiendo el desayuno que te mereces. No empieces sin mí.

Rubén, el protagonista de tu próximo best seller.

Sonrío como una boba. Porque esta vez no hay silencio, ni medias tintas. Solo una nota, y la certeza de que esta historia todavía está escribiéndose.

Salgo del dormitorio, la puerta del cuarto de Nuri está abierta, y la cama hecha. Camino por el pasillo y percibo unas agujetas que ayer no estaban. Sonrío recordándolo. Y cuando cruzo la puerta del salón, a quien me encuentro al otro lado… no es a Rubén.

—Buenos días —murmuro, intentando no parecer tan culpable como me siento.

Nuri se gira desde la cocina, taza en mano, ceja arqueada. Me mira de arriba abajo, y sé que ya lo ha visto todo. El *walk of shame*, versión confidencial.

—Veo que habéis hablado muy profundamente —dice con una sonrisa que podría patentar el sarcasmo—. Y que habéis necesitado ahondar bien en el asunto. Escarbar a fondo en todo eso que habéis vivido.

—Sí… hemos hablado —digo, intentando mantener la compostura.

—Ya. Me imagino que tendréis la lengua cansada de tanto charlar y las manos de tanto gesticular, ¿no?

—Nuri…

—Y seguro que también…

—Nuri, no sigas.

—… explorasteis el terreno. A conciencia. Con mapa, brújula y linterna frontal, por si había zonas oscuras que iluminar. Fijo que utilizó su manguera… —añade con una ceja alzada y una sonrisa que roza lo criminal.

—¿Puedes dejar de ser tan… marrana?

—¿Marrana yo? No, cariño. Yo solo soy una narradora visual con muchos recursos —contesta mientras se sirve más café como si no hubiera soltado semejante barbaridad—. Se te ve en la cara. Tienes la piel resplandeciente y las piernas flojas. A eso yo lo llamo buen… diálogo.

—Voy a fingir que no has dicho eso.

—Haz lo que quieras, pero no me niegues que ahora puedes escribir escenas *spicy* con material de primera. Esto ya no es documentación, es experiencia pura. Vamos, que, si antes eran relatos calientes, ahora puedes escribir pornografía romántica con firma y sello.

Me cubro la cara con las manos, deseando desaparecer.

—¿Quieres más café o un bozal?

—Quiero que me cuentes si gritaste su nombre, si viste fuegos artificiales.

—No pienso hablar de eso contigo.

—¿Por qué fue tan bueno que no hay palabras? ¿O porque todavía estás procesando que ese tal Tamlin que te ponía a cien era Rubén?

—¿Puedo morirme ya o es demasiado pronto?

—Nah, aún te queda mucho que disfrutar, escarbadora de emociones —dice, dándome una taza caliente y guiñándome un ojo —. Pero luego me cuentas. O me dejas leer el capítulo. O ambas cosas.

—No pienso dejarte leer nada.

—Entonces me lo invento. Soy muy buena escribiendo *fanfics* mentales. Y más si son un poco… marranos.

La miro con los ojos entornados, pero ni siquiera puedo enfadarme. Porque tiene razón. Porque anoche fue fuego. Y porque ahora mismo… todavía ardo.

—Por cierto —digo, levantando la vista de mi taza—, ¿dónde te metiste anoche?

—¿Quién? ¿Yo? —pregunta Nuri con fingida inocencia, llevándose la taza a los labios.

—Sí, tú. Desapareciste y ahora estás aquí, como si nada.

—Misterios de la vida —responde, encogiéndose de hombros con exageración—. A veces una necesita aire. Estaba… haciendo cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas importantes. Secretas. Muy personales. De alto nivel —dice con la boca muy llena de café, lo que le resta toda la credibilidad.

—Últimamente haces muchas cosas.

—Me gusta hacer cosas, soy una chica inquieta.

—Nuri… te largaste en pijama, no pudiste ir muy lejos.

—¡No me largué! Me ausenté estratégicamente. Fue todo muy… fluido.

—¿Fluido?

—Sí, fluido, como el lubricante emocional que necesitabais tú y Rubén —dice guiñándome un ojo.

—¡Por favor! —exclamo, mientras me cubro la cara con las manos.

—Tú lo preguntaste —canta—. Pero… estuve en un lugar seguro.

—¿Y vas a contarme cuál?

—Mmmm… no. Quizá más tarde. O en el epílogo de tus memorias. O cuando me traigas churros.

Me siento frente a ella sin apartar la mirada. Apoyo la taza con suavidad, sin perder ese tono inquisitivo. La observo fijamente, hasta que sus cejas empiezan a fruncirse con inquietud. Entro en sus ojos como si fueran un archivo oculto que necesito descifrar.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta, ladeando la cabeza, incómoda.

—Leyendo tu cara.

—Pues salte antes de que llegues al capítulo vergonzoso.

Antes de que pueda replicar, suena el timbre. Nuri se levanta como si no esperara nada, y cruza el salón con una energía que no puede disimular. Cuando abre la puerta, una corriente de aire fresco entra junto al olor a pan recién hecho y… algo más.

—¿Pan y… croquetas? —pregunto, frunciendo el ceño mientras Rubén entra con una bolsa en cada mano y esa media sonrisa que consigue que se me derrita el alma y se me queme la dignidad.

—Dijiste que si te quería conquistar tenía que ser con croquetas… —responde, cerrando la puerta con el pie.

Mi corazón da un salto que me sacude hasta los talones.

—¿Te has ido a por croquetas… por eso?

—Bueno, también faltaba pan para la mantequilla. Pero, sí. Las croquetas eran prioritarias. Esta vez quería el pack completo después de lo de anoche…

Nos sostenemos la mirada, y juro que puedo sentir su caricia sin tocarme. Nuri, desde el fondo, carraspea fuerte.

—Yo me retiro, tortolitos, me esperaré a la versión final del manuscrito para conocer el desenlace —anuncia subiendo las cejas repetidas veces, coge su taza y desaparece por el pasillo.

Rubén me tiende una de las bolsas.

—¿Desayunamos juntos?

—Solo si me das una croqueta antes de las nueve —digo, con una sonrisa tonta que no puedo controlar.

—Te doy dos. Y luego hablamos del segundo *round* —susurra, acercándose.

Se aparta un segundo como si hubiera recordado algo importante, rebusca en el bolsillo trasero de sus vaqueros y saca el móvil.

—¿Qué haces?

—Solo falta una cosa para que todo sea perfecto —responde, con esa sonrisa que me calma y me enloquece.

Sube el volumen al máximo y, segundos después, la música empieza a sonar. Reconozco los primeros acordes incluso antes de que ella cante.

«Taylor Swift».

Mi corazón se encoge, se expande y se eleva todo a la vez.

—No podía faltar… —murmura, sin soltar mi mirada—. Quiero enamorarte con todas las palabras.

Y justo cuando creo que no puede superarse, deja la bolsa sobre la mesa, me toma suavemente de la cintura y me atrae hacia él. Su frente se apoya en la mía, y comenzamos a balancearnos, sin pasos ensayados, solo nosotros y ese vaivén torpe que te nace cuando estás cómodo con esa persona. La canción de *You Are In Love* nos envuelve. Sus manos se anclan en mi cintura, aferrándome a este bonito presente, y ascienden hasta mi mejilla, quedándose ahí, calentándome la piel. Su aroma, ese que siempre reconocí sin saberlo, vuelve a mí, y yo solo quiero que este momento dure para siempre. Nunca imaginé que el amor pudiera ser esto. Tan sencillo. Tan cálido. Tan él.

—*You are in love, true love…* —susurra contra mi oído, con esa voz ronca que me da vértigo.

Yo no puedo decir nada. Solo dejo que mis manos se acomoden sobre su pecho, justo ahí donde late todo lo que antes callaba y ahora me está susurrando. Y me dejo llevar. No hacia un final, sino hacia el principio que siempre soñé y nunca me atreví a escribir. Me río, entre lágrimas y el aroma de las croquetas. Porque este hombre, este idiota maravilloso, acaba de marcarse la escena más romántica del puto universo.

Y sí.

Estoy oficialmente conquistada.

CAPÍTULO 54



Meses después…

El aviso sonaba a rutina «Gato en tejado». Tres palabras inocentes que no deberían complicarme la tarde. Pero claro, eso era antes de conocer a Manolito, el gato más cabrón de todo el barrio.

—Esto son cinco minutos, ¿eh? —dice Marcos mientras subimos al camión—. Lo bajamos, nos hacemos la foto con la abuela y te da tiempo de sobra para ir a esa cita...

—No es una cita —respondo, ajustándome el casco—. Es una presentación.

—Ajá —asiente con esa sonrisa de «te has enamorado y ni te has enterado»—. De una escritora.

Me hago el loco porque no quiero darle más munición. Mi vida ha sido un antes y un después desde que apareció Dina. Aquella noche me marcó, pero la que me enamoró poco a poco fue la escritora que huele a primavera. Ella, con su pasión, con su forma de analizar el mundo y de sentir. Con esa manera suya de transformar todo lo que toca. Es una mujer que deja huella. Por eso no pienso fallarle cuando más me necesita. Y aunque el día no ha salido como esperaba, nada ni nadie me va a frenar para llegar a mi destino.

«Quiero estar en primera fila, verla sonreír cuando todos la vean brillar».

Cuando llegamos, la señora está en pleno drama: manos al pecho, ojos vidriosos y tono de telenovela. Es de esas típicas abuelitas que te dan ternura mirarla, pero que por sus mascotas es capaz de sacarte un cuchillo de untar y convertirlo en arma blanca.

—¡Lleva tres días sin comer! ¡Suban rápido, por Dios!

El gato, mientras tanto, está en lo alto del tejado, relamiéndose y observándonos como si fuéramos sus sirvientes reales. Le hablo con suavidad y le tiendo la mano.

—Vamos, colega, baja. Nadie quiere hacerte daño.

Y el muy cabrón me responde saltando a la antena de televisión. Luego se esconde por detrás del muro, como si esto fuera una persecución de dibujos animados. Cincuenta y siete minutos después, sigo en el tejado, arañado, sudando y con Marcos partiéndose de risa abajo.

—¿Tú crees que se está riendo de ti? —me grita.

—Estoy seguro. Me conoce de otra vida y me odia desde entonces.

Consigo acorralarlo, lo agarro con cuidado y, por fin, lo tengo. El gato me mira con desprecio absoluto.

—Ya está, campeón. Todo el mundo contento.

Pero en cuanto piso el suelo… ¡zas! El demonio felino salta de mis brazos y se cuela dentro del camión de bomberos.

—¡No me jodas!

Corremos tras él, abrimos puertas, revisamos los compartimentos de material… nada. Hasta que Marcos asoma la cabeza por una rendija lateral.

—Rubén… se ha metido dentro del armario de herramientas hidráulicas.

—¿Del qué?

—Del hidráulico. Donde los gatos no deberían estar nunca.

—Me cago en todo.

Mientras busco una linterna y tanteo con la mano entre las mangueras, Manolito suelta un bufido que me pone los pelos de punta.

—Eh, tranquilo, campeón, que no te voy a sacar a mordiscos —murmuro.

Detrás, escucho a Marcos descojonarse.

—He traído su comida favorita —anuncia la señora que intenta ayudar a su manera.

—Marcos, puedes hacer algo si te apetece —ironizo.

Lo intentamos con la lata, moviendo el contenido para que rezume el olor y quiera venir, sin embargo, el jodido gato se hace de rogar. Lanza zarpazos a la mínima que intentamos alcanzarlo.

«Mierda».

Respiro hondo, miro el reloj: faltan quince minutos para la presentación de Dina. No me da la vida. Me paso la mano por la cara, sopesando varias ideas, y por más que lo pienso, solo me queda una.

—A la mierda.

—¿Cómo que a la mierda? —pregunta Marcos, aún riéndose.

—Que nos vamos. Con gato incluido.

—¿Cómo que se va? ¿Y mi Manolito? —pregunta la abuelita, que me amenaza con la mirada.

—¿Con el gato dentro del camión? —inquiere Marcos, incrédulo.

—Exacto. Que se agarre con las garras a lo que sea. Porque nos vamos.

—No se pueden ir con mi gato —suelta la señora, tirándome de la manga del traje—. Si se lo llevan, tendrán que llevarme también a mí.

Miro a la señora, luego al camión y bajo la vista un segundo.

—Suba usted también. Nos vamos todos.

Arranco, enciendo las luces y salgo pitando, con el rugido del motor y las sirenas abriéndome paso entre el tráfico.

—¿Y si se escapa? —pregunta en un susurro Marcos mientras se agarra al asiento.

—Reza porque eso no pase.

El reloj marca las seis y media cuando entro en la avenida principal, el camión rugiendo como una bestia roja y mi corazón latiendo al ritmo de la sirena. Solo espero que Dina entienda que llegar tarde con un gato a bordo cuenta como excusa válida.

CAPÍTULO 55



—Me va a dar un patatús —murmuro con la cabeza entre las piernas.

—Lo vas a hacer genial —me anima Nuri, dándome friegas en la espalda como si fuera a invocar la calma a base de frotis.

—Creo que voy a vomitar. Tengo mil ataques de ansiedad a la vez.

—¿Quieres un carajillo para paliar los nervios?

Levanto la cabeza casi en el acto y la miro tan seria que no me hacen falta palabras.

—Mira, al menos ha funcionado para que saques la cabeza de ahí, que parecías un avestruz —se carcajea, ofreciéndome una botella de agua.

—¿Y si me trabo? ¿Y si nadie se ríe? ¿Y si se ríen en el momento equivocado?

—Dina, cariño… —Nuri suspira—. Es una presentación, no una ejecución pública.

—Todavía —respondo entre dientes.

En ese momento, la puerta se abre y entra Clara, mi editora, con su energía de mujer que podría dirigir el FBI sin despeinarse. Hoy viene de punta en blanco, lista para lanzarme a los lobos con la elegancia de quien tira confeti al aire.

—¿Preparada? —pregunta, sonriendo con esa calma que solo tienen las personas que no van a subirse a hablar delante de cincuenta desconocidos.

—No —respondo sin rodeos.

—Perfecto —replica—. Así salen las mejores presentaciones.

Nuri me da un golpecito en la pierna.

—Venga, respira. Piensa que todo esto empezó con una idea loca, y mírate ahora. Tienes a gente viniendo solo para escucharte hablar de lo que has escrito.

—Sí, y seguramente mi madre estará en primera fila, sacando la libreta para anotar cuántos pecados voy a tener que confesar.

—Cariño, las madres son así. —Ríe Clara—. Te señalan con el dedo… y luego son las primeras en leerse este tipo de novela a las tantas de la madrugada.

Las tres nos reímos, aunque mi estómago no lo encuentra tan gracioso.

—La mía no lo creo… algo me dice que no va a venir.

—Pues siento decirte que está entre el público. Así que ponte derecha —confirma mi editora.

«Lo único que quiero es que Rubén esté ahí».

Me miro en el espejo una última vez. Llevo un vestido negro *midi*, sencillo pero elegante, con los hombros al descubierto y unos tacones que ya amenazan con ser mi perdición. El cabello suelto, las ondas hechas con más fe que técnica, y un brillo de labios que intenta hacerme parecer más segura de lo que me siento. Salimos de la pequeña sala que hay detrás del escenario y caminamos a paso ligero por el pasillo. Siento como si fuera camino a la horca. Nunca he llevado bien la sobreexposición, aunque en esta profesión es casi imposible de obviar.

Nuri me da un abrazo justo antes de separarse de mí.

—A por todas, mi autora favorita.

—Si me desmayo, que sea con dignidad —respondo, intentando sonar graciosa, pero la voz me sale un poco temblona.

Subo los peldaños hasta la mesa del escenario, y entonces lo veo.

«La portada».

Y, justo a su lado, un cartel tamaño real de mi protagonista masculino: un bombero de mandíbula cincelada, camiseta ajustada y manguera en mano. Literalmente. Una manguera.

«Madre mía».

—Pero ¿qué es esto? —susurro, con la sangre abandonándome el cuerpo.

—Marketing, cariño —responde Clara, con esa sonrisa satisfecha que mezcla orgullo y malicia editorial.

—¿Marketing o tortura pública?

—Ambas cosas. Mira qué fantasía de impresión, ¿has visto el brillo del agua?

—Sí, lo veo. También veo los abdominales en alta resolución.

Nuri se dobla de la risa.

—Tía, si Rubén aparece y ve eso, se muere.

—Si Rubén aparece, me muero yo —replico entre dientes.

Clara da unas palmaditas para ajustar el ambiente.

—Venga, mi amor, deja el drama. Este libro es fuego puro, así que... qué menos que un bombero a tamaño natural para recibir a los asistentes.

—Sí, claro, faltó que pusieras humo y una alarma de incendios —murmuro, mientras intento colocarme tras la mesa para tapar al musculitos de cartón.

El murmullo del público empieza a llenar la sala. E inevitablemente empiezo a buscarlo entre los asientos, aunque sé que todavía falta para que empiece todo.

—Dina, tranquila —dice Clara mientras ajusta el micrófono con expresión de diva satisfecha—. Recuerda que es tu momento.

—Eso intento.

—Y sonríe, cariño. Que te ha quedado un bombero de infarto.

—Perfecto. Justo lo que necesitaba para morir de ansiedad y calor al mismo tiempo.

«Venga, puedes hacerlo».

—Bienvenidos a todos a la presentación de *Escribiendo con Fuego* de Dina Bernard.

Aplausos varios entre el público, gente que no conozco y *flashes* que me dejan sin visión durante unos segundos obligándome a bajar la vista.

—Buenas tardes —empiezo, con una voz que suena mucho más pequeña de lo que me gustaría—. Gracias por venir.

El micrófono me devuelve mi propio eco, y durante unos segundos solo escucho el latido de mi corazón golpeándome el pecho. Respiro. Una vez. Dos. Y levanto la barbilla.

Ahí están, Sara, la hermana de Rubén, en una de las filas del centro, con una sonrisa que me anima a continuar. Armando, más atrás, saludándome con un gesto discreto. Y entonces los veo a ellos: mi familia. Mi madre, con las manos cruzadas sobre el bolso. Mi padre, serio, con ese gesto que no le abandona y que no sabes lo que piensa realmente. Y Soraya, mi hermana, con esa expresión entre evaluación y juicio que me atraviesa como un alfiler. Su mirada me encoge un poco. La de «esto no es un trabajo de verdad».

Por un instante vuelvo a sentirme pequeña, la misma de siempre, la que buscaba aprobación en cada esquina. Pero entonces Nuri, desde el lateral del escenario, me sonríe. Una sonrisa cómplice, de esas que dicen: «Ahora, brilla». Y lo hago.

—Bueno, Dina —dice Clara, mirando al público y luego a mí—, esta historia tiene algo especial, ¿verdad? Nació casi por accidente,

y, sin embargo, aquí estamos, con una sala llena. Cuéntanos… ¿recuerdas el momento exacto en que nació *esta* novela?

Empiezo a hablar de mi novela, de una idea absurda que cruzó mi mente y, sin darme cuenta, acabó encendiéndome. De cómo meterme en los entresijos de un personaje me obligó a deshacerme de disfraces, a dejar de esconderme incluso de mí misma, a alumbrar partes que llevaba años evitando mirar. Hablo de mujeres que se redescubren, de los miedos que se vencen entre párrafos y de cómo escribir me salvó cuando no sabía que necesitaba ser salvada.

Y a medida que avanzo, las palabras fluyen, el temblor en mis manos se apaga. La sala me escucha. Yo también empiezo a hacerlo. Me oigo distinta, más mía. Hasta que, de pronto, un sonido lejano interrumpe el momento. Una sirena. Primero tenue, luego más fuerte. Ruedo los ojos, pensando que el universo tiene un sentido del humor muy retorcido.

«Genial. O suena una alarma, o mi presentación es tan intensa que alguien ha decidido evacuar el edificio».

La puerta del fondo se abre y el murmullo se eleva, ondulante, al descubrir la figura de un bombero.

—¡Los bomberos! —exclama una señora.

—¿Fuego? —pregunta alguien.

—¿Hay fuego? —repiten varios, levantándose de sus asientos.

Me ajusto las gafas y es entonces cuando lo veo bien. El mundo se detiene solo para mí.

«Rubén».

Avanza por el pasillo vestido con el uniforme. Luce despeinado, con la chaqueta medio desabrochada y las manos llenas de arañazos, como si acabara de salir de un incendio solo para llegar hasta aquí. Toda la sala se gira hacia él, y durante unos segundos reina el silencio absoluto.

—¡No, no! —exclama, alzando las manos para tranquilizar a todos —. ¡Todo en orden! No hay fuego… solo… —titubea, mirando hacia mí— una presentación que me estaba quemando perderme.

Nuestras miradas se encuentran, y mi corazón no corre. Galopa.

—Está conmigo —aclaro, intentando sonreír.

Cien cabezas se giran hacia mí al mismo tiempo.

«Oh, Dina… acabamos de ponernos una diana en la cara».

—¿Está contigo? —susurra Clara entre dientes, sin borrar la sonrisa—. Qué calladito te lo tenías…

Me pongo roja en un segundo, lo noto. Siento un sudor frío recorrerme la espalda y una mezcla de ganas de reír y de salir corriendo. Rubén me mira, tranquilo, y me regala esa sonrisa suya, la que tiene el poder de apagar incendios… o de provocarlos. Y algo dentro de mí, ese temblor que no se iba, empieza a aflojar.

—Vaya... —murmura Clara con una sonrisa que podría vender biblias en el mismo infierno—. Este departamento de marketing es la bomba —anuncia, abriendo los brazos.

Las risas brotan entre el público. Rubén mira a su alrededor, desconcertado, mientras empiezan a aplaudir. Yo, por mi parte, no respiro hasta que sus ojos se cruzan con los míos. Y entonces sí: el oxígeno entra en mis pulmones. Por fin.

Detrás de él entra Marcos, y una abuelita que no reconozco, con un gato peludo entre los brazos, envuelto en una chaqueta de bomberos. Rubén les indica donde sentarse y él se queda de pie de brazos cruzados, marcando esos músculos que me vuelven loca. Está intentando pasar desapercibido entre un centenar de miradas, algo casi imposible porque llama muchísimo la atención. Entonces Clara, que no pierde una oportunidad ni aunque la vida dependa de ello, se adelanta con entusiasmo.

—¡Pero mírenlo! ¡Esto sí que es inspiración viva! —proclama al público, alzando las manos como si presentara a un actor invitado.

El gato maúlla un par de veces, y el sonido rebota por toda la sala. El auditorio estalla en aplausos y carcajadas.

—Ven, héroe —dice Clara, chasqueando los dedos con gesto teatral—. Siéntate con nosotras, que seguro que eres parte de la historia.

—Clara... —susurro.

—Shhh, esto es oro mediático, cariño.

Rubén avanza con paso torpe, rascándose la nuca.

—Yo solo venía a... bueno, traía... —empieza, pero Clara ya le está señalando la silla libre junto a mí.

—Perfecto, siéntate aquí. Inspiras confianza. Y, además, haces juego con la portada —dice con una sonrisa maliciosa.

Las risas llenan la sala. Yo me giro hacia él, sin saber si reír, llorar o fingir un desmayo para escapar de la situación.

—¿Qué haces así? —susurro, intentando no mover los labios.

—Ha sido por culpa del gato —responde.

—Ah… ahora entiendo lo de la abuelita y el minino. —Sonrío con la boca chica—. Lo hubiese comprendido si no hubieras podido venir…

—Te hice una promesa —responde interrumpiendo mi frase, con esa media sonrisa que me derrite la poca compostura que me queda—. No pensaba perdérmelo por nada.

Clara, que no pierde detalle, se inclina sobre el micrófono.

—Esto sí que es documentación de campo, señoras y señores —anuncia divertida—. La autora y su inspiración, en carne y hueso.

Más risas. Algunos aplausos. Y yo, entre la vergüenza y la emoción, siento la presión cálida de su mano buscando la mía por debajo de la mesa. Cuando nuestros dedos se entrelazan, el ruido se apaga, el murmullo se disuelve, y por primera vez en toda la tarde, siento que todo está exactamente donde tiene que estar.

La presentación termina entre aplausos y *flashes* de móviles. Alguna que otra *influencer* se acerca para hacerse unas fotos conmigo, mientras intento no llorar por la emoción de lo que estoy viviendo. Firmo ejemplares, comento momentos que les han llegado a personas que no conozco de nada, y cada vez que realizo un trazo en la primera hoja del libro, me cuesta creer que estas palabras sean mías.

—Gracias por venir —digo a una de las chicas, que se marcha con una sonrisa.

Cuando levanto la vista, la emoción me atraviesa de golpe. Allí está mi madre, con un ejemplar apretado contra el pecho y mi hermana Soraya del brazo. Y un poco más atrás, mi padre, firme, como si la silla en la que está sentado fuera una barricada entre nosotros. Apenas una mirada se cruza con la mía antes de que él la aparte. Aun así, me basta para notar cómo se le humedecen los ojos.

Mi madre avanza despacio, con esa elegancia temblorosa de quien lleva todo el amor del mundo contenido en las manos. No dice nada al principio, solo me observa. Y en esos segundos en que su mirada se posa en mí, veo reflejados los años de distancia, los silencios, los «esto no es un trabajo de verdad» convertidos en orgullo mudo.

—No sabía que eras tan grande, hija —susurra al fin, con una sonrisa que intenta ser firme, empujando el libro hacia mí—. Estoy orgullosa de ti.

Sus palabras me golpean el pecho con la fuerza de algo que llevaba demasiado tiempo esperando escuchar. Siento cómo todo lo que siempre contuve intenta salir: el miedo a decepcionarlos, la culpa por elegir otro camino, la necesidad de demostrar que escribir también puede construir. La tormenta se disipa, y el nudo que me atenazaba con cada escena que escribía se deshace, dejando espacio a una calma nueva, limpia, cálida. Y en mi interior brota un prado de flores.

—Gracias —murmuro, con la voz quebrada, mientras una lágrima se desliza por mi mejilla.

Contengo el temblor de la mano y firmo el libro con el corazón. El trazo queda marcado, sincero, y se lo devuelvo con una sonrisa que no me cabe en la cara. Mi madre lo toma con cuidado, como si fuera un regalo.

—Mi niña —murmura, sosteniéndome la mirada.

Soraya me aprieta la mano. No dice nada, no hace falta, pero en ese gesto hay una disculpa muda y un reconocimiento que pesa más que cualquier palabra. Es un «lo siento» y «te veo» al mismo tiempo. Y pienso que quizá nunca fue falta de amor, sino miedo. Miedo a no entenderme, a que eligiera un camino distinto, a no saber la manera de acompañarme sin salirse del guion que siempre funcionó en casa. Porque lo diferente, a veces, asusta. Y yo me salí del camino que esperaban para mí. Se queda a mi lado mientras mamá hojea el libro, con las manos temblorosas, y lee la dedicatoria con una sonrisa que se le escapa sin permiso. Pequeñita. Tímida. Casi temerosa de romper el momento.

En los ojos de Soraya puedo sentir ese abrazo que no se atreve a dar. Porque ella es así. Contenida. Orgullosa. De gestos más que de palabras. Esta vez, ese silencio suyo no duele. Esta vez… abraza. Y la quiero tal y como es. Nuestra familia tiene sus taras, sus grietas, sus silencios llenos de todo lo que nunca se dijo. Pero aun con todo… no la cambiaría por nada.

Luego, mi hermana suelta mi mano. El calor que deja en mi piel me basta para entenderlo todo. No hacía falta más: ni palabras, ni promesas, ni explicaciones. Solo que estuvieran.

CAPÍTULO 56



Me ha costado separarme de ella. Verla brillar de esa manera ha sido casi hipnótico. Cuando sonríe consigue iluminar toda la sala, y juro que, por un segundo, he sentido que no existía nada más. Ni las luces, ni la gente, ni siquiera el murmullo constante del público. Solo ella. Incluso con los ojos llorosos estaba preciosa. Porque no hay nada más jodidamente bonito que ver a alguien vibrar con lo que ama.

Escucharla hablar de su historia, esa que tantas noches me ha contado entre susurros, la misma que la desvelaba o que la dejaba dormida con el portátil sobre el pecho, me ha emocionado más de lo que pensaba. Recordaba cada duda que le asaltaba, cada «¿y si no gusta?», cada escena que me leía a medias, ruborizada, esperando mi reacción. Y ahora verla ahí, firme, segura, con la voz temblando solo al principio… joder. Orgullo no, lo siguiente.

No cambio por nada estos meses a su lado. Ni sus miedos, ni sus manías, ni sus silencios llenos de ideas. Porque cada vez que la miro, sé que es ella.

«Mi incendio favorito».

He venido a casa solo para cambiarme, aunque la excusa era la ropa. Abro el cajón de la cómoda y saco la cajita. Lleva días ahí, esperándome, como si supiera que este momento iba a llegar. La

guardo en el bolsillo interior de la chaqueta, asegurándome que no se note demasiado. Me miro en el espejo, me paso la mano por el pelo para colocar lo poco que queda de peinado… y mis ojos se desvían a la repisa. Allí está. El antifaz.

Negro, sencillo, pero con el poder de haber cambiado el curso de nuestra historia.

Me acerco, lo tomo entre los dedos, acaricio el borde con la yema como si aún guardara el calor de su piel. Y sonrío. Porque todo empezó con eso. Con un antifaz y un baile que no era un baile. Con una desconocida que me tocó el alma sin decir una palabra. Que me hizo arder sin saber su nombre.



El local está lleno, pero no abruma. Tiene ese punto acogedor, con luces cálidas, una barra de madera que parece testigo de todas las celebraciones del barrio, y una música suave que permite hablar sin tener que gritar. La presentación ha sido un éxito, aunque lo que de verdad me llena ahora es esta segunda parte: verla reír, con una copa en la mano y ese brillo en los ojos que no se apaga.

Ella está en el centro, rodeada de gente que la admira, pero sus ojos vuelven a mí de vez en cuando. Como si necesitara asegurarse de que sigo ahí. Y vaya si estoy.

—Se te cae la baba, voy a tener que pedir una fregona —suelta Sara, apoyándose en la barra, aunque sabe que aquello me toca el orgullo fraternal—. Vaya entrada triunfal la tuya en la presentación. Te juro que me faltó nada para aplaudir con las orejas. Solo quería que te subieras al escenario y la besaras como en las películas.

—No estamos en una de tus novelas románticas, ¿eh?

—No. Es mucho mejor. Es real —responde, y me golpea el hombro con esa sonrisa que no le veo desde hace años. Luego lanza una mirada fugaz, disimulada, que cruza el local como si llevara GPS a Marcos.

La pillo. Por supuesto que la pillo.

—Lo sé —digo, medio sonriendo.

Ella se gira y me clava los ojos con susto y ofensa entrelazados, la mirada exacta de quien siente que le has invadido el pensamiento.

—Sois muy descarados —aclaro, bebiendo un sorbo de mi cerveza.

—No sé de qué me hablas —contesta, girando la cabeza superinteresada en el gotelé de la pared.

—¿Tú crees que no te conozco? Vamos, Sara… si tienes el modo auditoría emocional activado. Estoy seguro de que ya le has hecho *checklist* mental: que si es estable emocionalmente, que si no tiene trauma no resuelto con su ex, que si recicla bien el plástico. Te veo venir. Estás tanteando si cumple los requisitos. Lo estás poniendo a prueba.

Ella frunce los labios, pero no me desmiente. Yo sigo.

—Solo te digo una cosa: no seas tan dura con él. Marcos es un buen tipo. De los que no se rinden fácil. Y tú te mereces eso. Mereces una historia que no esté en tu estantería. Una de esas que se viven con intensidad, real.

Sara se queda callada. Y eso, viniendo de ella, es raro. Entonces da un paso y me abraza. Fuerte, como si en vez de palabras, me envolviera con todo lo que no sabe decir.

—Joder, Rubén… —musita contra mi hombro, pero no lo termina.

Dejo el vaso en la barra y la rodeo con los brazos. Porque, aunque ningún tipo me parecerá suficiente para mi hermana, también sé que tiene que descubrirlo por sí misma. Que tiene derecho a equivocarse, a sentir, a volver a empezar. Como hice yo. Y si de

todos los que le rondan, hay uno que merece un hueco en sus páginas… ese es Marcos.

Se aparta con los ojos húmedos. Me mira un segundo.

—Gracias.

Y antes de que pueda decirle nada más, se gira con gesto práctico, se arregla la chaqueta, sonríe… y se pierde entre la gente. Sé perfectamente hacia dónde va.

—¡Rubén! —me grita Nuri justo antes de abalanzarse sobre mí y atraparme en un abrazo que debería venir con instrucciones de seguridad—. ¡Eres mi héroe favorito! Qué pedazo de entrada te marcaste en la presentación. ¿Quién te crees que eres, un personaje de *booktok* hecho realidad?

—No me lo podía perder —respondo, mientras me estruja intentando fundirme con sus emociones.

Ella aprieta más, achicando el oxígeno que queda entre nosotros, y entonces me susurra al oído, con esa voz suya que siempre va cargada de segundas intenciones:

—¿Se lo vas a dar?

Antes de que pueda responder, veo a Armando acercarse con cero disimulo, cerveza en mano y la mirada fija en ella. En Nuri. Y el resto del local se hubiera difuminado en el fondo. No sé qué pasó entre ellos, pero desde hace meses están más raros de lo habitual. Y eso ya es decir. Porque Nuri es *rara*, ese es su estado natural, aunque lo de Armando... él está más serio, más contenido. Lleva algo dentro, algo que pide salida y no se atreve a mostrar. Ninguno quiere hablar del tema. Ni mirarse demasiado rato. Solo sé que aquella noche no fuimos los únicos que cruzamos una línea.

Nuri se separa de golpe al notar que no le respondo. Me mira de reojo, como quien sospecha que su confidente favorito está a punto de traicionarla con secretos.

—Vaya... —murmura, entornando los ojos—. Te me estás volviendo misterioso, Rubén. ¿Desde cuándo te guardas respuestas?

No digo nada. Solo alzo una ceja y dejo que mis ojos se deslicen por encima de su hombro. Ella los sigue. Y en cuanto lo ve, su gesto se transforma. Se queda rígida, alerta.

—¿Podemos hablar, Nuria? —pregunta él con una voz baja, demasiado controlada. Y eso solo confirma que viene con intenciones serias… o suicidas.

Ella se da la vuelta muy despacio, y el movimiento parece costarle una vida extra. Apoya las manos en las caderas y lo fulmina con la mirada.

—No. No tenemos nada que hablar, *Armando* —remarca su nombre, convertido en una amenaza en sí misma.

El ambiente se tensa al instante, un cielo a punto de romperse antes de la tormenta. Tensión. Electricidad. Orgullo. Y algo más que ninguno de los dos está listo para nombrar.

—Solo será un minuto —insiste él, dando un paso hacia ella.

—¿Un minuto? —se carcajea, pero la risa no le llega a los ojos—. ¿Sabes? Me gustabas mucho más cuando no hablábamos —suelta, afilada, dejando a Armando sin palabras.

Y justo entonces, con un *timing* tan preciso que parece del mismísimo universo, aparece Dina. Corta la tensión entre ellos, se cuela en medio de ese duelo silencioso y los desarma. Mira a uno, luego al otro… y al final, a mí.

—¿Qué pasa aquí?

—Nada —responden los dos al unísono, sin un segundo de desfase.

—Pues para no pasar nada, estáis más tensos que una cuerda de contrabajo…

Nuri le da un trago largo a su copa, como si el alcohol pudiera empujarle las palabras que no quiere soltar. Luego rodea a su amiga con un brazo y le susurra algo al oído. Mi vena cotilla, esa que no ha dejado de crecer desde que me mudé enfrente, grita internamente por saber qué. Dina sonríe. De esas sonrisas que no sabes si son

traviesas o peligrosas. Se separan, y Nuri, sin mirar atrás, le agarra la muñeca a Armando y lo arrastra con ella entre la gente, como quien se lleva una tormenta de paseo.

—Necesitan tiempo… —responde ella, leyendo mis pensamientos.

—¿Tú sabes qué ha pasado entre ellos? —inquiero, divertido.

—Sé leer entre líneas —dice, aún mirando hacia ellos, y luego sus ojos vuelven a mí—. Se me da bien identificar el cliché.

—¿Y este es…?

—Un *enemies to lovers.* De manual.

Hace una pausa y, sin quitarme la vista de encima, entorna los ojos.

—Pero dejando de lado a estos dos… Me han dicho que tienes un regalito para mí —ronronea, caminando hacia mí con esa media sonrisa que debería estar prohibida en lugares públicos.

—Puede ser… —respondo, llevándome una mano al interior de la chaqueta.

La veo fruncir el ceño al instante. Sus ojos se clavan en mis dedos cuando saco la pequeña cajita de terciopelo rojo. La observa con atención, y noto cómo se tensa ligeramente. Tragando saliva. Su mente ya está haciendo una película por su cuenta.

—Rubén… —empieza a decir con los ojos muy abiertos.

—Tranquila —respondo, sonriendo—. No voy a hincar la rodilla. Todavía no.

Parpadea. Como si volviera en sí de golpe. Se lleva la mano al pecho, entre aliviada y avergonzada, y suelta una carcajada nerviosa.

—Madre mía… Me has quitado tres años de vida —susurra.

—Ya los recuperarás esta noche —respondo bajito, y sus mejillas se tiñen de rojo.

—Que conste que me encantaría saltarme los capítulos y llegar al final… pero… —murmura atropelladamente.

—Dina…

Le tiendo la cajita. La abre con cuidado, como si esperara que algo saliera volando… y se queda quieta. Muy quieta. Dentro, sobre un fondo de terciopelo negro, hay un colgante con forma de corazón tallado en piedra roja, brillante, con vetas que parecen llamas atrapadas. Lo sostiene entre los dedos con delicadeza, temiendo que se quiebre con el tacto.

—Es… precioso —murmura, sin apartar la vista de la piedra.

—Quería regalarte algo que, cada vez que lo mires, te recuerde a tu novela… y a nosotros. Una historia escrita con fuego. Un corazón que late entre las llamas.

Alza los ojos. Y lo que encuentro en ellos me enciende por dentro. Ella se queda en silencio unos segundos, intentando absorber cada palabra. Luego me tiende la cajita con delicadeza, entregándola con el cuidado de quien pasa algo valioso y teme que pueda romperse.

—¿Me lo pones?

Asiento. Ella se gira lento, recogiendo el cabello hacia un lado, dejando su nuca al descubierto. Mis manos, traidoras, tiemblan mientras abro el colgante y se lo coloco despacio, dejando que el corazón rojo repose justo sobre su pecho.

Me acerco un poco más. Inhalo su olor, ese aroma a primavera que siempre me desarma, que se cuela por mis costillas y se instala en todos mis inviernos. Cierro los ojos por un instante. Y entonces Dina se da la vuelta y me besa. No es un beso cualquiera. Es un «te veo». Es un «gracias por quedarte». Es un «ya no me escondo más». Me besa con una urgencia dulce, de esas que no necesitan permiso, que solo suceden cuando el amor deja de ser duda y se convierte en certeza. Cuando sus labios se separan de los míos, ya no queda nada por decir. Porque lo sabemos.

Porque ya no hay antifaces. Porque esta historia no se apaga aquí. Porque ahora empieza todo lo demás.

Fin

EPÍLOGO



Tiempo después…

—¿Es buena idea que sostengas a un bebé vestida de novia…? ¿Y si te pota? —pregunta Nuri desde detrás de la cámara del móvil.

—Estoy cogiendo en brazos a mi preciosa sobrinita. Eso siempre es buena idea —aclaro, acunándola contra mi pecho.

Es preciosa. Y no solo porque tenga el pelo rojo como su tita, que también. Es que no he visto bebé más bonita en mi vida.

—Te queda muy bien —añade Nuri, con ese tonito suyo que parece que siempre sabe más de lo que dice.

Un escalofrío me recorre la espalda. Busco a Soraya con la mirada, que viene rápido a mi rescate, y le entrego a Luz con muchísimo cuidado.

—¿Estás bien? —me pregunta mi hermana en un susurro, con esa preocupación silenciosa que solo le sale en contadas ocasiones.

—Sí, sí —miento sin talento, desviando la vista hacia cualquier cosa que no sea el carrito, el bebé o mis propios pensamientos.

—Fijo que ya te has imaginado siendo mamá —suelta Nuri.

La fulmino con la mirada, porque la muy jodida ha acertado.

—Los proyectos de uno en uno —aclaro, aunque me falta el aire.

Porque sí, lo he visto. Ha sido un instante, un fogonazo apenas, pero suficiente para imaginarme con un bebé de mirada azulada entre los brazos, a Rubén cerca, sonriendo y no cupiera más vida en esa escena. Un futuro que se siente demasiado grande para esta habitación, demasiado concreto para este vestido blanco que aún no he terminado de asimilar. Y aunque la imagen no me ha disgustado, me ha pillado por sorpresa, como si alguien hubiera adelantado los capítulos sin avisarme. No estoy preparada para pensar tan lejos. Y mucho menos hoy.

—¿Estás llamando «proyecto» a tener un bebé? —Ríe mi amiga—. ¿Como si fuera el borrador de una novela?

Mi respiración se encoge de golpe, no por la risa, sino por la oleada de vértigo que me sube por el pecho. El aire se me escapa por alguna rendija que no logro encontrar. Me sudan las manos, el estómago se revuelve, y la habitación empieza a parecerme más estrecha de lo que es. Ni siquiera estoy subida al altar y ya siento que algo dentro de mí quiere salir corriendo a toda velocidad.

—Puede… no sé… ¡Ay! Me va a dar un ataque de ansiedad —confieso, llevándome una mano al pecho.

Veo de reojo cómo Soraya deja a Luz en el carrito y acorta la distancia hasta mí. Me ofrece un vaso de agua con una calma que envidio.

—Bebe despacio —susurra—. Y ahora respira.

Soraya me acaricia el brazo con el dorso de los dedos, como hacía mamá cuando creía que no la veía. Es raro. Ella no es de gestos así. Normalmente su manera de demostrar cariño consiste en criticar mi peinado o preguntarme si pienso vivir del aire. Pero desde hace algún tiempo todo ha cambiado, y todavía me cuesta acostumbrarme. Esa distancia que siempre existió entre nosotras se ha ido encogiendo, deshaciéndose a base de pequeños gestos que, casi sin darnos cuenta, han levantado un puente nuevo. Y con el nacimiento de Luz, ese puente se volvió sólido, firme, necesario. Siete meses desde que llegó a nuestras vidas trayendo, literalmente, la luz que todos necesitábamos en la familia.

—No te asustes por sentir —me dice.

—Es que... me siento muy pequeña —confieso, con la voz hecha un ovillo.

—Pero has crecido. Y yo te he visto. Aunque a veces me costara entenderte.

La miro a los ojos, y no hay juicio en su rostro. Solo... orgullo. Tímido. Torpe. Real.

—Nunca me imaginé que estarías aquí, el día de mi boda, sujetándome mientras me deshago —susurro.

—Pues mírame. Aquí estoy y no pienso dejar que te derrumbes justo cuando estás a punto de vivir algo tan bonito. Ni que te escapes por la ventana, que ya te conozco.

Me río con lágrimas tímidas que no se atreven a salir. Ella me abraza, apretando más de lo habitual. Y yo me dejo caer en sus brazos como cuando tenía diez años y me escondía en su cama tras una pesadilla.

—No quiero que sea perfecto, solo quiero que me salga bien.

—Y te va a salir. Porque es tuyo. Y porque lo mereces, y porque no conozco a nadie más perseverante que tú, siempre consigues lo que te propones.

—Vale, pues ahora... ¡agárrense que viene el momentazo! —interviene Nuri, móvil en mano y lágrimas mal disimuladas—. Esto lo voy a poner en el álbum de «la novia llorona más bonita de la historia». ¡Sonrían!

La miramos. Ambas. Soraya con una ceja levantada. Yo con la nariz enrojecida y el rímel tambaleándose.

—Nuri, ni se te ocurra… —empiezo a decir, pero ya es tarde. Flash.

—Demasiado tarde, *drama queen* —canturrea—. Pero que conste que también lloro. Lo que pasa es que me maquillé con *spray* fijador nivel apocalipsis.

Dejo escapar una risa entre mocos y Soraya también.

—Venga, hacedme hueco. Esto no se puede acabar sin un abrazo colectivo de tita, novia colapsando y madrina. ¡Aquí se llora y se abraza!

Nos quedamos así, las tres entrelazadas en un abrazo apretado, temblando un poco, riendo entre lágrimas y compartiendo el mismo aire como si pudiéramos contener el mundo ahí dentro. No es un gesto que disipe el miedo, pero lo sostiene, lo acompaña y lo hace más llevadero. Y en este instante, con eso es suficiente. Cuando me sueltan ya añoro su calor, ambas me miran y sonríen. Mi hermana agarra el carrito y me guiña un ojo al salir.

—Te espero fuera, Dina —anuncia Nuri, y justo antes de cerrar la puerta, asoma de nuevo la cabeza con una sonrisa traviesa. Está preciosa, le ha crecido el pelo y lo lleva recogido en un moño sencillo pero elegante, muy de ella, como si acabara de salir de una editorial de moda con alma de punk—. Ni se te ocurra ponerte unas Converse y salir por la ventana. No te marques un *Novia a la fuga*, que no he traído el coche para perseguirte —me lanza la amenaza con el dedo en alto y se marcha, dejando tras de sí el eco de sus pasos y su risa.

Cuando por fin me quedo sola en la sala, el silencio me golpea con fuerza. Camino hacia el espejo y me detengo frente a mi reflejo. Respiro hondo. El vestido que elegí entre todos, porque lo sentí especial, como si me hablara a través del tul, parece cosido por elfos de *Rivendell*. De esos que saben exactamente lo que necesitas sin que tengas que pedirlo. Es de corte romántico, con escote en pico, mangas delicadas de encaje y una caída que acaricia el suelo en un movimiento que roza lo etéreo. Un cinturón fino marca mi cintura, y unos hilos de pedrería discreta atrapan la luz sin robarle protagonismo a lo importante.

«Estoy a punto de empezar otra historia, y esta vez no tengo prisa por descubrir el final».

Me aparto un mechón que se ha escapado del peinado. El resto del cabello cae por delante en ondas suaves, un fuego domesticado. Me veo distinta, pero me reconozco. Tomo aire. Uno que me limpia por dentro. Y salgo. Paso a paso. Como si cada uno me llevara más

cerca de una vida que, sinceramente, todavía no termino de creerme del todo.

Hace nada estaba con mi inseparable rebeca, escribiendo escenas subidas de tono con un peluche de Jesucristo que respiraba y nos tenía acojonadas, mientras el miedo me calaba hasta los huesos por no sentirme suficiente. Y ahora, con dos novelas más publicadas, sí, siguen siendo marranas, porque se me da bien y a mis lectoras les encanta, me dirijo al altar cruzando este pasillo, con tacones, un vestido de novia y la certeza de que Rubén, el bombero que me encendió la piel y me apagó las excusas, me espera al otro lado.

En los bancos, reconozco caras. Mi editora llora abiertamente. Sara me lanza un guiño desde su asiento, y Armando está al fondo, más serio que de costumbre. Mis padres me miran con un brillo en la mirada que me desarma. Uno nuevo. Uno que me llena de vida, de aceptación, de esa sensación rara y cálida de haber llegado por fin a un lugar seguro.

Y en el lateral derecho, como una fantasía de calendario de pared, está sentado medio cuerpo de bomberos. Uniformados, arreglados, bien peinados y con esa pose de «estamos aquí pero no nos gusta llamar la atención». Las solteras de la sala, por supuesto, han girado el cuello más de lo que es médicamente recomendable.

Al final del pasillo, me esperan. Morales, nuestro padrino, casi un padre para Rubén, que lo ha acompañado sin hacer ruido durante todo este tiempo. Se lleva una mano al pecho y me lanza una sonrisa de esas que solo regala en momentos muy concretos. En el otro extremo está mi Nuri. Guapísima. Madrina brillante en todos los sentidos Me guiña un ojo, con lágrimas brillando en los suyos y el móvil oculto tras el ramo como si pudiera disimular sus intenciones. Sé que está grabando, y que en cuanto pueda me etiquetará con algún *hashtag* ridículo. Sin embargo, no me importa. Es ella. Siempre ha sido ella, sujetándome cuando parecía que me iba a romper.

Mi corazón se está marcando una clase de zumba en modo coreografía final de película. No quiero llorar, no otra vez. Pero

tampoco puedo evitar que la mirada se me nuble cuando nuestros ojos se encuentran.

«Rubén».

—Estás preciosa. —Leo en sus labios.

Y el mundo entero se silencia. Solo nosotros, su mirada, su calma. Camino hasta él, y cuando me coloco a su lado, él me toma de la mano, sin apretar, solo el contacto justo para recordarme que estoy aquí, que lo conseguimos, que estamos a punto de empezar la parte más real de esta historia.



No sé cuántos abrazos he dado ni cuántas lágrimas he amenazado con que no salgan para no estropear el maquillaje. Solo sé que tengo el corazón a rebosar de tanto cariño. Sin querer, busco a Nuri entre los invitados… y ahí está, junto a la barra, gesticulando de manera exagerada mientras habla con Armando. Él la mira como si no entendiera la mitad de lo que dice, pero no aparta los ojos de ella ni un segundo.

«Lo que yo dije: un *enemies to lovers* de manual».

El tira y afloja que llevan los va a volver locos. Y a mí, feliz. Porque me están regalando un millón de ideas. Cosas de escritoras: todo lo que ocurre a mi alrededor puede acabar en una novela.

—Cuídame mucho a mi niño, y ya sabéis… —me dice mi suegra arrancándome de mis cavilaciones. Nos mira a ambos con esa sonrisa de madre orgullosa—. Quiero ser abuela pronto —comenta, como quien no quiere la cosa.

Rubén aprieta mi mano antes de que me empiecen a bailar imágenes de bebés en la cabeza.

—Mamá, ¿ya estás metiéndole presión? ¿Qué te dije? —Acude Sara a nuestro rescate. Creo que lo de llegar en el momento justo viene de familia: lo de Rubén no era casualidad.

—Solo les recuerdo que tengo muchas ganas de ver un nietecito correteando por casa, ya está… —Se gira hacia su hija—. Aunque ahora que lo pienso… ¿para cuándo me harás abuela tú? ¿Dónde está Marcos? —Ladea la cabeza buscándolo entre la gente, como si tuviera una lista y estuviera tachando casillas.

Sara se queda más pálida que mi vestido.

—Creo que necesito muchísimo alcohol para enfrentarme a esta conversación… —murmura mientras se aleja a paso rápido, seguida por su madre, que continúa hablando.

En ese momento se acerca Viggo, el amigo de Rubén. Hemos coincidido un par de veces en su piso y siempre decíamos de hacer una cena los cuatro, pero todavía no he tenido el placer de conocer a su novia. De la que ha hablado tanto que casi siento que ya la conozco… o que forma parte de un *plot twist.*

—Enhorabuena, pareja —dice mientras abraza a Rubén y le da un par de palmadas en la espalda. Luego se gira hacia mí y me da dos besos—. Por fin te la puedo presentar. Ha estado muy ocupada últimamente con su nueva agencia de publicidad. Es una mujer de negocios —anuncia, orgulloso—. Tina.

A su lado aparece una mujer de cabello largo, oscuro y ondulado. Tiene una sonrisa de esas que contagian. Bonita. Sincera.

—Ella es Dina —dice Rubén.

Tina se me abalanza con un abrazo inesperado, tan cálido que no puedo, ni quiero, rechazarlo.

—Joder, Dina… Tina… ¿Qué me estás intentando decir? Rubén… —bromea Viggo.

—Que estamos condenados a rimar —responde entre risas.

—Tenía muchísimas ganas de conocerte, pero es que no coincidíamos… Me he comprado tus novelas y me las tienes que

firmar, porque me he hecho superfan de tus historias —relata casi sin respirar.

Ambas nos miramos unos segundos, con esa chispa de reconocimiento que no necesita palabras, y entonces se inclina hacia mi oído.

—Agustina —me susurra, guiñándome un ojo.

Sonrío con complicidad. He encontrado, sin buscarlo, a una nueva amiga que carga la misma maldición, o bendición, según se mire, de un nombre que sentimos que no nos corresponde. Una verdad pequeña que solo revelamos a unos pocos afortunados.

—Bernardina —le confieso en voz baja, antes de brindarle mi sonrisa más honesta.

Antes de que pueda respirar este momento, Rubén se aclara la garganta y alza la copa. Todos los presentes se giran hacia nosotros.

—Voy a ser breve, lo prometo —empieza, con esa media sonrisa que ya es mi hogar—. Solo quiero brindar por esta mujer que empezó escribiendo una historia que, sin saberlo, los dos estábamos viviendo. Una historia llena de páginas arrugadas, tachones, giros de guion y frases que parecían imposibles… hasta que dejaron de serlo. Y esa historia, hoy, no termina. Hoy empieza su mejor capítulo. Porque no pienso dejarla escapar. Porque vamos a seguir escribiéndola juntos, sin antifaces, sin finales. Solo con fuego.

Las copas chocan. El aire se llena de aplausos, brindis, y risas emocionadas.

«Que alguien me pellizque… porque esta vez, no lo he escrito. Lo estoy viviendo, y soy la única protagonista».

Y aunque no pienso decirlo en voz alta… algún día lo convertiré en novela. Quizá lo disfrace, lo emborrone con metáforas y lo esconda entre otras vidas inventadas. Pero Rubén, cuando lo lea, sabrá que era él en cada línea.

AGRADECIMIENTOS

Y llegó el momento de agradecer.

Me faltan páginas para poner los nombres de todas esas lectoras que llegaron para quedarse; de las personas que me sostuvieron cuando ni yo creía en mí, y de mi familia, esa que siempre aparece justo cuando más la necesito, incluso cuando no sé pedir ayuda.

Gracias, mil veces más, por animarme a seguir descubriendo personajes, a conocerlos de verdad, a meterme en su piel y a arder con ellos. Porque sin vuestro apoyo no habría llegado hasta aquí. No habría escrito esta historia que me ha sanado por dentro; que me sacó de la oscuridad en la que me estaba escondiendo, que me devolvió la luz y la sonrisa. Dina tiene mucho de mis miedos, de mis inseguridades, de esas dudas que muchas escritoras guardamos en una cajita cerca del corazón. Darle voz ha sido, sin saberlo, darme permiso. Para sentir sin culpa, para caer y volver a levantarme, para escribir sin pedir perdón.

Esta historia no solo se escribió con palabras, también con confianza, con abrazos invisibles, con mensajes a deshoras y con lectoras que creen incluso antes de que el libro exista.

A todas vosotras: gracias por quedaros. Por leerme. Por acompañarme. Y por recordarme que, incluso cuando el fuego quema, también ilumina.

Quiero expresar mi agradecimiento una vez más por haber elegido este libro para tu lectura. Como sabes, me gusta explorar diversos géneros, y el simple hecho de que me apoyes en cualquier tema que decida escribir es algo que valoro enormemente en este momento.

En mis últimos trabajos he acumulado una lista interminable de personas a las que quiero agradecer de corazón. Muchas de vosotras ya sabéis lo mucho que valoro cada gesto, cada palabra de apoyo, porque sin vosotras, este libro no estaría hoy en tus manos. Sabéis

bien lo que os quiero, y ese lazo tan bonito que hemos creado. Este sueño no sería posible sin teneros cerca.

Gracias, Sandra, por acompañarme en cada locura, por esos audios que me animan y me arrancan sonrisas, por estar sin hacer ruido y por cuidar mis palabras como si también fueran tuyas.

Gracias a todos los que hacéis posible este sueño, por ayudarme a compartirlo con vosotros y por apoyarme en cada una de mis aventuras, ya sea con personajes oscuros, comedias románticas o thrillers.

A mis amigos escritores, a los lectores, *bookstagramers, blogeros, booktokers* que dan alas a nuestras palabras, permitiendo que vuelen más alto que nunca. Y a ti, que ahora estás leyendo los agradecimientos tras finalizar esta novela, la cual me ha regalado tantos momentos especiales.

Antes de que cierres el libro me gustaría pedirte un pequeño favor…

Si has disfrutado de esta historia, te invito a hacer una valoración en Amazon. Es la manera de dar a conocer mis novelas a otras personas, y a mí me ayuda mucho como escritora autopublicada. Sígueme en mis redes sociales, donde me podrás encontrar como SetzyNeko o si lo prefieres puedes enviarme un mensaje privado contándome tu opinión, estaré encantada de hablar contigo. ¡Gracias por tu apoyo! Significa mucho para mí.

Comparte mi sueño con los demás; así me será posible volver a soñar.

S.J. García

https://www.sjgarcia.com/

BIOGRAFÍA

Nací en 1983, en una época salvaje donde disfrutábamos de sencillas alegrías: jugábamos a las canicas, al elástico y corríamos por las calles para jugar a poli-ladrón al ritmo de las canciones de Madonna, Michael Jackson, Radio Futura y muchos más. Las tardes se deslizaban acompañadas de un bocadillo de chocolate mientras veíamos con fascinación Dragones & Mazmorras, Caballeros del Zodiaco, Candy&Candy y Campeones. En aquellos tiempos inocentes, creíamos que repetir «Verónica» tres veces frente a un espejo nos condenaría de por vida. Sí, es una época que jamás olvidaré, la época en que descubrimos internet y esperábamos ansiosos a que colgaran el teléfono para chatear por IRC, Messenger y mandar zumbidos sin parar.

Recuerdo los cumpleaños en familia, las rodillas raspadas y pedir cinco duros para comprar algún tesoro compartido con amigos. Esos años marcaron mi infancia y contribuyeron a forjar la mujer que soy ahora.

Crecí devorando todo lo que caía en mis manos, escribiendo pequeños relatos que quedaron ocultos en un cajón, pero que guardaban mis sueños más profundos. Con el tiempo, el amor tocó mi corazón y me convertí en mamá, transformando mi vida por completo. Fue entonces cuando las personas que me rodeaban empezaron a susurrarme que podía hacer mucho más con todas esas ideas guardadas en mi interior. Así, destapé una caja de Pandora que jamás podré cerrar, sumergiéndome en mil y una vidas, cada una más distinta, pero todas impregnadas de mi personalidad.

Porque mis historias están hechas para sentir, para experimentar la oscuridad, la luz, el amor y la amistad. Dejé fluir todas esas emociones para poder compartirlas con el mundo, y así encontré mi voz como escritora.

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA



- Butterfly
- Piel de Lobo
- Máscara de Cristal
- Ecos en Abril (Serie Amor en Sevilla 1)
- Susurros en Diciembre (Serie Amor en Sevilla 2)
- Rumores en Febrero (Serie Amor en Sevilla 3)
- Murmullos en Mayo (Serie Amor en Sevilla 4)
- Mentiras en Junio (Serie Amor en Sevilla 5)
- ¡Arréstame, por favor!
- ¡Te voy a dar una galleta!

DESCÚBRELAS AQUÍ